Orsai

NADIE EN EL MEDIO | OCTUBRE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 2011 | NÚMERO CUATRO

Orsai
ORSAI ROSARIO

Y llegamos. Fue el año más intenso y el menos profesional de nuestras vidas. De la enorme cantidad de errores que se pueden cometer a la hora de hacer una revista, los cometimos todos. Desde la inexperiencia, desde las ganas y el impulso, llegamos al final. Escribo este párrafo en septiembre de 2011. Hace un año exacto empezábamos a soñar con una revista rara, sin publicidad, con calidad gráfica, distribuida por sus lectores, con textos largos, hecha a mano desde casa, compuesta por amigos y por fuera de la industria. Y acá estamos, ahora, redactando el último editorial. Eso indica que llegamos.

Hubo una madrugada, al principio de todo, en que ocurrió la primera magia. Chiri y yo estábamos muy excitados con la idea de hacer una revista. Pensábamos día y noche, escribíamos, en libretas, apellidos de autores imposibles, fantaseábamos con temas y con ideas. Parecíamos otra vez adolescentes. Nos sentíamos en medio de una segunda juventud indomable. Entonces recordamos una noche de nuestros veinte años. Yo conté esa historia alguna vez en el blog: Chiri trabajaba en un kiosco de la calle Santa Fe, en Buenos Aires. Yo lo acompañaba. Teníamos también libretas y éramos inmortales. Una noche apareció un borracho muy simpático y se puso a charlar con nosotros. Él tenía cuarenta años, como nosotros ahora. Cuando cerramos el kiosco nos invitó a su casa. La noche de Buenos Aires era preciosa y nosotros no sabíamos pensar mal de los desconocidos. Nos llevó a un piso veinticinco. Nos abrió el conserje, que trató con distinción a nuestro amigo. Cuando entramos vimos un atelier y cuadros hermosos. Vimos una foto del borracho con Fellini, almorzando los dos. Descubrimos que era un pintor famoso. Se llamaba, se llama, Hugo Laurencena; no paraba de tomar whisky. Hugo nos llevó a la terraza de aquel edificio y nos mostró la ciudad. Había una bombita de veinte, encendida, colgando en la terraza. "¡Miren la impertinencia de ese foquito!", nos dijo, y la ocurrencia nos duró toda la vida. Nos bautizó Tito y Cepillo. Al despedirnos nos dijo: "Todo esto es de ustedes. Dios no tiene nada malo para Tito y Cepillo". Y con el brazo abarcó la ciudad. Le creímos. Durante años llamamos a esa noche: *iniciática*. Todos tenemos un momento en la vida en donde se abre la represa del optimismo. Mantener ese chorro abierto, o cerrarlo para siempre, es un malabarismo de los años. Nuestro optimismo nació allí. Nos creímos las palabras de Hugo.

Pasó el tiempo. Nunca más vimos a Laurencena. Solamente estuvimos juntos esa noche de nuestros veinte años y de sus cuarenta (descubrimos que habíamos nacido el mismo dieciséis de marzo, él y yo, pero con veinte años de diferencia). Yo ya vivía en España cuando encontré su mail y le mandé una carta para rememorar aquella noche. Empecé la carta

Por ampliación, nos trasladamos a la página cuatro.

asegurándole que él no recordaría la anécdota por culpa del whisky. Le conté del kiosco, de la charla y del foquito impertinente. Me respondió dos días más tarde. Me dijo que nunca había podido olvidar esa noche. "Yo estaba en mis peores momentos", me escribió, "había vuelto a Buenos Aires después de diez años en New York, pero me encontré con mis compatriotas estupidizados, sin nadie con quien hablar. Aquella noche ustedes me mostraron que empezaban, no que volvían. Cuando se fueron, mis lágrimas llegaron hasta la planta baja y el agua invadió los pasillos y se deslizó por el hueco del ascensor. Fue suficiente: una semana después regresé a Norteamérica para siempre, gracias a ustedes, por culpa de ustedes, no sé, el asunto es que allí encontré mi centro". Nos conmovió que para él también haya sido una noche mágica.

Ese intercambio de correos ocurrió en 2004 y, otra vez, no volvimos a tener contacto. Hasta una madrugada del año pasado, en que fantaseábamos con hacer una revista. Septiembre de 2010. Con Chiri pensamos en Hugo a causa de la excitación, fuimos de nuevo Tito y Cepillo. Nos creíamos otra vez inmortales. Entonces Chiri me dijo: "¿Y si le pedimos a Laurencena una imagen de aquella noche, para la revista?". Nos corrió un escalofrío. Era desubicado pedirle a un artista que vende cada cuadro en medio millón de dólares un regalo como ese. Ahora éramos nosotros los que teníamos cuarenta años; él sesenta. Nos habíamos visto una vez en la vida. Eran las cuatro de la madrugada, siete horas menos en México. Le mandé un mail. Le conté la idea con un enorme miedo a la negativa. Hugo estaba conectado al chat: "Para ustedes lo que quieran, Tito y Cepillo", escribió.

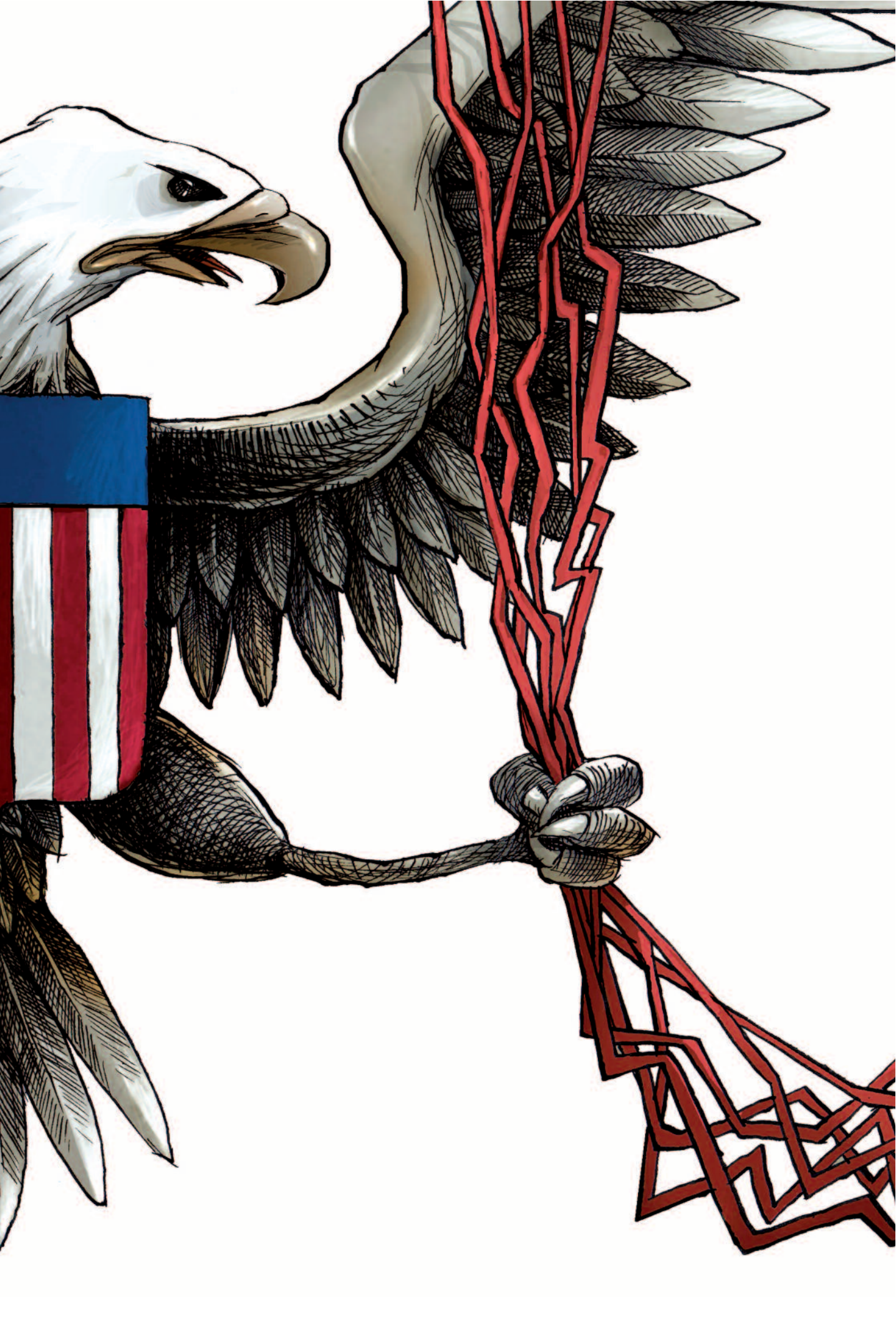
Tenemos este cuadro, el de la derecha, desde hace poco menos de un año. Fue la primera colaboración espontánea que recibimos para la revista. Cuando llegó el regalo supimos que no íbamos a fracasar. Pero decidimos, como si fuera una promesa interna, que si publicábamos el trabajo de Hugo sería en el número cuatro, en el final. Solamente tenía sentido contarlo si de verdad cumplíamos el sueño de las cuatro ediciones.

Ahora escribo las últimas líneas del último editorial. Estoy feliz porque llegamos, pero más todavía porque podemos publicar el cuadro de Hugo ahogándose en la botella, y con aquel foquito impertinente. Él es uno de los mentores invisibles de Orsai, porque hace mucho nos dijo que nada era imposible. Nos sembró esa semilla cuando promediábamos los veinte años. Cuando no teníamos más que libretas llenas de ideas, de cuentos, de revistas, de historias para contar. No teníamos nada más que eso.

Ahora tampoco tenemos nada más que eso.

Hernán Casciari

COMPUTERS

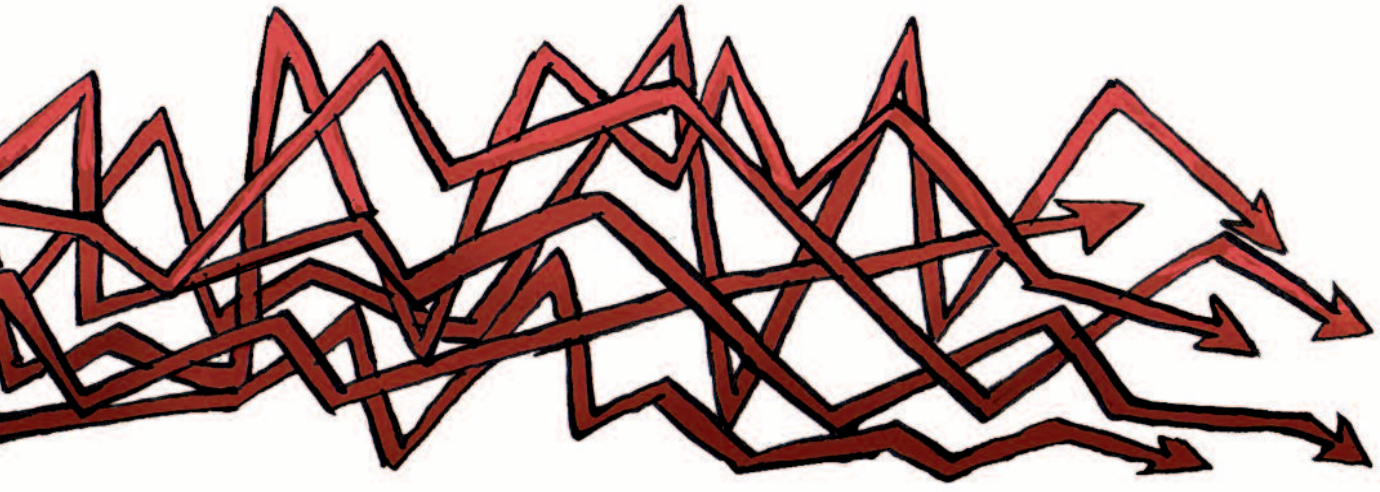


BELINDIA

Escribe Diego Fonseca

Ilustra Ángel Boligán

Diego Fonseca, nuestro corresponsal invitado en Washington, juega con la idea de un Estados Unidos como "Belindia": la riqueza y la modernidad de Bélgica para los más educados, la pobreza y la ignorancia de la India para las masas. Esta crónica nos da una visión ácida de la derecha yanqui más obtusa (personificada por el excamionero JJ) y las magistrales ilustraciones de Boligán, un dibujante mexicano que está más cerca de Estados Unidos que de Dios.



Belindia

El próximo presidente norteamericano tendrá entre manos las brasas calientes de una crisis más grave que la Gran Depresión de 1929. En aquel tiempo, Estados Unidos marchaba a convertirse en el líder de Occidente y al mundo lo conectaban unos pocos teléfonos y aviones muy caros. La humanidad, el dinero y la información circulaban más lento. Ahora ocurre lo contrario: Estados Unidos es dominante pero está a punto de perder su hegemonía global por pasarse décadas barriendo sus problemas bajo la alfombra, vivimos 24/7 en tiempo y el dinero vuela de Tokio a Frankfurt con un clic. No es un planeta para ser dirigido por personas de ideas estrechas.

Estados Unidos es cada vez más una economía enfocada en comercio, servicios y tecnología que en fábricas que producen autos, juguetes o licuadoras. A medida que las máquinas y los obreros más baratos del mundo absorbieron esas funciones, los trabajadores americanos menos educados se convirtieron en proletarios sufrientes. Esos obreros que apenas han terminado la escuela secundaria son los protagonistas de las líricas de Springteen en *Born in USA* y los documentales de Michael Moore por algo más que su valor simbólico: los que se están quedando fuera del mercado son seis de cada diez trabajadores estadounidenses. Que Apple piense el producto para que lo fabrique una empresa paraestatal de Guangzhou es un buen negocio para Steve Jobs y para China pero no para un operario industrial de Michigan.

Una provocación, el sueño de sus enemigos: Estados Unidos como *Belindia*. La riqueza y la modernidad de Bélgica para los más educados; la pobreza y la ignorancia de la India para las masas.

Las clases en Estados Unidos se están separando cada vez más. Entre 2002 y 2007, antes de la crisis, dos de cada tres dólares de aumento del ingreso fueron a manos del uno por ciento más rico del país, gente odiosa como Donald Trump y *cool* como George Clooney. Ya durante la crisis, esos ricos perdieron mucho menos que los más pobres y que la clase media. Hoy, una familia americana promedio *debe* todos los meses el cinco por ciento de su ingreso; hace cuarenta años, ahorraba el quince. En una sociedad sobreendeudada, la libertad de los individuos para tomar decisiones se reduce a microones.

JJ fue camionero y ahora tiene un restaurante. Llegó a la capital a apoyar al Tea Party, la última bestia negra del sistema de partidos en Estados Unidos. La primera de esas bestias negras fue Barack Obama, que atropelló a la aristocracia demócrata y republicana en las primarias y la elección presidencial de 2008. Obama venía de los suburbios del sistema político, pero mientras él llegó para ser un presidente previsible, el Tea Party quiere encender hogueras. Para ellos, una plutocracia de burócratas, empresarios y medios les robó América, la endeudó y la sostuvo sin dignidad con el dinero de los árabes, los chinos y Japón.

JJ —"me llamo James Joseph pero me dicen JJ"— se quita el sombrero de Chindits y lo deposita en el banco de madera justo al lado de su culo de camionero. Es julio, es verano y JJ se derrite bajo el sol y la humedad tropical, tan inapropiada, tan desubicada, de Washington DC.

—Este país está jodido —dice JJ—. Un francés acá, un africano allá.

El *francés-acá* es la estatua de un francés: el Marqués de Lafayette monta un caballo brioso, las manos al cielo, presidiendo el centro de Lafayette Square, frente a la Casa Blanca.

JJ no sabe muy bien quién es Lafayette. Lo asume: si está en un caballo y frente a la sede del gobierno federal, fue un militar importante y merece respeto, pero era francés, y por alguna razón eso es un problema.

Lafayette fue general y coronel de caballería de George Washington durante la Guerra de la Independencia. Empujó a los ingleses al agua en Virginia, escribió los borradores de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en París y, después de escapar de los jacobinos, regresó a las bancas de la extrema izquierda de la Asamblea Nacional para pedir la prohibición de la pena de muerte y la eliminación de los privilegios de los nobles. Cuando murió, cubrieron el cuerpo con tierra de Virginia y plantaron la bandera de las barras y estrellas sobre él porque es un patriota estadounidense.

Pero JJ, que es un patriota libertario, no lo quiere.

—¿Cómo podemos tener una estatua de un francés *justo aquí*? ¿Por qué no George Washington?

El *africano-allá* es Barack Obama, un hombre que según JJ y millones de enojados como él

hace como que es presidente sin saber bien de qué va eso. Aquí, en Lafayette Square, el enojo de JJ está escrito en negro sobre blanco en la camiseta que el sudor le pegó a la piel: "Una villa en Kenia extraña a su idiota".

JJ es obtuso. No cree en casi nada más que en Dios, en su familia, alguna idea abstracta como perseguir la felicidad y otra más *naturalmente americana* como portar armas. El camino a la felicidad, en la cosmogonía de JJ, pasa porque el gobierno no lo acose con impuestos y le deje hacer con su vida lo que le da la real gana. El plan de portar armas es todavía más concreto. JJ tiene dieciséis y quiere más.

—Para matar conejos y venados, esas cosas, tú sabes.

No, no sé y no quiero saber.

Un miembro del grupo se acerca. Irán al mausoleo de Abraham Lincoln, sobre el río Potomac. El tipo —hueso y músculos muertos, bigote atabacado, anteojos espejados— quiere hacer fotos en las mismas escaleras donde meses atrás Glenn Beck, un locutor de radio convertido en ideólogo informal del Tea Party, reunió decenas de miles de conservadores molestos con Obama —muy molestos— y desencantados de los líderes republicanos para que entre todos recuperen, dijo, el honor perdido de América.

—Estamos locos de rabia —dice JJ, como si hiciera falta.

En 1773, el Parlamento británico sancionó el Acta del Té para que la Compañía Británica de las Indias Orientales pudiera ampliar su monopolio vendiendo la hierba a precio reducido en las colonias. El Acta alteró los nervios de los súbditos y de los contrabandistas de té americanos; el dieciséis de diciembre un grupo de ellos asaltó tres barcos de su Honrosa Majestad en Boston y arrojó la carga de té a las aguas de la bahía. El Motín del Té —en inglés, The Boston Tea Party— sirvió para protestar por los impuestos que Inglaterra cargaba a las colonias y armar el brazo para la independencia.

Figura conocida, primero la tragedia; salto de dos siglos y chirolas: el Tea Party como farsa.

Los primeros teteros se hicieron notar en 2008 —después de que se pinchó la burbuja inmobiliaria y George W. Bush rescató a los bancos con fondos públicos—, pero su fuerza se multiplicó con Obama. Los anfitriones conservadores de los shows de TV y radio enrabietaron a sus audiencias cuando Obama, el presidente demócrata, salvó también de la quiebra a las automotrices, y volvieron a hacerlo cuando presentó la reforma de salud y la de Wall Street, y cuando promovió migrar hacia energías más limpias, y cada vez que habló de crear una escuela más moderna y secular.

La derecha tomó velozmente las calles —un territorio que en el mundo pertenece a la izquierda y en Estados Unidos a los autos— y en menos de dos años llevó un buen puñado de hombres y mujeres a la Cámara de Representantes y al Senado. Quienes postulan el retorno a un pasado idílico en el que estaba de moda la peluca del tipo de Quaker, ahora toman o traban las decisiones del último gran imperio de Occidente.

La oratoria del Tea Party es un puñado de dogmas innegociables. En la Constitución de Estados Unidos y en la Declaración de Independencia, dicen los teteros, los Padres Fundadores escribieron con verdad profética las libertades que Dios legó a los individuos. Y como todo buen creyente sabe, la ley moral de Dios es inmutable y no puede ser modificada por el hombre. Por eso, en la América del Tea Party hay lugar para decir lo que se quiera y portar un arma —eso está en la Constitución—. Pero no para ilegales, abortistas, gays ni socialistas europeos —que no están en la Constitución—.

El Tea Party tuerce los extremos de cualquier filosofía antisistema. Sus miembros son mayoritariamente hombres, libertarios, nacionalistas y cristianos. Dicen representar a la América profunda, pero buena parte de sus líderes son millonarios, sus principales financistas son petroleros e industriales y en su base está la clase media, no los pobres de toda pobreza.

El Tea Party es, también, otras varias cosas más inasibles. Es un organismo vivo, sin plataforma escrita ni mando ni líder central, sino células dispersas en todo el país que operan como guerrillas. Mucha gente enojada, que cree poseer una verdad revelada por Dios y que es muy blanca. Es basismo inorgánico, tribunales populares en la corte de Facebook, un fundamentalismo de decisiones finalistas. El Tea Party es un lío enorme, un gran dolor de cabeza. Es La Cosa.

—Somos América —dice JJ.

América está en serios problemas.

El tísico crecimiento de los últimos años dependió en buena medida de los fondos de ayuda del gobierno para que las empresas tomen empleo y los consumidores, que generan seis de cada diez dólares del PIB, compren más autos, casas y chucherías y gasten en iPads, iPhones y vacaciones. Todo eso debiera permitir al Estado recaudar más, pero si no recauda debe tomar más deuda para financiarse y su deuda ya es ozónica. Tampoco puede subir los impuestos: en este Estados Unidos es un pecado capital.

El dos de agosto, la fecha límite para que el gobierno iniciara una escalera de impagos de la deuda, al Tea Party no le importó nada de eso. Sus representantes y los republicanos aceptaron fijar un nuevo límite de endeudamiento solo a cambio de que la Casa Blanca reduzca el gasto social y, a largo plazo, la deuda y el déficit. Pero, y ahí está el truco, debe hacerlo sin incrementar los impuestos ni eliminar exenciones tributarias que, básicamente, benefician a los ricos. El acuerdo coincide con esta figura: primero se venda el pie herido; luego se le echa encima un piano.

Nouriel Rubini, el economista que adelantó la crisis de las hipotecas tóxicas, definió en Twitter el modo en que los teteros entienden el mundo: "Cerremos la Reserva Federal, los bancos y volvamos a esa bucólica economía autárquica del trueque donde yo te vendo mis papas por tus tomates".

El tironeo por la deuda —el primer *reality show* político global— hirió la confianza en la habilidad de Estados Unidos para manejar sus asuntos internos, que equivalen en buena medida a los asuntos del mundo. La historia que siguió aún huele a pan fresco. La calificadora de riesgo Standard & Poor's rebajó la calidad del crédito estadounidense, el precio del petróleo volvió del cielo a la Tierra Media y los productos agrícolas bajaron de Saturno a, digamos, Mercurio. Los inversores, mientras, se convirtieron en chihuahuas histéricos que saltan de una bolsa a la otra o al oro o al yen o a los títulos de deuda y que lo harían también a un acuario con tiburones si eso preservase el valor de su dinero —o los hiciera más ricos—.

El problema de los políticos estadounidenses es que no pueden sacar la cabeza del cepo. Los republicanos lanzaron en agosto su campaña para las elecciones de 2012 y a poco de andar el campo se llenó de esoterismo. Hace no mucho tiempo confiaban en que podrían controlar al Tea Party pero el desquicio de la deuda demostró que los dueños del manicomio son los locos. Como comparten base electoral y la base gusta de los disparates teteros, los republicanos han debido migrar a posiciones tan jacobinas que su candidato más moderado, el exgobernador de Massachusetts, Mitt Romney, parece un demócrata. Uno de los que tira hacia el extremo es el gobernador de Texas, Rick Perry, quien hace unos meses reunió a treinta mil cristianos en Houston para pedirles que recen por la recuperación de la economía y para que el Señor se lleve la sequía del estado y lo bendiga con una lluvia.

Pero el extravagante Perry no es la peor manzana del cajón. La figura profética que más devotos suma se llama Michele Bachmann, una cruzada contra todo lo que no responda al designio divino, llámese Washington, los gays o las lámparas fluorescentes que ahorran energía.

Los teteros no dudan: creen. Y Michele Bachmann es una conservadora literal: para ella, Dios no *quiso decir* algo en la Biblia; Dios *dijo*.

Su incontinencia verbal es una amenaza para la paz mundial. En un acto en Carolina del Sur a inicios de año, dijo que veía a Obama demasiado ocupado inclinándose ante reyes, agachándose ante dictadores, oliéndole el trasero a las élites de Europa y mimando a los yihadistas. Según Bachmann, Obama está consiguiendo un imposible: hacer que Jimmy Carter luzca duro como Rambo.

Bachmann —bajita, ojos claros que se abren como si le hubieran pisado el pie, voz firme— es una abogada cristiana ortodoxa que dirigía su propia escuela religiosa cuando, apropiadamente, Dios le dijo que debía tener una carrera política. Su principal influencia intelectual es John Edismoe, un profesor fundamentalista que una vez afirmó, sin sombra de dudas, que hoy Jesús predicaría armado con un M16. Por sus enseñanzas, Bachmann cree que la mujer debe ser sumisa y obediente del hombre y que los gays son seres aberrantes, que eligieron ser esclavos, y que quienes defienden el matrimonio del mismo sexo quieren convencer a los niños americanos de probar la homosexualidad.

Muchos líderes del Tea Party comparten su desprecio por la duda cartesiana y la verdad científica y favorecen los principios religiosos, los viejos dogmas o sus propias invenciones mesiánicas. Cuando no es una visión divina, la realidad para un tetero es un ejercicio de ficción personal. (Lo más grave de todo es que les creen.)

Sarah Palin, la candidata republicana a la vicepresidencia en 2008, inició el camino. Palin hizo un arte del palabrerío impune sin lógica, pero eso no ha hecho sino aumentar su popularidad. El ciudadano pedestre encontró en ella una heroína. "En nuestra política moderna, ser la clase correcta de ignorante entretenido es como tener una gran mano derecha en el boxeo", escribió Matt Taibi en *Rolling Stone*. "Siempre tendrás una oportunidad de pegar duro."

Palin asustó al establishment cuando amenazó con su candidatura presidencial, pero finalmente encontró más atractivo hacerse millonaria con su propio reality show y una autobiografía. Palin dejó Alaska y se compró una mansión en Arizona. Bondades del estrellato veloz, sin mérito alguno pero con fama, ahora bendice a los candidatos del Tea Party.

Por su boca habla Dios.

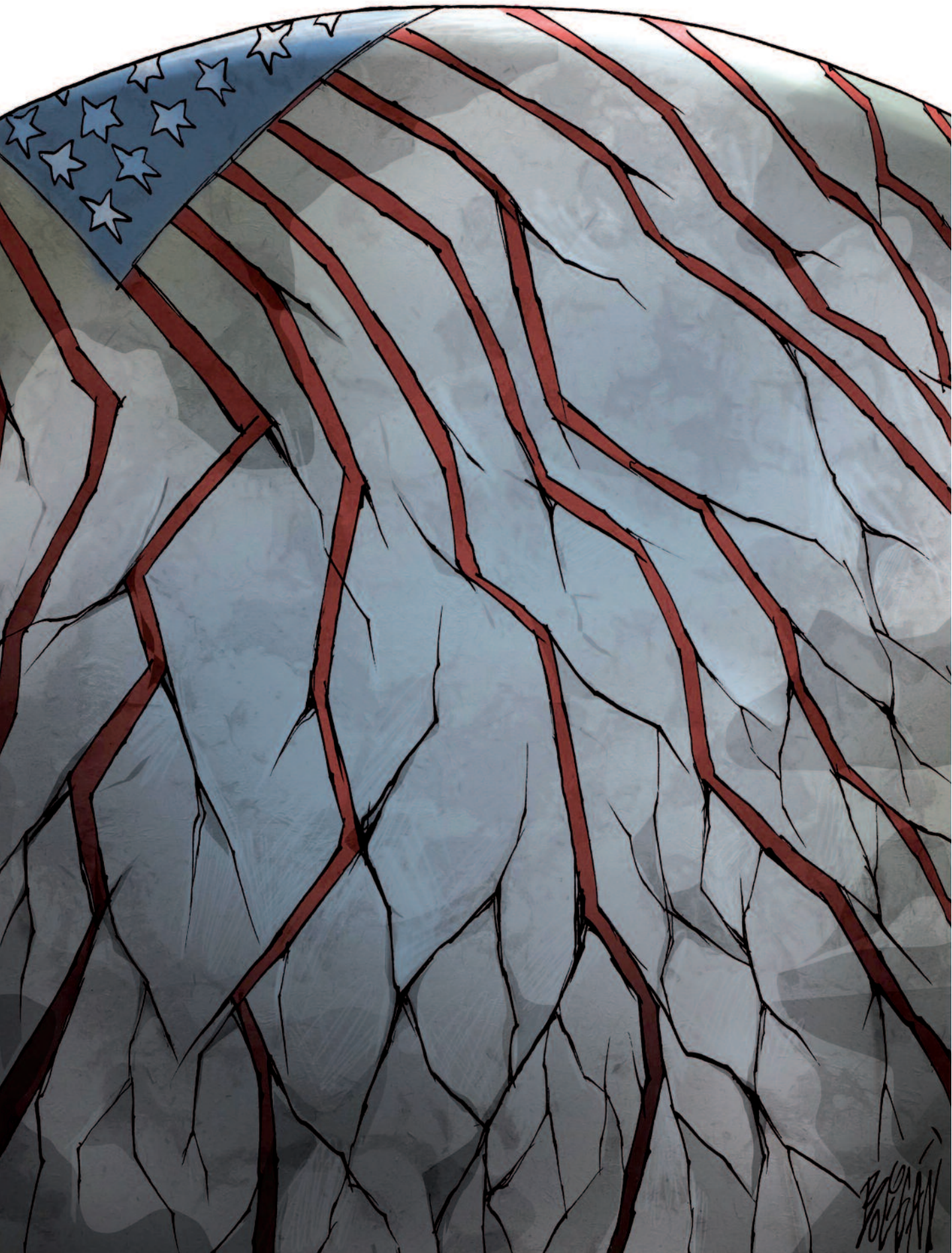
En Lafayette Square, poco antes de irse, JJ me muestra una impresión de la página de Facebook de un avatar llamado Right Wing Housewife. El avatar es la ilustración de una mujer con cara de pocos amigos y que deja asomar un palo de amasar entre los brazos cruzados. Dice Right Wing Housewife: "Hace más de cinco mil años, Moisés dijo a Israel: 'Recojan sus palas, monten sus asnos y camellos, y los guiaré a la Tierra Prometida'. Cuando Roosevelt introdujo el Estado de Bienestar, dijo: 'Bajen sus palas, siéntense y enciendan un Camel, esta es la Tierra Prometida'. Ahora el gobierno robó tus palas, gravó tu trasero, subió el precio del Camel e hipotecó la Tierra Prometida con China".

—¿No es magnífica? —se entusiasma—. La quiero distribuir por internet.

Le digo que no es muy original. Escuché la broma pero hablando de Bill Clinton.

—Mejor, porque entonces están hipotecando el país desde antes.

Lo corrijo. Clinton dejó el gobierno con superávit, Bush hijo aumentó la deuda y el déficit. JJ niega con la cabeza.



—*Well,* eso no es lo que dice Fox News.

Fox News, el zorro del cable, la mayor empresa de medios de Ruppert Murdoch en Estados Unidos, es el canal de noticias del conservadurismo y una tribuna del Tea Party. Ninguna novedad: América es un país de *talk shows* y el Tea Party es una organización moldeada por entretenedores electrónicos.

El primero fue Rush Limbaugh, un presentador de radio y TV a quien la revista conservadora *National Review* consideró el líder verdadero de la oposición a Bill Clinton. El público hizo multimillonario a Limbaugh por criticar a las feministas y desmerecer a los negros y por defender sin dudas el servicio prestado a la nación por los soldados que torturaban presos en Abu Ghraib. Su último contrato es más caro que el de Le Bron James, cuatrocientos millones de dólares por ocho años con Clear Channel, la cadena de AM y FM más grande de Estados Unidos.

Su sucesor, Glenn Beck, mantuvo al tope las audiencias de Fox News por años y es la quintaesencia del teterismo. Conecta con sus seguidores a un nivel primario, emocionalmente complejo. Ellos son antes fieles y devotos que ciudadanos políticamente organizados y Beck sabe cómo arrullarlos con discursos que resultan actos de fe y no de razón. Los líderes del Tea Party han abrazado su estilo. Beck elige un sesgo y machaca lo mismo que Bachmann extrapola y Palin distorsiona. Cuando critican a sus adversarios, todos, como Beck, muerden, se desdicen y contraatacan decenas de veces. No importa si lo que dicen es verdad: para cuando alguien se detiene a responderles, el cuento ya ha sido fragmentado, viralizado y vuelto a reproducir millones de veces.

Si la política de la mentira y la ignorancia sin filtros se perpetúan es porque su ejercicio no trae consecuencias. La impunidad siempre alimenta la próxima y más grande monstruosidad. Se puede mentir sin quitar la vista del ojo de la cámara. Dios perdona en el confesionario.

Curiosamente, la prensa liberal contribuye al fenómeno pues el menosprecio que muestran medios como el *New York Times* o *The Onion* fortalece al Tea Party. Fuera de grandes ciudades como Nueva York o San Francisco, en sus pequeñísimos pueblos del interior Estados Unidos sigue siendo un país de puritanos cuya principal actividad comunitaria es la misa del domingo. Cada vez que David Letterman se ríe de Bachmann, un granjero del Cinturón Bíblico enarca las cejas. La lectura es una sola: los citadinos siempre se burlan de la simpleza de la gente pequeña. Bachmann y Palin, por supuesto, son buenas madres de ciudades muy pequeñas.

Los conservadores más radicales creen que los cuervos se deben comer a los incompetentes, de modo que los salvatajes de Bush y Obama a bancos y automotrices rompió el ciclo higiénico de la naturaleza. No les importaba que el extorsivo *too big to fail* fuera también realista. El darwinismo les hizo romper lanzas con la meritocracia que gobierna Washington. *Of the people, by the people, for the people*, un cuerno.

William Voegeli, un teórico tetero, dijo hace un tiempo que el movimiento emergió como la culminación de un largo proyecto de suplantación de una clase gobernante basada en la posición social por otra basada en el cerebro. "Los meritocráticos que dirigen nuestro gobierno, economía y discurso son menospreciados en las reuniones y blogs del Tea Party por la gente que ellos gobiernan", escribió en un ensayo del conservador The Claremont Institute.

La mayoría de los miembros del Tea Party cree, honestamente, que las corporaciones y los políticos profesionales *les robaron* América. Para criticarlos, las cabezas pensantes del Tea Party suelen citar a Cristopher Lasch, un reconocido historiador conservador formado en el marxismo. Lasch sostenía que la meritocracia era una parodia de la democracia: la movilidad social nunca mina la influencia de las élites sino que las fortalece pues sostiene la ilusión de que el progreso individual reside en el mérito personal.

Los teteros creen que un gobierno grande, grandes corporaciones y grandes medios y los profesionales que trabajan para ellos, son una oligarquía autosuficiente, un grupo de parásitos de Harvard, Yale, Columbia y Princeton que vive de cargar impuestos y regulaciones invasivas a la espalda del buen contribuyente, mientras se justifica diciendo hacer el trabajo que los votantes le delegaron. (En su narrativa, Obama es parte de esa plutocracia: nieto de una vicepresidenta de banco, hijo de una antropóloga y un economista entrenado en Harvard, estudió en escuelas de élite y se casó con una graduada de esa élite.)

Esos meritocráticos hipotecaron la Tierra Prometida y convirtieron el Sueño Americano en una colección de deudas. Los *colleges* y las universidades no otorgan títulos sino una hipoteca que el graduado paga toda su vida a cambio de una educación mediocre. La escuela pública es costosa e igual de ordinaria. Todos los niveles del gobierno han criado burocracias que chupan recursos como sanguijuelas. El sistema financiero es intocable: paga a sus cabilderos para esquivar regulaciones y sanciones, mientras enriquece más a los más ricos, cuando la mitad de la población puede acabar en la bancarrota por una deuda con un hospital, pues no hay un seguro de salud accesible y bueno. El sistema de retiro es otra bomba de tiempo. Tic-tac del estallido previsto: antes de 2050.

En el diagnóstico coinciden todos, republicanos y demócratas, los estadounidenses y los franceses que no quiere JJ. Pero ni los republicanos ni el Tea Party dejarán a los demócratas resolver esos problemas a su manera ni hay claridad de cómo los conservadores viejos y de nueva época podrían construir una agenda coherente y mesurada que no haga saltar el planeta por los aires.

Los teteros están convencidos de que la pérdida de rumbo se corrige con un retorno a los principios y que, con su pasión y creencias, un ciudadano ordinario puede tomar decisiones sin la guía ni la ayuda de expertos o profesionales. Les basta apoyarse en la Constitución, el individualismo y los dogmas elementales de la religión. En su visión idílica, la Historia está detenida y el tiempo se resuelve con un cambio de fotografías: las bondades del pasado se pueden transportar porque Dios les confirió eternidad.

Es el ideal libertario del siglo dieciocho en la sociedad hipervinculada del veintiuno. El bucolismo del trueque en el Twitter de Rubini.

La Cosa no piensa.

JJ ha pasado por Carlisle donde las cosas no van bien. Está demorado en los pagos de su hipoteca y el banco amenaza con golpearle la puerta. El negocio familiar ha perdido clientes. Hay más desempleo en el área. El hijo mayor, que al terminar la escuela se había mudado al norte para trabajar en una ensambladora de autos, perdió el empleo. Lo mismo pasó con el menor, despedido de Walmart. Ambos están ahora haciendo turnos en el *dinner*. JJ acordó con Joanne vender los autos de ambos y comprar uno solo y más viejo.

Uno de cada tres trabajadores de la manufactura estadounidense perdió su trabajo a partir de 2000. Siete años más tarde Alan Blinder, un exdirector de la Reserva Federal, dijo que otro tercio de todos los empleos del país pueden irse al extranjero en las próximas dos décadas. El cálculo tiene un problema: fue al principio de la crisis y ahora hay economistas que amplían la pérdida. No le quise decir eso a JJ.

—*They fucked us up*.

¿Puede el Tea Party subsistir a su propio amorfismo? ¿Es la salvación del Partido Republicano o su condena?

Es difícil creer que la revitalización de los principios fundamentales del excepcionalismo americano puedan sostenerse sobre la base del anti-intelectualismo y la paranoia. Para ser gobierno, el Tea Party precisa más que grupos de voluntarios sin estructura pues, una vez en el poder, se verá sometido a la pasteurización natural de las instituciones en un país que suele normalizar a los radicales. Pero en las conversaciones con teteros corrientes como JJ u otros durante las manifestaciones de la deuda, toda estrategia está solapada por la pasión.

Hace un tiempo me di con un debate en los callejones de los blogs y publicaciones conservadoras al que los medios no le echaron el foco. Algunos quieren que el Tea Party acelere los pasos para construir una coalición populista con el ojo en la economía y una reforma para reducir el tamaño del gobierno. Pero edificar alianzas es un severo contrasentido para una organización poco dispuesta a dar concesiones y que no posee un líder capaz de amalgamar su dispersión.

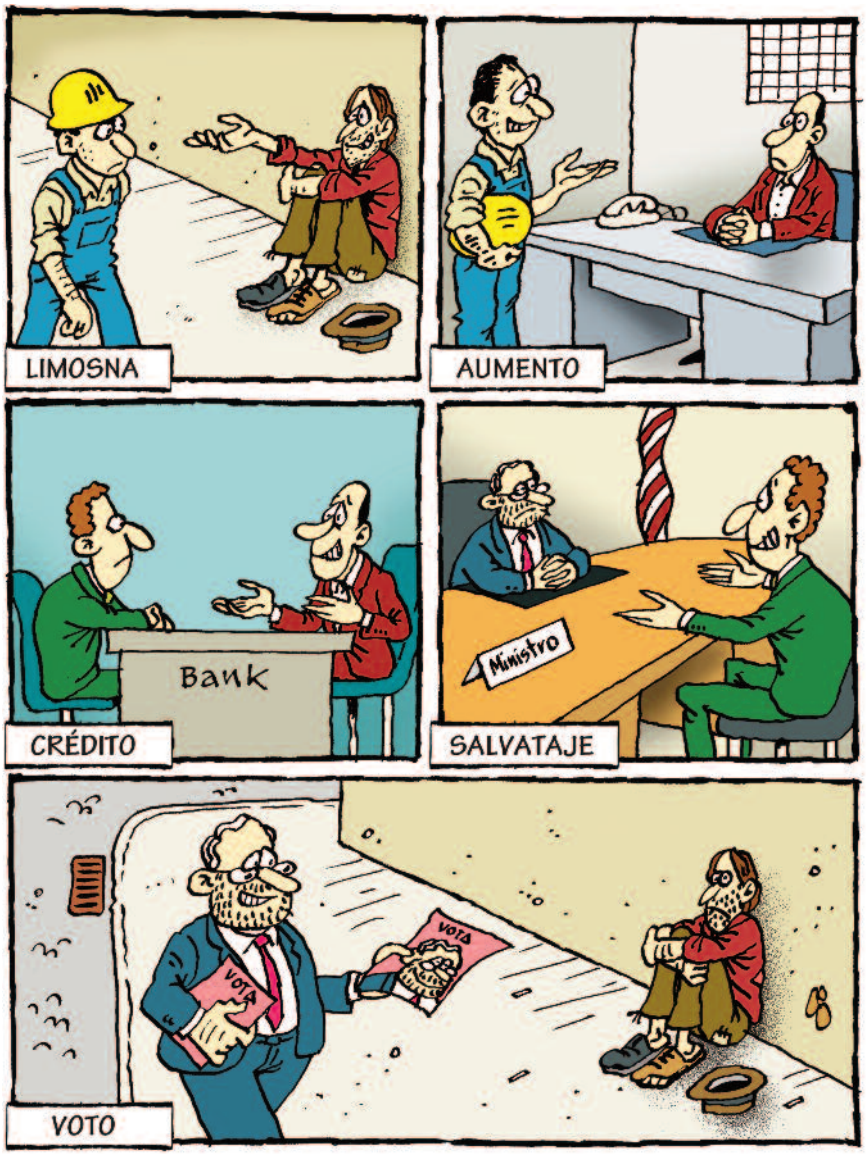
En esa discusión encontré a Walter Russell Mead, un intelectual con muchos años en el Council of Foreign Affairs, el centro de estudios de política exterior más influyente de Estados Unidos. En una tarde completa con él, las opciones para el Tea Party me quedaron finalmente ordenadas. Sin un Ronald Reagan a mano y con Obama como contraste, los teteros asumirán un riesgo elevado si se decantan por

líderes jóvenes con poca o ninguna experiencia. La variante sería hallar un líder con experiencia en Washington, alguien que conozca bien cómo funciona el gobierno, odie las burocracias y sepa liderar. Russell Mead sugiere que dos candidatos posibles serían Stanley McChrystal o David Petraeus. Dos generales.

O sea, el péndulo del movimiento que dice querer salvar a Estados Unidos de la bancarrota y devolverlo a un capitalismo purista se mueve, otra vez, entre extremos. Una fanática religiosa como Bachmann y los dos últimos jefes de la Guerra contra el Mal en Afganistán.

El individualismo inorgánico o la jerarquía corporativa militar.

La fe o la espada.


LIMOSNA
AUMENTO
Bank
CRÉDITO
Ministro
SALVATAJE
VOTA
VOTA
VOTO

—No sé si me da alegría o me da miedo ver que Estados Unidos esté pidiendo la toalla —me dice Chiri—. Por un lado parece necesario que se pudra, pero por el otro me asusta. Es demasiado grandote para caerse del todo, ¿no?

—No deberían existir países tan grandes —le digo—. Eso es lo que te genera pena y alegría: la extensión territorial, la diversidad. Te da pena que se derrumbe Larry David, el festival de Sundance, Raymond Chandler, Woody Allen, el Central Park, las películas de Billy Wilder, el Mardi Gras y el US Open. Y te da alegría que se vayan a la mierda Oprah Winfrey, los marines, la gente de apellido Bush, todos los que hacen la serie *Glee*, el camionero JJ de la crónica de Fonseca, las hermanas Kardashian, Sarah Palin, las películas sobre béisbol, el Big Mac con queso, Diana Ross errando un penal en el Mundial 94 y la montaña esa con los cinco pelotudos tallados.

—A mí esas montañas me gustan.

—¿Cómo vas a tallar caras de presidentes en una montaña? Mirá si un día te despertás y en el costado del Aconcagua están las caras de Alfonsín, Menem, Duhalde y De la Rúa. Te morís del susto. Esas cosas son muy yanquis.

—A mí la crisis económica de Estados Unidos me preocupa solamente por las series de televisión —me dice Chiri—. Mirá si ya no les queda plata y dejan de hacer *Breaking Bad*, o *Mad Men*, o *Treme*, o *Fringe*... ¿Qué hacemos nosotros a la noche sin series, nos rascamos la guasamandrapa?

—*Treme* es una maravilla —le digo—. Es la primera serie de televisión con temática política.

—¿Y *West Wing*?

—Esa era *sobre* política. En *Treme*, David Simon hace una columna editorial política. Te cuenta cómo actuó la administración Bush durante la catástrofe del Katrina. Yo creo que mejora incluso la revolución social que generó *The Wire*, su serie anterior. Es mejor, porque universaliza a los personajes, los hace más empáticos. Yo, por ejemplo, estoy enamoradísimo de la rubia chef.

—Yo de la chinita que toca el violín.

—Ah, yo también —le digo—. Si la rubia chef no me quiere, me caso con la chinita del violín. Pero lo que te quiero decir es que *Treme* inaugura algo nuevo en la tele moderna: la crítica es, al mismo tiempo, la solución.

—¿A ver?

—Fijáte —le digo—: Nueva Orleans fue arrasada por una catástrofe natural, se quedaron todos en bolas. El gobierno no les dio nada, porque los afectados eran negros y estaban demasiado al sur. Tres años después llegó Simon y le mostró al mundo esa ciudad, la cuna del blues... Nos mostró, a nosotros, a los extranjeros, cómo esa gente levantó la cabeza sola, sin ayuda. Cómo siguieron, cada uno de ellos, haciendo una música hermosa en medio del barro, de los derrumbes, de la desidia estatal. ¿Y sabés qué logró la serie?

—Fomentar el turismo —dice Chiri.

—¡Obvio! Yo jamás en la reputísima vida de Dios fantaseé con ir a Estados Unidos. Me chupa un huevo Disneylandia, Nueva York, el cañón del Colorado Ulmer, todo. Pero ahora, después de dos temporadas de *Treme*, no puedo soportar la ansiedad de ir alguna vez al Mardi Gras. Y a todo el mundo le pasa lo mismo. ¿Te das cuenta? David Simon no solamente señaló al gobierno como parte del desastre, sino que ayudó a toda esa gente a que Nueva Orleans fuese, incluso más que antes, un lugar maravilloso.

—¿Estás llorando? —me pregunta Chiri.

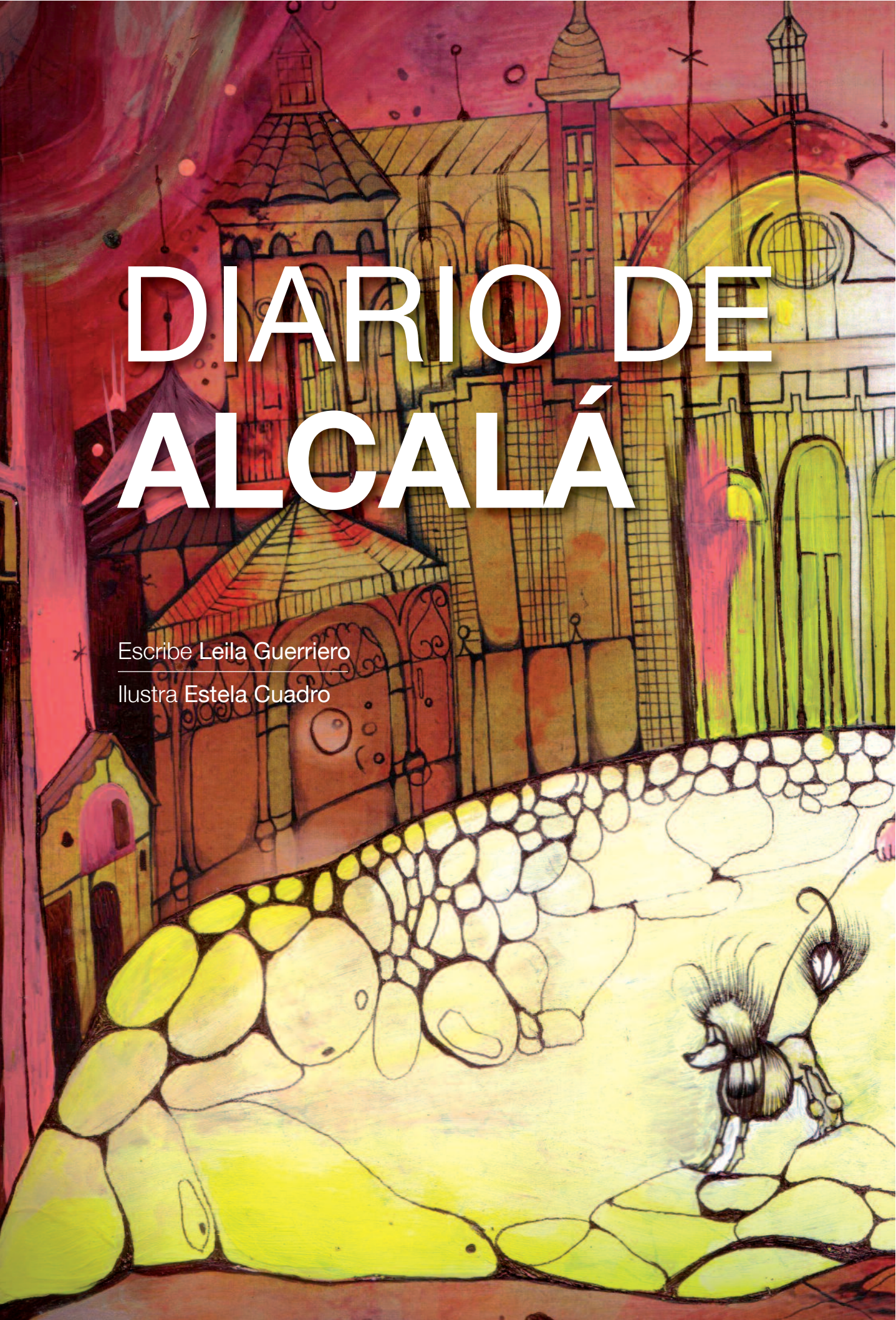
—Es que este asunto me emociona.

—A mí en el fondo me gusta que haya crisis en Estados Unidos y en España. A ver si, de una vez por todas, los argentinos que viven en Miami y en Barcelona se vuelven a su país y se ponen a trabajar por la patria. Hijos de puta que se van al extranjero cada vez que hay corralito.

—Chiri.

—Qué.

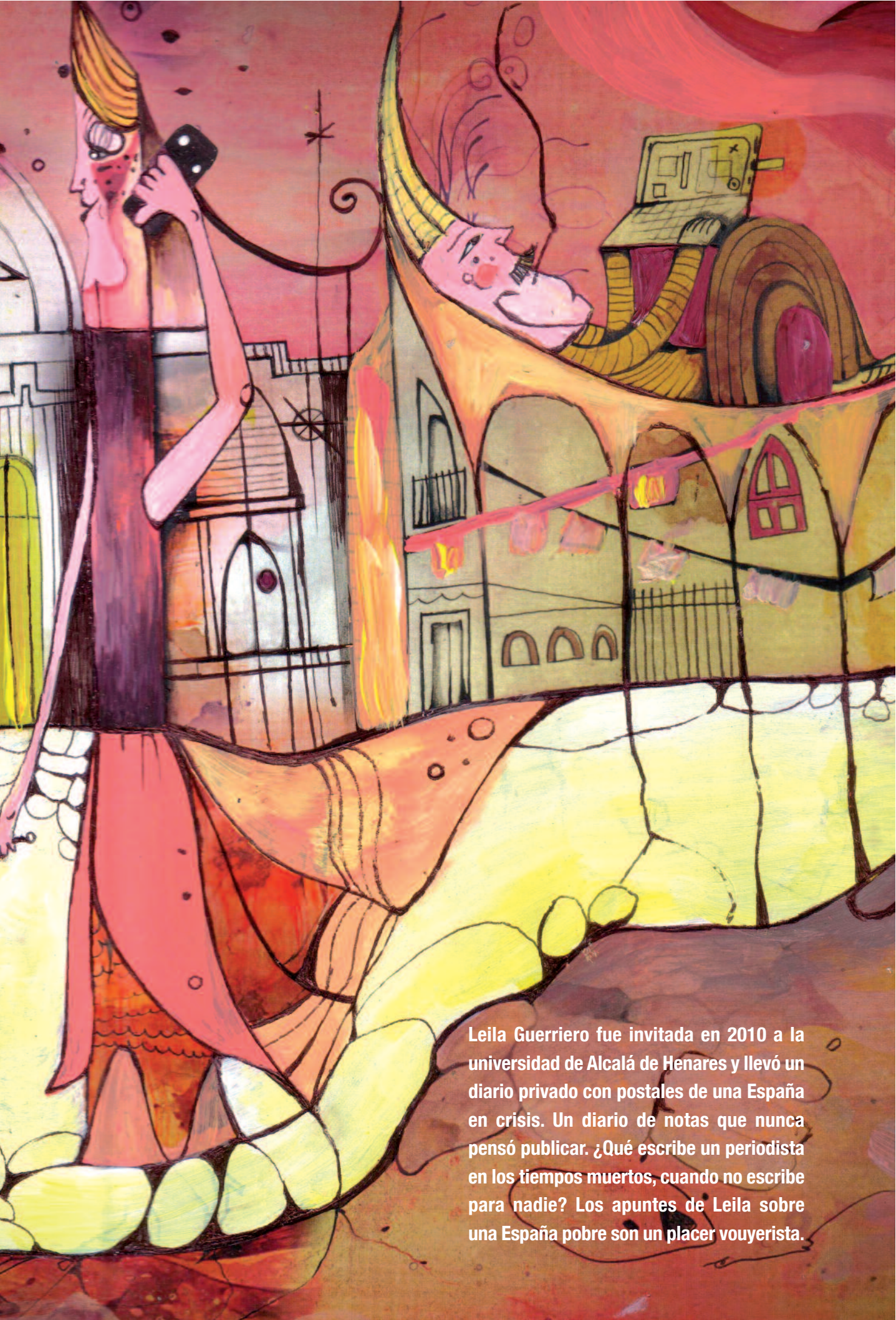
—Nada. ►



DIARIO DE ALCALÁ

Escribe Leila Guerriero

Ilustra Estela Cuadro



Leila Guerriero fue invitada en 2010 a la universidad de Alcalá de Henares y llevó un diario privado con postales de una España en crisis. Un diario de notas que nunca pensó publicar. ¿Qué escribe un periodista en los tiempos muertos, cuando no escribe para nadie? Los apuntes de Leila sobre una España pobre son un placer vouyerista.

Haití tiene una sola cama. Es oscuro, caliente, pequeño, con una ventana cuyo postigo solo se mantiene abierto si se lo aprisiona con la puerta del armario en el que hay tres perchas y una manta. Madrid, en cambio, es luminoso, tibio, amplio, tiene dos camas y un armario con diez perchas y tres mantas. Haití y Madrid son los nombres de dos de los cuartos de la residencia universitaria donde me hospedo en Alcalá de Henares. Hay otros, y llevan nombres como Teruel, Puerto Rico, Sevilla. Pero a mí, apenas llegar, me hospedan en Haití y, como no tiene wifi, pido que me cambien y me cambian a Madrid. Así, en minutos, acarreo computadora, libros y maleta desde el hoyo oscuro, caliente, pequeño y destecnologizado de Haití al paraíso luminoso, tibio, amplio y tecnológico de Madrid, donde pasaré un mes. Y, mientras camino de una habitación a otra, pienso que alguien —un hombre, una mujer— vino aquí, vio los cuartos, decidió: "Este es Madrid, este es Haití". Y me digo qué vicio, qué manía: la de ver, en todo, otra cosa. La de ver, en todo, una metáfora. Después, esa misma noche, comento en un bar, con un grupo de gente, el curioso reparto de nombres: Haití un pozo oscuro, Madrid un prado luminoso. Todos me miran extrañados y uno de todos me dice, con encogimiento de hombros: "Llevo años trabajando allí y ni me había dado cuenta, ¿quieres otra caña?".

Estuve en Alcalá en el año 2004. No lo sabía antes de venir pero lo recordé cuando vi la plaza. Entonces, busqué en mis archivos y encontré lo que escribí después de aquel viaje:

"Junto al hospital de Antezana, donde cuenta la leyenda que el padre de Cervantes se desempeñaba como cirujano sangrador, está el Museo-Casa Cervantes, una vivienda con patio y dos pisos en galería, donde se supone que nació don Miguel. (...) En la puerta, sobre la calle Mayor, varios adolescentes se toman fotos sentados en la falda de una estatua del Quijote mientras envían mensajes de texto a sus amigos que vacacionan en el Mediterráneo. A pocos metros, Tribal Body Piercing promete tatuajes y piercings en todas las zonas: nariz, veinticuatro euros; cejas, veintiocho; pezón horizontal y vertical, veintiocho; lengua, treinta; nuca, treinta; genitales, consultar precio. En el patio de la Facultad de Humanidades, que depende de la universidad de Alcalá (...), los estudiantes expresan su protesta contra la decisión del Consejo de Coordinación Universitaria según la cual carreras como Historia del Arte, Humanidades y Geología dejarían de existir por falta de salida laboral: allí el ingenio universitario montó una instalación de dólares falsos pendiendo sobre la consigna 'Primero extinguieron mi carrera/ Más tarde profesionalizaron mi mente/ Después quemaron mis libros/ Solo me dejaron mi dinero'. La consigna, tan primer mundo, estruja un poco: da pudor".

Ahora, seis años más tarde, abril, 2010, camino por Alcalá hasta el hospital de Antezana y ahí están: las esculturas de Quijote y Sancho, el tattoo piercing, los mismos precios. Imagino que eso que llamamos progreso es, a veces, tan solo una idea de permanencia, de estabilidad.

(Tomo nota de que en la universidad ya no hay carteles. Primero pienso que debería preguntar qué sucedió con aquella decisión del Consejo, pero después pienso que, en medio de la crisis de la que todo el mundo habla, aquello de "Solo me dejaron mi dinero" ya no debe ser tan buen argumento, sonar tan despechado.)

Me fijo más en otras cosas. En que no hay viejos más viejos que los viejos de Alcalá. No deben tener más de setenta pero caminan despacio y visten ropas rígidas, adustas. Hace años que no veo viejos así: viejos que fueron siempre viejos, viejos que no tuvieron juventud.

Haití es pobre, pero tiene vista a un patio.
Madrid es rica, pero tiene vista a una pared.
Pobres, pero con vista.
Qué pensamiento barato.

Después, un día, espero en un semáforo junto a una pareja de viejos. Él usa una campera oscura, triste, pero cuando la miro de cerca veo que es de Lacoste.

Los primeros días de todos los viajes, siempre iguales: armo mi mapa, busco los sitios en los que compraré agua mineral, comeré algo, conseguiré el diario. Ahora son las cinco y media de la tarde y busco un locutorio. Pregunto a una mesera y me dice "A la vuelta". Pero voy a la vuelta y el locutorio cerró hace un año o dos. Vuelvo a preguntar y me dicen que a dos cuadras. Pero voy a dos cuadras y no quedan rastros. Lo mismo, siempre, en todas partes: excepto en barrios de inmigrantes, Europa asume que nadie necesita un teléfono ni una computadora porque todo el mundo tiene uno, una. Pregunto, entonces, por la estación de trenes, y allí, en los alrededores, encuentro de todo: locutorios, sitios donde venden tarjetas telefónicas, kioscos, verdulerías, panaderías con sánguches apabullantes, negocios de comidas árabes y checas, negros hablando a gritos por celular en un inglés alarmante, calzados con botas de cuero de alguna imitación muy muerta, tres supermercados chinos, muchas cafeterías baratas. Pienso: un mundo parecido al mío. Un mundo posible.

(Después, cuando les cuente a algunos habitantes de Alcalá las pequeñas historias que sucederán en esas cuadras, preguntarán sorprendidos dónde encontré cosas como esas: un bar llamado La Oficina, un locutorio atendido por una rubia endemoniada, un salón donde los viejos inmigrantes bailan merengue y chachachá. Llevan años en esta ciudad, pero no van por ahí o, si van, ven otras cosas.)

—Perdón, ¿sabe dónde puedo comprar agua mineral por acá cerca?

—Como yo digo: como no te vayas al bar. No ha quedado ninguna tienda de alimentación por aquí.

El tipo de la casa de fotos lo dice de una manera rara: como si yo tuviera la culpa de que no haya quedado ninguna tienda de alimentación por aquí.

Es humillante. La cantidad y la variedad de la comida es humillante. Orejas de cerdo, arroces con costra, pescados, cocidos, guisos, cazuelas, tapas, tortillas, pinchos. En el pequeño mercado municipal la fruta no se vende: se exhibe. Parece puesta para dar envidia.

—Vete por ahí, cariño.

—Listo, amor, me llamas.

—Cariño, vente, vente con nosotros.

Me dicen cariño, me dicen amor. Y yo, como una imbécil, me lo creo: que mujeres y hombres que no me conocen, que nunca volverán a verme, me quieren, se preocupan por mí.

El tren de cercanías sale con una puntualidad que me avergüenza, porque le desconfío. Los carteles dicen que va de Alcalá a Atocha y Recoletos y aseguran que sale en tres, en dos, en un minuto, pero le desconfío. El tren, por supuesto, sale a horario, y yo siento que esa puntualidad, tan previsible, despierta en mí un eco de lejana desazón.

No conozco Madrid. Conozco una ciudad que para mí es Madrid y que está hecha con trozos de Chueca, Lavapiés, algo de la Gran Vía y la Puerta del Sol, la Plaza Mayor, el Paseo de la Castellana, Salamanca, Ventas. No conozco Argüelles, no recuerdo la plaza de toros, aunque sé que estuve. Madrid empieza a ser, como Bogotá, como DF, una ciudad que no conozco con rincones que conozco bien: una ciudad inventada. Como todas.

Regreso a Alcalá desde Madrid en bus. Son las dos de la mañana. El bus está lleno de gente que recién sale del trabajo: empleados, enfermeras, artesanos. Un hombre borracho quiere subir, el chofer le pide que se baje. Todos se amotinan (indignados, gritan que quieren llegar rápido a casa), pero son dos negrazos los que se ponen de pie, lo encaran, le dicen en un español truculento: "Báhate o te empuho, hombe. Te empuho ió, sí, no mires". El hombre se baja, el bus sigue. Detrás de mí una vieja le cuenta a otra la receta de una lasaña y le dice que debería llamar a Conchis, la pobre Conchis de la

gasolinera, que no se le dilata el estómago y hace meses que no come. La otra, entonces, le pregunta: "¿Pero se puso buena o ya se murió?".

Un día entiendo qué es lo que pasa con los viejos: uno no espera encontrar a estos viejos en España. Estos viejos —austeros donde reina el consumo, antiguos donde manda el diseño— no son viejos de acá. Son viejos que vienen de un pasado que no existe. De un pasado que, hoy parece, nunca existió.

La residencia de la universidad funciona en el Colegio de San Ildefonso y, junto a la residencia, hay una puerta que da al paraninfo. Allí, en ese paraninfo, se entrega —se va a entregar en unos días— el premio Cervantes. Por algún motivo eso —el hecho de que la puerta esté tan cerca, el hecho de que le estemos durmiendo casi encima— a muchos les parece excitante.

Iré a Zimbabwe desde España, en un mes.

Ahora prefiero pensar que estos días plácidos no terminarán nunca. Que siempre tendré este cuarto caliente, conexión a internet, agua mineral junto a mi cama. Será que la patria son las rutinas, no otra cosa.

Por primera vez, desde que estoy en España, hablo con un tipo que está, de verdad, en crisis. Es el guardia que cuida la entrada de la residencia y, aunque ahora trabaja en una empresa de seguridad, tuvo una financiera y lo pasó muy bien hasta que 2009 —la crisis— acabó con su vida tal como la había conocido. Me dice que, de todos modos, en dos años podrá dejar este trabajo, poner una consultora, y entonces todo volverá a ser como antes. Yo pienso en lo que nosotros, en la Argentina, llamamos crisis —esa cosa que te hunde de una vez y para siempre, a vos y a tus hijos y a los hijos de tus hijos— mientras el tipo sigue contando que tiene su casa y su autito y que nunca dejó de tomarse vacaciones en la costa porque vivir no se vive dos veces, y yo pienso que en la Argentina vivir, lo que se dice vivir, a veces ni siquiera una.

Termino una nota para *La Nación*, la mando. Son las seis de la tarde, hay un sol de justicia, saldré a correr. La tentación de pensar que esto bastaría: una habitación modesta, una ciudad pequeña, correr unos kilómetros al fin de la jornada.

Pero sé que no.

Cené en una parrilla argentina. La mesa de al lado estaba ocupada por dos checos, una checa, niños. La mesera argentina, amabilísima, empezó a darles consejos acerca de cómo conseguir trabajo y fue un momento intensamente triste porque todos la miraban —a ella— con esperanza.

Ayer en Madrid, hoy en Alcalá: los fines de semana hay, en la calle, una multitud espeluznante. Las fondas de Alcalá estaban llenas a mediodía y lo están aún pasadas las diez de la noche. La gente bebe, grita, come tapas, refritos, revueltos, panes, fuma. En medio de todo ese desborde me siento inclinada a cierta modestia de costumbres.

Domingo. No muy tarde. Voy hasta el locutorio de la estación a llamar por teléfono. Cuando regreso, un tipo que antes me había pedido un céntimo me encara otra vez: "Dame un céntimo". No tengo, le digo. El tipo me pega un codazo brutal en el costado. Me susurra: "Te mueras". Me doy vuelta por instinto, ni sé para qué, y susurro un insulto que quizás no entienda. Dentro de mí reverbera eso que conozco: una violencia que, si saliera, me mataría o haría que me maten.

Los chinos regentean los sitios que venden golosinas y gaseosas. Los pakistaníes y los

checos, los locutorios. Los árabes, algunas casas de comidas. Me detengo delante de una inmobiliaria. Veo los precios. Unos pisos precarios, de ochenta metros cuadrados, cuestan doscientos cuarenta mil euros.

¿Dónde vive la gente? ¿Cómo?

Ayer en la noche, caminando hacia la estación, una vieja viejísima, encorvada, del bracete de la que debía ser su hija, dijo:

—Con todo eso que han puesto, los satélites y no sé qué leches.

Y se rió, con una picardía de quince años.

Por la mañana, en la cafetería de un hotel que está frente a la residencia, una mujer vieja, muy arreglada, lee el periódico. Al rato llega una amiga. Hablan de albóndigas, del potaje que no se descongela. La que llegó más tarde saca de la cartera una Barbie, unos vestidos en miniatura, y anuncia que ha montado una empresa de ropa para muñecas. La otra la felicita.

—Y fíjate qué bien te queda, eh —dice, admirada.

Es como si la vida, aquí, nunca fuera del todo en serio. Como si siempre hubiera tiempo para algo más.

Ya sé qué pasa con los viejos: se dejan ver. En Buenos Aires los viejos no quedan con amigos, ni pasean del bracete con su esposa, ni toman helados o café. En Buenos Aires los viejos no salen de su casa. No tienen con qué.

Las inmobiliarias anuncian cosas impresionantes. Un pisito de setenta y dos metros cuadrados cuesta doscientos cuarenta y cuatro mil euros. O sea que a un tipo que en la Argentina ganara, digamos, seis mil pesos por mes —y si destinara a eso todo su salario—, pagarlo le tomaría más de veinte años. Terminaría cuando tuviera edad para mudarse a un sitio más grande, por aquello de la movilidad social. Si es que hubiera, claro.

Una escena desde la ventana de mi cuarto: tres autos detenidos, esperando detrás de un camión que carga containers de basura. Nadie grita, nadie se queja, nadie toca bocina. El conductor de uno de los autos baja las ventanillas, pone música, enciende un cigarro. Cuando los operarios terminan, el camión se pone en marcha y los autos retoman su camino. El asunto ha tomado más de quince minutos. Quizás veinte. Será eso la civilización: una cierta paciencia.

Caminando por la calle, luego de un almuerzo, uno de los profesores de la universidad dice que él no cree en nacionalidades. “Yo solo creo en los barrios.” Es una de esas frases que querría haber dicho —pensado— yo.

Siempre me impresiona cómo, en Europa, se vive con naturalidad en ciudades que son monumento histórico, patrimonio de la humanidad, reliquia pura. Cómo la gente camina sobre calles centenarias y apoya el culo en bancos de iglesias de mil años y estudia en aulas antiquísimas. En Latinoamérica si todo esto nos rodeara, le estaríamos poniendo cordoncitos y un cartel que dijera no pasar. Recuerdo, de pronto, Dubrovnik o Split, y esa sensación de pisar piedras como si uno estuviera mancillando alguna cosa.

Lo más desconcertante de estar en una ciudad extraña es que, a ciertas horas, todo el mundo parece saber a dónde va. Menos uno.

Un taxista, en Madrid, me cuenta con todo detalle la estrategia horaria que tuvo que montar para ver, hace algunos años, una exposición de Velázquez en el Prado que lo obligó a hacer cuatro horas de cola. Después me habla de sus planes para ir a la muestra de los impresionistas que auspicia Mapfre y donde siempre hay filas de tres cuadras. Le pregunto si le gusta la pintura. Dice “Bueno, no especialmente”.

En tren a Madrid. Sube un rubito con ropa de gimnasia negra. Otro, vestido de rapper, lo mira mal. Cuando en la siguiente parada se abren las puertas el rubito baja y corre, decidido, hacia una reja de cuatro metros. Apoya el pie en el tapial y salta. Me gusta esa certeza en la falta de límites. La misma certeza, claro, que lo transforma en un peligro vivo.

En Madrid, con los taxistas, el tema suele ser la crisis. En un trayecto entre el diario *El País* y Atocha un taxista me dice cosas como “Es que cuando no hay trabajo, no hay trabajo”. “Es que cuando no se puede pagar la hipoteca, no se puede pagar la hipoteca.” Me divierte esa tozudez que no deja espacio para rebatir. “Es que cuando aquí llueve, aquí llueve”, dice, cuando ya bajo.

Alcalá tiene una calle llamada la calle Mayor, que continúa a la calle de Libreros. Hay, allí, negocios apretados, uno junto al otro. Eso es, para mí, Europa: ese abarrotamiento en el que

caben una casa de alta costura, una mercería que ofrece bragas de abuela, un kiosco de chinos, una peluquería toda Kérastase, una bombonería fundada en 1846, tres tiendas que venden vestidos para novias y la casa de Cervantes.

En el tren a Madrid un nene llora. Se tapa la cara con las manos y grita, con total desesperación, por qué por qué por qué por qué. Me dan ganas de decirle que no se gaste, que nadie sabe por qué.

Por la noche ceno en un restaurante argentino que se llama El churrasquito. Los meseros son argentinos, el tipo de la caja es argentino, pero el ruido es el volumen universal del español: ocho grados por encima del grito. En una mesa hay dos parejas. Una de las mujeres dice, indignada, que parte de la crisis se debe a que los inmigrantes tienen más derecho que los españoles. Qué coraje, me digo, venir a hablar de eso en territorio enemigo.

No escribo desde el sábado y hoy es viernes. El martes escuché la conferencia de un científico que trabaja en el yacimiento arqueológico de la sierra de Atapuerca desde hace veinticinco años. En cada viaje a la sierra él y su equipo se hospedan en Burgos. Alguna vez alguien le preguntó qué hacían por la noche en Burgos y él, muy tranquilo, respondió que iban a la taberna y bailaban con sus chicas.

—Y luego me di cuenta de que nuestras chicas ya tienen cincuenta años. Y que llevamos veinticinco años bailando con nuestras chicas.

Miro la televisión. Anuncian el estreno del documental más caro de la historia, quinientos millones de euros. Muestran imágenes de ballenas, de morsas y morsitas, de tiburones. Después, el eslogan: "Queremos conocer las galaxias, y aún no conocemos bien nuestro planeta". Yo no había leído todo Dostoievsky cuando sin embargo, antes de leerlo todo, quise leer a Kafka. Y no había leído todo Kafka cuando sin embargo, antes de leerlo todo, quise leer a Irving. ¿No es ese discurso una negación de lo que mueve las obras de los hombres: la curiosidad? Los ecológicos. Un grupo de gente desinfectada, caminando orgullosa hacia un futuro sin riesgos.

El ruido que tiene el poder no es el de las trompetas, ni el de los bombos, ni el del aplauso. El ruido que tiene el poder es el que producen cientos de culos vestidos con ropa cara, levantándose de sus asientos en el exacto momento en que entra una majestad.

Su Majestad el Rey Juan Carlos entra en el paraninfo para la ceremonia de entrega del premio Cervantes a José Emilio Pacheco y, sin necesidad de que nadie dé una orden, acompaña a su entrada ese ruido triunfal.

Noticias desde Zimbabwe. Me dicen que no hay luz, así que compro una linterna. La pago cuatro euros.

Una camioneta recorre Alcalá anunciando la llegada de un circo. Circo Coliseo, treinta animales en escena, dice por megáfono una voz con acento italiano. La carpa del circo, que vi ayer mientras corría, es cremosa, elegante, a rayas azules y blancas. "Elefantes, impalas, leones, y lo nunca visto: cerdos amaestrados", dice la voz, y yo me digo que tengo que ver eso: lo nunca visto. Pero después no voy.

Sábado en Madrid. Los bares rebosan, los restaurantes rebosan, las taperías rebosan, la Plaza Mayor rebosa, los negocios de ropa rebosan, las tiendas de discos rebosan. Recuerdo nuestro año peor (2002, aunque fueron tantos), cuando nadie salía a la calle, cuando nadie se atrevía a comprar nada por miedo a la catástrofe que pudiera venir después.

Junto al Mercado San Miguel —antiguo, coqueto, gourmet, lleno de gente— hay tres parejas de mendigos, cada una en su umbral. A eso llamarán su casa. ¿A eso llamarán su casa? Frente a la FNAC hay un grupo de cuerdas

tocando *Las cuatro estaciones*. *Las cuatro estaciones* debe ser, a Europa, lo que *El cóndor pasa* es a Latinoamérica.

Una combinación indescifrable: se entierra a un franquista con honores (Samarranch) un día y medio después de una marcha masiva en apoyo al juez Garzón (que ha metido el dedo en la llaga de los crímenes franquistas).

Qué difícil.

Por la mañana, en la cafetería de la residencia, Mariano, el hombre que sirve el café, habla con una mujer y dice que las heridas, cuanto más lejos del corazón, más duelen. La mujer dice que ella hace diez días que no aparece porque le han operado la boca.

—Me quitaron piel del cielo de la boca y me la pusieron en las encías. Es maravilloso lo que hacen ahora, Mariano, que ni te cortan.

—A este lo dejaron como a un jugador de fútbol —dice Mariano, señalando a su compañero—. Le pusieron unos electrodos, unos cacharros, y lo dejaron como a un jugador de fútbol.

—Es increíble lo que hacen.

—Que sí.

Esa extraña sensación de tener la sensación —todo el tiempo— de que están usando un asombro muy antiguo para asombrarse de cosas no tan nuevas.

Es martes. Ceno en el restaurante argentino. Hay poca gente, apenas tres o cuatro personas en la barra, y todos miran la televisión. Pasan un programa conducido por una española que recorre Buenos Aires: San Telmo, la Boca. Los mozos, el dueño, la mesera, miran arrobados. La presentadora se acerca a un bebé que está con sus padres, en la mesa de un bar, y le canta: "Yo tengo un elefante que se llama trompita". Los mozos, el dueño, la mesera, sonríen con una nostalgia horrible y obvia.

Hay una tienda de ropa, casi al final de la calle Mayor. Paso por allí siempre que puedo porque tienen vestidos fabulosos. Cuestan, en promedio, unos trescientos euros y cambian la vidriera casi a diario. Un día entro a curiosear y pregunto por el motivo del cambio tan frecuente. Me dicen: "Es que no nos duran, los vendemos todos".

Qué difícil.

Me invitan a dar una conferencia, en noviembre, en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona. Debo hablar sobre el bicentenario, sobre las relaciones entre España y Argentina. En el minúsculo escritorio de mi cuarto de Alcalá empiezo a tomar notas. Escribo:

"¿Qué es España? Para nosotros, para los argentinos, para los que aportamos con cuarenta millones de habitantes a los trescientos setenta y cinco millones que, en diecinueve países, forman hispanoamérica, ¿qué es España? ¿El sitio del que nos independizamos? ¿El sitio del que venimos? ¿El sitio al que queremos volver? ¿Es la tortilla de papas, las doce uvas a las doce, los toros, el Quijote, Alaska, Almodóvar, Serrat, Sabina, Los héroes del silencio, Tomatito, García Lorca, Góngora, Quevedo, el vino, el Duero, el Tajo, la sangre y la tragedia, una plaza de piedra una tarde de sol, la Rambla, la Guerra Civil, el rey, la reina, el Escorial, Letizia, el Prado, Paquirri, los funcionarios de migraciones de Barajas, Machado, Miguel Hernández, la Virgen de la Macarena? ¿El único país de Europa donde hay vida más allá de las nueve de la noche? ¿El sitio del que nos independizamos? ¿El sitio del que venimos? ¿El sitio al que queremos volver?".

No pocas veces, más bien varias, esta escena: madres (muy jóvenes) zamarreando críos (muy críos) y diciéndoles cállate, diciéndoles imbécil, diciéndoles eres un bueno para nada, diciéndoles no, no te perdono.

Me depilo en Malvasol, un centro de estética. Me atiende una chica de veintiún años con ortodoncia de las de antes, con fierritos. Me pregunta de dónde soy. Cuando le digo que de

Argentina dice que le gusta mucho viajar pero que no ha salido nunca de su país. Me pregunta qué hago y, cuando le digo que soy periodista, pregunta lo de siempre: si he conocido a algún famoso. Pienso un poco, porque quiero ofrecerle algo decente, y le digo que sí, que hace años entrevisté a Paulo Coelho. Me dice que a ella le gusta Jorge Bucay y me cuenta el cuento de un elefantito —un cuento de Jorge Bucay— que la conmovió. Después me dice que la crisis está fatal, que ella trabaja mucho para ganar poco porque el convenio es malo. Que ha pensado en irse de España pero que le costaría vivir afuera. Le pregunto por qué. Me dice que extrañaría la comida, que acá comen mucho y a toda hora y que por las dudas está estudiando para policía, que es otra cosa que también le gusta.

La gran noticia, hoy, es el escándalo: el escándalo de la gente escandalizada con Zapatero, que mintió, y que, en vez de decir que los desempleados eran 4.700.000, como son, dijo que eran 4.200.000, como no eran.

Qué difícil.

En la cafetería del hotel, las mismas señoras conversan. Una dice, con frialdad, que, cuando te vienes vieja, la línea de los labios desaparece, los ojos se hacen más chicos, la piel de aquí te empieza a sobrar.

—Vamos, que no te reconoces.

—No es para tanto —dice la otra.

La publicó esta mañana el diario *La Razón*, pero ahora no puedo encontrarla. Era una nota sobre el hospital de Aguascalientes, México, donde le salvaron la vida a José Tomás, a quien corneó aquel toro. El artículo empezaba diciendo que el sitio no era una clínica suiza ni un sanatorio francés, pero que tampoco era tan sucio.

Qué difícil.

Dejo Alcalá para irme al África pero primero paso por Madrid, donde me quedo en casa de un amigo, en Lavapiés. Un día, recostada contra una columna de la Plaza Mayor, mientras miro a un grupo de baile de Galicia preguntándome si serán todos gallegos, pienso que he escuchado muchas veces en este viaje el argumento de que no se puede cantar tango si se es gitano, ni bossa nova si se es chileno, etcétera. Si siguiéramos el hilito del argumento hasta el final, descubriríamos que tampoco sería posible que un tipo de barrio, argentino y devoto del mate y el fernet, como Julio Bocca, bailara el *Cascanueces*. Digo, digamos, por ejemplo.

Una noche regreso caminando a Lavapiés y veo, frente a la catedral de San Isidro, un papel pegado en el piso, enmarcado con cinta scotch, que dice "Colombiano pinta uñas de pies y manos: prolijo". Hay un teléfono y el papel tiene tiras que pueden arrancarse para llevar. Un tipo que descubrió que la gente camina mirando el piso más que ninguna otra cosa es, además de un genio, un sobreviviente implacable. A lo mejor tienen razón en tener miedo.

Me voy a Zimbabwe, enferma. Ayer vinieron unos médicos, me inyectaron algo, me recetaron cosas. Para mi escándalo, en la farmacia descubro que una caja de cuarenta comprimidos de alguna de todas esas cosas cuesta apenas dos euros.

Qué difícil.

Después, Zimbabwe. Por muchos días. Por muchos días.

De regreso en Madrid paro en un hotel de la calle de San Bernardo. En el hotel han apagado la calefacción hace dos semanas y dicen que no pueden volver a encenderla aunque haga cinco grados: "Pero podemos darle una manta".

Cada tarde escucho historias tristes en los locutorios de la zona a los que solo acuden bolivianos, brasileños, peruanos: ya no bebas, mi hijito; llámame cuando sepas que estoy en la casa, ¿por qué siempre me llamas cuando no

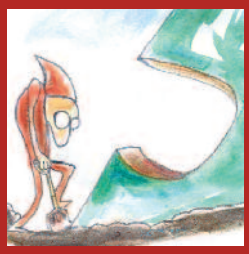
estoy?; cuídame al perro, porfa; es que la niña no quiere hablar contigo, ¿no lo entiendes?, ya no te recuerda. Algunos lloran. Cuando les cuento estas historias a mis amigos de acá se sorprenden: jamás han estado en un lugar así.

De la puerta de mi cuarto cuelga un cartel. En vez del atildado "Por favor, no molestar", el cartel dice, en mayúsculas brutales: "No molesten". Lo leo cada mañana, cuando bajo a tomar el desayuno. A veces pienso que es una forma, no demasiado mala, de empezar el día.

Nota: este texto fue escrito en el mes de abril del año 2010, en el marco del programa "Escritores en residencia" de la universidad de Alcalá de Henares y la Agencia Española de Cooperación Iberoamericana al Desarrollo (AECID).

AYÚDEME
NO TENGO NADA
YA NO DICEN NI "POR FAVOR"
YA NO DICEN NI "LO LAMENTO"

—Me gustan las miradas extranjeras de los lugares que conozco —le digo a Chiri, después de leer los apuntes de Leila Guerriero sobre España—. Prefiero mil veces los ojos sin historia de un corresponsal que los de un nativo.



—A mí también —dice él—. Hace mucho me voló la cabeza un libro de Gombrowicz, que se llama *Diario argentino*. El polaco dice que Argentina es un país al revés, "donde el pillo vendedor de una revista literaria tiene más estilo que todos los colaboradores de esa revista".

—Excelente —festejo.

—Y sigue: "Donde los salones intelectuales espantan por su insipidez, donde al límite de la treintena ocurre la catástrofe, la total transformación de la juventud en una madurez por lo general poco interesante".

—¿Ves? Es mil veces mejor esa mirada extranjera que la nuestra, tan costumbrista. Y me pasa lo mismo con la prensa. Me cuesta leer los diarios escritos por nativos: están muy embarrados, muy teñidos de mierditas internas... En cambio cae un corresponsal turco, ponele, y solamente ve lo que hay que ver, sin dolor, y te lo cuenta mejor.

—Sin pasiones —dice Chiri.

—Eso, sin pasiones. Otro gran libro es *The Return of Eva Perón* de Naipaul. ¿Te acordás?

—Claro. Nos lo prestó Rodrigo Lara, en los tiempos de *Énfasis*. ¿Se lo devolvimos?

—Yo creo que sí.

—Qué boludos.

—En castellano se llamó *El regreso de Eva Perón y otras crónicas* —le digo—. Naipaul viaja a Argentina a comienzos de los setenta para entender qué significa Perón para los argentinos. En esa expedición va a visitar a Borges. Después lo bautiza "bogus", que quiere decir falso, falaz.

—Gombrowicz también habla de Borges —dice Chiri—. En realidad, de sus fanáticos. ¿Te leo?

—Dale.

—Dice: "No es Borges quien me irrita, con él y con su obra yo llegaría a entenderme de alguna manera cara a cara…, lo que me irrita son los borgianos, ese ejército de estetas, cinceladores, expertos, iniciados, relojeros, metafísicos, sabiondos, sibaritas… Este artista puro tiene la desagradable capacidad de movilizar en torno suyo todo aquello que hay de más mediocre y castrado".

—Impresionante —acepto—. Y es verdad, sería imposible generar una mirada propia, nacional, con semejante desparpajo. Los apuntes de Leila Guerriero sobre España tienen ese motorcito. La brutalidad del que está de paso, del que no tiene que quedarse a convivir.

—En el cine, una de las mejores miradas de Buenos Aires la hace un director hongkonés, Wong Kar-Wai —me dice Chiri—. ¿Te acordás de esa película?

—*Happy Together* —le digo, en excelente inglés.

—Esa. Son dos chinos putos perdidos en Buenos Aires. No me acuerdo mucho la trama, creo que se encaman, se separan, a uno le dan una paliza... Pero el Buenos Aires que muestra el director de la peli es increíble. No es el típico cine turismo que te muestra lo de siempre. En esos barrios hay sordidez, hay verdad.

—En el libro *Buenos Aires dibujada*, de Miguel Rep, hay esa sensación de mirada extranjera —le digo—. No parece argentino. Son hermosos esos dibujos de los barrios porteños, con cartelitos, secretos y rincones. Los dibujantes tienen un cerebro distinto, saben ver de otra manera.

—Qué grande Rep —dice Chiri, hinchado de orgullo—. ¿Cuántas páginas hizo para este número?

—Catorce —le digo—. Textos y dibujos. Un día me mandó un mail diciendo que había leído un par de Orsai nuestras en un avión, y que le habían parecido excelentes. "Contá conmigo para lo que sea", me dijo. A mí casi me da un soponcio.

—Muy generoso y noble —me dice Chiri.

—¿Viste? No parece argentino. ►

CINCO ANÉCDOTAS PRIVADAS

Escribe e ilustra

Miguel Rep

Me pregunto qué es lo que hace *anécdota* a una anécdota. Tengo un amigo, en Mar del Plata, que siempre anda a la pesca del anecdotario ajeno, y cada vez que le cuento alguna situación dislocada con la normalidad, se le ilumina el rostro, lleno de rasgos enormes, y al día siguiente me pide que se la recuerde, hasta lograr su risa del otro lado del teléfono. Ese cuentito, que considero ramplón al ser vivido por mí, vuelve al tiempo como una narración de la que él se ha adueñado, y al contarla frente a otros, y siendo yo testigo, la veo transformada en algo que no se corresponde en términos de tempo y oralidad, sin la maestría de la narración de un, digamos, gordo Soriano, pero digna ya de ingresar en la interminable lista universal de las anécdotas ajenas.

He oído, como tantísimos privilegiados comensales, de la apropiación de vivencias retaconas notablemente estilizadas luego por Osvaldo Soriano. La capacidad embellecedora del gordo para volver inquietantes algunos flashes rústicos de nuestras propias vidas era conmovedora. Sus narraciones estaban llenas de bolazos, y uno los agradecía. No queríamos que se terminaran nunca. Pero se terminaron.

Hay una tendencia en el humor gráfico y en la historieta, heredada de cierto cine y literatura mal leída, de considerar que el autor tiene derecho a contar las vivencias nimias en departamentos de dos ambientes como si fueran perlas narrativas.

A mí me da mucha vergüenza leer esas chiquezas, como si estos enanos y enanas tuvieran la entidad de un Pratt, testigo de guerras, exilios y otras aventuras. No es lo mismo estar entre balaceras en la Etiopía de los cuarenta, que

ir a comprar un baldecito de arena para que juegue el nene, o la primera menstruación, y contarlo con lindos y amables dibujitos. He cruzado los Andes en mula durante seis días, viajé en la Fragata Libertad, participé del penoso periplo brancaleonístico del Mundial USA del 94 con el Negro Fontanarrosa, he hecho el ridículo en lugares muy expuestos, y todo lo contrario, pero por más que le doy vueltas a la memoria, mi pudor me impide rescatar una sola anécdota de esos momentos vividos y pretender que eso sea interesante para los demás. Pero quizás se deba a que soy un narrador limitado. Sirvo más para inventar historias que para narrarlas. Quizás si voy afilando la puntería de contar aquello que, un poco adornado, amerite contarse, me arroje alguna vez a transformarme en el abuelo cuentero, en el centro de mesas y fogones, en el inolvidable padre de *El Gran Pez*. Podría contar lo más original que me ocurrió en la vida, aquello que estoy seguro no pasó jamás desde el principio de los tiempos, desde el hombre y la mujer de las cavernas hasta hoy, ni volverá a pasar. Me llevará apenas unas pocas líneas: una mañana, en una playa del Atlántico mexicano, uno de esos reductos fumones, encontré una estrella de mar seca en la arena. Apunté al cielo, como quien tira un búmeran, y lo arrojé. Sorprendido, vi el final de su trayectoria. Se clavó entre las dos ramitas más altas de un árbol alto, y quedó ahí, incrustada, enhiesta, como una estrella en un pino de Navidad. Eso es lo que yo llamaría una anécdota. Y un milagro.

Pero ese fue un caso aislado. A la realidad hay que estilizarla. La realidad es petisa. Entonces, ¿qué es lo que hace *anécdota* a una anécdota?

PRATT

Recién llego a Venecia. Es la parte oscura de la madrugada. En Informes de la Stazione Ferroviaria me indican que para ir al Albergue para la Juventud tengo que cruzar con el vaporetto.

Pero el lanchón, en su parada, se mece solo, sin nadie alrededor. Nadie hace cola, nadie expende boletos, nadie pretende manejar la nave. Es muy temprano, y hace un frío de calarse. Mi pulóver de anchas rayas grises y blancas no alcanza a protegerme del rocío.

Camino y le pego un besazo a la petaca. Cansado y todo, tras un viajecito desde Viena, recibo las primeras impresiones de esas callecitas sin autos. Olores raros, gatos, ventanas cerradas, laberintos donde choco mi pesada mochila con esqueleto de aluminio. Primeros ruidos de Venecia, pisadas de las espaldas que van adelante y doblan y se pierden, agradable fragancia de una panadería. Amanece, como quien dice, clarea, y me siento encima de la mochila, bajo una arcada, en un final de calle que da al agua, y observo el golpetear de ese cacho de mar urbano en la veredita. Soy un fantasma en este paisaje medieval. Las luces cambian, se acerca la hora de la salida del vapor. Voy para allá.

De golpe me topo con una amplitud. La Plaza de San Marcos, esa postal tan conocida de antemano. Allá está el mar verde. Entonces baja una neblina y veo las primeras gaviotas. Qué lejos estoy de casa. Un marinero está leyendo un *Corriere*. En la portada alcanzo a leer sobre la muerte de Rock Hudson. Un fantasma recorre Europa, lleno de sangre contaminada, justo la primera vez que se me ocurre venir a este continente. Le pego otro chupón a la ginebra.

Veo algunas lanchas en el canal, entonces enfilo hacia la parada. Cada vez más gente, de la laburante, y ningún turista. Me guardo las ganas de tomar un café humeante y oloroso para cuando llegue a la Giudecca.

Estoy en el batello de la línea ochenta y dos, el vaivén me salpica la cara. Detrás del ruido del motor resuenan los chillidos de algunas aves. Hay palos clavados en el agua y bestias aladas marinas descansan ahí, paradas, atentas. Allá aparece una curva y, tras ella, la Giudecca. Estamos cruzando el canal: esbozos de sol rebotan en el dorado de algunas iglesias orilleras. El agua está cambiando de verdes. Un anciano italiano con gorra negra mastica un emparedado. *Emparedado*, ¿cómo vino hasta mí esa tremenda palabra de historieta?

Tengo una nostalgia que no es mía y siento que estoy viajando como quien lleva a otros que han quedado en el terruño y no pueden hacerlo. Quizás sea por la despedida que varios colegas me hicieron en una casa de la avenida Nazca: en sus rostros veía las ganas de emprender la aventura por el Viejo Continente, el sueño argentino de volver al origen.

Pero yo no estoy en mi origen, no tengo sangre tana. Tengo sí la cultura; es increíble lo familiar que siento este idioma y estos ademanes casi árabes.

Desde que crucé la frontera austríaca y sentí el griterío del norte de Italia, me relajé. Atrás quedaron los periplos españoles, franceses, belgas, holandeses, daneses, suecos, alemanes y vieneses que gasté en este mes y medio. Ahora me siento como en el conventillo de Boedo, oyendo el griterío de doña Carmela y don Salvador.

Estacionamos en la Chiesa dei Gesuati, atan la soga, y me dan una mano para pasar al muelle. La Giudecca. Miro el mapa y encuentro que el albergue está en esta misma calle costanera. Hacia allá voy. Necesito el cafecito y un colchón. Llego y, oh, está cerrado para los nuevos hasta las once. Es muy temprano aún. Me invitan a volver a la calle y a esperar.

Deambulo por la Giudecca. Es bien distinta a la Venecia que está enfrente. Aquí se vive. Su nombre indica que en esta isla vivían los judíos. Veo que hay una obra de succión del agua del canal, cercada con chapas. Por un agujero descubro el barro gris verdoso, denso y no muy profundo; la profundidad exacta en la orilla. Si vaciaran toda el agua del canal veríamos este barrial histórico y algunos de sus misterios en el fondo.

La cosa es que el sol ya está acá arriba y tengo hambre. Me compro unos panes enormes, y manteca. Me siento en una grada frente al mar.

Una gaviota huele mi hogaza y se para en uno de esos palos que salen del agua. Unto el pan. Estudio al bicho. Es muy grande y temible. Con ese pico te puede sacar el ojo. No mira hacia el agua. Mira el pan. Grazna de vez en cuando. Varios panes con manteca deglutidos después, le tiro migas. Se queda un buen rato conmigo y luego vuela hacia algo más consistente. Yo también necesitaría un buen pescado para acompañar el pan, maldita gaviota.

Estoy hace un rato aquí, ya son cerca de las once. Me saqué un montón de bolitas de lana del pulóver, me sacudí las migas. Preparo la mochila para ir al albergue. Me estoy por levantar y ahí lo veo. ¿Será él?

Salgo corriendo hasta la puerta donde desapareció su cuerpazo. Me detiene un gigantón con anteojos de sol en la entrada. El lugar se llama Harry's Dolci, y es un restaurante paquete.

El urso me pregunta quién soy, qué quiero. Es normal: soy un peludo mal trazado, con ropa de mochilero, indigno de entrar en ese reducto. Le grito, para que aquel que entró escuche:

—¡Es Pratt! ¡Hugo Pratt!

Y Hugo emerge, preguntándome:

—Eh, ¿qui sei?

—¡Soy un dibujante argentino, Pratt! ¡Soy dibujante, y estuve con usted en Córdoba, en el setenta y nueve!

Hay dos referentes mundiales de Venecia. Uno es Fellini; el otro está frente a mí.

Llegué hace un rato nomás a esta mítica ciudad, con el recuerdo permanente de todas las historietas de *Corto Maltés* que leí, imaginándome a Pratt saliendo de esta ciudad tras la guerra, habiendo dibujado *L'Asso di Picche*, para desembarcar en Buenos Aires y encontrar su madurez y el inicio de su mito en aquel lejano y entrañable Sur que le dio su primera fama y estilo. Si me dicen Venecia, yo digo Pratt. Y ahí está, en mi primera mañana, antes siquiera de alojarme en su piso flotante. Y eso que es grande Venecia. Y tiene miles de recovecos. Gente que aparece y desaparece en sus callejuelas. Ya me doy por hecho. No me lo van a poder creer allá.

Y entonces el Tano me hace un ademán y me hace entrar.

—Pasa. Siempre hay un plato para un dibujante argentino.

Y almuerzo con el gran Hugo.

LIBRO

El chico está encerrado en una habitación. No está bajo llave, pero es como si lo estuviera. ¿Qué hizo ese niño? Tiene la cara hinchada. Se aburre el chico. Afuera resuenan los corsos de pueblo. Ni se anima a abrir la ventana, no quiere ver la algarabía ajena. No por el contagio, no. Está en cuarentena. Está sentado en la cama. No hay nada divertido en esa habitación, ni siquiera lápiz y papel. Solo hay una repisa. Arriba de la cama, empotrada.

Estira la mano.

Ese chico fue traído al correntino pueblo de San Roque por su tío. Su tío Antonio había salido un tiempito atrás de la cárcel. Entraba y salía de la celda como quien vive en un hotel. Lo habían estafado y se comió ir adentro por firmar unos cheques. Pero todos lo querían al iluso Antonio, hasta que un día salió. Y al tiempo se metió en otra aventura comercial. Una heladería.

Entonces los padres del chico, llegados de Buenos Aires para pasar las vacaciones en otro pueblo, le cedieron al nene por dos meses para que ayude. Y el chico trabajó en la heladería. Veía hacerse esas cremas frías estiradas por la máquina, dando vueltas hasta lograr la consistencia, hasta que supo cómo hacerlo.

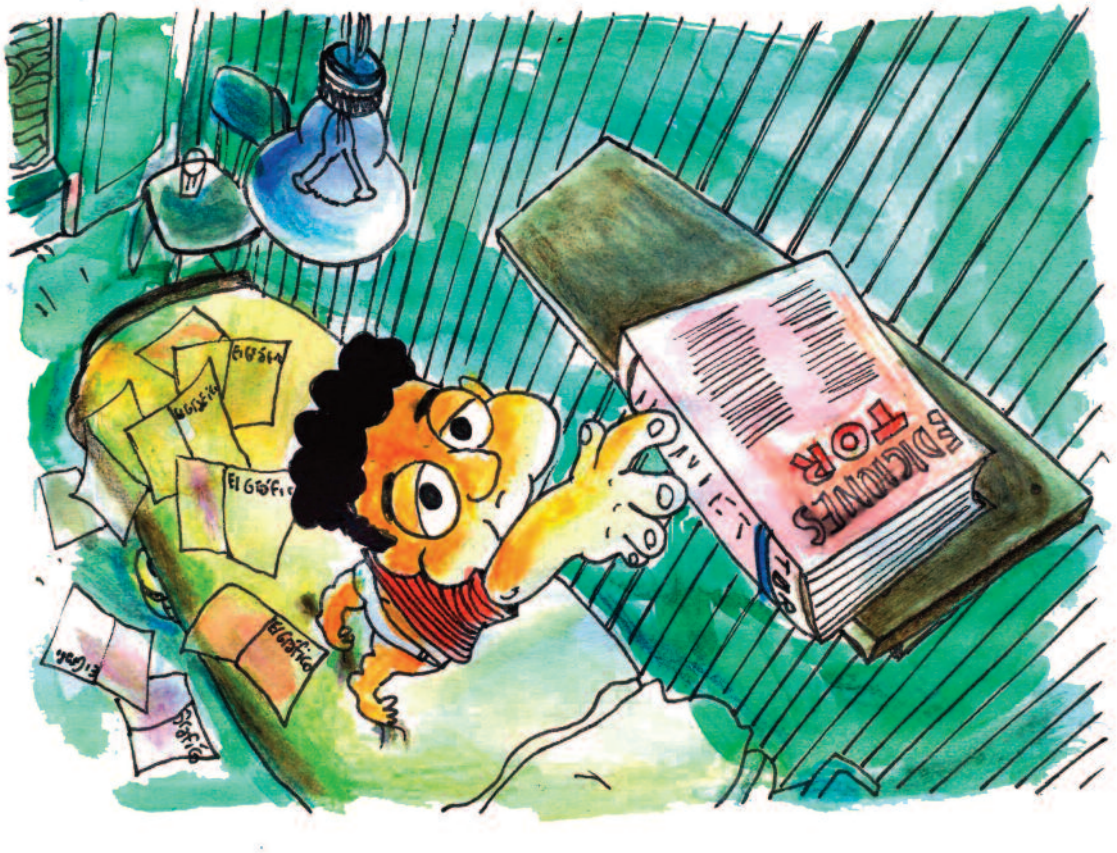
Después lo pusieron a vender también, para lo cual aprendió a llenar los vasitos y los cucuruchos con la terminación prolija. Sin embargo, durante las siestas, caminaba las calles de tierra con su caja de telgopor, gritando "¡helados!" en cada esquina.

Hasta que llegaron los corsos correntinos.

El tío armó puestos callejeros para vender helados de palito. Y serpentinas. Y papel picado. Y espuma. Para adornar la heladería y los caballetes de la calle, compró decenas de globos de tres colores. Y el chico fue el encargado de inflarlos a todos.

Al día siguiente tenía los costados de la cara hinchadísimos. No se quería ni mirar en el espejo. Sus ojos, naturalmente caídos, estaban más abajo aún. Le diagnosticaron paperas. Le dijeron al tío que había que aislarlo. Y encontró una pieza, en el caserón de un paisano árabe.

Allá fue el chico, lejos de la familia que ya había regresado a la Capital Federal, de sus hermanitos, de los helados, especialmente del de dulce de leche, lejos del yacaré atado en el baldío de la heladería, que tiraba dentelladas. De Nibal, el loco del pueblo y su júmper colorado. De jugar con el hijo de la viuda, la novia de su tío.



Y ahora, lejos de la gente que se tiraba agua y tomaba refrescos durante las noches de carnaval.

Su mano estirada advierte una pila de revistas. Las empuja hacia él y las deja caer. De todas formas quedan apiladitas sobre la cama. Son un montón de semanarios *El Gráfico*, con sus portadas de jugadores de fútbol. Refunfuña el chico: "Justo a mí que me gustan casi todas las revistas, encuentro unas que no me gustan".

Porque *El Gráfico* le recuerda que son las únicas revistas que están sobre la mesada de la peluquería de Tomasito. Y él odia que le corten el pelo. Lo obliga su papá, quiere el pelo como lo tienen los soldados. Entonces él odia la peluquería. Y a Tomasito. Y a *El Gráfico*. Y al fútbol. No puede ni ver esas fotos de equipos y goles. No soporta siquiera las figuritas de jugadores. Así que, bufando, hace a un lado la pila de revistas; las tira al piso.

Mira sus pies, el chico. Mira la puerta. Mira la ventana. Escucha el jolgorio. Se palpa las hinchazones debajo de las orejas. No le duelen, y hasta le parece que se desinflaron un poco. Mira el techo. Mira la repisa. Estira la mano. Un libro. Con las hojas como serruchadas. Voluminoso. La tapa promete.

Una especie de guerrero, un castillo, un fantasma. Abre el libro. Y entonces todo el bullicio, los griteríos con tonada guaraní, las ganas de salir, todo se borra.

Días después lo revisa alguien con guardapolvos y se dan cuenta de que todo era una hinchazón por inflar demasiados globos, y lo liberan. Volverá a Buenos Aires y, ese año, en cuarto grado, se enamorará de una rubiecita que no le dará bola, pero de quien él, por veneración, averiguará cada detalle de su vida, y uno importante: es fanática de Boca.

Entonces él, que por tradición familiar era tibiamente de River, se hace de Boca. Y será fanático. Y fanático del fútbol. Pero antes de que todo esto ocurra lo liberan.

Se lleva su bolsito; y el libro.

La tapa es un dibujo que promete una novela de fantasía heroica, muy atractiva para la edad de ese chico, que no parará de leerlo una y otra vez en esa estancia pueblerina. Y que seguirá leyendo, en distintas ediciones por supuesto, durante cada estirón, y luego sin estirones y luego y luego y luego, hasta hoy.

Ese libro es *Hamlet* y, aparte de todo, es una historia muy divertida.

BRECCIA

Esto debe haber sido allá por el ochenta y tres o el ochenta y cuatro. Tengo como una nebulosa. Pero era un viaje, sí, a Córdoba, a uno de los salones de la "Historieta y el Humor", que se habían vuelto míticos en los setenta, la última etapa de oro del género.

Yo me la pasaba deseando estar presente en uno de esos encuentros, mirando las fotografías de un joven Quino, veteranos Oski, Landrú, Lino Palacio, Ferro, dibujando y firmando catálogos a la gente. En esas fotos que se publicaban en blanco y negro también aparecían las arrogantes plumas de *Satiricón*, *Hortensia* y *Clarín*, el aún piloso Fontanarrosa, los delgados Crist y Trillo, un Altuna con bigotes y el capitán de la muestra, Cognigni. Eran imágenes del Parnaso y recién me asomaría a esas bienales en el setenta y nueve, como oyente.

La cuestión es que viajé a Córdoba como invitado menor, quizás exponiendo algún dibujo, pero sinceramente te digo, no me acuerdo. Lo que sí recuerdo es que tomé la decisión de bajar luego a Rosario, donde por algún motivo iban algunos dibujantes de puta madre. Y podés creer que no me lo acuerdo, al motivo. Es que se me confunden los viajes. Me acuerdo, sí, por alguna foto cordobesa, que estábamos los jóvenes de la *Humor*. Pero hasta ahí. Lo de Rosario, no hay caso. De lo único que me acuerdo en Rosario es de la noche en el cuarto de hotel con el Viejo Breccia y el chorizo.

El micro que salió de Córdoba capital paró rutinariamente en Colonia Caroya. Bajamos los dibujantes en pos de productos regionales. Estoy seguro de que mi viejo me pidió un salamín de esos pagos, y fue todo lo que yo compré: un largo y delgado salame de Caroya, envuelto en un papel de almacén. Habiendo cumplido con el souvenir, seguimos el viaje.

La cuestión es que el micro pasó por Rosario y ahí bajamos algunos. Y en un momento el viejo Alberto Breccia se dio cuenta de que yo estaba en banda, se apiadó y me ofreció compartir la habitación que le habían asignado. Yo tenía onda con el maestro, seguramente por mi trabajo durante cinco años como diagramador en la editorial que le republicó todo su material.

Alberto Breccia es el más grande historietista que han dado nuestras tierras. Uruguayo de nacimiento, se crió en Mataderos y laburó de tripero hasta que se puso a dibujar y se conchabó en una revista de éxito en los años cuarenta.

Era, en esa época, un dibujante clásico, influenciado por dos yanquis de moda. Hasta que un día se cruzó con Oesterheld y revolucionó el

noveno arte. Su estilo se volvió expresionista y de ahí en más brotaron decenas de seguidores por todos lados. Explotó los límites del dibujo realista y puso toda su habilidad técnica al servicio de la expresión. Rompió el manual de la narración, y empezó a diseñar sus páginas desde el negro hacia el blanco.

Dos genios del dibujo han salido de por aquí: uno es Oski, en lo suyo; y otro es el Viejo. Como persona era entrañable, cabrón como todo tipo honesto, con una voz entre aguda y de fumador, y unas sentencias devastadoras.

La había pasado mal, muy mal, y bien. Conocía su rol como maestro. Su fama era mayor en Europa, acá navegaba con su prestigio. Demás está decir que yo lo admiraba como la puta madre. Te diría que, a pesar de venir de otro palo, el humor, su influencia en mi visión de lo que es el dibujo, el gremio y la expresión, es capital.

Ah, ya sé para qué era lo de Rosario. Le hacían una muestra importante al Viejo. Menos mal que me acordé.

Así que esa noche iba a dormir con el genio. Lo vi enfundarse en su prolijo piyama, doblar cuidadosamente sus pantalones y camisa, mientras yo me despatarraba en mi camita. Hacía mucho calor.

Pero falta lo del chorizo de Caroya. Breccia lo vio sobre la mesa. Transpiraba tanto, el salamín, que el papel ya era grasa. Insostenible. Encima largaba una fragancia entre porcina y anisada. El Viejo no soportaba esa visión, ni esa sudorización olorosa.

—Miguelito, hay que hacer algo con ese salame —me dijo.

—No entra en el bolso, Breccia.

—Hacé algo. Es un espectáculo indecoroso.

Lo envolví en una frazada. Al embutido. Como a un bebé. Y lo puse en un estante donde se apila la ropa.

Alberto masculló algo, se rió, se acostó en su cama de cara a la pared, dio las buenas noches y le apagué la luz.

Yo estuve un largo rato con los ojos abiertos, pensando en si el chorizo aguantaría el calor de la frazada, si estallaría, si su olor sería insoportable, si, incluso, no roncaría. Temía dormirme y soñar que nos atacaba, o peor, que Breccia soñara con ese monstruo, y que moriría en Rosario atacado por un salamín de Colonia Caroya, un final expresionista, y todo por darle albergue a un dibujante desconsiderado.

Dormí poco esa noche.

DEMOCRACIA

Esa mañana terminaba la Dictadura. Muchos no habíamos tomado todavía el primer café en democracia. Todo parecía nuevo, hasta los pobres. El cielo parecía especialmente programado para la ocasión.

Jorge y yo nos adelantamos hasta la esquina de Avenida de Mayo y Bernardo de Irigoyen. Yo miraba el piso, el macadam ultrajado por las zapatillas y los zapatos de la Nueva Era. Las palomas, como siempre, no entendían nada. Esta era una multitud distinta, esperanzada tras una década de movilizaciones llenas de crispación. Mi hermano medio que se subió al verdoso cerco del subte y sacudió mi vista extemporánea hacia tantos pies.

—¡Ahí vienen! —me gritó.

Aceleramos hacia Plaza de Mayo, la caravana era lenta pero no había que confiarse. Mucha gente estaba esperando. A la altura de la Catedral vimos el descapotable. Le llovían papelitos y ovaciones correligionarias.

Apuramos el paso. Yo iba adelante y miraba a cada rato hacia mi hermano, que me seguía entre la densidad humana, cada metro más densa. A los codazos y tomados de la mano, avanzamos hacia la Casa de Gobierno, donde ya convivían los infectos *verdes* con los recién venidos *grises*.

Pensar que esta plaza, un año y ocho meses antes, estuvo llena de muchos de los que hoy están de nuevo aquí. En esa ocasión vitoreaban una altivez de pacotilla. Pensar que no hace mucho esta plaza se llenó de gente rabiosa que aplaudía una tragedia. Ahora se darían cuenta del último cheque en blanco que habían entregado los imbéciles estafados. Hoy, muchos de ellos volvían a llenar la Plaza. Se persignaban frente a la Catedral, rebillikenizaban el Cabildo, y renovaban su fe en el mastodonte rosado.

La cuestión era que nosotros dos, virginales, el pelo mojado, la mirada límpida, estábamos ahí también, casi en las escalinatas que dan a Rivadavia. Y entonces llega el auto, y los

custodios contienen un vacío para que baje el flamante presidente. Cada uno defiende como puede su posición para ver a Alfonsín de cerca.

Es un diciembre histórico, amerita ser un chusma, llevamos los ojos como cámaras fotográficas. Apretujados, ya nos lleva la marea. ¿Dónde nos metimos?

Alfonsín pasa con su pelo demasiado oscuro, su bigote seguramente perfumado, y todos lo quieren tocar. Él, seguido de su mujer y el vicepresidente, pisan la escalinata. Jorge y yo no tenemos los pies sobre las baldosas. La marea nos está subiendo.

A dos espaldas de nosotros está el flamante presidente, es decir, tres escalones más arriba. Ahí va Alfonsín, hacia su hora más feliz.

Y la veo: y me sorprenderá recordar así a la primera dama. Fijo mi vista en su sombrero, en su aspecto. Es una dama antigua, atrasa cuarenta años. No me sorprenderá tanto Víctor Martínez, su aspecto grisáceo-castrense, que traerá tantas sospechas. Ni, más allá, esperando en la puerta, a un desdibujado representante de los genocidas en retirada, Bignone, que no ve la hora de entregar el bastón.

Es esa señora, cuya imagen guardaré y me servirá, años después, para diseñar a la reaccionaria María Lorenza de "Los Alfonsín", en la revista *Humor*.

Y vamos, increíblemente nosotros, entrando a la Casa Rosada en la mejor hora, colados sin quererlo, hasta la calma del Patio de las Palmeras, y ahí nos frenan y nos guían hacia la entrada de Balcarce, la de los granaderos, la grande, por donde vemos, como una escenografía teatral, con luces que iluminan a todos los actores, a la gran masa del pueblo, y nosotros, dos de los primeros colados de la Democracia.

Nos miramos, pícaros, y salimos corriendo, saludando a todo el mundo. Dos hermanitos que entraron por el ano del edificio y salieron por la boca de la Historia.

OESTERHELD

Tenía en mis manos un hermoso original de *Ticonderoga*, pero no podía leerlo. Prefería hacerlo con las filminas. Era una por cada página, y las tenía que trabajar con luz abajo. Con esa transparencia previa a la impresión, para mí, era más fácil seguir la lectura. Los originales de Pratt eran para quedarse mirando, cuadro por cuadro, con esas bellísimas aguadas de tinta; páginas enormes. Encima estaban todas recortadas y pegadas con cemento de Villalba, a causa de algún rearmado que había sufrido en el camino. Cuando llegaron a la Editorial Record se mandaron a hacer las películas, reducidas al tamaño de la revista que las iba a publicar, *Pif Paf*.

Ahí yo la leía, sin interrupciones, y luego me abocaba a limpiar los reverberos, con yilé o cúter o raspín, sobre las emulsiones. Un trabajo de mucha paciencia. O algún retoque: seguir con pluma o rotring la línea del gran Hugo hasta el filete del cuadrito. Y, a veces, enhebrar el título con letraset cuando este espacio llegaba ausente. *Ticonderoga*. Qué gran historieta. De finales de los años cincuenta. El guion de Oesterheld. Héctor Germán Oesterheld.

Para el verano de 1977, Oesterheld empezó a venir esporádicamente a trabajar a la editorial. Después empezó a venir casi todos los días. La editorial ocupaba un piso entero en la avenida más ancha, divididas las oficinas en dos partes: la más extensa, que daba hacia la calle (donde yo trabajaba); y la parte de atrás, que se usaba como depósito, coordinación gráfica y administración. En medio de ambas la conexión era un pasillo estrecho; allí estaban los baños —de mujer y de varón— y una pequeña kitchenette.

Oesterheld laburaba en la parte de atrás. Su ceremonia era curiosa: redactaba sus guiones rápidamente, como un taquígrafo, con esos signos raros, luego los leía en voz alta a un grabador de cinta, y una secretaria los desgrababa y transcribía a máquina. Una vez que ella tenía una hoja, o dos, el viejo los leía y retocaba.

Todo era muy rápido. Así producía el Oesterheld al que yo, a veces, mudo, me acercaba.

Otoño del setenta y siete. Un mediodía me acerqué a su escritorio con un libro de la colección Salvat, tapa dura, a todo color, hermoso y caro, que había comprado en el Parque Lezica. Un huevo me había costado.

Yo lo veía muy ceniciento y barbudo a Oesterheld, triste, con la voz apagada, muy laborioso, pero como en otra cosa.

En la editorial nadie le daba bola, no se le acercaban. Él entraba por la puerta de atrás, y su recorrido se limitaba al pasillo: el baño y la cafetera. Pero yo iba, lo saludaba, le ofrecía un café, y ese día le mostré el libro: *Literatura Dibujada*. Se sintió atraído, dejó de trabajar un buen rato y yo aproveché para mirar junto con él las figuritas que recorrían la trama de la historieta. Hablamos de la guerra, de *Hora Cero*, de sus dibujantes, de lo que yo quería hacer. Lo percibí más animado. Y cuando apuré los trámites para volver a mi tablero, al escuchar el juego de llaves de mi jefe de arte al salir del ascensor, el viejo me pidió prestado el libro.

—Claro —dije.

Y me obsequió una Rhodesia.

Una cosa que me llamaba la atención era el reguero de tierra seca que dejaba en el pasillo. Se desprendía de sus borceguíes sucios.

Un día no vino más. Pasaron las semanas, los meses. Yo lo extrañaba, y extrañaba mi libro. Nunca me lo devolvió. Seguí leyendo todas las maravillas que había escrito; se me ocurrían nuevas preguntas.

Ya más grande supe de su calvario, sus cuatro hijas muertas por la represión, y él mismo, chupado a un centro clandestino de detención. Supe del Oesterheld desaparecido y me enojé con mis compañeros de la editorial por cómo me habían ocultado esa información. La recriminación se fue atenuando, pero la conciencia había nacido para quedarse.

Recién ahí pude dilucidar la ruta de un perseguido, un hombre que cambiaba de rutas. El guionista clandestino que dejaba regueros de barro seco sobre el piso encerado. ◣

HACE DOS SIGLOS LA VIDA ERA UNA EXPERIENCIA ESPANTOSA

CON LA LLEGADA DEL PROGRESO, TODO FUE MÁS SENCILLO

—Miguel Rep se pregunta, como nosotros tantas veces, cuál es la forma de mejorar una historia personal —le digo a Chiri—. Me encanta esa duda del principio: ¿cómo nace una anécdota? ¿Qué hay que ponerle, o quitarle?

—Por lo visto lo tiene clarísimo: me encantaron sus cinco anécdotas. El final de "Democracia" es maravilloso: "Dos hermanitos que entraron por el ano del edificio y salieron por la boca de la Historia".

—Si te ponés a pensar —le digo—, durante este primer año de Orsai, estas cuatro revistas que hicimos hasta ahora, tienen un noventa por ciento de textos en primera persona. Y en ningún caso los pedimos nosotros, me parece que hay un reencuentro con la anécdota, con contar las cosas desde una óptica personal.

—Oesterheld también sabía mucho del asunto —me dice Chiri—. Si te acordás, se incluyó a sí mismo como personaje en la primera versión de *El Eternauta*.

—Claro, es verdad.

—Él escucha el relato de Juan Salvo, y después revela que su intención era dar a conocer lo que escuchó escribiendo una historieta.

—Me conmovió un pasaje en la anécdota de Rep. Cuando Oesterheld le regala al muy joven Miguel un chocolate...

—Un chocolate no —dice Chiri— *El* chocolate: ¡una Rodhesia!

—Una Rodhesia a cambio de un libro que nunca le podría devolver. Yo leía ese fragmento no desde la mirada ingenua de Miguel, sino desde el desenlace conocido, desde la certeza de la desaparición de Oesterheld, y se me hizo un nudo en la garganta.

—Se tomó su tiempo para conversar con el chico nuevo de la redacción —me dice Chiri, recordando el texto—. Esa es la generosidad de un grande. Y está muy bien que Miguel lo escriba así.

—Otro gigante, Pratt —le digo—: no tuvo problemas en invitarlo a entrar. "Siempre hay un plato para un dibujante argentino", qué grande. Pratt generoso y humilde.

—¿Sabías que tuvo a Manara de discípulo?

—No lo sabía.

—Y no solo eso: escribió un guion y por primera vez no lo ilustró, sino que se lo dio a Manara para que lo dibujara. Esa colaboración se llama *Todo comenzó en un verano indio*, y se desarrolla durante la colonización de Nueva Inglaterra entre 1650 y 1690. Las nueve primeras páginas son mudas, hechas de miradas y silencios... Dos generaciones de dibujantes, dos monstruos de los cómics italianos juntos.

—Altuna también apadrina a jóvenes dibujantes —le cuento—. Defiende a su gremio. Participa activamente. Rep recuerda un Altuna con bigotes. Qué raro, ¿no?

—Una de las cosas que más admiro de Horacio es que tiene bibliotecas en todos los baños de su casa —me dice Chiri—. El otro día pasé a mear y no me podía ir... Había de todos los géneros, y buen material, lee una bocha. Los dibujantes, los pintores, son gente que por lo general leen mucho.

—Alberto Breccia también leía un montón —le cuento—. Decía que era un lector instintivo. De joven cambió cinco libritos de Sexton Blake por las obras de Poe prologadas por Baudelaire. "¿Por qué?", le preguntaron. Y dijo: "Por instinto".

—De hecho, hizo adaptaciones literarias: *Los mitos de Cthulhu*, *El corazón delator*, *Informe sobre ciegos*, *Martín Fierro*...

—Cuando conoció a Oesterheld —le digo—, en 1950, los dos estaban a punto de cumplir cuarenta años, nuestra edad de ahora.

—¡Qué animales!

—Todavía tenemos esperanza, entonces.

—Ah, pero tendría que ocurrir una magia muy grande para que lleguemos a viejos con esa fuerza.

—Magia y vejez —le digo—. Podríamos conversar sobre el tema con el que más sabe de las dos cosas en todo el mundo. ►

RENÉ LAVAND, EL MUNDO EN UNA MANO

Escribe Ulises Rodríguez

Fotos de Ariel Vicchiarino

En el invierno de 1935 un niño quiere ser mago. Estudia frente al espejo los trucos de barajas y monedas; le gusta el oficio. Dos años después, un accidente de coche le revienta el antebrazo derecho. Lo más fácil, en esos casos, es desistir. Lo más difícil es convertirse, con una sola mano, en el mejor mago de naipes del mundo.

Buenos Aires, invierno de 1935.

Mientras en el mercado, en los cafetines y en cada rincón de la ciudad los porteños no terminan de llorar la muerte de Carlos Gardel, un mago de origen chino, pálido y silencioso, deslumbra a chicos y grandes en el teatro Avenida con prodigiosos pases de magia. El mago se llama Chang. Todos los magos chinos se llaman Chang. Y todos llevan kimono. Este, en particular, lleva un kimono de seda natural con dragones bordados a mano. Marketing étnico. Cada noche la gente lo aplaude a rabiar, porque Chang es capaz de hacer que las cosas aparezcan y desaparezcan en cuestión de segundos, como si las tragara la cuarta pared del tablado.

Ver para creer, pero todo el mundo se deja llevar. Cuanto más grande la ilusión, mayor la fe del iluso.

Entre los ilusos que pagaron la entrada para ver al genial Chang hay un pibe en la platea que no quita los ojos del mago, atento a cada gesto, a cada movimiento de sus manos. El pibe se llama Héctor René Lavandera, y a partir de este instante solo le importará una cosa en el mundo: que el mago Chang lo haga más lento, para que él sea capaz de ver el truco. "Más lento, Chang; más lento", repite el niño. "¿O no se puede hacer más lento?".

Desde ese día extraordinario, una sola idea obstinada lo perseguirá para siempre: llegar a ser, alguna vez, como el gran Chang. Convertirse en Chang, sin kimono. Mira a su padre Antonio remendar zapatos y se pregunta por qué su padre no será Chang. Un amigo de la familia le enseña un truco simple: esconder una carta, que la carta parezca perdida y después, cuando todos hayan comprado el boleto, sacar la carta de un bolsillo, como si nada. Magia.

Ahora el pibe lleva un mazo de naipes a todas partes y practica el truco; lo hace en los recreos o escondido en el baño, para que nadie descubra el artificio. El truco del pañuelo, sale. El de la moneda, también. No será Chang, pero René empieza a sentirse un mago.

Tandil, invierno de 2010.

René Lavand habla pausado y cada tanto clava los ojos en el interlocutor, como una lechuza. De a ratos mira el fuego del hogar en su cabaña tandilense, a la que un cartel de troncos identifica en la entrada como "La Strega" —las brujas en italiano— en honor a la obra del violinista genovés Niccolò Paganini, un virtuoso con síndrome de Marfán: sus manos medían cuarenta y cinco centímetros. Se llegó a decir que Paganini había hecho un pacto con el diablo por su asombrosa técnica y sus adelantos musicales.

Otro cartel escrito en cursiva y pintado en madera, al costado de la cabaña, cita a Hamlet: "¡Oh Dios! Podría encerrarme en una cáscara de nuez y considerarme Rey del espacio infinito".

René bebe en pequeños sorbos una copa de vino y se moja los labios con la lengua, un gesto que repite de vez en cuando, aunque no esté tomando nada.

En un rincón, junto a un ventanal, se planta "Milagro verde". Tal el nombre de su laboratorio. Sencillo pero elegante. Un escritorio de roble con un paño verde, una lámpara, una máquina de escribir, un cortapapeles y las barajas. De un perchero cuelgan sombreros. Muchos sombreros. De ala ancha, de vaquero; sombreros panamá, de gaucho. Y en un paragüero, a la vista, asoma su colección de bastones. Bastones de madera, empuñados en bronce y tallados a mano.

Sombrero, bastón, corbatín, anillo de sultán, botas lustrosas, saco a medida, un Audi en la cochera, perfume importado… Con una ronda semejante cualquiera de nosotros estaría servido. ¿Qué más se puede pedir? Tal vez algo más: vender ilusiones.

Con tres cartas rojas y tres negras, Lavand puede hacer un show de media hora. Alterna las barajas, una arriba de otra, de manera que se mezclen bien. Muy bien. Pero al final siempre aparecen las negras con las negras y las rojas con las rojas. ¿Cómo lo hace?

Para que no queden dudas repite el truco, más lento. Pensamos en el mago Chang. Enfocamos el mazo. Pero es imposible adivinar el secreto. Entonces lo hace otra vez, ahora en cámara lenta.

—No se puede hacer más lento —dice, mientras vuelve a dar vuelta las barajas. Las negras con las negras, las rojas con las rojas.

Al final no es como Chang. Tampoco como el resto de los ilusionistas, que trabajan rápido para

despistar. Lavand lo hace lento. Y vuelve a repetir el truco, con una sola mano, hasta que no se pueda hacer más lento.

¿Pero cómo lo hace?

—Cuando empieza el espectáculo noto muchas caras que buscan la manera de descubrir el truco. Pero a medida que va transcurriendo el show el público se deja llevar, se relaja y disfruta. Diría que se deja engañar, porque la gente está ávida de ilusiones.

René mira la botella de vino, la levanta y la observa a trasluz, para calcular si alcanza a llenar dos copas. "Me parece que vamos a tener que sacrificar otra", dice. Y se ríe con una carcajada malvada de dibujitos animados.

Coronel Suárez, verano de 1937.

La vida porteña de los Lavandera quedó atrás. Ahora el niño juega al carnaval en la puerta de la nueva casa, mientras Sara, su mamá, lo relojea por la ventana. Todo es risas y baldazos de agua hasta que se escucha una frenada, un grito y enseguida el llanto desesperado del chico que interrumpe la siesta del pueblo. Una vecina con los ojos saltados de horror le avisa a Sara que René cruzó la calle y lo atropelló un coche.

Lo llevan al hospital, que está cerca. El auto le pisó el antebrazo derecho. Se lo reventó. "Hay que amputar cuanto antes para evitar la gangrena", dice el médico del pueblo, el doctor Patané, y no duda un segundo. Actúa rápido. Corta la parte más afectada por el accidente. La mano con la que René hace esos trucos que tanto les gustan a sus tías y a la gente del barrio. La mano que mejor baraja.

Héctor René Lavandera tiene nueve años. El niño todavía no lo sabe, pero para convertirse en un artista, a su apellido también le espera una mutilación. Un corte glacial en las últimas tres letras. Justo ahí, en el pasado del verbo ser.

—Después de esto un amigo de mi padre me dijo: "René, vas a poder llevar un balde el resto de tu vida. Dos baldes, jamás". Y yo pensé que si ponía mi cerebro en la baraja y el corazón en los públicos del mundo, iba a poder pagarle a otro para que me llevara los dos baldes a mí.

Aquello que para la familia fue una desgracia, para René se volvió el motor que le permitió desarrollar su arte. Un arte propio, hecho con barajas y objetos pequeños. Ilusiones en miniatura. Ilusiones hechas con cosas que caben en una mesa.

Tandil, invierno de 2010.

Aparece en la sala una mujer rubia de camisa blanca y pantalones negros. La mujer trae dos cafés en una bandeja.

—Le presento a Nora, mi compañera. La labradora de mi alma —dice y ella saluda con un beso.

—Hola, un gusto. No te olvides que a las diez nos encontramos para cenar en el hotel, y acordate de pasar por la farmacia a retirar los remedios.

Nora es rubia, agradable, veinte años menor que Lavand y la tercera mujer en la vida del prestidigitador. Antes estuvo casado con Sara, con la que tuvo dos hijas: Graciela y Julia; y luego formó pareja con Norma, de la que nacieron sus otros dos hijos: Lauro y Lorena.

René conquistó a Nora con un truco de navajas. De una navaja grande hacía que aparecieran otras más pequeñas en la mano de ella y luego otras más pequeñas aún. Cuando logró el amor de Nora, nunca más volvió a hacer ese truco. Dice que en la guerra del amor cada uno se defiende con las armas que tiene, y como el perfil griego no es su fuerte ha tenido que apelar a otros artilugios.

—Llevo cincuenta años de casado, solo que en tres etapas y con algunos meses de descuento. Cada divorcio fue morir un poco.

En una mesa de madera con vidrio encima hay fotos de Lavand y Nora con las pirámides de Egipto de fondo, otra con castillos españoles detrás, una al lado de Atahualpa Yupanqui, otra abrazado con el Polaco Goyeneche y una en la que se ve a René mezclando cartas y a David Copperfield mirando con asombro al ilusionista argentino.

Es confesa la admiración del mago más famoso del mundo por Lavand. El día de la foto, Copperfield se presentó en Lausanne, Suiza, una noche que René actuaba en un hotel, y le dijo que había viajado hasta ese lugar solo para verlo.

—Me hizo sentir muy halagado, por más que Copperfield no tenga nada que ver con lo que yo hago. La diferencia es abismal. Él viaja con cinco toneladas de equipaje y yo con cincuenta gramos, lo que pesa una baraja; él viaja con miles y miles de dólares en materiales y yo con cinco dólares, que es lo que cuesta una caja de cartas.

Tandil, otoño de 1950.

René mezcla las barajas en el comedor de su casa. Cada vez que las apila parece que ronroneara un gato. Su madre teje en un sillón y bufa. Él sigue como si tal cosa, hasta que ella no aguanta más, deja las agujas y el ovillo a un costado y le dice algo que viene pensando desde hace meses.

—Hijo… eso de la barajita está muy lindo, pero hay que ir pensando en hacer algo en esta vida.

Para no contradecirla, René entra como cadete al Banco Nación de Tandil, ciudad a la que se mudaron los Lavandera en 1943. Nada le impide contar fajos de billetes con una mano ni escribir a máquina tan rápido como el resto de sus compañeros.

En su casa el padre lo mira, con una mezcla de lástima y frustración, al verlo devorar cada noche el libro *Secretos de Cartomagia*, escrito por Joan Bernat y Esteban Fábregas.

—En sus ojos podía leer sus palabras: "Pobre hijo mío". Él sabía, tanto como yo, que ese libro estaba escrito para hombres con dos manos. Pero lo que él no sabía era de lo que yo iba a ser capaz.

René se convence a sí mismo de que una sola mano no le impedirá convertirse en el mejor. Aunque no existan libros ni maestros que enseñen ilusionismo para mancos.

—La única misión del artista es convencer al mundo de la verdad de su mentira, si no fijáte cómo mienten los poetas. ¡Qué mentirosos que son, pero qué bien mienten!

En un cajón de su escritorio, en el Banco Nación, René guarda un mazo de cartas. Cuando no quedan clientes, varios compañeros se reúnen a su alrededor para admirar su arte. Aquellos son los primeros aplausos, entre formularios, legajos y libretas de ahorro.

El debut en público tiene lugar en el Hotel Continental de Tandil. Un espectáculo de stand up para unas cincuenta personas, conocidos del trabajo y del club de esgrima, deporte que René practica. Desde ese momento, la insistencia de sus amigos para que se presente en Buenos Aires se hace constante. La primera puerta porteña se le abre con *El Show de Pinocho*, el programa de Juan Carlos Mareco. Un productor ve el show y lo contrata para que haga un número en el teatro Tabarís. Y de allí, sin escalas, pasa al Teatro Nacional, con espectáculo propio.

—Y gracias a aquellos vientos llegamos a estas tempestades —dice René, citando una de las tantas frases con las que se apoya en sus shows.

No suele leer libros, pero sabe cómo contar historias. Dice que las historias sirven para añadirle a sus shows la belleza del asombro. Admira a Jorge Luis Borges, pero no tuvo oportunidad de conocerlo. Sin embargo sueña siempre con él. Y en todos los sueños sucede lo mismo. Están frente a frente, pero René no atina a decir nada.

—Solo me quedo duro, escuchándolo. Y eso es todo.

Otro de los sueños recurrentes del ilusionista es el reencuentro con su mano ausente. Condenado a vivir en una mazmorra, sueña que la puerta de su prisión solo puede abrirse con su mano derecha: la perdida. Maldice a Dios y pide a los gritos que lo dejen salir. Siente los años de encierro. Transpira. De imprevisto la puerta se abre y sale llorando de alegría. Se alivia por un momento, pero vuelve a paralizarse cuando ve que del picaporte cuelga su mano derecha. De los recuerdos del pasado, ella, la mano inexistente, aparece para rescatarlo.

—Son los públicos del mundo los que tienen la llave; son ellos los que han abierto mi mazmorra para siempre.

Las Vegas, Cali; década del sesenta.

En el bolsillo derecho de su saco guarda la manga de la mano ausente. Da la sensación de que allí esconde su secreto mejor guardado. De que en cualquier momento estirará el brazo y sacará algo que asombrará y hará que todos se pongan de pie y suenen los aplausos. Aplausos que ha conquistado en los cinco continentes. Aplausos y billetes que ganó en 1963, cuando una gira por toda América lo lleva sin escalas a Las Vegas.

El rumor de que un mago manco ha llegado al casino del mundo corre rápido por la ciudad, y lo van a buscar los productores del show de Ed Sullivan. Piensan que tienen un nuevo freak para la audiencia americana. Qué justo. Ese día René juega sus mejores trucos y deja con la boca abierta a cincuenta millones de espectadores.

—Nunca olvidaré la cara de Sullivan y el asombro de quienes nos rodeaban. Un norteamericano llevando a la televisión a un prestidigitador manco… Era como presentar a un bailarín rengo.

La segunda hazaña ocurre en 1994. René viaja a Colombia para un show, una actuación para cuarenta personas en un hotel cinco estrellas con un caché desmedido. No sabe quién lo contrató. No le importa. Pero al llegar le cuentan que la fiesta está organizada por el narco

Rodríguez Orejuela, mejor conocido como "El ajedrecista", uno de los capos del cartel de Cali.

Entre platos de cocaína, mujeres platinadas y tipos trajeados con empuñaduras de pistolas en la cintura, René tiene que captar la atención de los invitados. Junto a él se presentan un cómico y una vedette. El cómico tiembla de miedo y no hace reír a nadie. La vedette no llega a actuar. Lavand se maneja como si conociera el ambiente. Está en el baile y le toca bailar. Le ofrecen cocaína de la más pura, pero en vez de aspirar, sopla. No es un buen comienzo.

Decide entonces subir la apuesta y arranca el show con una de sus mejores historias. Una historia de sangre, heroísmo y lealtad.

—Había terminado la guerra. La patrulla en retirada. Un soldado solicita permiso al capitán para volver al campo de batalla en busca de un amigo. Pero se lo niegan. "Es inútil que vayas, está muerto", le dice el capitán. El soldado desobedece la orden y vuelve al campo de batalla por su amigo. Regresa con él en brazos. Muerto. "Te lo dije, era inútil que fueras", lo retó el capitán. "No mi capitán, no fue inútil. Cuando llegué aún estaba con vida, me miró a los ojos y me dijo: sabía que ibas a venir."

Con ese relato consigue la atención de todos, y los trucos se suceden con aplausos de anillos de oro. El mismo Rodríguez Orejuela se acerca para felicitarlo. Nunca sabrá si fue cierto, pero el ilusionista alcanza a escuchar que el festejo tenía una razón: en esos días, los narcos habían matado a siete agentes de la DEA.

Tandil, invierno de 2010.

Son muchos los que se acercan hasta la cabaña de Tandil para aprender sus secretos. Él los tantea con preguntas, los estudia con paciencia. Ser alumno de Lavand cuesta miles de dólares. Y enseñar, para él, es cosa seria. Implica poner al descubierto técnicas que le llevaron años modificar y adaptar para su mano izquierda. Unos pocos privilegiados logran ser sus discípulos. René dice que no está dispuesto a perder el tiempo, y que enseñar no se trata de ganar dinero.

—Para ganar dinero prefiero dar un show de una hora, que se cobra mucho mejor.

Suena el teléfono.

—Hable… Sí, él habla… Mañana estaré allí, no se preocupe… Hasta luego.

Un inalámbrico en altavoz para oídos con audífonos.

—Llegué la semana pasada de Portugal; estuve allí catorce días para grabar ocho horas de DVD. Para la posteridad, como dicen. No alcanzo a bajarme del avión que me llama un porteño para un show de treinta personas. Me hablaba confianzudo, como si me conociera de toda la vida. Así que le pedí el doble de lo que cobro para que me dijera que no. ¿Podés creer que me dijo que sí? Entonces redoblé la apuesta y le exigí el dinero depositado en mi cuenta al día siguiente. Y me lo depositó. Al dinero ya me lo gasté, así que mañana voy a trabajar al pedo.

En Tandil la gente dice que René Lavand vive en un vagón de tren. Los turistas preguntan dónde queda la casa del mago y todos saben explicar el camino. Pero el vagón no es más que un gusto, un capricho: un furgón antiguo de ferrocarril para alojar visitas o tirarse a dormir la siesta. Otros comentan que tiene prohibida la entrada a los casinos.

—Todas habladurías. Me han llegado a preguntar si estuve preso y si me falta una mano porque me pegaron un tiro por tahúr. ¡Se dicen tantas macanas!

René se calza una campera de cuero marrón y elige un sombrero de ala ancha del mismo color. En un papel tiene anotado: farmacia, tintorería. Luego se juntará a cenar con Nora. El Audi —gris, largo y brilloso— está en una cochera, a treinta metros de la cabaña.

En el viaje hacia el centro de Tandil demuestra su habilidad para conducir. Mete los

cambios con la misma mano que toma el volante. En un segundo la cruza de lado y pasa a tercera como si nada. Debe ser otro de sus trucos. A diferencia de sus shows, mientras maneja no cuenta historias, pero aprovecha para putear. “Me cago en la mierda”, dice, por ejemplo, cuando no puede esquivar un pozo. Acentúa la puteada para que mejore el efecto. Y en ese instante se parece al Turco, el rufián que interpretó en la película *Un oso rojo* y por la que fue nominado a los premios Cóndor como actor revelación.

Hace rato que Lavand piensa en el retiro, “pero soy como Mirtha Legrand”, dice y vuelve a largar la carcajada.

A los ochenta y tres años lo fastidia la artrosis, un poco.

—Algún día voy a tener que aceptar que no me van a renovar el carné y tendré que dejarme conducir, pero de salud ando bien. Tengo el deterioro propio de la edad. El otro día se murió un amigo de un infarto, médico él. La última vez que lo vi, me dijo: cambio artrosis por coronarias.

El miedo de René es dejar de ir a España, donde tiene cantidad de amigos que visita cada dos meses. Su debilidad es Andalucía.

—Allí no me sirven, me atienden.

Cierra los ojos y recuerda los Jardines de Murillo, el barrio Santa Cruz —treinta mil metros cubiertos de cultura árabe—, los alcázares de Sevilla, la Giralda, los carros a caballo con sus cascos sonoros repiqueteando en el eco de la ciudad milenaria y, sobre todo, el paisaje humano: el paisaje andaluz.

—Es difícil dejar una vida tan millonaria, y no me estoy refiriendo al dinero. Sé que tengo que retirarme plantado con siete y medio, y no que el público me plante con cinco. Pero no sé cuándo voy a dejar de marcar siete y medio. Eso es lo que no sé.

CARTOMAGIA Y JUEGOS DE MESA
Póquer online
Ajedrez online
Tutorial de magia

—En la página 138 del primer número de Orsai conversamos un poco sobre René Lavand —me dice Chiri—. Y también lo nombra Natalia Méndez en sus "Sugerencias para futuros lectores". ¿Por qué será que nos llama tanto la atención?

Bicho
RODRIGO SOLÍS

—Supongo que lo que nos fascina —le digo— no es el hecho de alcanzar la perfección a pesar de la discapacidad. Sino alcanzarla *a causa* de la discapacidad. En el soneto hay también ese desafío. Se supone que el verso libre te da todas las posibilidades de alcanzar los mejores versos. En cambio el soneto te encarcela en once sílabas de catorce. Pero, por alguna razón, quien consigue componer un buen soneto siempre es más hábil que el que compone un verso libre excelente.

—No sé —me dice Chiri—. Es muy rebuscado. A mí me maravilla otra cosa en Lavand, y no tiene que ver con que sea manco. Su forma de contar las historias, o su obsesión por la lentitud en los trucos. ¿Vos veías *Las manos mágicas* en la tele?

—¡Sí! Era el mejor programa de magia del mundo. Además, inauguró algo que ahora es muy habitual: la demostración y la explicación de un truco de magia. Ahora lo hacen Penn y Teller, dos magos yanquis muy odiados por el gremio. Te explican cosas muy bestias, no sé si me gusta del todo conocer los trucos.

—En *Las manos mágicas* te explicaban trucos chiquitos, con cartas, monedas, billetes, sogas y cosas que podías encontrar en tu casa, como los objetos que maneja René.

—Nosotros íbamos a la escuela a la mañana, y solamente veíamos esos cortos en vacaciones, o cuando estábamos engripados. ¿Pero sabés qué? En la memoria tengo la impresión de que eran infinitos, nunca se repetían.

—Según dice en internet se hicieron, en total, ciento treinta cortometrajes. Y se pasaron en un montón de países. Mirá qué loco eso: las manos eran del ilusionista Leo Behnke, pero el narrador se llamaba George Mather. Y en esa época también los magos estaban enojadísimos, porque les cagaba los trucos.

—Yo me acuerdo que pasaban esos cortos antes de *El Show de los Tres Chiflados*.

—Hoy el mago Behnke es la mano derecha de David Copperfield —me informa Chiri.

—El supuesto mejor mago del mundo.

—Es el que tiene más presupuesto para hacer desaparecer un barco. Pero el mejor es René.

—Copperfield será muy famoso y lo que quieras, pero nunca le compusieron un tango.

—¿A René sí? —pregunta, curioso.

— Sí. Está en un disco que tenía mi abuelo: *Suburbios del alma*, de Marcelo Mercadante.

—¿Y ese quién es?

—Ni idea, pero canta un tango que se llama "Nunca juegues al póker con René Lavand".

—Por el amor de Dios —dice Chiri—, decime que lo sabés cantar.

—Obvio. Escuchá el principio —y le canto—: "Nunca intentes pelear con Ricardo Bauleo / Nunca le hables de amor a Libertad Leblanc / No te creas Don Juan si no sos ni Romeo / si sos de San Lorenzo y ella es de Huracán".

—No, por favor —dice riéndose—, lo estás inventando para hacerme doler la panza.

—No, existe: "Nunca dejes de soñar aunque sean pesadillas / Los malos pensamientos un día se irán. / Nunca digas 'y todo por una costilla'. / Nunca juegues al póker con René Lavand".

—¡Qué increíble! Es un espanto maravilloso.

—Sí. Lavand se merecía algo mejor.

—Ojo, porque sí tuvo un homenaje literario impecable: René aparece como personaje en la novela *Crímenes Imperceptibles*, de Guillermo Martínez. En una de las escenas del libro, Lavand hace una exhibición en Oxford, y pide "más luz". ¿Por qué? "Quiero que lo vean todo", dice René, mientras baraja con una mano.

—Hablando de homenajes literarios impecables —le digo a Chiri—, ¿ya leíste lo que nos mandó Rodrigo Solís sobre su hermana? ►

BICHO

Rodrigo Solís es un escritor mexicano que tiene algo que ningún otro escritor posee: su hermana es la mujer más hermosa de su país. ¿Cómo lleva un narrador, inédito y pobre, el éxito de una hermana que con solo sonreír y ponerse maquillajes alcanza la fama? Lo cuenta él mismo, con toda la rabia del mundo.

Escribe Rodrigo Solís

Ilustra Luis Gaspardo

Bicho

El póster de la película *El bebé de Rosemary* (una carriola negra sobre un risco donde suponemos duerme el bebé de Satanás) es cosa de niños si se le compara con la cuna blanca, cubierta por un velo, en la que mis padres depositan al último integrante de la familia.

El horror se apodera de mí.

Un presentimiento oscuro me envuelve.

Evito acercarme a la cuna, correr el velo, observar a la criatura, descubrir en sus rasgos (aún sin definirse, sin acentuarse, pero marcando la ruta a un lugar insospechado para mí) que hay algo extraño, raro. Si la familia Kent hubiera tenido descendencia, yo sería el hijo terrícola, el que observa con ojos redondos cómo mamá y papá adoptan a un ser que encontraron en el patio de la granja, encerrado en una cápsula de acero proveniente del espacio exterior.

Mamá tapiza el cuarto rosa de su hija con muñecas Barbies y afiches de las princesas de Disney.

—Vas a ser mi princesita —profetiza o advierte.

En el jardín de niños, la princesita de mamá es coronada Reina de la Primavera. La meteórica carrera hacia el estrellato está trazada. Anunciada por los astros. Sin embargo, algún dios envidioso lanza una maldición desde el Olimpo: la princesa se vuelve adicta a la comida chatarra y adquiere la forma de un salchichón; las orejas sobresalen de su melena enrulada cual parabólicas que intentan hacer contacto con su planeta extraterrestre; las extremidades se estiran como los tentáculos del Kraken.

Mamá quiere matarse.

O mejor dicho, matar de hambre a su hija.

Consulta con todos los nutricionistas de la ciudad. La somete a la dieta de la luna. Dieta de los asteriscos. Dieta de la sopa. Dieta shock de frutas. Dieta de la zona. Dieta mediterránea. Dieta milagrosa. Y otras dietas impensables.

Los ojos de Bicho se abren más de lo normal. Mamá detiene el coche.

Verte más joven y delgada, ¡sí es posible! Smart Lipo. La liposucción inteligente. Láser, ultrasonido de alta frecuencia…

—Princesa, es justo lo que necesitas —dice mamá. Bicho no responde. No quita los ojos del letrero.

Mamá arrastra a su hija hasta el local. Pide cita a una señorita de bata blanca. Bicho permanece muda en la sala de espera. Trata de imaginar conejitos blancos que brincan sobre la nieve, como el día en que varias agujas penetraron su piel luego de que mamá leyera otro anuncio: *Terapia de inyecciones para reducir "esos gorditos molestos"*. Pero el recuerdo de las agujas le pone la piel de gallina. Intenta espantarlas de su cabeza. Fracasa. El olor a alcohol que impregna la sala tampoco ayuda.

Mamá ojea una revista. Suspira cada vez que ve un vestido entallado en los huesos de una modelo.

—¡Maldita, qué cuerpazo! —dice, y le muestra la revista a su hija.

Un ruido extraño sale de una puerta. Es el sonido de una licuadora. La señorita de bata blanca, impertérrita, observa que varias jovencitas se agarran a las sillas con sus uñas.

—Tranquilas —dice—, es una máquina nueva. La usamos para hacer la carboxiterapia.

Bicho se apiada de la gordita que tiene a un lado. A leguas se nota que es novata. Le explica de qué se trata la carboxiterapia. Quince a veinte sesiones como mínimo. Agujas de insulina conectadas a una máquina ruidosa. Inyecciones de bióxido de carbono. Subcutáneas… Sus propias palabras la horrorizan.

—Es su turno —dice, finalmente, la señorita de bata blanca.

Mamá y Bicho entran al consultorio. La doctora tendrá unos veinticuatro años, tal vez más. Al observar su cuerpo, mamá y Bicho dudan de la verdadera eficacia del método. El cuarto es blanco. En una de las paredes refulge un diploma: *Licenciada en biología marina*. Bicho se siente una ballena, quizá un manatí.

—¿Cuántos kilos cree usted que puede bajar mi hija? —pregunta mamá.

Bicho se revuelve en la silla. La bióloga marina sonríe y luego pide a su paciente que suba a la báscula.

—Necesita bajar ocho kilos —dice—. No tiene sobrepeso, pero mis tratamientos la harán ver espectacular.

Mamá saca la sobregirada tarjeta de crédito.

Primer día oficial como escritor, o mejor dicho, como hombre desempleado. Una taza de café negro, sin azúcar, tal como dictan los cánones del intelectual, humea a un costado del teclado. Las yemas de mis dedos se impacientan por entrar en acción. Pero hay un problema. La página en blanco que resplandece en el monitor de la computadora es un desierto inmenso. Necesito una brújula. Un mapa. Reviso con minuciosidad de paleontólogo las libretas que llené durante todo el tiempo que fingí trabajar en el corporativo transnacional y en la universidad donde estudié una carrera que francamente odiaba. Sé que allí hay una novela. Escondida. Enterrada. Oculta. Susurrándome diálogos, personajes, historias. Cuestión de buscar con calma.

—Bebé, ¿qué va a ser de ti? —pregunta mamá, sigilosa como un ninja (sabrá Dios cuánto tiempo lleva detrás de mí), con los ojos rebosantes de preocupación.

Abro la puerta de casa. Descubro con alivio que no han cambiado la cerradura. Mis visitas a casa son esporádicas, con intervalos de varios meses entre una y otra.

—¡Bebé, regresaste!

Mamá se levanta del sofá, me abraza, me llena de besos, como si la ciudad pequeña y amurallada en la que me he autoexiliado para escribir la novela más grandiosa de mi generación estuviera del otro lado del Atlántico, y no a ciento setenta y cuatro kilómetros de distancia.

—Qué bonito regalo de cumpleaños le vas a dar a tu hermanita cuando te vea.

—Sí… eso espero —me embarga un sentimiento de culpa por haber olvidado el cumpleaños de mi hermanita.

Bicho no está en casa, mamá dice que ha ido a una sesión de fotos en la agencia de modelaje.

—Tu hermanita es modelo —me confiesa al ver mi cara de sorpresa—. Mientras llega, siéntate a ver Miss México conmigo.

En pantalla aparecen varias jovencitas en trajes de baño; cintas cruzan sus cuerpos con el nombre del Estado al que representan.

—En vez de bandas deberían ponerles precio, como a las reses de las ferias ganaderas —digo.

Mamá endurece sus facciones.

—No digas esas cosas horribles; tu hermanita va a ser Miss Yucatán el próximo año.

—Creí que Bicho quería ser periodista.

—Las mujeres podemos hacer muchas cosas al mismo tiempo.

—¿Como tener cerebro y ser tontas?

Mamá se cruza de brazos.

—Cuando veas a tu hermanita concursando, ¿también vas a pensar que es un pedazo de carne?

Por obra y gracia divina, un periódico de cierto prestigio me contrata para publicar una columna dominical. Traducción: salgo del

anonimato. Mamá deja de esconder mi profesión en sus mutualistas y reuniones de la Cruz Roja; incluso presume entre las cacatúas de sus amigas que tiene un hijo escritor, aunque nunca me lea.

Pero ahora está al otro lado del teléfono, y no la noto contenta.

—¿Me puedes decir qué fue lo que escribiste? —me interroga.

Trago saliva. La única forma de evadir el interrogatorio es preguntándole cómo va Bicho en sus clases de modelaje.

—Guapísima, tu hermanita bajó tres kilos y tía Machuca quiere llevársela a Televisa —dice orgullosa—. Pero no te hablé para contarte cosas de tu hermanita.

Mamá cambia el tono de voz con una brusquedad que logra helarme la sangre. Me explica, compungida y con lujo de detalles, que por mi culpa (esto se ha vuelto una costumbre) está al borde de sufrir un colapso nervioso.

Noto que no tengo escapatoria. El argumento más coherente es decirle que la próxima vez que las guacamayas esposas de los políticos que tanto gusta frecuentar en reuniones, desayunos, obras de caridad, etcétera, le hablen indignadas por alguno de mis escritos, el que fuera, haga de su conocimiento que su retoño murió carbonizado en un accidente de carretera el día que abandonó su casa para irse a vivir a otra ciudad.

—Cállate, ni de broma digas eso —me reprende. Acto seguido, regresa su voz a un tono entre dulce y alegre; me pide que la ponga al corriente de mi vida.

—Nada, aquí, escribiendo —es lo único que se me ocurre decir.

—Muy bien, bebé —dice, a manera de llenar los espacios vacíos que comienzan a abrirse en la plática, o quizás a manera de resignación.

—Gracias —digo, y me quedo en silencio.

Han cortado mi suministro de palabras.

El de mamá también.

De golpe y porrazo descubro que mi hermanita ya no es más una adolescente con cuerpo de embutido. Su vestido negro acentúa lo imposible: curvas de mujer en las que jamás había reparado.

—Estoy molida —se quita una banda con el logotipo de Mercedes Benz—. Seis horas de pie soportando a imbéciles mirones.

Le sugiero que suba a descansar. Que es importante que cuide su salud. Mamá me dice que estoy loco, que se ha pasado toda la mañana y la tarde preparando las botanas para la fiesta y que de un momento a otro empezarán a llegar los invitados. Así que a la voz de ya, Bicho tiene que subir a bañarse y a embadurnarse en cremas y polvos para disimular la cara de palo seco que tiene.

—Gracias por venir —dice Bicho y sube corriendo por la escalera. Los tacones suenan en cada peldaño.

—Pensé que habías dicho que era modelo —digo.

Mamá me mira con el ceño fruncido, y me aclara que, en cualquier agencia, el edecaneo es una parte fundamental en la carrera de toda top model.

—Además le pagan —agrega—. Y muy bien.

A diferencia de mis constantes fracasos por arañar la fama (ninguna editorial se anima a publicar mi novela; es decir, la novela más grandiosa de nuestra generación), mi hermana menor logra aparecer en los titulares y primeras planas de todos los periódicos de la Península.

—¿Así vas a ir vestido? —pregunta mamá al verme llegar a casa en jeans.

—Mamá, déjalo —dice Bicho.

Y se abalanza sobre mí.

—No te puedo besar —agrega—. Acaban de maquillarme.

—¡Nena, tu vestido! —mamá se horroriza.

Ahora Bicho se alisa el vestido.

—¡Muñequita, estás preciosa! —el que habla es P, nuestro primo hermano. P es un genio. Un genio de verdad. Tiene el IQ en la estratosfera. Pero eso ahora a nadie le importa; menos a mamá.

Saca la cámara.

—Actitud pandilleril —dice.

Bicho retuerce sus larguísimas extremidades superiores, encorva la espalda, flexiona las rodillas y frunce el ceño como una ruda negrata del Bronx. Clic.

—¡Otra Bichito! ¡Otra! —pide P.

—¡Ana del Socorro! —mamá se ofusca—. Nada de fotos. Ahora eres Miss Yucatán. Compórtate.

Bicho sonríe. Una sonrisa enorme.

—Foto, foto —insiste P, apuntando con la cámara—. Foto de Miss.

Bicho endereza la columna vertebral, pone los brazos en jarra, las manos apoyadas en la cintura ligeramente ladeada. Estira el cuello como un cisne inmaculado, y para mi sorpresa descubro que, por primera vez en la vida, es más alta que yo.

—Rodrigo, quítate —ordena mamá.

Clic.

—Acaba de hablar furioso tu hermano —dice mamá por celular—. Me dijo que un amigo suyo leyó una cosa horrible que escribiste de tu hermanita —mamá guarda silencio, me parece escucharla sollozar—. ¿Qué escribiste ahora, bebé?

—Nada —miento.

—Tu hermano tiene ganas de golpearte... —mamá hace una pausa para sorberse los mocos—. Dice que hiciste del dominio público que tu hermanita era bulímica.

—Sí, eso escribí —digo sorprendido—. Pero no era mi intención que…

—¡Dios mío! ¡No te das cuenta de que le pueden quitar su corona! —mamá estalla en llanto y no entiendo ni una sola palabra de las que balbucea.

En mi bandeja de entrada hay una retahíla de mails. Sospecho lo peor. Los leo uno a uno. Salvo excepciones, la mayoría de ellos me conmina a rectificar, a escribir una carta donde pida disculpas públicas, y de ser posible, a decir que no soy más el hermano de la soberana de la belleza de México.

Cinco primas (salvo a una, las aborrezco a todas; que quede dicho) escriben que soy un sinvergüenza, un poco hombre y un escritor sin talento. Catorce tías y doce amigas de mamá aseguran que soy una deshonra para la familia por ventilar secretos familiares, que la ropa sucia debe lavarse en casa. Dieciocho amigas mías y cuarenta y cuatro de mi hermana dicen que soy un envidioso, que las cirugías plásticas son una bendición. Treinta y seis mujeres que no conozco redactan inflamados insultos irreproducibles, diciendo que no tengo perdón de Dios por haber afirmado que mi hermana carece de alma tan solo por querer pegarse las orejas y ponerse tetas de plástico, y que si las mujeres están traumadas por su aspecto físico es por culpa de gente como yo, hombres de vientres voluminosos que exigimos esos estándares de belleza a mujeres que desde luego nunca tendremos en nuestros brazos. Dos exnovias, una de Campeche y otra de Mérida, coinciden finalmente en algo: “Ro, no quiero volver a saber de ti”. Y para no ir tan lejos, mi propia chica me escribe lo siguiente: “Eres un fanático, radical y moralista. Te advierto que apenas junte el dinero que me falta (el supuesto dinero que te pagarán por tu novela maravillosa) me voy a operar las nalgas como Ninel Conde”.

La casa de mamá es un hervidero de desconocidos, un ir y venir de personas que cargan vestidos, zapatos, collares, maletines, accesorios y demás artículos de belleza. Un sujeto de pelos parados, erizados, bien pistoleados, se indigna al verme inmóvil al pie de la puerta.

—¿Qué haces ahí paradote? —dice—. Sube esa maleta, rapidito.

Diligente, obedezco. Subo las escaleras. Entro al cuarto de mamá. Un batallón de hombres que confundo con mujeres cuelgan y descuelgan elegantes vestidos de noche de varias perchas.

—Pon la maleta ahí —dice una mujer (o tal

vez un hombre, no estoy seguro) señalando el único espacio libre que queda en el suelo.

Vuelvo a obedecer con diligencia. Coloco mi maleta de viaje en el suelo. Suena el timbre. Intento encontrar a mamá y a Bicho en mitad de todas las cabezas de peinados estrafalarios. Fracaso. El timbre insiste con sus pitidos.

—¿Qué haces ahí parado? —pregunta una voz aflautada de género indescifrable—. Abre la puerta, ¿que no oyes?

Obedezco.

—Venimos a filmar —dice un sujeto acompañado de otro tipo que carga una cámara de video.

No tengo que enseñarles el camino. Suben de prisa saltando de dos en dos los peldaños de las escaleras.

Voy a la cocina. Estoy hambriento. Abro el refrigerador: lechugas, zanahorias y otras verduras y legumbres me matan el apetito apenas verlas, inertes y saludables, en los estantes. Decido que es momento de huir de este manicomio. Me encamino a mi antigua habitación. Sorpresa. Ahora es un gimnasio.

Escapo de casa atropellando a toda la gente que se arremolina en la sala. El celular suena. Detengo mi carrera enloquecida en mitad de la calle. Es mamá. Pregunta por qué diablos he salido corriendo como un demente de la casa, sin saludarla. Le explico que me he vuelto loco o quizás he viajado a una dimensión paralela donde su casa no es su casa sino un refugio de plumíferos fantasmagóricos y perfumados que entran y salen de las habitaciones cargando maletas llenas de vestidos. Mamá me pregunta si estoy borracho, o peor: si he empezado a inhalar cocaína. Respondo que no, que estoy sobrio. Le confieso que soy demasiado cobarde y aburrido para empezar a meterme drogas por la nariz. Mamá ordena que regrese a casa.

—Ven, vas a quedarte aquí —y me esconde en el cuarto de Bicho.

—A ver, ¿quiénes son todas esas personas? —pregunto intrigado.

—Van a hacerle un reportaje a tu hermanita antes de que se vaya al DF.

—¿De qué es el reportaje?

—De su familia.

Mamá cierra la puerta. Me parece escuchar que pone llave.

Me quedo dormido y tengo una horrible pesadilla: Bicho es coronada Miss Mundo. El público grita eufórico. Mamá grita eufórica. Incluso yo grito eufórico. Cientos de fotógrafos la retratan desde todos los ángulos. El auditorio corea su nombre. Todos corren hacia el escenario y empiezan a tocarla. A palpar su belleza. La acarician. La besan. Pero no es suficiente. Necesitan más. Un fanático se aventura a darle un mordisco en el brazo. Quiere probarla. Conocer a qué sabe la belleza. Y otro, y luego otro. Y todos se abalanzan sobre Bicho y la devoran hasta el último hueso, como a Jean-Baptiste Grenouille al final de *El perfume*.

Abro los ojos. Sobresaltado.

—Qué bueno que viniste —dice Bicho, sentada al filo de la cama, tecleando algo en su Mac.

—¿Qué hora es? —pregunto frotándome los ojos.

—La una.

—¿A qué hora tenemos que estar en el aeropuerto?

—A las seis.

—Ve a dormir.

—No puedo. Tengo que terminar el ensayo que me pidieron en el concurso.

—¿De qué es el ensayo?

—De por qué elegí mi carrera, qué cosas pasaron en el camino, cómo llegué hasta aquí…

Bicho me cuenta que eligió su carrera después de leer algo mío. Le digo que está loca. Le digo también que es un grave error creer algo de lo que yo pueda escribir. Todo lo que escribo es mentira. Puras mentiras. Es de locos dejarse influenciar por un perdedor de mediana edad, desempleado, incapaz de ganarse la vida por sí mismo y de escribir una novela lo suficientemente buena para que los editores intelectuales dejen de rechazarlo.

—Vete a dormir —insisto—. Ahora te escribo el ensayo.

Cuatro de la mañana. Descubro que soy incapaz de inventar algo que pueda conmover a un jurado de belleza, o mejor dicho, a cualquier tipo de jurado.

Descanso los ojos un rato.

—Ya es hora —dice mamá, zamarreándome.

Mi figura maltrecha se refleja en las puertas de cristal corredizas del aeropuerto. Tengo bolsas bajo los ojos. Un niño se acerca a pedir un autógrafo.

—¿Me firmas mi camisa? —pregunta.

—Claro —responde Bicho. Los ojos enormes, brillantes. El pelo frondoso, sedoso, peinado de una forma imposible.

Dos viejos libidinosos se acercan. Piden tomarse una foto. Bicho sonríe. La gente en la sala de espera empieza a murmurar. Cuchichean. Aparece el maestro Yoda en persona.

—Mucho gusto —dice.

—Mucho gusto —dice Bicho.

—¡Oh! —exclama mamá al borde del desmayo—. ¡Armando Manzanero!

La esposa o novia o amiga de Manzanero no parece compartir el gusto de su esposo, novio o amigo, así que le regala una gélida sonrisa a Bicho y se lleva al maestro a abordar el avión.

Bicho se despide de nosotros. Abraza y besa a mi hermano. Abraza y besa a mamá. Abraza y besa a su novio, quien tiene que contenerse cuando dos hombres pasan y clavan la mirada ardorosa en la retaguardia de Miss Yucatán. Me abraza y me besa. Le confieso que no pude escribir ni una sola palabra de su ensayo.

—No te preocupes —me dice en un susurro—. Nada más no le digas a mamá.

El avión despega. Se pierde entre las nubes. Bicho finalmente está en el cielo.

El galán de moda en mi infancia, actualmente reducido a comadrear en programas vespertinos rodeado de mujeres voluptuosas y escandalosas como urracas, muy emocionado y parado sobre un taburete de madera para camuflar su diminuta estampa, pronuncia el nombre y los dos apellidos de Bicho. La escena es surrealista. Todo se pone en cámara lenta: el corazón me da un vuelco y pongo más empeño en contener las lágrimas que en sumarme a los aplausos, vítores y gritos de los miles de fanáticos que colman el auditorio para presenciar el concurso de Miss México.

Mi hermano y todos mis primos (hombres confesos heterosexuales) aplaudimos impávidos, decididos a no mezclarnos a participar en ese carnaval de alegría, hasta que Bicho camina hacia el ala este del escenario con la corona en la cabeza y nos regala una sonrisa llena de dientes. Nos desarma. Mi cuñado, abatido, se cubre el rostro con ambas manos. Presagia el vuelo alto, lejano y sin retorno del amor de su vida, la niña de los brazos de basquetbolista que amó en secreto desde que él era un niño.

En la sala de juntas del hotel más lujoso de la ciudad, Lupita Jones nos dice a mamá y a mí que de ahora en adelante también seremos famosos. Celebridades. Blanco de la prensa amarillista e insidiosa.

—Mucho cuidado con las declaraciones que hagan sobre ella —dice, la espalda erguida, llena de músculos; músculos que envidio luego de matarme por más de una década en diversos gimnasios, sin ningún resultado.

Mamá asiente confiada, se sabe una dama incapaz de declarar algo en perjuicio de su hija. Sin embargo, como si despertara de un hermoso sueño, repara en mi presencia. Se muerde el labio inferior. Intenta decir algo, pero prefiere callar.

—¿Alguna duda? —pregunta Lupita Jones.

Bicho ladea la cabeza, me mira con ternura. Tiene una sonrisa indeleble en los labios.

Me siento un intruso en la sala. En un principio me resistí a entrar, pero Bicho insistió en que debía estar presente en la firma del contrato que la acreditaba oficialmente como Miss México.

—¿Estás segura que puede entrar tu hermano? —dijo mamá.

—Faltaba más —dijo Bicho, tirando de mi brazo para meterme a la sala—. Es como mi papá.

Sus palabras fueron un gancho al hígado, se me doblaron las piernas. Mi único consejo, desde siempre, ha sido que desista de ser una Reina de Belleza, convencerla de que la belleza es efímera y que lo único seguro, lo que en verdad prevalece, es la inteligencia. Que los concursos de belleza no son muy distintos de las ferias ganaderas donde exponen y califican a las reses.

Valiente hermano. Menudo guía espiritual.

No en balde, días antes del concurso, mamá no dudó en declarar en una entrevista exclusiva al periódico (de cierto prestigio del que me corrieron) que yo no apoyaba a mi hermana. Incluso mamá prefirió salir retratada con Bucky, el perro de la casa, que conmigo.

—Te quiero mucho —me dice Bicho, y firma el contrato.

Al verla recuerdo años no muy lejanos.

Bicho parada todos los fines de semana ante coches último modelo o cualquier producto recién salido al mercado, sonriente; los pies llenos de callos, ampollas, hinchados, amoratados, sangrantes.

Bicho parada de lunes a viernes en conferencias, ferias ganaderas, expos, convenciones, centros comerciales, con la misma ancha sonrisa, estoica, soportando miradas lujuriosas y proposiciones, tanto de viejos rabo verde como de jovencitos metrosexuales calenturientos.

Bicho quemándose las pestañas delante de libros de biología, venciendo el sueño luego de extenuantes horas de trabajo; un maniquí humano tras los aparadores de tiendas modernas, decidida a ser el mejor promedio del salón de clase.

Bicho sudando sangre en el gimnasio, comiendo vegetales, visitando al endocrinólogo, enloqueciendo por sobredosis de Redotex, volviéndose adicta al Slim Fast y a otros licuados mágicos reductivos, sometiéndose a todo tipo de terapias de tortura: terapia de vendas frías, terapia de vendas egipcias, mesoterapia, vacumterapia.

Bicho capoteando con elegancia de torero al dueño de una agencia de modelos, cierto proxeneta que se atrevió a sugerirle que acompañara a cenar a hombres de dinero en hoteles lujosos de la ciudad.

Bicho sonriendo e hipnotizando al director de la universidad, semestre tras semestre, para que la mantuvieran becada en esa escuela impagable donde obtenía las notas más altas.

Bicho aferrada, constante e infatigable, a sus clases de teatro.

Bicho yendo de pasarela en pasarela sin cobrar un quinto.

Bicho perfeccionando su inglés en la madrugada.

Bicho durmiendo sobre las tapas de los libros de mis autores favoritos, rendida, exhausta.

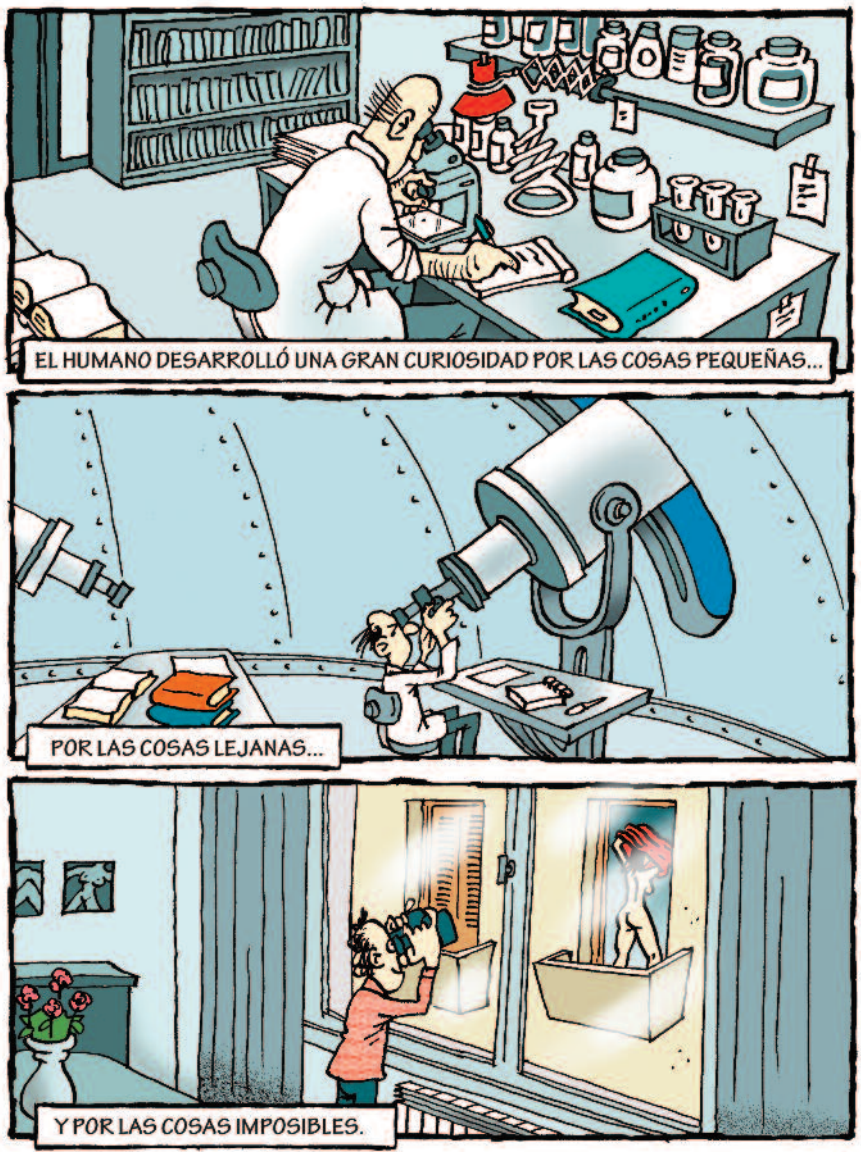
Bicho sollozando, tiritando de miedo, grabando a fuego en mi alma tres palabras que nunca olvidaré: no quiero morirme.

Bicho ingresando a un quirófano para sacarse grasa. Grasa incómoda, horrenda, asquerosa, acumulada año tras año por comer deliciosas golosinas que robaba furtivamente de la alacena, frituras crujientes que llenaban la culposa felicidad de sus días de niña.

Bicho con los ojos hinchados, enrojecidos, hablando noches enteras y sin obtener ninguna respuesta de ese señor que le decía “mi princesita”, y que un día cayó fulminado por un derrame cerebral.

Bicho y el ensayo que nunca pude escribirle.

Y que tal vez nunca pueda escribir.


EL HUMANO DESARROLLÓ UNA GRAN CURIOSIDAD POR LAS COSAS PEQUEÑAS...
POR LAS COSAS LEJANAS...
Y POR LAS COSAS IMPOSIBLES.

Celosos digitales

GUIDO CARELLI LYNCH

—Yo fui siguiendo, en directo, todo este asunto que cuenta Rodrigo sobre su hermana y la coronación —le digo a Chiri—. Rodrigo es un lector de Orsai de la primera hora, firma como "Pildorita de la felicidad". Un grandísimo muchacho.

—En el relato se nota que hay una gran complicidad entre los dos hermanos —me dice Chiri—. Está escrito con las tripas, es hermoso.

—Sí, gran texto. Quizá un homenaje a "Bicho" para equilibrar las cagadas que se mandó "Pildorita" en la prensa, y que casi hace desestabilizar la carrera de su hermana.

—Hablando de arruinar carreras... Hay un muy buen perfil sobre otra reina de belleza: "Miss Mundo ya no es de este mundo". Lo escribió Daniel Titinger, editor de *Etiqueta Negra*.

—¿Sobre quién? —le pregunto.

—Sobre la peruana María Julia Mantilla, Miss Mundo en 2004. En Perú Maju era intocable, una especie de deidad celestial, inmaculada y rebosante de bondad, hasta que llegó Titinger y la bajó a la tierra. En la tierra, por ejemplo, el ángel había pasado por el quirófano más de una vez. Y Daniel lo contó. Me parece que todo el entorno de Maju lo cagó a puteadas. Pero no lo entendieron, porque el perfil habla de otra cosa... Trata de desentrañar cómo se construye una leyenda. La crónica fue publicada en algunas revistas y, la versión definitiva, en el libro *Dios es peruano, Historias reales para creer en un país*, de editorial Planeta.

—¿Quién es la mujer más linda del mundo? —le pregunto a Chiri.

—Eso va por épocas —me contesta—. Actualmente, yo creo que la más linda es Camila Vallejo, la presidenta de la Federación de Estudiantes de Chile.

—¡Ah! —grito—. El otro día estuve como seis horas mirando videos de ella en YouTube. ¡Qué inteligencia, qué manejo de la retórica, qué tetitas! Al verla, uno no sabe si hacerse socialista o hacerse una paja. ¿Y de todas las épocas?

—Lindsay Wagner o Grace Kelly —me dice Chiri, con autoridad—. Una vez los italianos hicieron un concurso de belleza eterna, algo bastante absurdo. Participaron ciento veinte mujeres del arte anterior al siglo veinte. La ganadora fue Paolina Bonaparte Borghese, la hermana de Napoleón. Era pelirroja, y dicen que estaba buenísima, y que la gente se desmayaba cuando la veía.

—¿Sabés qué es el Síndrome de Stendhal?

—No —me dice.

—Una enfermedad que te agarra cuando te exponés a la belleza extrema —le cuento—. Se te sube el ritmo cardíaco, sentís vértigo y alucinaciones. Se llama así porque Stendhal experimentó el fenómeno durante una visita a la Basílica de Santa Cruz, en Florencia. Lo contó en un libro que se llama *Nápoles y Florencia: Un viaje de Milán a Reggio*.

—Rodrigo parece estar en contra de la belleza y a favor de la inteligencia —dice Chiri—. Pero después, al final del relato, reconoce los sacrificios de su hermana. Ese final es hermoso.

—A mí me hizo llorar —le confieso.

—Estás cada día más puto.

—Es que los conozco a los dos, y me dan ternura. Además "Bicho" es una chica increíble.

—Sí, está buena.

—No hablo de su belleza —le digo—. La conozco, es hermosa por dentro.

—¿Conocés a Miss México? ¿Personalmente?

—Personalmente no. Pero dos por tres me manda videos —le digo.

—¿Cómo videos? ¿Qué videos?

—Videos privados, solamente para mí.

—Me estás jodiendo.

—No. En serio —le digo—. Me manda videos.

—¿Y qué dice tu mujer?

—Se lo conté, y no me cree. Le parece imposible que Miss México me mande videos privados a mí —le digo—. En mi matrimonio, la incredulidad analógica es mucho más fuerte que los celos digitales. ►

CELOSOS

DIGITALES

Escribe Guido Carelli Lynch

Ilustra Alfredo Martirena

Eran mejores los tiempos en que no sabíamos dónde estaba nuestra pareja, ni con quién, ni haciendo qué. Todo el mundo era cornudo (como siempre) pero la tecnología no te metía el dedo en la llaga. Guido Carelli Lynch, el autor de este ensayo, padece una nueva patología del amor: su novia tiene un galán en Twitter y él no puede evitar ser fisgón de sus conversaciones. Por suerte, lo ayudan las viñetas del cubano Martirena, experto en tomarse los celos con humor.

Celosos digitales

Pensaba que los celos eran cosa del pasado hasta que un galán quiso seducir a mi novia en Twitter. La frase suena patética ahora que la escribo, pero no por eso duele menos. No solo duele: cada vez que reparo en ella me provoca ataques de acidez y una lista de afecciones escatológicas que no pienso revelar. Los celos arden. No es extraño que los romanos hayan usado la misma palabra para nombrar tres cosas en apariencia tan distintas: llamaban *zelus* al ardor, al celo y a los celos.

Un celoso es ante todo una persona de fe. También es lo más parecido a un hipocondríaco, alguien que no precisa estar realmente enfermo para padecer. Es un alma que no encuentra consuelo en el hecho objetivo de que la enfermedad no existe: de todos modos sufre y sospecha. Lo sé porque soy celoso.

Sospecho que este galán no es el único de los trescientos siete seguidores de Beatriz interesado en ella. Pero es el primero que se atrevió a coquetear impunemente frente a todo su timeline. Frente a mí. Lo peor es que es un colega. Ella jura y perjura que nunca lo ha visto personalmente. Yo sí lo he visto porque cada tanto va al diario en que trabajo para facturar. Sé, a mi pesar, cuánto gana. Claro que no se atrevió a avanzar sobre ella directamente. Hubiese sido más digno. Pero él, un huevón que pisa los cuarenta, prefiere tirotear desde su casa, frente a una pantalla y en ciento cuarenta caracteres. Es ingenioso y escéptico, como la estética aforística que la red social demanda.

Beatriz no me permitió dar rienda suelta a mis celos. Al principio, inocente y desconcertada, dejó que planteara libremente mis especulaciones, mis preguntas y mis ironías afiladas. Después de todo, en el año y pico de noviazgo que llevamos nunca le había dado motivos para sospechar de mi neurosis. A partir de entonces, mis provocaciones se multiplicaron: me desboqué y viví mis celos fuera del corsé de mi naturaleza travestida de joven posmo. Me cansé de las bromas inocentes y empecé a largar veneno. Me entregué con todas mis fuerzas al melodrama del despecho. Por un rato fue un alivio, menos para Beatriz. Su paciencia empezó a agotarse.

—Me aburre ya —me dijo, como quien da un ultimátum. No necesitó agregar nada más. No la entendí del todo, porque es imposible aburrirse de un celoso. Un celoso es, antes que nada, un tipo con una imaginación prodigiosa.

En las madrugadas en mi casa espié el perfil de Beatriz, que entendió el mensaje y no volvió a escribirle al galán, o al menos tomó las precauciones para que yo no me enterara. En cambio, su fan parecía no necesitar de sus respuestas. Contestaba solo —en un diálogo sordo— los tweets compulsivos de Beatriz. "Ah, qué placer. @beatriz quejándose de algo. Significa que el orden natural del universo se mantiene en eje", la invocó de pronto el galán, en público. Eso fue un jueves a las tres de la madrugada. Repetí en silencio mi exorcismo privado. Insulté a su familia, golpeé la mesa, cerré con violencia la notebook y volví a abrirla. Me tomé dos whiskies y un ansiolítico para apaciguar la locomotora que me presionaba el pecho, del lado de adentro, queriendo salir.

Estuve cerca de contestarle vía Twitter, pero me convencí de que en ese estado era mejor no dar batalla. Maldije a Beatriz y pensé en recriminárselo a esas horas, pero la frase "me aburre ya" retumbaba fuerte en mi cabeza. Me pude dormir dos horas después, cuando el combo tóxico surtió efecto y el día empezaba a aclarar.

Desperté decidido a pedir ayuda. Como siempre en estos casos de soledad desesperada, probé primero con Google. Encontré noticias inverosímiles. Como un artículo publicado en el diario *El Mundo*, de Madrid, sobre un estudio que aseguraba que los hombres de baja estatura y las mujeres altas son los más propensos a sufrir celos. Intenté calcular cuántos celos cabían en mi metro setenta y ocho. Aparentemente la investigación también demostró que los menos musculosos y las más gorditas son también quienes más pelean por sus relaciones. Lo verdaderamente desconcertante de la nota era la foto de Uma Thurman y Danny de Vito abrazados.

Inicié la sesión de Skype y llamé a Barcelona. Me comuniqué con mi tío Adolfo: filósofo, profesor de estética, exiliado argentino de izquierdas y, ya en España, residente de derechas. Adolfo está maduro, tiene sesenta y tres y un cáncer de próstata. Tiene además dos hijos, dos matrimonios que colapsaron y una lista interminable de amantes. Es una de las personas que conozco que más goza de la vida. Desde hace unos meses, sin embargo, anda de capa caída, no por el tumor y la radioterapia, sino porque su

última novia, treinta años menor, lo dejó por otro, a quien él llama "el maromo".

—Diga —contestó Adolfo.

—Hola tío —devolví sin identificarme.

—¿Qué hacés, *rigatone*?

—Escucháme, vos que sabés todo, ¿de dónde vienen los celos?

La pregunta era sencilla y directa. Así nos entendemos siempre. Adolfo, que está *realmente* convencido de que lo sabe todo, largó un bufido o una exhalación con balbuceos.

—Los celos no vienen de ninguna parte: están allí porque somos seres finitos. Hay que aceptarlos con resignación, tener la nobleza de sentirlos y, al mismo tiempo, contenerlos, para no enloquecer al objeto de nuestros celos.

Su serenidad y mesura me dejaron perplejo. El que hablaba como Adolfo no sonaba para nada al Adolfo que conocía.

—A veces no se trata de que uno tenga celos, sino de que la mujer es una perra —dijo al fin, rompiendo el hechizo—. Y otras veces son proyecciones de nuestras propias faltas. Por cierto, mi experra es muy celosa. Un monstruo. Porque está loca. Así que cuidado con los celos —me advirtió antes de terminar abruptamente la llamada. Entre las locuras de "la loca", que no es loca sino bipolar, hay que considerar sin dudas el haberse enganchado con un delirante como Adolfo.

Guido Carelli Lynch

Es difícil, pero es posible morir de celos. Mi perro Valentino, un cocker spaniel negro y el animal más neurótico y entrañable que jamás conocí, enfermó por mi traición. Un mastín napolitano llegó a casa y tuve que repartir el cariño que antes era solo para él. En dos semanas le apareció un tumor en el hígado, con metástasis: no hubo nada qué hacer. Enseguida comenzaron a fallarle las funciones neurológicas. Valentino, hasta el último día, en el que ya no podía mantenerse en pie, ladraba con alegría cuando le enseñaba la correa para pasear. Se murió un doce de abril, él tenía doce años y yo dieciocho. Nunca había llorado tanto. Odié al veterinario homeópata, que quiso combatir el cáncer con globulitos, y me odié a mí, por la culpa que todavía siento. Lo cierto es que Valentino no murió por el tumor ni por la casualidad. Lo mataron los celos.

Yo no pensaba correr la misma suerte. No quería perder a Beatriz ni a mi salud, que con los nervios de la sospecha empezó a fallarme. "No sé si es una gripe o estoy somatizando", le dije a Ariel.

Ariel fue mi compañero de banco durante todo el secundario, pero nos dejamos de ver por culpa de sus celos. Le gustaba Eva. Yo lo sabía y no hice nada por impedir que se fuera con Fernando, otro amigo. "Son cosas de chicos", me dijo la tarde que nos reencontramos varios años después, luego de contactarnos vía Twitter. Ariel es programador de sistemas y lo más parecido a un hacker que conozco. Además, es pícaro y travieso. Es la clase de gente que en la escuela volaba inodoros.

—Escucháme, ¿podemos reventar una casilla de mail?

A Ariel se le iluminó la cara.

—Me quiero cargar al tipo que se quiere levantar a mi novia. ¿Podemos hacer eso? ¿Podemos quemarle la computadora con troyanos? Se la buscó, no pasó nada, pero se la buscó. Que sufra, yo estoy peor. ¿Podemos?

—Podemos.

—¿Podemos hacerle mierda su Twitter? ¿Quedarnos con su cuenta?

—Podemos —sonrió.

El corazón me latía rápido. Cosas así ocurren todo el tiempo y la mayoría de las víctimas se resigna a llamar a un técnico sin saber nunca por

DEBO CONFESARTE ALGO, PERO NO TE PONGAS CELOSO, TENGO A OTRO, EN EL PANTEÓN DEL FINAL A LA DERECHA...

qué les pasó a ellos. Es como el cáncer. Ariel estaba dispuesto a hacer lo que le pedía, sin correr ningún riesgo. Solo entonces se me ocurrió que si accedía a la cuenta del galán para destruirla (y destruirlo a él eventualmente), bien podía comprobar antes si Beatriz había mentido, si era cierto que no habían tenido más contacto que esos pocos tweets. La idea me aterrorizó. "No pasó nada, pero se la buscó", había dicho. ¿Y si había cientos de mensajes privados? Con seguridad habría alguno por lo menos. ¿Habría?

Contemplé a Ariel con admiración. Si yo tuviera sus saberes, esa habilidad para infiltrarme y controlar, nunca descansaría. Me sentí enfermo y le dije que mejor le diéramos una semana más de vida al tipo, a ver si todavía le quedaban ganas de seguir twitteando. Después de todo, lo comprendía; a él le gustaba mi novia y a mí también.

Acompañé a Beatriz a la estación del subte una mañana. Íbamos a pie por avenida Cabildo cuando me llamó la atención una revista en la vidriera lateral de un kiosco. *Mujeres fuertes y libres*, se llamaba. En letras rojas, su titular decía "Dominá tus celos".

—Mirá —le señalé con una risita cómplice.

Festejó el chiste, aunque en realidad, sospecho, hubiera preferido que no existiera. Ella prueba mis celos. Yo, su tolerancia. El equilibrio es frágil.

—Debería comprarla, ¿no? —le dije.

—Ñoño —me insultó amorosamente.

Apuramos el paso porque llegaba tarde a trabajar. Caminamos en silencio y de la mano hasta Congreso. Nos despedimos con un beso largo.

Volví al kiosco y compré la revista. Apenas entré a casa me dediqué a desmenuzarla. Mientras pasaba sus páginas livianas, obvias y sin sentido, repasé los tweets que se robaron mi calma y la paz de mi relación con Beatriz. Porque tal vez ella tenía razón y exageré. Seguro. Sin motivos reales, se me había salido la cadena y había reaccionado a destiempo, por esos reflejos que tienen que ver más con quienes fuimos que con quienes somos; por esos cortocircuitos que se producen cuando el pasado se hace presente. Sucede, por ejemplo, cuando tu novia te llama igual que tu ex, ya sea para mimarte o para insultarte. Cuando un trozo de una vida anterior se cuela entre las neuronas. Es como un desacople temporal del cerebro. Así que estos celos, concluí, no eran por Beatriz ni por ese sinvergüenza. Eran los celos de siempre que me traicionaban, los que descubrí a mis catorce, cuando otro galán —de menor estatura pero un año mayor— se quiso quedar con mi novia de todo el secundario. Y casi lo logra. O esos otros, más enfermos, que nos profesábamos con otra ex, en una espiral sin remedio. Eran todos esos celos los que revivía ahora; pobre Beatriz.

Pero los tweets del galán y las respuestas de Beatriz que motivaron esta caída al vacío todavía estaban ahí, online, para el que quisiera buscarlos. Nunca los había podido ver con calma, como hasta ese momento. Leí cómo ella le festejaba sus ocurrencias y sus chistes, y él, claro, se los devolvía. Vi al patético exponiendo su historia de desamor con otra. Y a Beatriz que lo consolaba: "ánimo", le decía. El imbécil insistía: "no quiero tu pena". Toda la conversación —cada tweet y cada puñalada a mi orgullo en ciento cuarenta caracteres— está teñida por ese tono insoportable que quiere ser chistoso e irónico para ver cuál de los dos es el más perdedor, porque por alguna razón los antihéroes son los preferidos de la multitud en Twitter.

Por fin, encontré un par de #FF mutuos. No es extraño. Beatriz recomienda casi todos los viernes con ese hashtag a algún usuario que conviene seguir. Apenas un #FF y la cuenta en cuestión. Con él hizo igual. Nunca da mayores motivos. En rigor, las pocas veces que ha dado explicaciones, han sido guiños para mí; me recomendaba a mí. El galán, en cambio, precisaba por qué la recomendaba, también con un chiste. "#FF a @Beatriz, ya que hoy no podré jugar al ajedrez online, porque estoy muy ocupado."

Contuve la respiración y creí escuchar mi corazón otra vez. Ya conozco mis reacciones, miré de reojo la mesa con las bebidas, pero me convencí de que era muy temprano. Seguí bajando el cursor y husmeando la conversación ajena (pero pública) entre esos dos traidores, entre esos dos extraños. Porque así veía a esa otra Beatriz que escribía idioteces a deshoras. Retrocedí una semana y encontré una batería de comentarios entre ambos. Esa vez —es evidente por las tonterías que escribían— sí habían logrado jugar una o más partidas de ajedrez online. Yo estaba a catorce mil kilómetros, en

Londres, de vacaciones. Intenté reconstruir paso a paso qué había hecho ese día, adónde había ido, con quién había estado. Ese día, como casi todos los de mis vacaciones, nos encontramos con Beatriz en Skype. Así que horas después, sin programa, se había quedado en su casa con una botella de vino y el universo virtual de su computadora. Primero en broma, después un poco más en serio, había desafiado a cualquiera de su timeline a jugar una partida. Entonces, entre todos, emergió esa víbora, que al cabo de algunas jugadas y otros tweets escribió: @Beatriz #TeDijeTenésUnosOjosMuyBellos?". El siguiente mensaje también era de él. Esta vez le recriminaba "No sabés aceptar un piropo" y continuó "#FueFraseDeCaballero". El resto es una pérdida de tiempo. Esa noche, además, y para coronar la traición, se hicieron amigos en Facebook.

Después de esa dosis de masoquismo, me convencí de las bondades de un vaso de whisky. Necesitaba hablar con alguien que no me juzgara, ni me escuchara en silencio; alguien con consejos y respuestas, aun equivocadas. Me conecté a Skype y volví a llamar a Adolfo.

—Diga.

—Hola tío.

—¿Qué haces, *rigatone*? Se te escucha apagado.

—Estoy mal, envenenado. No puedo más con estos celos de mierda.

Adolfo celebró la elección de palabras, porque nadie que hable castellano pronuncia "mierda" marcando las erres como los argentinos. En los últimos años el tema del exilio se le volvió cada vez más recurrente y la Argentina —la idea, no el país— se convirtió para él en una debilidad. Por eso "la loca", que es argentina, lo puede tanto.

—Mierrrrda —repetía entre carcajadas.

—¿Qué hago? —lo volví a arrastrar a la realidad de mi delirio.

—Ya te dije, ojo. Este boludo no te la robó y la vas a perder de tanto joder. Y tené cuidado, porque si seguís así, tu madre empezará a decirte que detrás de tus celos hay un deseo homosexual.

—¿Mi madre? ¿Por qué?

—Porque Freud lo dice y para tu madre, como para todos los psicoanalistas, es cosa seria. En tu caso y en pocas palabras, diría que el que en verdad te calienta es ese galán del que no podés dejar de hablar. Buscálo en internet, el artículo se llama algo así como neuróticos, celos y homosexualidad, de 1922.

—Lo voy a buscar —iba a cortar pero pregunté por cortesía—: ¿tus cosas?

—La loca llamó hace unos días, arrepentida. Le dije que si quiere volver, me tiene que traer la cabeza del maromo y los huevos además.

Tomé coraje y otra medida y busqué en Google el artículo de Freud. No tardé en encontrar cuatro páginas con el título "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad". La primera frase es angustiante y tranquilizadora a la vez: "Los celos, como la tristeza, se cuentan entre aquellos estados afectivos que hemos de considerar normales". Celoso y triste, así me sentía, pero normal después de todo. Sin embargo, agrega Freud —y por ende mi madre—, existen tres tipos de celos, los normales, los proyectados y los delirantes. Creo que puedo ubicarme en el primer grupo: tengo una herida narcisista y temor a perder a Beatriz, mi objeto erótico, y quizá tenga también algún trauma infantil con mi complejo de Edipo, que Freud cita aquí.

Los celos proyectados, según descifré, provienen de las propias infidelidades o del impulso a cometerlas. Entonces reparé en que de las noventa y seis cuentas de Twitter que sigue Beatriz, apenas veinticinco son de mujeres. La proporción es más o menos la misma entre sus trescientos seguidores. En mi caso es igual. La mayoría de mis contactos son hombres, así que tal vez no sea del todo descabellado el asunto de la homosexualidad. Freud asegura que el celoso no considera que el flirteo sea un seguro contra la verdadera infidelidad y yo, después de dos copas, ya estaba de acuerdo. Los celos delirantes, por último, corresponden a una homosexualidad y ocupan con pleno derecho un lugar entre las formas clásicas de la paranoia. En tal caso, yo no estaba sufriendo por el amor de Beatriz, sino por el amor del galán. Por suerte —me felicité finalmente— ni Beatriz ni yo amamos a ese buitre malparido.

Una semana después me llamó Ariel.

—¿No vas a tomar represalias con este pibe?

—No, estoy tratando de superarlo.

—Me enteré de que hay un grupo para celosos. Me contó que era gratis y en un hospital

público. Ariel había investigado. El tipo que lo moderaba era una autoridad en la materia, sus talleres eran bastante famosos y tenía unos cuantos artículos publicados en los diarios más importantes del país. Era psicólogo social y además escritor. Tenía una obra de teatro en cartel y había guionado un programa de televisión de esos que marcan época.

—Es serio. Pero si querés le reventamos la casilla.

Le agradecí pero me negué, y una parte de mí sintió que volvía a defraudar a Ariel. Era la decisión que me liberaba. Era, en cierto punto, un acto heroico y magnánimo. Por un momento me sentí como la mujer iraní que se negó al ojo por ojo y a tirarle dos gotas de ácido a un pretendiente despechado que le arruinó la cara de la misma forma.

Esa tarde llamé al psicólogo del taller porque en verdad pensé que quería asistir. Elegí presentarme como periodista, porque eventualmente incluiría algo de lo que allí sucediera en este artículo. Me sentí obligado por aquello de la "ética periodística". Fue la última elección de una larga cadena de malas decisiones. Me dijo que fuera a la próxima reunión.

Mientras caminaba por las calles internas de ese hospital tenebroso y centenario, que nació para atender tuberculosos, me convencí de que era mejor presentarme como un celoso más. De lo contrario, corría el peligro de que el moderador me introdujera ante el resto de mis flamantes compañeros de neurosis como un espía dispuesto a ventilar sus miserias. Se inhibirían, no habría nada que contar y yo tampoco podría disminuir mi ansiedad, mis celos. No esperaba ser el último en llegar, ni interrumpir el taller, y mucho menos la bienvenida de "el doctor".

—¿Vos sos Guido?

—No —negué sin sonar muy convincente—. Soy Nicolás. Nicolás Paganini.

—Me confundí —dudó un instante—. Bueno, sentate.

Tuve que pasar entremedio de dos celosos para llegar al único asiento libre que quedaba, justo al lado del doctor. Me odié por mentir y sobre todo por mentir mal. Lo más convincente que se me ocurrió fue mezclar el nombre de mi hermano con el de su mujer.

Algunas consignas del taller eran casi teatrales. Estábamos sentados en círculo, éramos doce, y en grupos de dos, había que compartir el

motor de nuestros celos y luego reproducir lo que habíamos escuchado, como si fueran nuestros. "Me llamo Nicolás, soy celoso", dijo como si fuera yo la señora de cincuenta años que me tocó como pareja. Se sucedieron los testimonios. Me impresionó el de una chica joven que estaba de novia con un policía. Según contó, él también era celoso y pensé que un celoso con una nueve milímetros en el cinturón debe ser complicado. A uno lo atormentaba el celular de su pareja, y otro reconocía con pudor que él mismo había estropeado su relación, luego de estallar por los comentarios que su mujer recibía en Facebook. También dijo —lo recuerdo bien— que "hay cosas que se supone que una pareja no debería hacer". No dijo qué y nadie se atrevió a preguntar. Al doctor, al que todos llamaban por su nombre de pila, nunca pude mirarlo a los ojos.

Una de las celosas quiso justificarse: "Es una cuestión de seguridad", dijo.

—A la gente segura también la cagan —devolvió de repente, implacable, un participante

con pinta de llevar algunos años yendo al taller. Su antigüedad parecía darle cierta impunidad para emitir juicios categóricos, como si hubiera ascendido a un estadio superior de celosos.

El doctor explicó que el temor a la infidelidad es como el miedo a volar: si el avión se cae te morís, y si te engañan, no pasa nada. "Acá trabajamos el desapego, el no-hay-garantías; trabajamos toda la energía que ustedes gastan en controlar al otro, en concretar asignaturas pendientes y el amor hacia nosotros mismos." No fue capaz, de todos modos, de refutar la sentencia del colega.

Para apaciguar la ansiedad grupal se le dio por decir que el objeto sexual, si existe, es transferencial. Dos personas pueden atraerse, explicó, pero cuando hay una relación es porque ambos vieron una porción de madre o de padre en el otro. Tuve ganas de reprocharle su síntesis brutal del psicoanálisis para salvar mi honor, el de mi madre analista y el de Beatriz. La culpa que arrastré todo el taller, por mi mentira inicial, me lo impidió.

Después de una hora y media de autocompasión nos despedimos hasta la próxima. Al moderador lo saludé de lejos. En la calle me topé con Pedro, un celoso que en el taller había hablado poco. Caminamos juntos un par de cuadras. Él asistía hacía un año y, según me confesó, le había cambiado la vida. Quiso saber qué me había parecido.

—Bueno —me excusé— yo soy celoso pero no tanto.

—Todos decimos lo mismo.

Me hizo sentir como uno de esos drogadictos convencidos de su mentira: "yo a la merca la manejo".

Pedro estaba con verborrea:

—En el taller no te lo van a decir, pero somos un poco psicóticos. Los celos son alucinatorios.

Me contó cómo había arruinado cuatro noviazgos, cómo en un tiempo le gustaba la joda y cómo se patinó la guita. Pobre Pedro, pensé. No sabía si invitarlo a comer o salir corriendo.

Nos despedimos y en el último furcio, me volví a presentar como Guido. "No, Nicolás", me corregí.

Pedro no registró el error. La mayoría de la gente solo registra lo que le interesa. Me sentí más sano, pensé en Beatriz y en el galán miserable.

Esa noche, en una parrilla de Corrientes, Beatriz y yo discutimos con altura, como dos esquizofrénicos.

—No sabés lo agotador que es hacerme el superado —le dije con un tono de confesión hiriente.

—¿Qué es eso de hacerte el superado?

—Vos no me entendés, porque no sos celosa —arriesgué.

—¿Querés que te cuente cuando se te fueron los ojos en el subte con una minita que no valía dos pesos? Me abrazaste para verle mejor el culo. Fue un horror, me deprimí —me dijo Beatriz—. Pero si me obsesionara por los dos millones de culos y las cuatro millones de tetas que te pasan por al lado en Buenos Aires, me tendría que pegar un tiro. ¿Qué querés que haga, que empiece a bloquear gente o que cierre mi cuenta de Twitter?

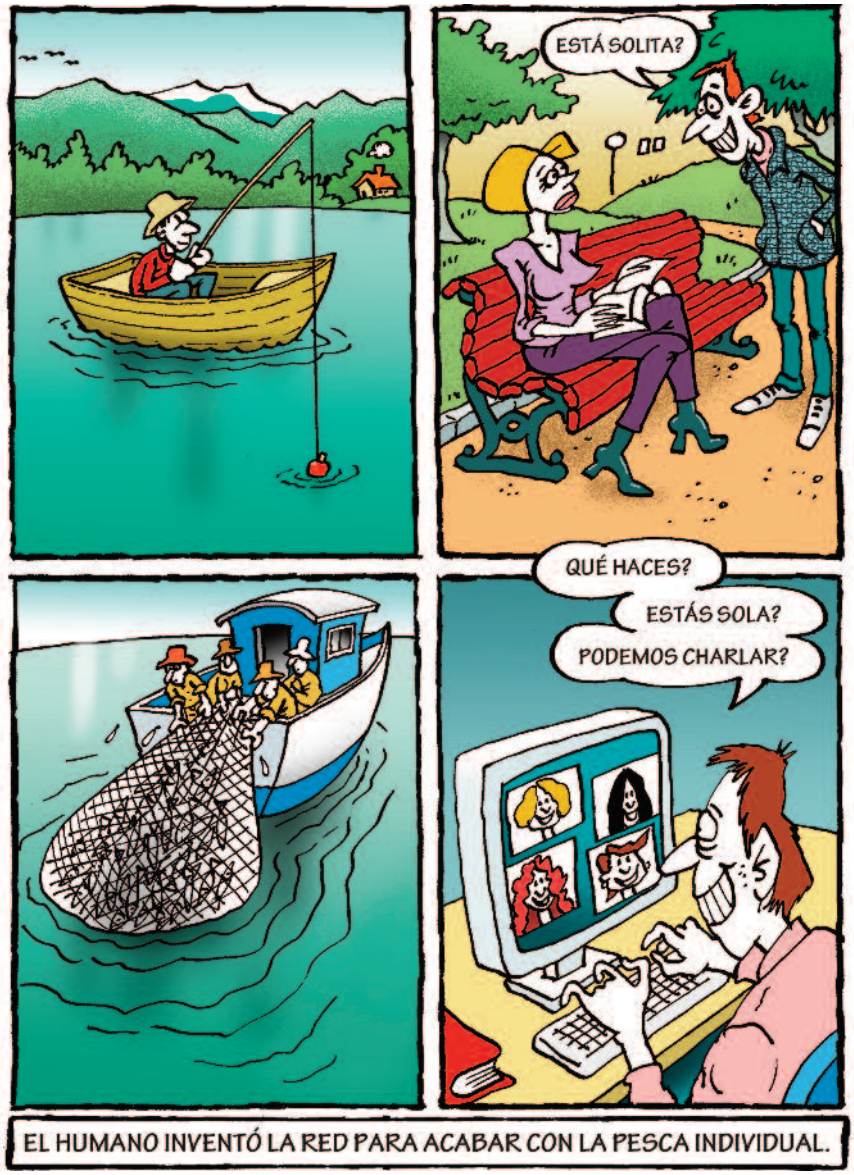
Inhalé profundo, más para tragarme mis palabras que para respirar. Buena parte de mí quería pelear, ir a la guerra, tirar la bomba atómica. Quería decirle lo bien que haría en bloquear a esa ave de rapiña, a ese patitas de lana, y no dirigirle más la palabra. Y por supuesto, de paso, podría haber concedido que no me parecía tan mala idea que abandonara Twitter.

Al culo anónimo no lo recordaba; Beatriz, en cambio no lo olvidaría porque vio en él una amenaza entre todos los potenciales culos que caminan a mi lado en la ciudad. Ella necesita pruebas, a mí me alcanza con la fe.

—Te prometo que no voy a hablar más del tema —le dije.

Un silencio incómodo nos acompañó hasta la puerta de su casa. Beatriz no se sorprendió por mi promesa, porque no creyó una palabra. Sin embargo, hasta hoy —que escribo estas últimas líneas— llevo un mes, cuatro días y algunas horas sin mencionar al galán. Sin alusiones, sin ironías y sin maldad. Las cosas han mejorado. El único problema son esos dos o tres galanes nuevos que la acechan otra vez, incansablemente, vía Twitter.

CELOSOS ANONIMOS


ESTÁ SOLITA?
QUÉ HACES?
ESTÁS SOLA?
PODEMOS CHARLAR?
EL HUMANO INVENTÓ LA RED PARA ACABAR CON LA PESCA INDIVIDUAL.

—Yo creo que habría que parar el mundo una media hora, juntarnos todos y decidir si realmente constituye infidelidad lo que uno hace, lo que uno mira y lo que uno dice en internet —le digo a Chiri—. O ponemos reglas, o nos volvemos locos.

—Lo que pasa es que el cambio de lo analógico a lo digital fue muy veloz —dice Chiri—. Yo me acuerdo que, no hace mucho, los cónyuges buscaban rastros en los bolsillos del otro, en el perfume... Era fácil esconder esas pruebas.

—Claro —le digo—. Ahora en cambio hay que ser Técnico Superior Avanzado en Comunicaciones.

—Yo conozco infieles que se pasan tres días a la semana eliminando historiales, limpiando los mensajes del móvil, borrando cachés, dando de alta cuentas falsas de mails, componiendo contraseñas seguras... Los pobres no tienen tiempo ni para ir a un hotel con la amante.

—Como dice Carelli Lynch en su ensayo, los celos son sentimientos del pasado. Ahora hay otra cosa, más intensa y más rápida que los celos.

—Algo más parecido a los trastornos obsesivos compulsivos —me dice Chiri—. Internet le dio una velocidad infernal a los sentimientos.

—¡La gente se enamora en veinte minutos, Christian Gustavo, es increíble! Se conocen en Facebook a la mañana, tienen sexo virtual por Skype a la tarde, fantasean con los nombres que le pondrán a sus hijitos a la noche, al día siguiente le dicen a su entorno que están enamorados por Gtalk, y dos horas después tienen celos por algo y se pelean por mensaje de texto.

—Yo creo que es mejor así —dice Chiri—. Antes todo ese infierno duraba dos años aburridísimos. Y el celoso tenía que indagar, que presuponer, que sospechar... Pensá en *Otelo*. El negro pierde la cabeza, se deja engañar y sufre como un chancho.

—Venecia, siglo XV —le digo—, no había wi-fi.

—¡Claro! Es todo muy lento, muy denso. Otelo es un general negro, celoso de su esposa blanca, Desdémona. Ella ama a Otelo. A él los celos se los provoca uno de sus capitanes, Yago, un gran villano de la literatura.

—Y le come la oreja muy bien...

—Con intrigas y falsedades. Le cuenta barbaridades sobre Desdémona, le dice que es putarraca, y hace que crezca la desconfianza de Otelo hacia ella, hasta que pasa lo que pasa.

—Parecés una vieja hablando así.

—A su vez Yago también hace todo por celos. Para mí que él ama a Otelo y lo cela con Desdémona. A la que odia de verdad es a Desdémona. Una historia muy analógica, muy rebuscada.

—Rebuscada como la cabeza del celoso —le digo—. Fijáte que lo mismo pasa en *El túnel*, la novela famosa de Sábato. El protagonista, Juan Pablo Castel, es un celoso tremendo. El tipo enloquece de celos, un obsesivo...

—Una suerte de Otelo porteño. ¿Serán en todas partes iguales los celos?

—A mí me gusta identificar países celosos —le cuento a Chiri—. Por ejemplo, España le tiene celos a Francia. Se nota muchísimo.

—Y nosotros le tenemos celos a Brasil. Cada campeonato del mundo es una puñalada.

—Pero por suerte existe Chile.

—¿Chile nos tiene celos? —pregunta Chiri.

—¡Obvio!

—Pero eso lo decís vos, que sos un provocador... No lo dicen los chilenos.

—Algunos lo reconocen. Hay un texto de Rafael Gumucio que se llama “Buenos Aires como ofensa” —le digo—. Buscálo, está en internet. En una parte dice: “Buenos Aires aplastó todos los intentos de la clase dirigente chilena por imprimirle grandeza a su capital. Pero Buenos Aires no solo exhibió su propia grandeza, sino que se robó la nuestra”. Es un gran escritor Gumucio, atento.

—Nunca le pedimos ningún relato a un escritor chileno para la revista —me dice Chiri—. Ya va siendo hora.

EXILIO EN

Escribe Rafael Gumucio

Ilustra Diego López García

En medio de las revueltas estudiantiles en Chile, Rafael Gumucio escribe sus recuerdos de estudiante exiliado en París. Es agosto de 2011, pero el escritor se remonta al año 98. "Es el trozo de una autobiografía que estoy empezando", nos dice Gumucio, que ya no es estudiante, pero siente a Chile como si aún lo fuera.

SEGUNDA

Exilio en segunda

Tenía veintiocho años. No me había ido mal en la vida e incluso se podía pensar que me había ido hasta bien. Daba entrevistas, trabajaba en la televisión, ganaba lo suficiente como para pagar mis cuentas y placeres —viajes, cine, teatro, libros, muchos libros—. Había probado el amor (ocho meses muy castos) y la cárcel (una sola noche pasada en la más lujosa del país, un cuchitril que parecía un hotel de provincia). Renuncié a todo esto y me fui a la casa de mi mamá en París para curarme las heridas.

Es raro pensar que fue esa la época más feliz de mi vida. Es raro también tratar de recodar lo acabado que me sentía. Lo hago porque siento un poco lo mismo ahora que tengo cuarenta y un años. Los estúpidos tormentos de entonces, cuando no me sentía escritor y lo era más que nunca, y la sensación de no comprender mi vida, y el fracaso que nadie más que yo hubiese llamado así, que vuelve a mí como si no lo hubiese exorcizado, como si nada hubiese aprendido de estos doce años o más desde ese nuevo comienzo, desde ese falso final.

Ese año 1998: una noche de cárcel por infringir la ley de seguridad interior del Estado al llamar viejo y feo al presidente de la corte suprema. Una crítica a mi primer libro en *El Mercurio* que me condenaba a cinco años y un día sin publicar o escribir (sentencia que respeté con una obediencia que me espanta ahora). Y la Carmen Luz que decidió que no podíamos ser felices porque no me veía acarreando maderos y eligiendo excusados para construir la casa en "Laguna Verde" que soñó tener una tarde y nunca construyó.

—Yo puedo pagar los maestros, puedo comprar los materiales si quieres —traté de defenderme como pude del ineluctable final.

—No es eso, es la idea. La idea de la casa. Tú nunca serías feliz en una casa como esa.

¿Qué podía hacer contra eso? Alejarme, tratar de no pisar ni un solo lugar que me recordara a ella, y la cárcel y la literatura y la televisión donde acababa de dejar de trabajar. Mi arrepentimiento, mi dolor, mi rabia cubrió así toda la ciudad, no me quedó otra que irme. ¿Castigo o premio? Me condenaron y acepté la condena: *pena de extrañamente*.

Irme así sin avisar, no depender de nada ni de nadie, abrazarme al núcleo más tibio de mi madre; algo inconcebible ahora que tengo mujer e hijos, para los que mi mamá es solo su abuela. La idea de que no hay un libro, una obra, un frase mía que pueda obligarme a no morir, lo que en mi cabeza es lo mismo que no desaparecer, aunque sepa que es un error, porque no morir, dicen todas las religiones, es aprender justamente a desaparecer, porque eso debería aprender si fuese realmente sabio. No soy sabio, no mejoro, sigo igual que a los veinticinco años, y que a los quince y que a los nueve. Peor que entonces incluso, porque ahora tengo más trucos, más habilidades que no me caben en ninguna parte, antiguallas sin las cuales no sé vivir, clasificaciones, estalactitas, especie de caverna de mí mismo, desván de cosas que ni yo sé de qué sirven. Mi nombre en una lista de asesores del ministerio más desprestigiado del gobierno pasado, y que la candidatura de mi primo a la presidencia me ponga frente a frente con la maldición familiar. ¿Escapar de todo eso? ¿Salvarme otra vez? ¿Irme? ¿Dónde? ¿Tomar como la otra vez un avión que no recuerdo ahora cómo era ni qué escala hizo para recuperar mi lugar en la casa de mi madre? ¿Retomar aquella pieza para mí que obligó a mi hermano Salvador a desertar de la suya? Apenas una ventana sobre un patio interior siempre en penumbra, esa penumbra habitada de París, ese color que no sé si se puede llamar gris u ocre y que era, ahora que me doy cuenta, lo que iba a buscar allá.

Porque en París nunca pude ni podré ser adulto, porque ahí nunca pasé de los catorce años, la edad en que me fui de vuelta a Chile y a la dictadura con sus helicópteros, ese horror que nunca me importó, porque el cielo era siempre azul. Era eso lo que me importaba, lo que me guiaba en la luz, la más evidente, la más clara del sol de Santiago que era lo que nos habían quitado cuando nos exiliaron, que era mi deber entonces recuperar, pelear por ese derecho tan tonto, la vida sin penumbra en un jardín cualquiera.

Vivir con mi mamá a los veintiocho años; aparecer con ella del brazo en las fiestas de la Embajada de Chile, organizar juntos las fiestas de la casa, responder el teléfono olvidando anotar los recados, bajar corriendo por las escaleras cuando llamaba mi padrastro para subir las bolsas del supermercado. ¡Qué raro lo poco humillante, lo nada indigno que me parecía todo eso! Era lo

que buscaba: volver a mi lugar en mi casa, la de mi mamá. Pelear por mi espacio en su cama, en la tibieza primordial de la que nunca quise moverme. ¿Era ese viaje parte de una lucha secreta, o ni tanto, con mi padrastro, quien me quería inevitablemente y me odiaba también inevitablemente? ¿Era ese el conflicto secreto escondido tras aquel retorno? ¿Poner a mi mamá entre la espada y la pared? O él o yo. ¿Qué era yo, la espada o la pared? Todavía recuerdo un malentendido raro por mail que casi me impidió volar. Una pelea de la que no recuerdo ningún detalle, pero que me hizo exigir un enésimo "¿quieren que vaya o no?". Una amenaza o quizás una advertencia que solo buscaba allanar el camino, poner las reglas de una convivencia que fue extrañamente armoniosa, quizás justamente gracias a esa amenaza. Ni una pelea familiar, ni una sola duda de cuál era mi papel ahí. ¿Cuál era? ¿Hermano mayor desempleado? Sí, pero algo más. Algo absurdo y propio de ese microclima penumbroso inventado por mi madre para nosotros, el desorden permanente, la calefacción central desatada, la sensación de que todo eso flotaba, se movía en permanencia, o la vez que la vimos correr por el pasillo, el pelo y el traje en llamas, riendo de puro miedo hasta lanzarse por fin a la tina llena de agua y quedar con la melena medio chamuscada. En esa nueva casa, tan parecida a la antigua, era yo el depositario de la memoria. El decano, el archivista, el curador de ese museo de nosotros mismos. El guardián de ese primer exilio donde éramos pobres y revolucionarios, y vivíamos de robar en el supermercado y hacer llorar a los franceses con el cuento del cantante al que le cortaron las manos antes de lanzarle una guitarra y ordenarle: "Ahora toca si eres tan valiente."

Este exilio nuevo que solo tenía la apariencia del otro, su engañosa forma pulida y corregida para que no doliera nada. Cómodo turismo de la memoria que habíamos pagado con paciencia, con hambre. Típico lujo nuestro, vacaciones en el infierno más paradisíaco de todos. Y el balde de agua oxigenada de la conserje portuguesa, y el olor de las panaderías en un barrio totalmente distinto al que había vivido de niño, pero perfectamente equivalente a él. La ilusión de que seguíamos flotando en las consecuencias del primer exilio aunque mi padrastro trabajaba ahora de funcionario de un gobierno demócrata cristiano, el partido que apoyó el golpe de estado, aunque mi mamá atendía refugiados serbios en la ACNUR, solo por el placer de ver familias tan despavorida como la nuestra entonces. Y mi hermano Salvador terminando los cursos que yo no terminé en el colegio, y mi hermana atormentada con saber a qué escuela privada de diseño postular, y yo escribiendo de noche para dormir en el día como si me preparara para un gigantesco examen. París tendrá siempre un aroma escolar, es decir, de miedo y de horror, pero también de ganas, de refugio, de libros. París, donde no se me ocurría nunca hacer nada práctico ni impráctico, ni ganar ni perder mi vida, ni integrarme ni desintegrarme, solo absorber y ser absorbido, desaparecer ahí sin dolor ni arrepentimiento alguno, desaparecer como lo hacen los sabios de verdad, convertirme en un mero espectador de una película. Eso fue lo que más hice, de hecho; ir al cine así como antes iba a

clases. Esperar una cantidad de tiempo, lección y castigo, hasta graduarme por segunda vez de la misma vieja escuela: el olor a papas fritas sobre la vereda del Boulevard Saint-Michel.

¿Cuánto tiempo? Un año pienso, porque todo lo pienso en años, pero deben haber sido tres meses. Todos mis recuerdos del primer exilio son de invierno. ¿Era parte del pacto vivir todo eso en invierno? Parecía ser la única forma de hacer creíble el castigo, la cárcel pero también el útero materno, la casa de la que no había por qué salir. ¿Por qué no escogí viajar en verano (invierno chileno), si ningún trabajo u obligación me esperaba en Santiago? ¿Le tuve miedo a la primavera? Hice lo mismo en Madrid, un par de años después. Pasé todo el invierno en un departamento sin ventana en la calle Espíritu Santo. Tan solo que a veces hasta me olvidaba de mi nombre, tan solo que afeitarme ocupaba mi cabeza todo el día, tanto que usé justamente el afeitado como una disculpa para no ir a tomar con Marcos Giralt, un amigo por entonces nuevo. Hasta que miré por primera vez en unos balcones de la calle La Montera y empecé a tener amigos (el mismo Giralt y otros más) y comprender la ciudad y manejarme en ella. Primeras señales de comodidad que me hicieron huir desesperado a Chile. Arranqué sin fuerzas y sin ganas de vuelta adonde la realidad es real, o al menos siento que soy real yo: Chile, el país donde invariablemente terminan los libros que empiezo afuera. Esa alternancia, ese equilibrio entre adentro y afuera, rota ahora, quizás para bien porque es un escape, una mentira, una droga esas huidas, porque en el fondo me han permitido pasar por alto esa incomodidad sobre la que debería escribir sin escapatoria: ser de aquí, no moverme, asumir mis límites, cavar la zanja más al fondo y no más lejos.

Escribo sobre este viaje porque este año ya finalmente nadie me invita a nada allá afuera, porque al fin mi carrera internacional es del todo la ilusión que siempre fue, porque me veo obligado a amar y comprender lo que tengo aquí mismo, tan cerca: Santiago de Chile dieciséis de agosto del 2011. Y justo la calle se llena de estudiantes y el debate se enardece y complica en la televisión, y la calle, y los diarios y las revistas donde trabajo, y todo lo que parecía aburrido, predecible y banal se convierte en apasionante, alucinante, vertiginoso, como un premio a una paciencia que hasta ahora no tuve, que es quizás la que me falta para ser el escritor que soñaba ser entonces, cuando paseaba abrigado y melancólico por París. La sombra misma de un escritor en posición de serlo que faltaba a la cita que era aquí mismo, dos hijas, mucho trabajo, ni un solo minuto y las ganas absurdas y las ideas, todas las ideas peleando por ser la primera en ser escrita.

—Paseábamos en bicicleta por el Luxemburgo —me dice mi hermana—. ¿No te acuerdas? Íbamos al cine, volvíamos en bicicleta. No una vez, muchas veces.

¿Tuvo que haber una primavera y un otoño para explicar esas tardes en bicicleta? Esos paseos, la prueba patente de una especie de

impunidad que no recuerdo, que no sé, que no puedo recordar tampoco. Por un breve tiempo, por algunos meses, el que siempre me vigila ya no me vigiló más. Por unos breves meses, tuve derecho incluso a un cuerpo que pedalea, que respira, que siente esos placeres apaciblemente físicos a los que generalmente me niego. Por un tiempo, por un breve tiempo, tuve yo ese tipo de licencias. Viví a los veintiocho años, los diecisiete años de mi hermana, junto a los amigos con sus dolores y sus dudas que no me correspondían pero disfruté infinitamente, y la cúpula del panteón ante un cielo de gordas nubes que se despejan e iluminan todo, sol sobre el Sena, flechas, guirnaldas y águilas de oro en las rejas del parque. Mi amigo Andrés que recorría también el parque en bicicleta como nosotros, aunque seguro mucho más apurado, enterándose el peuco, de un solo vistazo rapaz, lo que las niñas lindas estaban leyendo, para llegar al otro día como por azar con el segundo tomo de la misma novela o ensayo y empezar desde ahí la conversación. "Qué coincidencia, qué coincidencia, increíble el mismo libro, casi. ¿Te cuento el final?"

Tres meses o cuatro debió durar el viaje, lo suficiente como para volver a otro país totalmente distinto del que me fui. Pinochet hace meses arrestado en Londres esperando la extradición a Madrid, los pinochetistas afónicos de tanto gritar, el gobierno de Frei Ruiz Tagle defendiéndose de defender lo indefendible. Qué extrañamente lejana suena la historia cercana, más fantasmal que la lejana porque quizás no ha sido aún escrita, ilustrada, ritualizada por los historiadores.

A un lado las pinochetistas, furiosas; al otro los familiares de los detenidos desaparecidos, felices. El diario *El Metropolitano* me mandó a reportear los dos mundos en la misma noche. Acepté solo porque se ofreció a protegerme una colega linda, pinochetista y presumiblemente virgen, que le gustaba retarme, desafiarme y protegerme, todo al mismo tiempo como siempre he querido, como siempre he soñado que hagan las mujeres.

De noche, en Apoquindo, al llegar a Alcántara, justo frente a la Embajada de España, un piquete de rubias de distintos tamaños chillaban horrorizadas al reconocerme como parte del otro bando. "Vendido, rojo, comunista."

Comenzaron a arrojarme monedas, banderas y escupos que obligaron a Carolina, como se llamaba la linda pinochetista, a salir a defenderme.

Cómo gocé y cómo gozo aún ese segundo exacto en que ella, delgada y pequeña, puso su cuerpo delante del mío, su furia, sus bluejeans apretados, su trasero erguido en él y su delgadez intocable. No conseguí mucho más que eso con ella, pero ¿qué más podía pedir? No hay mayor placer que ver a una mujer enfrentando por mí a la jauría.

Tan distinta a otra que hizo el gesto justo contrario, lanzarme a los perros —unos perros de verdad, no simbólicos—, en un fin de semana de brainstorming en Papudo, en el invierno del noventa y seis. Y a ella la quise, horrible corazón el mío, por eso mismo, porque en vez de protegerme, me lanzó a los animales, porque dejó en claro la frontera que nos separaba, ella dispuesta a arrancar lejos mi contagioso miedo que entendía demasiado, que justamente quería dejar de entender para ser feliz con los otros. Mi amor que era eso, un lastre, la estatua de una cosecha estéril que la tribu lanza a la hoguera para que la próxima sea provechosa.

Lloré en los brazos de Carolina, creo, o al menos gemí, el exilio, los milicos y el miedo que me quedó para siempre a los uniformes y las metralletas después que entraron a mi casa a finales de septiembre del setenta y tres. Puros argumentos que no me sirvieron de nada cuando al otro extremo de la ciudad y espectro ideológico, un fan de Cuba empezó a insultarme por haber hablado (o escrito) mal del Che.

"Traidor, hijo de puta vendido, cerdo capitalista."

Miré desesperado a algún familiar de un detenido desaparecido que pudiera jugar el papel de Carolina. Concentrado en la negrura de su duelo, las fotos de sus deudos colgando del pecho; nadie lo hizo. Terminé esa noche llorando en plena Alameda, justo delante de la sede de la Democracia Cristiana, el partido justo entre medio, enemigo de Allende y Pinochet por igual, huérfano y solo, como lo estaría también seguramente a la hora de la Unidad Popular.

Como lo estoy también ahora mismo que escribo, mientras afuera salen cien mil estudiantes a la calle por una causa justa que

termina en incendio y vidrios y rojos y mentiras y verdades a medias a las que no sé plegarme, sintiendo, sabiendo, oliendo que todo esto va a terminar mal, no pudiendo expresar ese miedo de ancianita, esa ridícula intuición que espero se equivoque. Entre medio entonces, intentando invocar mi derecho a tener miedo, eso que paradójicamente me ha obligado una y otra vez a ser valiente, mucho más valiente de lo que quisiera ser.

Pinochet se las arregló entonces para ser el protagonista también de ese segundo exilio, tanto o más que en el primero. Como un hermano más que no puede faltar a una fiesta familiar, Pinochet que ha terminado por ser eso mismo, parte de la familia. Nunca lo odié. Traté de hacerlo. A los ocho años figuraba con mi hermano en la "Fête de l'Humanité" delante de un retrato suyo con los pantalones abiertos y los testículos inflamados vendiendo flechas para lanzarle justo en esa parte. ¿Se puede odiar sincera y totalmente a un muñeco de feria? Más aún, si gracias a él se juntan monedas y miradas y aplausos.

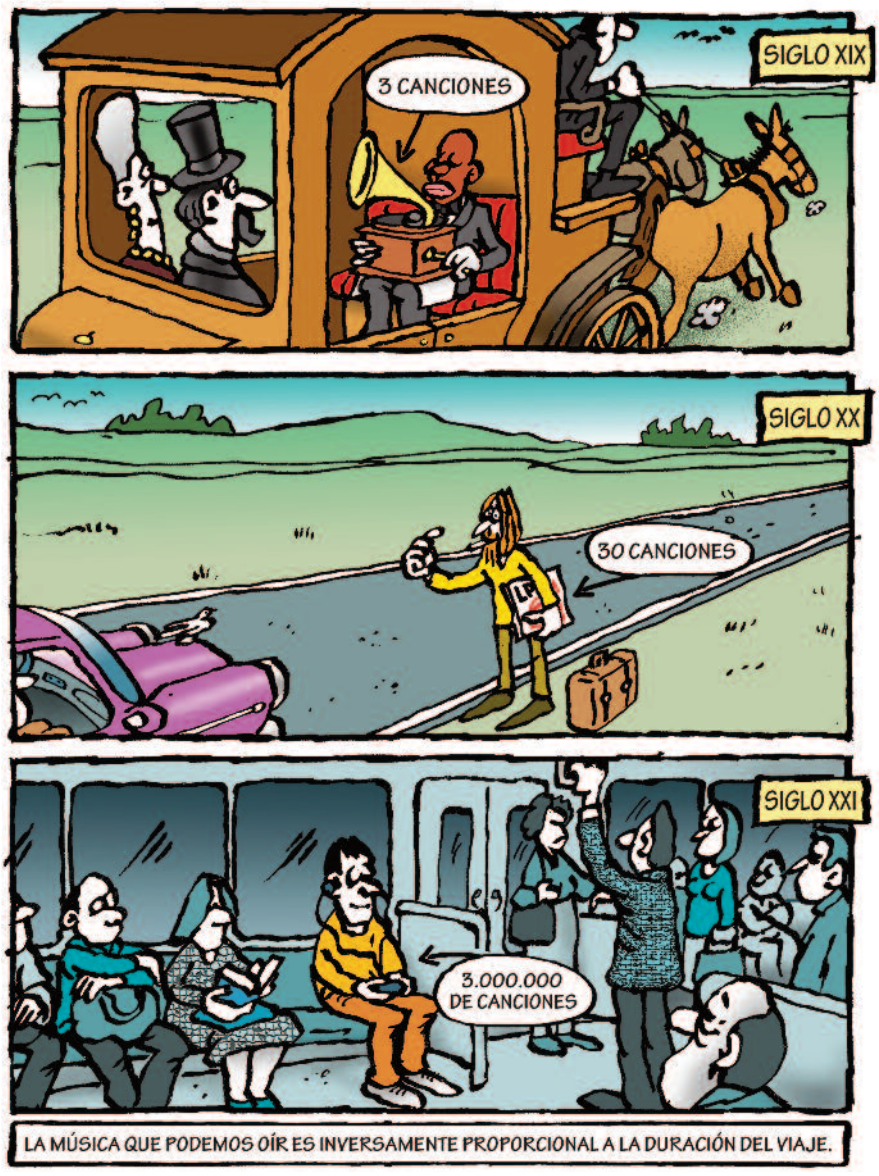
Mi abuelo lo llamaba el Cerdo (aunque terminó por trabajar para él) y el resto de los exiliados lo llamaban el Gorila, o los Gorilas —a él y al resto de la junta— para no tener que distinguir entre ellos nombres ni apellidos. Pinochet, que me repugnaría si pudiera llegar a interesarme. Pinochet, el tipo mismo de persona que no miraría nunca en el metro o en la calle. Un hombre vulgar habitado por una ambición nada vulgar, un hombre mediocre que no tiene nada de mediocre. Un revolucionario que desprecia la revolución.

Si Pinochet pudo alguna vez conmoverme fue ahí, en Londres, adonde iban caravanas de chilenos parisinos a manifestarse, caravanas a las que mi falta de iniciativa u olfato periodístico no me permitieron nunca sumarme. Pinochet encerrado en una ciudad soñada, una ciudad demasiado perfecta, demasiado histórica para él. Una ciudad, como París para mí, que no era más que un escenario de una angustia que seguía en Chile. Y esa tarde terrible en que le mostraron su casa de Virginia Waters. La sobriedad de prócer, el silencio heroico que intentó mantener hasta que le mostraron su habitación, una cama de dos plazas para él y su esposa, ni una cama, ni una pieza más. De todas las ofensas, de todos los martirios de ese exilio suyo, ese fue el único que le dolió realmente: una sola cama, una sola pieza para él y su esposa. ¿Es esa la verdadera razón por la que hizo todo lo que hizo, el golpe, la dictadura, la comandancia en jefe por más de veinte años, la incapacidad de dormir con su esposa en la misma cama? La incapacidad también de separarse de ella. Seguir casado más allá del amor, más allá del odio, todo eso que requiere de tanta secreta valentía (una valentía que no tuvo ni siquiera Tolstoi, el hombre más valiente del mundo). Una valentía secreta que explica su cobardía en otros planos. La triste vida de un militar más inteligente de lo que parece y más provinciano de lo que quisiera parecer, que vive bajo la tiranía de una esposa chillona que quiere más, siempre más, sin saber muy bien qué. Y la amante ecuatoriana que tuvo cuando era agregado militar en Quito, y que la vieja (probablemente joven y hasta linda en esa época) lo obligo a dejar. "Te voy a hundir Augusto, tú sabes que te puedo hundir perfectamente"—dicen que dijo. Y Amunátegui, su cuñado, que esperaba a su suegro todas las noches en la cocina para compartir juntos un plato de comida fría, "¿En qué están las viejas?", dice que preguntaba el dictador a golpe de suspiros, sufriendo por los ataques de ira y de compra y de exigencias de las mujeres que los esperaban en los pisos de arriba. Pinochet, Pinochet… ¿Qué me importa a mí Pinochet?

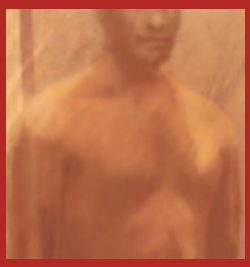
Ahora me doy cuenta de que escribo todo esto como una obligación. Eso era lo peor que tenía Pinochet, era obligatorio. ¿Cuánto tiempo más lo será? Pensé que me libraría de él escribiendo de ese exilio que él no decretó, de ese viaje libre y voluntario, y ahí está con las marchas y las cantatas, y Ángel Parra y la Irene Domínguez protestando delante de la embajada de Chile. Pinochet, esa pesadilla, te falta un examen para salir del colegio, tienes que volver a los sesenta años a clase, nunca saliste de ella. Germán Marín que, cuando lo echaron de la escuela militar, pensó: "Ahora nunca más Pinochet", su instructor en el batallón. La pobreza, el maoismo, la literatura, cualquier cosa con tal de no tener nunca nada que ver con ningún imbécil tipo Pinochet. Todo eso para escuchar horrorizado en la radio cómo Allende lo nombra comandante en jefe del ejército: Augusto Pinochet Ugarte, el mismo viejo huevón. Y la sensación rara de saber

lo que vendría después. El *Círculo Vicioso* como se llama justamente la trilogía autobiográfica de Marín, donde Pinochet es, contra el autor mismo, contra sus gustos, instintos, contra sus otras obsesiones personales, un personaje central.

Ese segundo exilio que me hizo entender al fin la sensación de hastío superior, diría incluso metafísica, la sensación kafkiana-proustiana que sintió Germán Marín al escuchar la palabra Pinochet en la radio en agosto de 1973. Ese mareo sin color que me atrapó a mí en Sevilla, hotel Murillo del barrio de la Santa Cruz, lo más lejos de Chile que podía estar, fuera de París incluso, para no tener lazo alguno que me atara con nada, y de repente en todos los quioscos, las conversaciones, los televisores de los bares: Pinochet en todas partes. Y el precioso sol de invierno que caía sobre la torre de oro, y los balcones, y los colores, todo eso me tendía una trampa nacional, porque el acento era el mismo que el de allá en Chile, e igualmente terrible y delicioso el movimiento de los traseros de las rubias casi falsas, de las verdaderas morenas de la calle Sierpes, que podrían haber sido la Monse Álvarez, la Paula Recart, o la Carmen Luz Parot; la sombra de mis amigas chilenas, mis derrotas y victorias de allá, ese extraño baile de todo y nada del que no podía arrancar. Un Chile omnipresente, inevitable patria que no suelta ni siquiera al que se exilia en broma, ese que puede volver en cualquier momento, el que se va solo por un rato y se ha quedado atado a su meollo más gris, a la esencia más fatal del país: Pinochet, siempre Pinochet, tan fatal que hasta él mismo no pudo escapar.


SIGLO XIX
3 CANCIONES
SIGLO XX
30 CANCIONES
SIGLO XXI
3.000.000
DE CANCIONES
LA MÚSICA QUE PODEMOS OÍR ES INVERSAMENTE PROPORCIONAL A LA DURACIÓN DEL VIAJE.

—¡Ah, esas épocas en las que volvíamos a la casa materna sin ser ya adolescentes! —le digo a Chiri—. Qué humillación sorda regresar al nido con veintipico de años, disfrazando la pereza con un manto de fragilidad.



—A todos nos pasó —me dice—. Llegás sin plata, con un bolso lleno de ropa sucia y con los últimos diez pesos en el bolsillo. Y tu madre tiene que cambiar las sábanas de tu habitación de la juventud, y vos te das cuenta que las patas ya te quedan afuera de la cama...

—Tu mamá te hacía la cama porque es buena —le digo—. Mi vieja, en cambio, ponía cara de orto una semana entera.

—De todos modos, los regresos al nido de Gumucio fueron mucho más interesantes que los nuestros —me dice Chiri—. Una cosa es volver a Mercedes con el caballo cansado, y otra es irse a París. Si la casa de mi vieja hubiera estado en París, mi pereza inmadura de los años noventa hubiera durado hasta hoy.

—Ahora Gumucio es un tipo mediático —le digo a Chiri—. Es director del Instituto de Estudios Humorísticos de la Universidad Diego Portales. Ese es un excelente cargo. También es humorista y locutor del programa *Desde Zero*, en Chile. Y no solo vivió en Francia, también acá, en España.

—En su relato cuenta que en Madrid se hizo amigo de Marcos Giralt Torrente, el escritor, nieto de Gonzalo Torrente Ballester, que a su vez escribió la trilogía *Los gozos y las sombras*.

—No hace mucho leí un libro de Marcos Giralt —le digo—. Se llama *Tiempo de vida*. Hacía mucho que no leía una novela con tantas ganas.

—¿Sobre qué es?

—Habla sobre su padre muerto, un pintor famoso en España. La narración es muy despojada, cruda, no es del todo un homenaje, no hay nada complaciente en ese libro. Incluso le reprocha muchas cosas al padre. Una relación compleja, de encuentros, desencuentros, cosas no dichas, cuentas pendientes, respeto, desconfianza...

—O sea, cero ficción.

—Cero. Marcos habla con voz propia, no inventa pero tampoco se pone subjetivo, nada de pelotudeces ni piripipí.

—Está bien que Gumucio y Giralt sean amigos entonces —sospecha Chiri—. La figura fuerte del padre, la necesidad de escribir para entender, también se relaciona con el relato de Rafael: la figura de Pinochet, presente en muchos chilenos como una figura paternal nociva, dañina, que de alguna manera se necesita explicar para entender.

—Sí. Él dice algo que muchos pensamos en la época que Pinochet estuvo detenido en Londres: lo horrible que debe resultar saberse viejo, cansado, en el final de la vida, y tener que soportar la humillación de un juicio, de unos aislamientos, unos viajes involuntarios... A mí me encanta cuando un dictador viejo no puede descansar en paz con sus nietos. Entiendo que no es una justicia absoluta, pero por lo menos aquel que fue un hijo de puta ahora siente una piedra en el zapato.

—Qué hermoso quilombo que están haciendo los estudiantes chilenos —me dice Chiri—. Eso también es una piedra en el zapato para los pinochetistas y la derecha rancia. Gumucio escribió su relato para Orsai en medio de todas las manifestaciones, y se nota.

—Asume que es chileno, y punto. Lo dice en una de las mejores frases del texto: “Ser de aquí, no moverme, asumir mis límites, cavar la zanja más al fondo y no más lejos”. También me gusta el título, *Exilio en segunda*.

—¿Es adrede o pura casualidad que el relato que sigue al de Gumucio también nazca de un exilio y de un regreso? —me pregunta Chiri.

—¡Es verdad! —digo—. Xtian vivía en San Francisco y sintió la necesidad de volver. Y también habla de su madre, y de sentirse fuera de foco.

—Hacelo pasar entonces.

—Sí, pobre Xtian, lo estamos haciendo esperar afuera, vestido de hawaiana. ►

DELICIAS DEL HAWAI

Escribe Xtian Rodríguez

Ilustra Daniel Solano Ramírez

“Puto y aparte” es uno de los primeros blogs escritos en castellano. Su autor, Xtian Rodríguez, inauguró en 2001 la temática gay en la red, y lo hizo poniendo el pecho (peludo). Amigo incondicional de Orsai, nos pone orgullosos publicar este relato autobiográfico, mezcla de crónica y reflexión, sobre aquellas personas que se sienten raras, no importa en dónde estén.

"Estoy yéndome". Eso pienso mientras camino hacia el club de sexo. Yéndome de San Francisco, de los siete lugares en donde viví, de los pocos amigos que hice, del sexo incoloro, indoloro e insípido, de la ilusión de conseguir un trabajo, un novio o una vida, y de la desilusión de no haberlos encontrado. De todo eso estoy yéndome.

Me siento borracho. Irse provoca eso, un pedo biónico y trascendental, una sensación de ingravidez que te saca de la órbita y te empuja hacia otros agujeros negros. El agujero negro al que me dirijo ahora se llama *The power Exchange* (Intercambio de poder). Es un club de sexo temático de cuatro pisos, dos para gente gay y dos para gente heterosexual o travestis. El tema son los juegos de dominación-sumisión y el bondage (las ataduras): "proveemos un espacio para la exploración lúdica y consensuada de tus fantasías sadomasoquistas más íntimas".

Desde afuera, el lugar parece un gigantesco depósito. Entro y me topo con una rubia sentada detrás de un escritorio. Me da la bienvenida y me entrega un papel para que lea.

—Lee todo con cuidado y firma abajo.

El papel dice que me comprometo a no tomar drogas ni alcohol dentro del recinto, que se trata de una fiesta privada, que no está permitido sacar fotos ni grabar y que está terminantemente prohibido tener sexo sin preservativos ("el local cuenta con personal de monitoreo que verificará la utilización de preservativos durante el acto sexual", más tarde los veré recorrer los pasillos oscuros con sus linternitas, como al principio de la película *E.T.*).

—Tienes dos opciones para ingresar —me explica la rubia—. Si quieres quedarte con la ropa puesta, tienes que pagar cien dólares de entrada. Si te quitas la ropa y te pones esto, solo pagas diez.

En circunstancias comunes pagaría los cien dólares para preservar mi ropa y mi dignidad, pero estas no son circunstancias comunes: estoy yéndome de San Francisco para siempre, así que saco un billete de diez y se lo doy.

La chica me entrega el ticket y me señala dónde queda el guardarropas.

—Quítate todo menos las zapatillas y las medias —me indica un tipo barbudo, mientras me entrega un número—. Mete todo aquí, en esta canasta y ponte esto.

Lo que me alcanza es una tela aterciopelada anaranjada, con motivos de leopardo, del tamaño de una servilleta grande.

—¿No tenés algo más grande? —le pregunto, y siento que me pongo colorado.

—No, es la más grande que tengo.

Me saco la ropa, se la entrego y me ato la servilleta a duras penas en la cintura. Me enfrento a una disyuntiva difícil de resolver: tengo que elegir entre que se me vean las bolas o el culo, y termino eligiendo esto último. Mientras busco alguna superficie espejada para verme, repaso mentalmente mis excursiones previas en el travestismo. Casi nada, salvo unas polaroids de los años setenta, en las que se me ve a los once años, vestido de hawaiana.

Me pongo a explorar el lugar: primero hay una salita con un televisor y un sillón alargado de cuero, como de seis cuerpos, y después una sala más grande. Esta sala parece una boîte setentosa, con esos acolchados de cuerina marrón típicos en las paredes, con botones y todo, y al costado un pequeño escenario con un caño y una tarima. Refregándose contra el caño hay un tipo de unos cincuenta años, con un horrible slip de lycra celeste, que de pronto se moja la punta de sus dos dedos índice y empieza a jugar con sus pezones. Nadie le presta atención. Hay una parejita de veinteañeros dándose piquitos en un rincón, dos chicas jugando al pool y tres chicos metiendo monedas en una fonola.

Cruzo la sala y bajo la escalera. Abajo hay otro enorme salón, organizado como si fuera una exposición: mucho espacio para caminar y un puñado de stands, separados por paneles. Hay un stand con motivo egipcio: una enorme cama tallada como un sarcófago, rodeada de esfinges y momias. El siguiente es una imitación del laboratorio de Frankenstein: una mesa de operaciones de cuerina negra, un tablero lleno de perillas y mangueritas, tubos de ensayo llenos de líquidos coloridos en ebullición. Nadie usa las instalaciones, parece. Se ve a muchos hombres asomarse a los stands con fastidio, como para verificar por centésima vez que están vacíos. De vez en cuando pasa alguna parejita: la chica aferrada a su novio, asustada.

Más allá se escuchan gemidos y jadeos: "¡ay, sí, ay sí, sigue así!", y "¡toda! ¡dámela toda!". La que entona semejantes odas es una tetona rubia. Está metida en un stand "medieval" y colgada de una especie de hamaca de cuero que cuelga del techo y que la mantiene suspendida sobre la

cama. El encargado del bombeo es un tipo de bigotitos finitos igual a Cantinflas. La verdad es que eligieron una posición muy incómoda. Ella pide más, él le da, y la cama se mueve, la hamaca se sacude, las tetas de ella ondulan de acá para allá. Alrededor de la cama hay una cuerda como las que ordenan las colas del banco, que separa a los espectadores de Cantinflas y señora. Los de la cola del banco son varios tipos que miran y se tocan la pija por encima del pantalón. Un par de intrépidos ya la sacaron y se pajean como corresponde. Se nota que la chica está por terminar, porque los gritos alcanzan el stacatto del paroxismo. Saco la pija y me pajeo, mirando de reojo a un tipo muy lindo con pinta de árabe que se pajea a mi derecha. Se da cuenta de que lo miro, pero no le importa. Lamentablemente nuestra paja en estéreo dura poco, porque la rubia acaba estruendosamente, todos meten violín en bolsa y se alejan como en busca de un refrigerio. Me da lástima por Cantinflas y señora que merecen algo mejor que la indiferencia del público. Aplaudo, y grito "¡Bravo!". Ella me mira y se ríe, y me tira un besito. "¿Te ha gustado, mi amor?" Se dio cuenta de que soy gay.

Sigo caminando. Más allá de los stands empieza un largo pasillo que simula una cárcel, hay varias celdas con camillas y parafernalia bondage (esposas, cinturones, sogas). Me intriga el tema de las sogas y los nudos. De chico fui boy scout, y capaz algo me acuerdo. De nuevo, nadie coge, todos caminan apurados de acá para allá, parece una terminal de ómnibus a la hora en la que salen todos los micros.

Al final del pasillo hay un cuartito iluminado con luces rojas. Contra un costado veo a una mujer arrodillada chupándole la pija a un pibe de unos veintipico. Hay otros seis que esperan su turno en fila, mientras se manosean la pija, sin mucho entusiasmo. No tengo ganas de esperar, y no encuentro dónde sacar número para después volver, así que decido ir para el salón de pool. Ahí me doy cuenta de varias cosas. Primero: los hombres presentes (que constituyen un ochenta por ciento del público) son heterosexuales. Segundo: el resto de la gente son las novias de algunos de los hombres (un diez por ciento) y travestis (otro diez). Tercero: soy el único vestido con el taparrabos de leopardo.

Reconozco esta sensación, que nace en el vientre y sube hasta secarme la garganta, y que me lleva otra vez al pasado. Me siento raro.

Esa era la palabra que mi mamá usaba. "Es un chico raro." No me lo decía a mí, pero sí a sus amigas, a las vecinas y a los parientes. Y no lo decía con tristeza o resignación, lo decía con orgullo.

—Hay que estar muy atenta, porque si le decís algo que no le gusta toma carrera y se da la cabeza contra la pared.

—¿Qué peligro, no? —se compadecía la vecina.

—Lo que pasa es que nació sietemesino y tardó como dos minutos en respirar. Le pegaron

en la cola tres enfermeras y nada, tuvo que venir el doctor Ortiz y pegarle bien fuerte en la cola, y ahí recién lloró.

Dicen que la psicología sexual de una persona se configura en los primeros años de vida. En mi caso, el trámite duró tres minutos.

—Como había tardado en respirar, me dijeron que iba a ser mogólico o que iba a tener problemitas psiquiátricos —continuaba mi mamá.

—Claro, porque no le irrigó bien toda la cabeza, supongo —completaba la vecina.

—Sí, me dijeron que le haga análisis a los seis años, que es cuando se nota el retraso. Pero yo no creo en los médicos. En segundo grado me pidieron adelantarlo a cuarto, porque se aburría… Ya sabía todo porque las hermanas juegan a la maestra con él. Mire cómo será que se aburre, que se aprendió de memoria casi todo el *Platero y yo*.

A continuación sacaba del monedero un papelito con una poesía que escribí a los seis años. Se llamaba *Mi mamá*, y terminaba con los versos "tiene los ojos celestes / parece un extraterrestre". Si la charla sucedía en el living de mi casa, mi mamá señalaba una foto debajo del vidrio de la mesita ratona del living:

—Es este que está acá, tiene muy lindos rasgos, rasgos muy finos.

Es la foto donde estoy vestido de hawaiana.

Me acuerdo del día en el que mi papá llegó con el LP bajo el brazo. *Delicias del Hawai*, se llamaba. En la tapa había una chica vestida con una pollera de hojas y una guirnalda de flores que le cubría los pechos. Parecía flotar sobre la arena bajo los rayos de un sol gigantesco. Perdí todo interés en *Platero y yo* y le pedí a mis hermanas que me enseñaran a bailar hawaiano. Pasamos semanas ondulando bajo la lámpara esférica del living.

Un día pusimos manos a la obra: recortamos las tiras de plástico del barrilete de *El Zorro* que me había regalado mi papá para hacer la pollera de hojas. Armamos collares con fideos de colores. Atamos con una tanza las flores secas del centro de mesa para armar la corona de flores. Pensé que mi mamá se iba a enojar con la travesura, pero no fue así. Me sacó todo un rollo de fotos y eligió la mejor para poner debajo del vidrio de la mesa ratona.

Cuando crecí, mi mamá dejó de decir que era raro. Quizás había dejado de serlo, quizás las rarezas infantiles se pierden como se pierden los dientes de leche, para ser reemplazadas por rarezas menos visibles.

A los once años le chupé la pija a un pibe, a los quince me di cuenta de que era gay y a los dieciocho lo asumí. Las fechas no son precisas, y los hechos tampoco. Desde los veinte comencé a ensayar cómo decírselo a mis padres. Tenía un plan: el tema surgiría naturalmente, cuando preguntaran si tenía novia, por ejemplo. Los corregiría con suavidad: "No, no me gustan las mujeres". Etcétera. Tenía varios discursos preparados; practicaba frente al espejo. También había previsto las reacciones. Mi papá reaccionaría muy mal y me echaría de mi casa. Mi mamá reaccionaría muy bien, resguardándome de la furia machista de mi papá.

Pero el tema nunca surgía, nunca preguntaban si tenía novia. Nunca decían algo ofensivo que me obligara a reaccionar.

Un día me cansé de esperar.

—Tengo que decirles algo.

Mi papá miraba televisión, mi mamá terminaba de lavar los platos de la cena. La frase cayó como una bomba. Mi mamá se sentó a la mesa y me miró en silencio. De lo del silencio estoy seguro, de que me miró no: ese día no tenía puestas las lentes de contacto.

—Soy gay —dije, con la panza apretada y la garganta seca.

Las dos manchas del otro lado de la mesa seguían mudas e inmóviles, así que seguí:

—Me gustan los hombres. No las mujeres. No sé por qué es así, supongo que siempre fue así. No tiene nada de malo, no pasa nada. Sigo siendo el mismo de siempre. No tengo novio todavía. Aunque no tengo novio igual soy así.

La mancha de mi mamá se movía apenas, creo que negando con la cabeza. Seguí un poco más, porque el silencio de las manchas era insoportable:

—No es nada malo. No es algo que yo elegí pero es mejor asumirlo en vez de pasarme la vida negándolo y terminar suicidándome o andá a saber cómo —ya no podía seguir hablando—. Bueno, hablen ustedes, ¿me pueden decir qué piensan? Papá, hablá vos.

La mancha de mi papá se acomodó en la silla y tomó un poco de agua.

—A mí esto no me sorprende, te vengo observando desde chico… y cuando ahora nos dijiste que tenías que decir algo pensé que me ibas a decir que tenías pareja y te ibas a vivir a la

casa de tu novio. Sos mi hijo y te quiero como a mi hijo, solo me da pena saber que algunas cosas se te van a hacer más difíciles.

¿Así que mi papá lo supo siempre, antes que yo, incluso? ¿Y encima me decía que estaba todo bien? Este no era el plan.

—¿Y vos, mamá?

La mancha de mi mamá estaba quieta.

—Christian, yo no pensé que eras homosexual, pensé que eras raro. Esto no lo puedo aceptar. Nosotros no te educamos para esto. Es todo culpa de tu papá, que trabajaba todo el santo día en Olivetti —Olivetti tampoco estaba en el plan—. Yo me acuerdo que vos preguntabas dónde estaba papá. Y ahora esto. La gente así termina mal, en la tapa de los diarios… y todo por culpa de tu padre que no estuvo cuando tenía que estar.

—Pero está ahora, y eso es lo importante, y ahora sos vos la que no estás —respondí, atragantado.

Me levanté de la mesa, y salí de mi casa. Cuando volví, a los pocos días, la foto de la mesita ratona había desaparecido.

Ahora estoy frente al tipo del guardarropas, que baja la vista para mirar el taparrabos. Levanta el pulgar, aprobando.

—Disculpáme, ¿este es el sector gay? —le pregunto.

Al tipo le divierte mi ocurrencia.

—No, para el sector gay tienes que volver a la entrada y cruzar las cortinas anaranjadas a tu derecha.

Cruzo las cortinas, subo dos pisos y entro en otro gigantesco salón. Hay mucha menos luz que en los demás sectores. La vista se me acomoda después de un rato y ahora distingo bastante bien. Camino a través de un laberinto negro, con paredes de madera. El laberinto está lleno de gente, y son todos hombres. Ahora sí estoy, sin dudas, en el sector gay. En los recovecos se distinguen siluetas, pero yo no me freno. El laberinto desemboca en un ring de boxeo, casi de tamaño real, pero vacío. A la derecha hay un laberinto distinto: es más chiquito y está elevado, hay que subir una escalerita para recorrerlo. Las paredes del laberinto tienen agujeros a la altura de la pelvis de los que caminan, para que puedan meter la pija por ellos y que alguien del otro lado de la pared se las chupe. Los que chupan están sentados en banquetas altas de madera: algunos esperan mascando chicle, otros están en plena faena; todas las banquetas están ocupadas.

Busco un lugar que esté más o menos iluminado, al costado, me apoyo contra una pared y me quedo mirando pasar a la gente. Me pregunto de nuevo, ¿soy el único tacaño del lugar? Entiendo que a los chicos del sector heterosexual les dé vergüenza andar con los huevos colgando delante de sus novias, pero se supone que los gays somos degenerados, promiscuos y exhibicionistas, ¿por qué no hay más gays con taparrabos, como yo?

Hay un pibito chino de unos veinticinco años que ya pasó dos veces y me mira. Le sonrío. Me sonríe. Se acerca.

—¿Así que eres bicurioso? —me pregunta, con una sonrisa pícara.

—¿Curioso de qué?

—Bueno… está claro que vienes del sector heterosexual…

—¿Y por qué está tan claro?

—Porque en el sector heterosexual sale más barato si te pones eso que llevas tú —me señala

la servilleta anaranjada—, pero acá en el sector gay la entrada sale diez dólares y no te exigen sacarte la ropa ni ponerte nada, así que todos se quedan con la ropa puesta.

Menos mal que está oscuro, porque siento cómo la cara se me pone colorada.

—Mirá, yo no sabía que era así. Entré por una puerta, pagué diez dólares y ahora soy *George de la Selva*.

El chino se ríe a carcajadas. Uno de los pibes de las banquetas se saca una pija gigante de la boca y nos mira odioso, pidiendo silencio. El chino intenta sofocar la risa y se mete en el laberinto.

Ahora me doy cuenta de que hay otros que me miran. Tengo tres para elegir. Me acerco al que tengo más cerca. Le acaricio el pecho y me sonríe. Hace un gesto de *sígueme* con la cabeza, y empieza a alejarse hacia el laberinto. Lo freno, porque tengo ganas de quedarme acá, donde la oscuridad no es tan cerrada. Para hacerle saber que no voy a ningún lado le señalo, con la cabeza, la lucecita que tenemos encima. Se encoge de hombros y me sonríe. Le parece bien. Lo arrastro unos centímetros hacia un costado, hasta que apoya su espalda en la pared. Le empiezo a besar el cuello. Él baja a mi pecho, me besa los pezones y los muerde suavemente. Me manosea la pija y yo hago lo mismo: la tiene medio parada. Miro a mi alrededor y hay cinco tipos mirándonos, casi encima nuestro. Los siento respirar. Me agacho y me meto la pija del tipo en la boca. Se la chupo durante menos de un minuto: los cinco o seis tipos que nos rodean ya están encima y acercan sus pijas. Estoy rodeado. Me vuelvo a parar y miro al tipo a los ojos.

—¿Cómo te llamás? – le pregunto.

—Matt.

Noto la incomodidad que genera esta súbita cordialidad, se supone que acá no se habla y menos para decir "Hola, ¿como te llamás?".

—Yo me llamo Christian.

—Christian, te devolvería la chupada de pija pero...

Inclina la cabeza hacia la luz y se señala la boca. Tiene aparatos.

—No te hagas problema —lo tranquilizo—. Mejor busquemos a alguien que nos chupe la pija a los dos.

—Okay, elige tú uno que te guste.

Entre la muchedumbre que se acumula distingo al chinito que me preguntó si era bicurioso. Me abro paso entre la gente, lo agarro del hombro y lo pongo entre el tipo de los aparatos y yo. Le beso el cuello. El chinito da un respingo y se va. Ya tengo cinco manos encima, tocándome el culo y la pija y apretándome los pezones. Trato de rastrear el cuerpo que pertenece a cada mano, recorriendo el camino que va desde el antebrazo hasta el cuello del que me toca. Demasiado trabajo. Elijo al azar a uno del grupo, lo pongo en mi lugar, agarro una mano del tipo de los aparatos y la apoyo en su ingle (una manera de indicar que abdico del trono en su favor). Me alejo de la hidra que sacude sus cabezas y tentáculos.

En el camino hacia la escalera, me cruzo con el chinito.

—¿Qué te pasó que has salido corriendo?

—Me gustás… pero tuve ganas de ir al baño.

Lo abrazo. Él me abraza más fuerte. Me aparto, le guiño un ojo (que igual no ve porque está oscuro) y me alejo. Bajo la escalera y me doy cuenta de que me había salteado un piso. Este nivel está decorado como si fuera un inmenso campamento en la selva. Hay una serie de carpitas desparramadas en un campo y más allá palmeras, arbustos de plástico y una cascada falsa. Ahora sí, con el taparrabos en la cintura, me siento como en casa. Pero casi no hay gente dando vueltas.

Camino entre la espesura de utilería. Hay un pibe sentado en una roca con la cabeza apoyada en las manos, que mira andá a saber qué en la lejanía. Yo sigo caminando hasta que llego a un puesto de gaseosas en el medio de la selva. Compro una Coca Cola y me siento a tomarla al lado de la cascada. Se levanta viento, tengo frío, se me pone la piel de gallina. Tiro la lata de gaseosa en un cesto y vuelvo a recorrer el mismo sendero entre la espesura. Esta vez me quedo quieto en un rincón, apoyado contra un árbol. Aparece el chico que estaba sentado en la roca. Me mira, me sonríe, se hace el tonto, vuelve a mirar. Viene hasta mí y me agarra de la mano. Mi mano está helada por la lata fría de coca, la mano de él está tibia y me agarra fuerte. Caminamos juntos más allá de las palmeras de cartón, las cascadas de celofán y las rocas de papel maché, hasta divisar, en el horizonte, las estrellas adhesivas fluorescentes.

EL HUMANO, CUANTO MÁS DISFRAZADO, MÁS PELIGROSO.

—Me alegra mucho publicar a Xtian en la primera etapa de la revista —le digo a Chiri—. Primero porque escribe bárbaro, pero también porque estuvo en Orsai desde el primer día. Y siempre con generosidad, dando buenos consejos.

—¿Lo conocés personalmente?

—Lo vi dos veces nada más, en Buenos Aires. Pero lo leo siempre, y chateamos mucho por épocas, es un gran recomendador de literatura.

—¿Alguna vez te quiso coger?

—¡No!

—Porque creo que es un "Oso" —me dice Chiri—. Es una rama de los putos en donde son todos gordos barbudos. Y vos entrás de cajón en esa categoría. Y si a eso le sumás que te hacen llorar las películas, y que tu papá siempre pensó que eras puto...

—No. Xtian nunca se me insinuó —le digo, para cerrar la conversación.

—No sé —me dice Chiri—. Me quedo con la duda. Yo creo que alguna vez Xtian y vos se chuparon o algo. Vos deberías escribir cosas gay. Deberías ser un escritor gay. Te iría mucho mejor que siendo solamente un escritor gordo.

—A mí me gustaba mucho, en los noventa, ser un escritor joven. Estaba buenísimo. Mi primer cuento apareció en una antología de jóvenes cuentistas. Era hermoso ser una *promesa*.

—Me molestan esas antologías —me dice Chiri—. ¿Quién decide cuándo un escritor es joven?

—En general —le digo— es hasta los treinta y cinco. Después ya sos maduro.

—Sin embargo nunca se hacen antologías de cuentistas maduros.

—Es que la juventud es una cualidad loable. La gente dice: "Miren a ese muchacho, es joven y podría estar haciendo cualquier cosa divertida, sin embargo escribe".

—En ese caso alguien debería compilar otras antologías loables. Ser joven no es la única rareza.

—¿Qué otras hay? —le pregunto.

—Son mucho más dignos los escritores lindos —me dice Chiri—. Yo no entiendo por qué un tipo lindo se sienta a escribir. Si ya es lindo, si ya tiene ese tema resuelto, ¿para qué escribe? Vos, por ejemplo, si fueras lindo, ¿escribirías?

—Ni en pedo.

—¿Ves? —me dice—. Tendríamos que hacer una antología de escritores lindos. Se la merecen mucho más que nadie.

—Está mal clasificar escritores, pero ya que estamos hablemos de putos que escriben bien.

—El primero es Puig —me dice Chiri—. Pienso en *El beso de la mujer araña*, que está escrito en forma de diálogo. Cuenta la historia de dos presos que viven en la misma celda, uno acusado de corrupción de menores, el puto; y otro activista político, el macho. Hay una escena memorable en ese libro: cuando el puto le cuenta al guerrillero fragmentos de películas.

—Otro es David Leavitt —digo yo—. Me acuerdo de una novela que leímos, de Leavitt. Nos la pasó Rodrigo Lara, ¿te acordás?

—También se la devolvimos.

—Qué imbéciles éramos en esa época. Se llamaba *Mientras Inglaterra duerme*. La historia de dos pibes. Uno, un escritor frustrado mantenido por su tía. Y el otro un trabajador de trenes.

—Y después está el libro emblemático de Reinaldo Arenas —dice Chiri—, que se llama *Antes que anochezca*. Lo escribió antes de suicidarse.

—Un libro melancólico, lindo —le digo.

—¿Y literatura lesbiana? ¿Leíste algo?

—Me gusta más la literatura escrita por varoneras —le digo—. Mujeres que tienen amistades masculinas. Caro Aguirre, por ejemplo. Gabriela Wiener. Josefina Licitra. En cada número de Orsai tuvimos a una varonera.

—Sonia Budassi es varonera —me dice Chiri—. Escribió una crónica buenísima sobre el Apache Tévez. Ahí se nota que es varonera.

—¿La llamamos para el número cuatro?

—Llamála vos, que sos puto. ►

COMUNICACIÓN DE CRISIS

Escribe Sonia Budassi

Ilustra Matías Acosta

En este cuento, Sonia Budassi nos mete de cabeza en las relaciones con los que no conocemos (las personas a las que le alquilamos una casa, por ejemplo, o unos vecinos nuevos) y también en las relaciones con quienes creemos conocer. En el fondo, nos dice, la convivencia parece el síntoma de una crisis sorda en donde no sabemos más que una cosa: estamos solos.

El departamento tenía veintiocho metros cuadrados y éramos dos personas solteras que alquilaban juntas por primera vez. Francisco y yo: una verdadera pareja enamorada y joven. La dueña era una señora que solo vi en la firma del contrato. Tenía una parálisis facial rara, no completa, desconozco el nombre clínico pero daba pena. Una parte de la boca hacia abajo: sonreía y hablaba por la izquierda. Los labios de la derecha, normales. Sus ojos pestañeaban fuera de sincro, el párpado izquierdo caía hasta la mitad del iris, no podía abrirlo del todo. La nariz, los pómulos y las orejas simétricas. Mirarla era sentir la incomodidad de quien intenta armar en su mente un cuadro del cubismo con parámetros realistas. Un rostro vencido a medias por la ley de gravedad, con la soberbia inconducente de otra parte que resiste.

Al escucharla no percibías falta de ideas, ni tampoco una complicación del tipo "no te puedo explicar porque es tan complejo o confuso que quizá no encuentro las palabras". Era al revés; la señora con sus gestos decía: "Es clarísimo lo que quiero contarte pero mi cuerpo me lo impide, me complica, quedo como una retardada, pero ustedes son idiotas y no tienen paciencia. Podría decirles lo que pienso, y bien". Terminaba balbuceando, pero cada tanto se entendían frases simples como "buenas tardes".

La situación del inquilino que busca vivienda es lo más parecido a lo que imagino serán los juicios por jurados de las películas: en muchos casos son familias enteras a las que hay que convencer de que una posee solvencia, bondad, sentido de la responsabilidad y buenos hábitos de orden y limpieza. Pero, sobre todo, solvencia económica, trabajo estable.

Cuando firmás un contrato de alquiler, si todo va bien, nunca se dicen cosas muy imprevistas.

Dos años después, en otra escribanía, se celebraba el segundo contrato de alquiler de una joven pareja ya consolidada. Y mi mamá (garante con propiedad en Capital) terminó, como buena rusa, pidiendo una rebaja en el costo exagerado de certificación de firmas.

Era obvio que los dueños tenían un arreglo con el escribano y nos cobraban de más. Entonces ella dijo una frase tan amable como agresiva:

—Es solo un gesto de buena voluntad de parte de ustedes. Lo planteo para que lo consideren, pero no hay problema, si no quieren no va a perjudicar la buena relación para nada, por supuesto, es solo un gesto de buenas personas... No supe si aplaudirla o pegarle. Los dueños discutieron con mi mamá al principio, después entre ellos, pero al final se dejaron chicanear; el descuento nos vino bien.

Ella siempre tuvo esa capacidad para presionar por medio de la culpa. Nos vendió como jóvenes trabajadores, asalariados honestos. Y ella una reina simbólica, porque en el campo está todo tan difícil, gravísima la sequía, "es una zona marginal". Todo depende de la buena voluntad, entonces: su garantía era buena y la moral inmigrante impide soportar el atraso en cualquier pago. Actuaba de matriarca solvente y todos nos habíamos vestido bien para ese acto inaugural. Los otros firmantes promediaban los sesenta años.

Al más simpático de los dueños presentes se le escapó decir que el inmueble incluía una terraza que nunca nos habían mostrado cuando fuimos a ver el departamento.

Cara de incomodidad del resto. Nuevo comentario comprometedor de mi mamá, que inventa que es imprescindible para nosotros, que tenemos plantas que se han convertido en árboles. Era mentira —solo teníamos tres cactus— pero ella lo dijo con un sentimiento íntimo, genuino, casi conmovedor. Siempre decía que le dolía más cuando en el campo se le moría una planta —algo frecuente en la pampa seca: amplitud térmica, vientos que bordean la fuerza de tornados, permanente falta de lluvia— que si se le moría una vaca. A las vacas también se las mata para comer.

Después de las llaves y el apretón de manos con el escribano —pocas veces en mi vida le di la mano a un hombre— fuimos los tres al PH. Mi mamá subió las escaleras y ordenó:

—Hay que tocarle timbre a la vecina y que nos muestre la terraza.

La vecina tenía aspecto de cheta, pero quizá era por su voz nasal. Decía que con nosotros no tenía ningún problema. Pero no le caía simpático que quisiéramos ver su terraza. Nunca admitió que había una para cada departamento. La nuestra daba a su estudio y sala de ensayos. Mi madre ignoraba sus inequívocos gestos de fastidio.

El lugar parecía un depósito de mugre y cosas en desuso. De todas maneras, era un espacio de aire libre que, en Buenos Aires, no hace falta decirlo, cotiza bien. Imaginamos nuestro cordel con ropa, una mesa de plástico para tomar mate a

la tarde; un cambio simple pero importante en nuestra calidad de vida.

Resultó que había algo oscuro con la vecina y el sobrino de los dueños. Él operaba de administrador y había sido testigo de la contracturada firma del alquiler. Mariana decía que ella pagaba de más para tener los dos lugares. Nosotros dijimos que no teníamos nada que ver con eso.

Sospechamos de ese *arreglo* después, cuando Mariana insistía con que la terraza no era compartida y el sobrino se desesperaba por buscar una solución sin que habláramos con su madre o con sus tíos, que no debían estar al tanto.

Nunca comprobé si era cierto que ella pagaba un adicional o era pura avaricia, porque Mariana tenía, desde su casa, entrada privada a otra terraza mucho más grande, con parrilla y hasta con un quincho.

El administrador tenía alrededor de cuarenta años. Siempre quise enterarme de cómo le iba con la mujer. Usaba camisas escocesas y jean, el pelo raya al medio; aunque bastante más gordo tiene un gran parecido con un cantante melódico argentino. Es contador y administraba toda la esquina: el gimnasio, el quiosco y también las oficinas del estudio jurídico de al lado.

Con Francisco hacíamos cuentas de lo que debían sacar por las cuatro propiedades por mes. Una fortuna. Le encantaba hablarme de sus viajes a Florianópolis, Miami, Río de Janeiro y preguntarme en qué *propagandas* estaba trabajando y si conocía a alguna modelo famosa. Le dije que la última en que aparece Susana Giménez la había hecho yo. Y que Susana era divina y muy profesional. Creo que con esa pequeña mentira gané un poco más de su respeto.

—Por ahí ella necesita esa terraza para inspirarse y componer— decía sobre Mariana.

Yo nunca la oí cantar ni ensayar con una banda. Por suerte.

Fue una silenciosa batalla territorial. Ella soltaba el caniche para que haga sus necesidades en nuestra parte. Nosotros subíamos más cosas cada día y dejábamos todo cada vez más limpio. Sacar toda esa mugre fue trabajoso. Fran no me dejó contratar una persona para que lo haga.

Un amigo me trajo un árbol que cosechó de un baldío de San Isidro. En realidad era un tronquito flaco que tardó un año en dar su primera hoja. Un enorme balde naranja resquebrajado y con manchas negras de grasa de auto hacía de maceta. Lo dábamos por muerto pero lo dejamos ahí por razones obvias.

Fue ese departamento, el segundo que alquilamos juntos, el que afianzó la relación. Parece una frivolidad y al mismo tiempo tiene que ver con esas imágenes felices de otro tiempo. El recuerdo del placer del sol a las diez de la mañana sobre el cubrecama de mi hermano en la pieza que compartíamos, sombras rayadas por la persiana. Conservé la muñeca fea y grande que heredé porque quise; me acompañó en todas las mudanzas. Usaba un pulóver de bebé, rojo, de esa lana que pica, de vestido. Sobrevivió demasiados años y envejeció como una persona. Ahora tiene el pelo largo crespo, parece rastafari. Un día Fran le puso un cigarrillo armado entre los dedos de plástico y me enojé. Con algunas cosas no se jode. Además no era ni gracioso ni transgresor. En el segundo departamento también daba el sol sobre la cama y había dos muñecos nuevos, un elefante con flores bordadas en las orejas —daba la idea de peluche tatuado— y un oso pardo; todo eso me ponía de buen humor. Nuestro anterior cuarto era helado y oscuro. Para abrir bien el placard había que mover un poco la cama. Y aunque la ventana era pequeña, siempre entraba tierra, y arañitas que en minutos eran capaces de tejer una tela que podía llegar de un borde al otro debajo de la cama. Esa fue su peor época. Yo me acordaba, a veces con extrañeza, de cómo había logrado conquistarme.

Él me conocía a mí pero yo no lo conocía a él. Me mandó un mail que no contesté, pero siguió insistiendo hasta que sí. Después mandó chocolates importados con una carta a la agencia. Le pidió al cadete que entregara el paquete en mano. Un simpático quiebre en la rutina laboral. Los regalos y las invitaciones se fueron poniendo cada vez más sofisticadas; mis amigas le decían "Ferrero Rocher" en honor al comercial —que hizo alguien de la agencia— en que esos bombones eran servidos en la casa del embajador.

Francisco trabajaba en una consultora de comunicación política. Antes de salir conmigo era el vocero del jefe de gabinete.

Lo que voy a contar parece una escena forzada. Antes del estallido, volvió de hacer un seminario en Estados Unidos y se fue a trabajar sin dormir. En ese entonces ni nos conocíamos; yo ya trabajaba en esa burbuja de jóvenes talentos bien pagos llamada publicidad. ¿Cómo siendo tan jóvenes podíamos ganar tan bien, incluso cuando casi todo el mundo estaba sin trabajo?

Esa mañana Fran va un rato al ministerio y después al hotel Intercontinental. Discute con el conserje. Se pone violento, empieza una pelea. Y al rato ya está a las piñas con otros empleados. Al día siguiente los diarios dijeron que en la City no se hablaba de otra cosa. Lo llevaron a una comisaría —se "resistió a la detención"— y de ahí al Hospital Neuropsiquiátrico público. El diario también decía que "forcejeó" y que tuvieron que "reducirlo". Yo creo que en esa época ganaba demasiado bien y se drogaba de más. Fue un escándalo.

Fran nunca me lo contó. Me enteré por los medios y por chismes. Después de conocerlo tardé meses en relacionarlo con ese recuerdo y jamás me animé a preguntarle sobre eso. Si ponés su nombre en Google todavía aparece la noticia.

Él siempre se refiere a un pico de estrés que lo hizo alejarse de la política. Al principio, solía repetir la frase: "La política no es faso, es merca", en voz baja como quien revela la fórmula secreta de Coca Cola, con la gravedad de quien da la lista de fallecidos en un accidente. Cambió de rubro por un tiempo, tuvo que arrancar de cero y cuando estábamos por mudarnos juntos por primera vez, saltaron las deudas, nunca supe de dónde, que le hicieron modificar sus hábitos de consumo. Para adaptarme a su situación económica tuve que hacer algunos sacrificios. Como alquilar aquel horrible primer departamento.

Él no quería retomar el tratamiento.

Nos peleábamos por el calefactor. Yo lo subía y él, si yo no lo veía, lo apagaba sin avisarme. Como un chico.

Un día, llorando, le dije que no tenía sentido que pasáramos frío. Los dos trabajábamos bien, no éramos ricos pero, a pesar de sus deudas, ya nos dábamos ciertos gustos: salir a comer, irnos de vacaciones a la playa. Su conducta no tenía sentido. A los gritos me dijo que él no tenía problema en pasar frío, que de chico había sufrido eso mil veces. Lo odié. Después me di cuenta de que era un problema serio. Él era de un pueblito costero deprimente; sus hermanos no eran muy honestos que digamos y seguían viviendo ahí. No podía contar con ellos. Admito que también me molestaba esa vida de ridícula austeridad. Si estuviera sola viviría mejor, pensaba algunas noches.

Se aburrió de trabajar en la revista de comunicación empresaria y volvió a la consultora para ocuparse de las cuentas más fáciles. Reemplazó gradualmente la comunicación política tradicional por el marketing digital y las redes sociales. Cuentas chicas, algo tranquilo. Pero le duró poco. Al tiempo propuso armar un equipo de marketing digital en la consultora. Le dijeron que sí, claro. La seducción obvia del empleado proactivo. Empezó a ganar bastante más. Estaba online las veinticuatro horas. Peleaba las veinticuatro horas. Negociaba cada día mejor. Y no hizo falta demasiado para que volviera con la rosca; almuerzos, desayunos y cenas con periodistas y políticos. En unos meses ya estaba asesorando candidatos y funcionarios y opositores, otra vez con un cinismo que me asustaba, y eso que yo trabajo en publicidad. No le bastó con la intervención virtual, que de todas formas no abandonaba, gracias a que se compró el Blackberry más caro del mercado.

—Los tipos con Blackberry que veo en el subte me parecen todos unos boludos— le decía yo. Igual cuando me regaló el iPhone me súper enganché.

Su jefe tenía apellido inglés, y ademanes, ¿cómo decirlo?, demasiado ampulosos en su discreción de caballero; sé que suena un poco paradójico. Se creía el personaje de lord de película y lo exacerbaba; le quedaba bien el

elegante histrionismo de la solemnidad. Una frase halagadora al servir una copa, y un silencio abrupto ante algún comentario que le resultara demasiado íntimo, y por eso fuera de lugar.

Una de sus clientas era una política de carrera. De joven militaba en lo que en este país se confunde con centro izquierda. Había llegado a diputada provincial y después a funcionaria del Inadi. Yo le decía Picachú. Era igual al dibujito japonés. Una señora muy linda aunque petisa, que se volvió fea, un esperpento, gracias a esas operaciones que dejan camadas de mujeres con tetas gigantes y cara de pato. La culpa es de esta sociedad machista. En algún momento sospeché que Fran gustaba de ella. Él era capaz de responder sus mensajes de texto un sábado a las dos de la mañana, cómo no iba a darme celos. Después la conocí: no había nada sensual en ella, y la actitud casi servil de Fran no implicaba un lazo personal. No tenía que ver con el deseo sexual, sino con la libido política. "Estos tipos la tienen parada todo el día", dice un amigo que es bastante procaz pero que siempre acierta en su descripción de caracteres.

En un momento Picachú quería un libro sobre ella misma. Iba a firmarlo aunque lo escribiera otro. Él me lo contó durante la cena —pedimos sushi, hay hábitos que no pude dejar ni cuando vivíamos en el primer departamento— y le sugerí contratar a una de mis mejores amigas. Supuse que ese trabajo se pagaría bien.

Ceci ya tenía libros publicados y se moría de hambre trabajando en periodismo cultural y dando clases. A veces yo le tiraba alguna pieza simple de la agencia para que resolviera. Él, entonces, la recomendó. Picachú se obsesionó al punto de querer conocerla el mismísimo domingo a la mañana. No hay que trabajar los sábados. Supongo que él debió haber escrito un sms con algo como "ya tengo a la persona para vos. A la perfecta ghost writer". Tengo bien estudiado su estilo seductor y persuasivo vía sms y mail.

—¿Vos sos mi amiga o mi enemiga? En serio te pregunto —me dijo Cecilia.

Resulta que primero fue a una reunión, que ella creía informal, con mi chico y su jefe en la consultora. El inglés le explicó las características del proyecto, el inminente plazo de entrega y le preguntó si podía reunirse con Picachú a la media hora. Finalmente, le dijo cuánto le pagarían: una miseria. Ella respondió que por esa plata, un libro entero, no. No dijo que además veía venir el estrés del trabajo esclavizante con una egomaníaca. El inglés hizo un acting impecable: levantó el teléfono y le dijo a su secretaria que suspendiera la reunión en esa oficina de estado, tan importante para la visibilidad de ciertas acciones de gobierno, mientras mi chico le decía al oído, en voz baja, "aunque sea andá a la reunión a ver qué onda, lo de la plata seguro se puede arreglar". Al rato, el inglés le dijo a Fran, a modo de reto atenuado: "¿De veras vos le contestás los sms a las dos de la mañana a la doctora?". Y le aclaró a Ceci que, sobre plazos y dinero, solo hablara con ellos, que por algo eran los consultores.

Aunque bastante desanimada por el sueldo que le ofrecían, Cecilia fue a la oficina. Y lo primero que hizo la funcionaria, desde luego, fue hablar de sí misma, pero también de plazos y dinero.

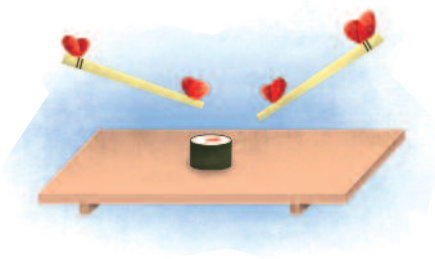
—Tu amiga es una conchuda —dijo Fran.

—Vos sos un desubicado, ¿cómo le vas a ofrecer a ella un trabajo así? ¿Un proyecto que es más bien para un estudiante de TEA? ¡Encima por esa plata, con una loca, y diciéndole que iba a tener que cobrar por izquierda! ¡Me habías dicho que el trabajo estaba bueno!

—No te hagás la pura, ahora, que vos vendés estereotipos de felicidad que no existen y te hacés la creativa para las multinacionales, te hacés la feminista pero vendés jabón en polvo, te hacés la indignada porque yo digo que tal es un negro de mierda y lo que vos hacés es xenófobo y discriminatorio en un cien por cien, dejáme de joder.

Lo insulté, con esos insultos ordinarios y simples, tipo "hijo de puta" y me fui a llorar al baño. Siempre me destaqué en el insulto elaborado, personalizado, efectivo por hiriente. Pero esa vez no me salió. Sería que las peleas se daban cada vez más seguido.

Al otro día, tipo diez y media de la mañana, me mandó un mail corto. Con coordenadas. Una cena romántica. Me hizo reír. El encuentro era a una hora en que no me iba a dar el tiempo para volver a casa a cambiarme. Me fui a las corridas de la agencia a casa en el horario del almuerzo —qué antológicamente triste es "el horario del almuerzo"— y puse un vestido en la mochila. Estaba un poco emocionada, la adrenalina que vuelve desde el impulso de seducción, y la tristeza, por un rato, se me fue. Me acordé de que le gusto. Nunca me pasó con otro en tal grado: saber el efecto inmediato que le provoca que use



una pollera corta; le gusto mucho, le gusto tanto, Fran es capaz de excitarse con una remera ingenua de mangas tres cuartos si la uso yo. En realidad eso pasaba casi todos los días durante el primer año. Es una forma de poder que en mi vida había sentido con tanta intensidad. Reina de una monarquía absoluta. Pero las cosas habían cambiado: de ser su amazona hot, pasé a ser su compañera poca onda que le enseña matemáticas, con quien puede acostarse y pasarla digamos bien, cada tanto; algo así, no sé cómo decirlo sin caer en el lugar común, hay situaciones que impiden cualquier arranque de creatividad. Nuestra relación estaba compuesta por una mezcla de cariño, desidia y fraternidad con dosis variables de discusiones tan irresueltas como recurrentes. Frases como "lo mismo de siempre". Intercaladas con los "te quiero" necesarios. Ya no lo hago tan seguido pero me gusta jugar a vestirme para él. Cada tanto funciona.

Hubiera sido menos decepcionante si el día de la cena yo hubiera ido con el vestido directamente al trabajo. Y si hubiera aceptado la invitación a "tomar algo y relajar un poco" de algún compañero de los lindos, como en las buenas épocas de la agencia. Una sana costumbre que perdí desde que vivimos juntos. Debería retomarla. La voz del resentimiento como un tsunami de significantes que anula toda capacidad de análisis. El destructivo alivio de imaginar venganzas desproporcionadas. El dolor que provoca morbo y sadomasoquismo, y más sufrimiento.

Era previsible. Fran dijo "se me complicó".

—Perdonáme, se armó una movida terrible de comunicación de crisis. El candidato está a full y le hicieron una, él no tiene nada que ver, te pido disculpas, no puedo zafar, te juro que hice todo lo posible. ¿Por qué no la llamás a Cecilia que siempre quiere salir así aprovechás la reserva?

Comunicación de crisis es que a mí me salgan insultos ordinarios, sin elaboración, ni con el veneno suficiente, antes de volver a llorar.

Su "comunicación de crisis" era un bluff. Soy hábil en revisarle el Blackberry e interrogar a las tontas secretarias de la consultora sin que ellas mismas lo noten. La "emergencia" de la que no podía zafar fue el llamado de un político de tercera línea, de los que dan negativo en las encuestas de popularidad porque nadie los conoce. Le pidió una reunión y aunque aclaraba que no era "nada urgente", preguntó: "¿Hoy a la noche podría ser?". Y Fran habrá respondido, antes de poner una excusa o de proponer otros días y horarios: "Sí, claro, esta noche, genial", o un más formal : "No tengo agendado ningún compromiso".

Al tiempo me di cuenta de que él pensaba que yo ya estaba enamorada de otro. Lo noté por algo que escribió en su blog personal, que usaba con seudónimo. Pero todos nuestros amigos sabían que era de él. No sé cómo podía administrar tantas cosas a la vez; decidí no agregarlo como amigo en Facebook aunque espiaba su Twitter —también con seudónimo— de vez en cuando.

Vino con pasajes a Punta del Este. Yo solo quería tener una conversación. Que trabaje menos. No sé por qué Punta del Este. Hasta Colonia hubiera sido, por destino obvio de nuestra clase y de crisis como esta, un lugar mejor. Supongo que consiguió alguna promoción. Punta del Este en invierno. Hacinamiento en la deprimente cacerola gigante Buque Bus. Una bruja enorme, criolla y atroz revolvería las corrientes del Río de la Plata.

Mi equipaje demasiado pesado para dos días. A pesar de mi enojo, me entusiasmaba disponer de varias opciones para vestirme y que le den ganas de estar conmigo como antes. Ciclotimia. Mirarlo a los ojos y sentir sus ninguneos, el mal gusto de publicar cosas sobre mí en su blog, el abandono del tratamiento y el aleatorio incremento de medicación variada en el botiquín del baño. La súbita aparición de voluminoso dinero en efectivo en el cajón de las medias. Y sus ojos viriles de cejas gruesísimas y la risa que me provocan sus comentarios y la manera de hacerse el personaje con los otros pasajeros, mozos o el desconocido de turno: un show que cada tanto despliega en público para mí.

Todo el viaje se la pasó hablando de proyectos en común y besándome y queriendo hacer el amor. Planes y más planes. Que teníamos que ir a Europa juntos, ¿a qué países te gustaría ir? ¿O mejor Nueva York? ¿Y si nos mudamos a un lugar más grande? Podríamos comprar más muebles, los que te gusten, y sacarnos de encima los viejos. ¿Querés que lo llame a mi tío para que nos preste la quinta y hacemos un asado para los amigos ahora que viene el calorcito? ¿O preferís

que vayamos solos? El viento de la orilla nos arrugaba la cara. Mi viaje de egresados fue en Pinamar, un lugar que, por la cercanía con su lugar de nacimiento, él detestaba, aunque todo el mundo sabe que la costa atlántica es horrible en cualquier país que no sea Brasil.

Recostados en las reposeras de un bar con vista panorámica rodeada de vidrio para admirar el mar sin sentir las consecuencias climáticas, nos relajamos. Yo ya estaba cansada de hablar, de que él dijera a todo que sí, y nada más. Sus regalos me dieron una alegría leve, sorda. Ropa interior, remeras, aros; hasta una lapicera de alta gama.

Al bar llevé la novela que me regaló Ceci, hacía mucho que no leía. Él también tenía ganas de leer pero sacó el iPad. Me sorprendió que no se pusiera a escribir. Solo leía. En el último año, lo había visto comprar miles de libros online que ni siquiera abrió una vez. A la media hora no me aguanté y le hablé.

—¿Qué estás leyendo tan concentrado?

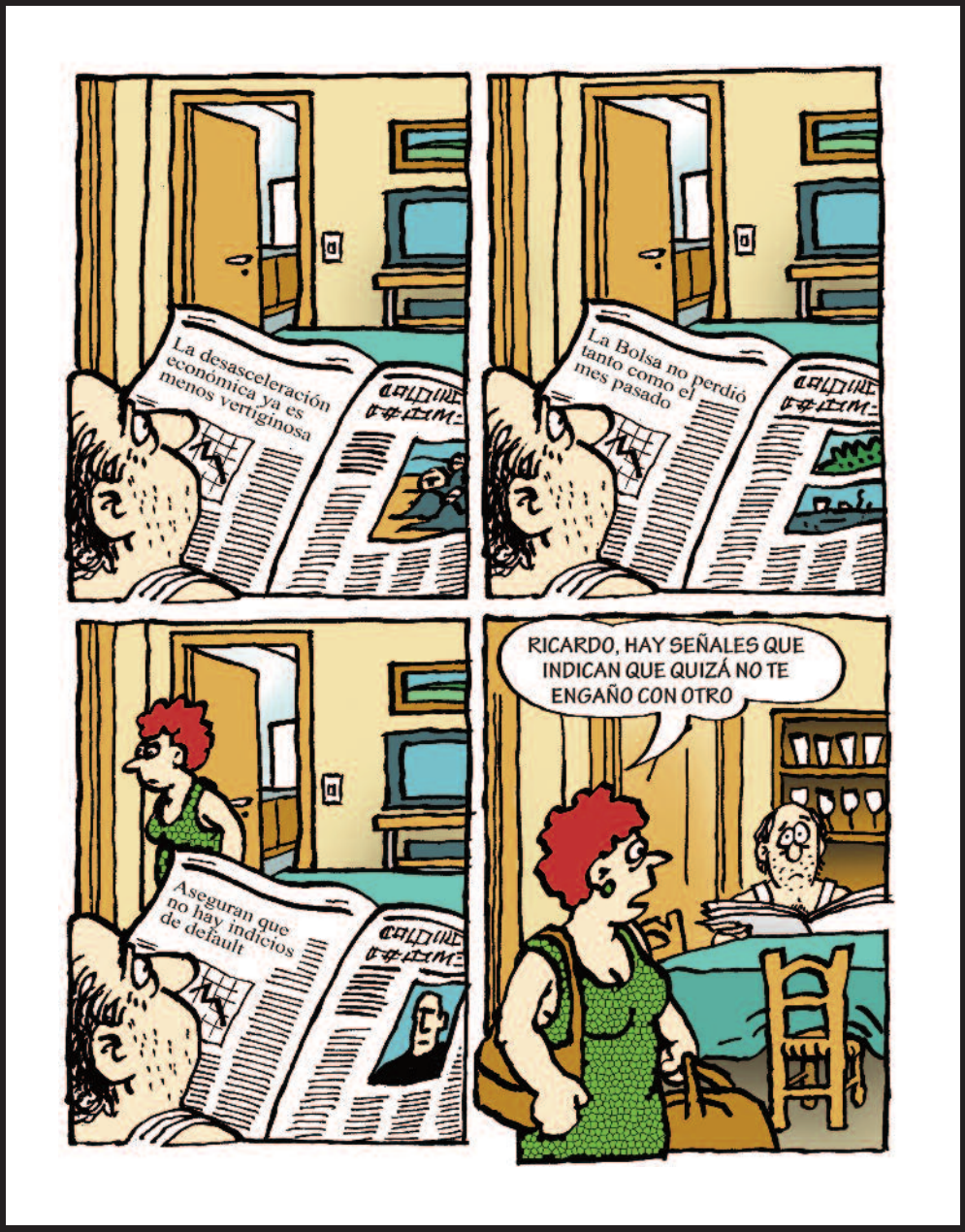
—Un powerpoint. Leo un ppt. Te leo en voz alta si querés.

"Clima social y político en la República Argentina, evaluación de gestión de... evaluación de desempeño de... (Aprueba mucho + algo) Evolución histórica; ¿Con cuál de estas dos afirmaciones está usted más de acuerdo?; Problemas de coyuntura; En su opinión, ¿quién debería llevar a cabo el control de estas políticas?; Conocimiento y evaluación de imagen de dirigentes; Evaluación histórica de optimistas; Aprueba mucho, aprueba algo, desaprueba algo, desaprueba mucho."

Si se mezclan un poco las frases o simplemente se les cambia el orden, puede armarse el índice de un libro de autoayuda, con test de autoevaluación incluidos. Las armas cuantitativas como maquinarias confesionales posmodernas; las ganas de siesta que da el mar. El premio final: la democratización del acceso a las publicidades de champú, queso untable o programas de televisión que hago yo, que a veces no sé por qué vivo con él, y si es una obviedad pensar que ese powerpoint podría ser la matriz de análisis de mi relación; si de él podría obtener un brief tan sintético y preciso como los que me mandan nuestros clientes, sin los mensajes cifrados que por definición contienen todos los avisos clasificados del rubro Alquiler.

Es un piso enorme. Él me convenció. No es técnicamente nuestro, eso me molestaba y se lo dije cuando hablamos del tema y yo no conocía el lugar. Hasta que me pasó a buscar en el auto (compramos juntos un auto) y sin decirme nada me llevó al departamento. Lo alquilamos sin contrato y a un precio ínfimo porque un cliente de él quería que lo habite "alguien de confianza". Podríamos haber alquilado uno igual o similar con todas las de la ley, pero él quería esperar así comprábamos una casa en San Isidro o en Palermo. Desde que soy directora creativa y desde siempre prefiero Palermo por una cuestión de comodidad. El piso está amueblado con un gusto que coincide bastante con el nuestro. Solo tuve que quitar enormes adornos tipo souvenirs caros de países raros: esfinges de madera egipcias, platos dorados de Turquía, estilizados cisnes de porcelana china, flores de plata de no sé dónde y máscaras africanas.

Cada uno tiene su propio estudio, me parece importante esa privacidad. Tenemos tres baños, el nuestro enorme con jacuzzi y dos bachas. No me gusta que me vea lavarme los dientes, pero esa disposición economiza tiempo a la mañana. Sigo sin acordarme de la fecha de nuestro aniversario, él sigue acumulando lo de siempre. Más allá de las vacaciones en la playa, todavía no concretamos ninguno de los viajes; siempre termino yéndome sola con amigas, o por trabajo a algún festival. Retomé algunas sanas costumbres. Estoy más relajada. Cuando vuelvo de viajar nos vamos a cenar afuera, o él le dice a la empleada que cocine algo especial; después encuentro sus notas con órdenes precisas. Lo importante es que Fran me recibe contento; yo le traigo regalos y él me espera con regalos. Aunque se haya transformado en un hábito no deja de ser un buen momento. En invierno, a la noche, a veces, me despierta el calor porque la calefacción central del edificio está muy alta y no puedo hacer más que destaparme. Mientras lo veo dormir me acuerdo de cosas de nuestra historia, de la puja silenciosa por subir y apagar el calefactor en ese departamentito de Almagro, esa guerra declarada que, ahora que lo pienso, no sé bien quién ganó si se terminó, y me voy durmiendo, y pienso además en otras cosas que por desidia nunca voy a saber, como quién maneja la calefacción central de acá, y cómo es posible que él, tan tapado y dormido ahora, no sienta el agobiante calor que hace como lo siento yo.


La desasceleración económica ya es menos vertiginosa
La Bolsa no perdió tanto como el mes pasado
Aseguran que no hay indicios de default
RICARDO, HAY SEÑALES QUE INDICAN QUE QUIZÁ NO TE ENGAÑO CON OTRO

—A Sonia Budassi la conocí en una antología en la que también aparecés vos —me dice Chiri—. *Uno a Uno*, de Mondadori. Y después leí ese cuento alucinante sobre Carlitos Tévez, en el que le declara su amor incondicional.

—¿Al Apache? ¿Le declara su amor?

—Sí. Lo persigue por todas partes; quiere hacerle una entrevista para un libro sobre él, que finalmente publica, pero de a poco se va obsesionando y al final te encontrás con una cronista enamorada de su personaje.

—Nació en Bahía Blanca, la tierra de Guillermo Martínez.

—Es verdad —me dice—. Y es cofundadora, y coeditora, de un sello independiente de narrativa, Editorial Tamarisco.

—Yo tengo libros de Tamarisco, están muy bien.

—A Sonia la conocí personalmente acá en Barcelona, este año —me cuenta Chiri—. Tomamos una cerveza en las mesitas del Café Zurich, frente a Plaza Catalunya. Hacía frío. Era invierno y ella había venido por una beca, creo. Hablamos de su oficio de editora, del trabajo que implica llevar adelante una editorial independiente y cosas por el estilo. Tamarisco hace un gran trabajo. Uno de ellos es descubrir buenos autores. Publicó *76*, de Félix Bruzzone. Un gran libro de un autor joven, de los mejores que hay ahora en Argentina. Pero el siguiente libro de Bruzzone, *Los Topos*, salió por Mondadori.

—¿Por qué?

—Es imposible competir con los grandes sellos, que muchas veces se sirven de las editoriales pequeñas para descubrir autores que funcionan.

—Mirá vos —le digo—. O sea que las editoriales chiquitas, las que editan a pulmón, hacen el trabajo de riesgo, hacen la búsqueda de nuevos talentos, mientras los tiburones miran y solo publican lo que es seguro.

—Y cuando una editorial chiquita da en la tecla y descubre un autor nuevo, y hace que una obra inédita se venda más o menos bien, ahí vienen los tiburones a robarse el premio.

—¡Qué bonito! —le digo a Chiri—. Cada vez me gustan más las editoriales grandes. Son unas empresas llenas de amor. Le están haciendo un favor enorme a la literatura.

—Los libros de Tamarisco son siempre originales. Ediciones cuidadas. Ahora acaban de editar a Julián Troksberg, autor de *La ruta hacia acá*; un pibe que también promete. Ojalá que lo puedan seguir publicando. “La ruta hacia acá”, uno de los cuentos del libro, se puede descargar en pdf. Está muy bien. Es un pibe que no escribe por obligación. Escribe cuando tiene ganas. Como Tamarisco, que publica cuando tiene ganas. Que es la mejor manera de publicar.

—¿Sabés qué me gustaría? —le digo—. Cuando Comequechu abra el bar en Buenos Aires, estaría bueno poner una zona para vender libros de editoriales independientes, sin comisión.

—¿Cómo sin comisión?

—Sin llevarnos la parte que se lleva la librería, o el lugar que vende libros —le digo—. Me gustaría que las editoriales nos hagan llegar sus libros y que la venta sea completa para ellos. De esa manera, la gente puede ir al bar a buscar libros que no sean los de siempre. Y ayudamos a las editoriales chicas.

—Está bueno —me dice—. Obviamente van a estar los libros de Editorial Orsai también, ¿no?

—Claro. Y también las revistas. Cuando abra el bar —le digo—, voy a llamar por teléfono todas las noches, desde Barcelona, para hacerle a Comequechu las mismas cachadas que le hace Bart Simpson al cantinero Moe. Le voy a romper las pelotas toda la noche.

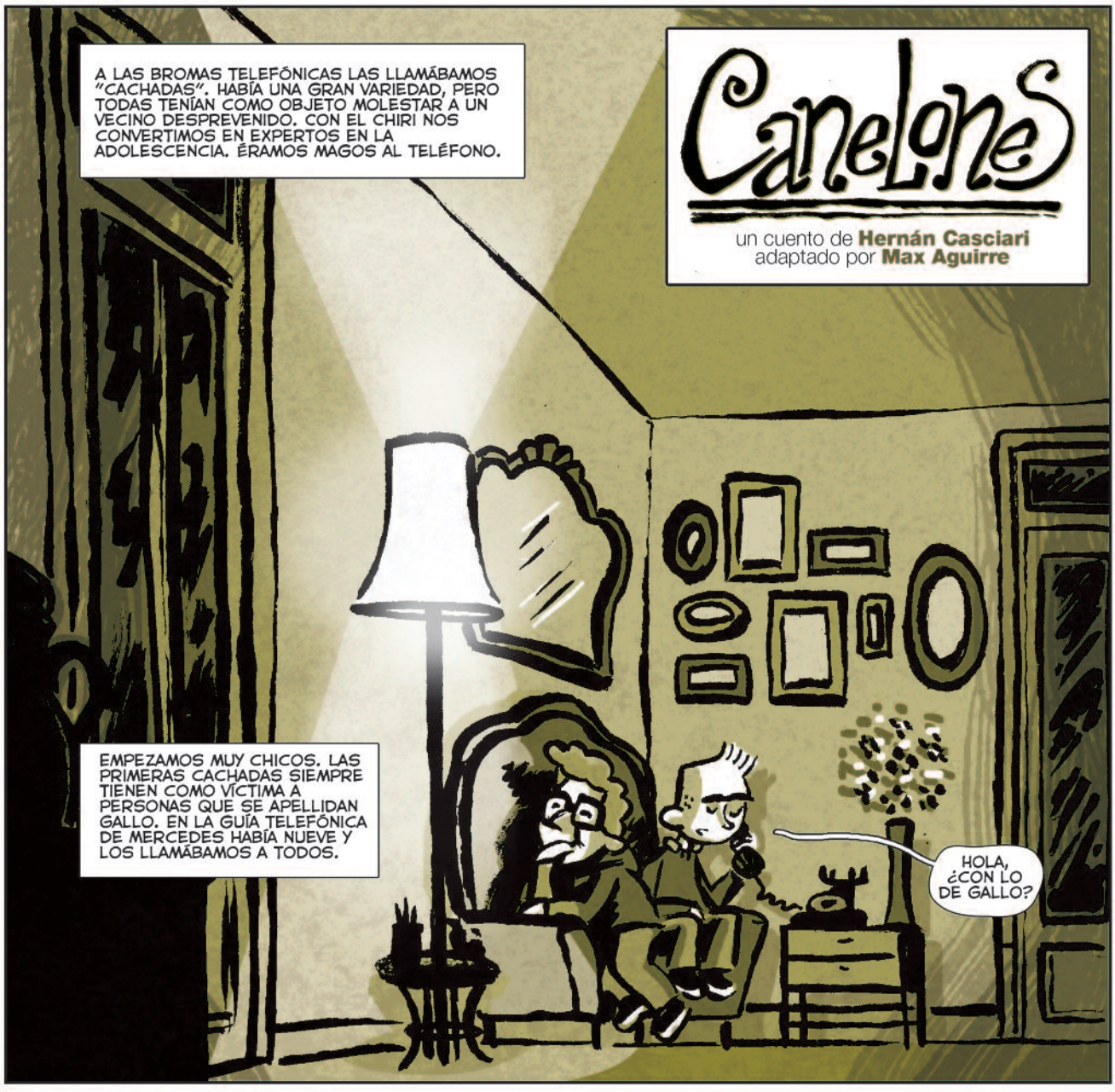
—¿Todavía hacés cachadas por teléfono?

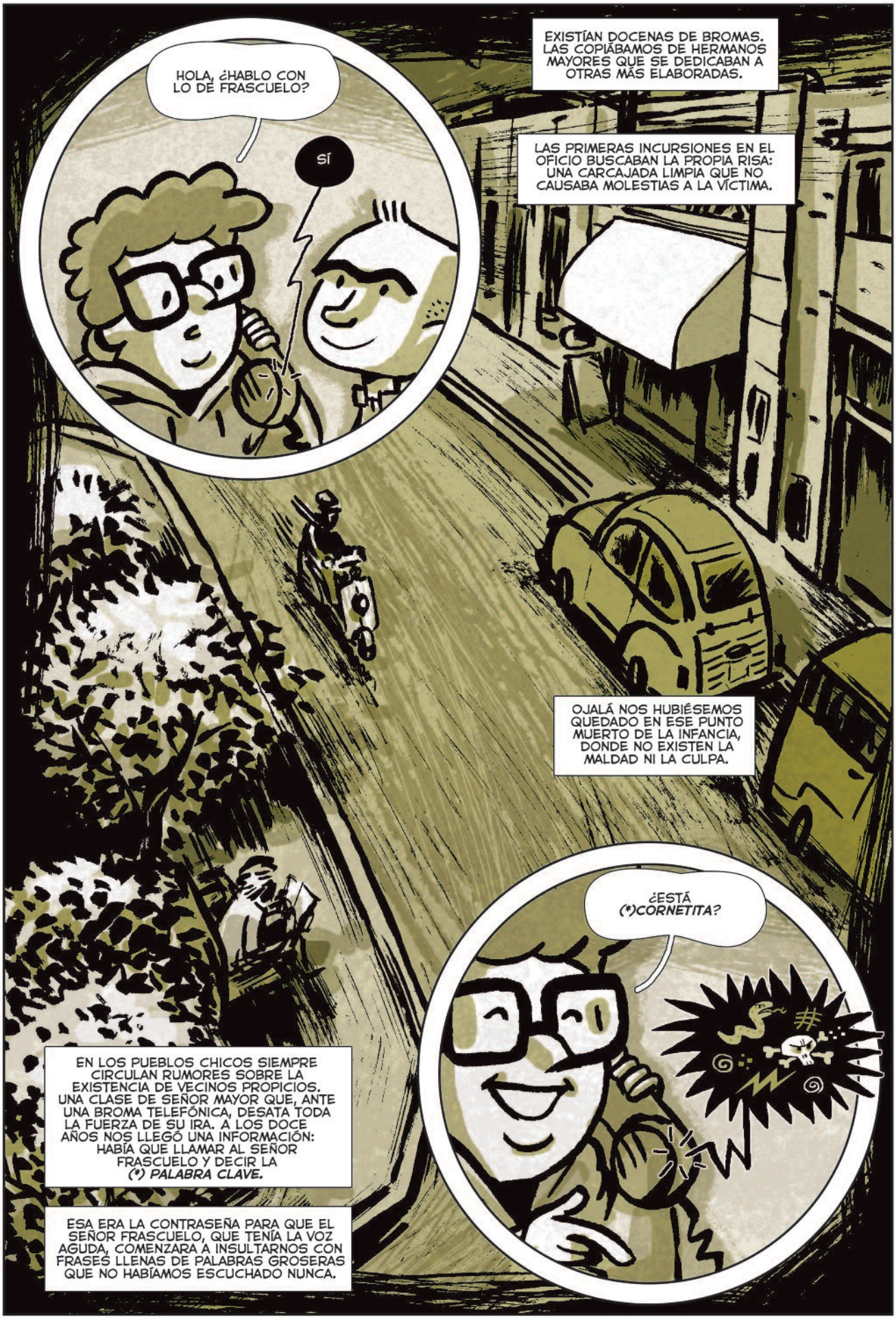
—Estuve diez o quince años retirado —le confieso—, por el problema aquel que tuvimos. Pero desde que estoy en España volví a despuntar el vicio. No sé por qué.

—La nostalgia —me dice—. Hay maldades de la juventud que no se pueden olvidar.

Canelones

un cuento de **Hernán Casciari**
adaptado por **Max Aguirre**




HOLA, ¿HABLO CON LO DE FRASCUELO?
SÍ
EXISTÍAN DOCENAS DE BROMAS. LAS COPIÁBAMOS DE HERMANOS MAYORES QUE SE DEDICABAN A OTRAS MÁS ELABORADAS.
LAS PRIMERAS INCURSIONES EN EL OFICIO BUSCABAN LA PROPIA RISA: UNA CARCAJADA LIMPIA QUE NO CAUSABA MOLESTIAS A LA VÍCTIMA.
OJALÁ NOS HUBIÉSEMOS QUEDADO EN ESE PUNTO MUERTO DE LA INFANCIA, DONDE NO EXISTEN LA MALDAD NI LA CULPA.
¿ESTÁ (*)CORNETITA?
EN LOS PUEBLOS CHICOS SIEMPRE CIRCULAN RUMORES SOBRE LA EXISTENCIA DE VECINOS PROPICIOS. UNA CLASE DE SEÑOR MAYOR QUE, ANTE UNA BROMA TELEFÓNICA, DESATA TODA LA FUERZA DE SU IRA. A LOS DOCE AÑOS NOS LLEGÓ UNA INFORMACIÓN: HABÍA QUE LLAMAR AL SEÑOR FRASCUELO Y DECIR LA (*) PALABRA CLAVE.
ESA ERA LA CONTRASEÑA PARA QUE EL SEÑOR FRASCUELO, QUE TENÍA LA VOZ AGUDA, COMENZARA A INSULTARNOS CON FRASES LLENAS DE PALABRAS GROSERAS QUE NO HABÍAMOS ESCUCHADO NUNCA.

CUANDO SU ENOJO PERDÍA LA FUERZA, SOLO ERA NECESARIO DECIR "PERO NO SE ENOJE, CORNETITA" PARA QUE TODO COMENZARA OTRA VEZ. ERA EL DESIDERÁTUM.
CON EL CHIRI NO TARDAMOS EN PASAR AL NIVEL DE LAS CACHADAS EN TRES DIMENSIONES, QUE TENÍAN COMO VÍCTIMAS A SUJETOS PRESENCIALES.

A LAS SIETE DE LA TARDE EL PELADO DE ENFRENTE COMENZABA A CERRAR SU NEGOCIO DE ALFOMBRAS SIN HABER VENDIDO NINGUNA.

CUANDO BAJABA LA PERSIANA, JUSTO ANTES DE PONER EL CANDADO, LO LLAMÁBAMOS POR TELÉFONO.
¡RING! ¡RING!
EL HOMBRE ABRÍA OTRA VEZ LA PERSIANA Y CORRÍA AL TELÉFONO PARA NO PERDER LA POSIBLE VENTA.

AL QUINTO O SEXTO TIMBRE, DECÍA JADEANTE:
ALFOMBRAS PONTONI, BUENAS TARDES
COLGÁBAMOS.

AL RATO, VENCIDO, CERRABA OTRA VEZ LA PERSIANA PESADÍSIMA. Y ENTONCES VOLVÍA A SONAR EL TELÉFONO.
¡RING! ¡RING!

Y OTRA VEZ DECÍA CON UN HILO DE VOZ:
ALFOMBRAS PONTONI, BUENAS TARDES
COLGÁBAMOS SIEMPRE.

UN DÍA REPETIMOS EL TRUCO TANTAS VECES QUE EL PELADO NO TUVO MÁS REMEDIO QUE DECIR:
ALFOMBRAS PONTONI, BUENAS NOCHES

(**)VOZ DE MUJER (***) VOZ MASCULINA

CON DIECISÉIS AÑOS YA PODÍAMOS CONSIDERARNOS PROFESIONALES DEL RADIOTEATRO. HABÍAMOS GANADO EN PERICIA ESCÉNICA Y EN REFLEJOS.

EL CHIRI Y YO FALTÁBAMOS A LA ESCUELA Y NOS ENCERRÁBAMOS EN CASA CON DOS TELÉFONOS...

UN GRABADOR SANYO Y ALGUNOS COMPLEMENTOS PARA GENERAR...

...SONIDOS DE LLUVIA O DE TRÁFICO.

TENÍAMOS A MANO CLARAS DE HUEVO, POR SI ERA NECESARIO CAMBIAR LA VOZ.

NOS COMUNICÁBAMOS CON GESTOS Y MIRADAS, COMO LOCUTORES DE RADIO.

ÉRAMOS CAPACES DE MANDAR A UN VECINO A BUSCAR UN IMPUESTO FALSO, O SEDUCIR A LA SECRETARIA DE UN MÉDICO HASTA ENAMORARLA...

O HACER SONAR LA SIRENA DE LOS BOMBEROS EN EL MOMENTO QUE SE NOS OCURRIERA.

ESTÁBAMOS EL CENIT DE NUESTRA GLORIA.

NOS CREÍAMOS DIOSES, Y QUIZÁS POR ESO TOCAMOS FONDO.

PROMEDIABA EL AÑO OCHENTA Y OCHO. LO RECUERDO PORQUE YA USÁBAMOS RELOJES DIGITALES PARA CRONOMETRAR NUESTRAS HAZAÑAS.
JUGÁBAMOS A HACER DURAR A LA VÍCTIMA EN EL TELÉFONO A CUALQUIER PRECIO.
EL MECANISMO DEL JUEGO ERA LLAMAR A CUALQUIER NÚMERO Y SACAR UNA CONVERSACIÓN DE LA NADA. EL RELOJ CORRÍA DESDE EL "HOLA" Y HASTA EL "CLIC" DE CIERRE.
ESA NOCHE CHIRI, FINGIENDO SER TINTORERO, HABÍA LOGRADO UNA CONVERSACIÓN DE 17 MINUTOS CON UNA SEÑORA.
TUVIERON UNA CHARLA GRACIOSÍSIMA SOBRE EL PLANCHADO EN SECO Y ACABARON CANTANDO "NOSTALGIAS" A DÚO.
...QUIERO EMBORRACHAR MI CORAZON, PARA APAGAR UN...
ERA IMPOSIBLE QUE YO PUDIERA SUPERARLO.
TIRÉ LOS DADOS.
ME SALIÓ EL 24612.

CUANDO LA VOZ DE UNA VIEJA DIJO...
HOLA
COMENZÓ A CORRER EL SEGUNDERO.
¿QUIÉN HABLA?
LO QUE FALTABA ¿YA NI DE MI VOZ TE ACORDÁS?
LA APERTURA CLÁSICA. ASÍ GENERABA SENSACIÓN DE FAMILIARIDAD.
NO SÉ ¿CON QUIÉN QUIERE HABLAR?
¡CON VOS, BOLUDONA!
YO ESTABA USANDO MI MEJOR TÉCNICA. MUY POCA GENTE DEL ENTORNO DE UNA VIEJA LE DICE "BOLUDONA".
PERO QUERÍA SUPERAR EL TIEMPO DE CHIRI, TENÍA QUE ACTUAR COMO UN KAMIKAZE.
¡¿DANIEL?!
LA ENTONACIÓN ME DIO PISTAS. DANIEL NO ERA UN SOBRINO, NI UN AHIJADO.
NO PODÍA SER MÁS QUE UN HIJO QUE VIVÍA LEJOS.
¡CLARO, MAMÁ! ¿QUIÉN VA A SER?
¡DANI, DANIELITO!

SENTÍ LA MALDAD POR PRIMERA VEZ EN LA VIDA. ESTABA EN EL ESTÓMAGO, EN EL PITO Y EN EL CEREBRO AL MISMO TIEMPO, COMO UNA SANTÍSIMA TRINIDAD DIABÓLICA.

CON UN GESTO, LE PREGUNTÉ A CHIRI QUÉ TIEMPO LLEVABA.

16:05
NO LLORES, VIEJITA
¿HABÍAS VENIDO YA OTRAS VECES A MERCEDES?
A VECES SUEÑO QUE VENÍS, DE NOCHE, Y QUE NO PASÁS POR CASA...
NO. NO, NO... ES LA PRIMERA VEZ QUE VENGO, TE LO JURO. PERO NO QUERÍA APARECER ASÍ, DE GOLPE. POR ESO TE LLAMÉ...
¡HIJO! ¡COLGÁ Y APURÁTE, VENÍ, VENÍ!
CASI 17 MINUTOS, HACÍA FALTA ALGO MÁS.
SUPE LO QUE IBA A DECIR.
CREO QUE LA MALDAD YA ME HABÍA INVADIDO. NO ERA YO EL QUE HABLABA.
ESO QUE NOS HACE HUMANOS Y HORRIBLES, AHORA ESTABA ENQUISTADO EN MÍ.
YO ERA SU MARIONETA.
TENGO QUE HACER UN PAR DE COSITAS ANTES, Y DESPUÉS VOY A CASA...
ESCUCHÁME, MAMÁ ¿ME HACÉS CANELONES? ESTOY MUERTO DE HAMBRE
CLARO, DANI
SIEMPRE EXTRAÑO TUS CANELONES
APURÁTE, YO AHORA TE HAGO
UN BESO
CHAU, NENE. ESTOY TODA TEMBLANDO, APURÁTE

LA MUJER COLGÓ.

EL CHIRI, NI SIQUIERA SE ACORDÓ DE PARAR EL CRONÓMETRO, ASÍ QUE TAMPOCO SUPIMOS QUIÉN GANÓ.

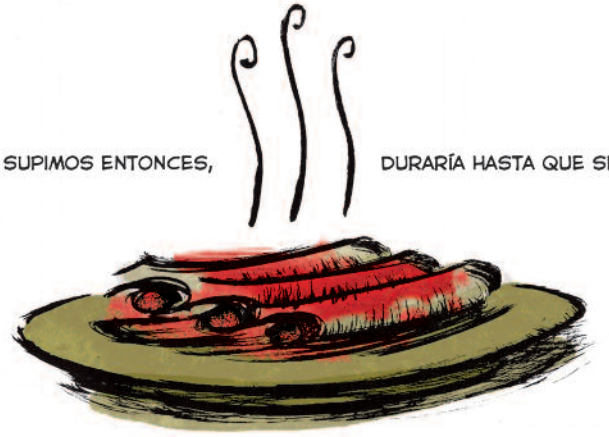
ESTUVIMOS UN RATO LARGO EN LOS SILLONES, SIN DECIRNOS NADA.

MEDIA HORA MÁS TARDE ENTENDIMOS QUE EN ALGUNA PARTE DE MERCEDES HABÍA UNA CASA...

QUE EN ESA CASA HABÍA UNA MESA...

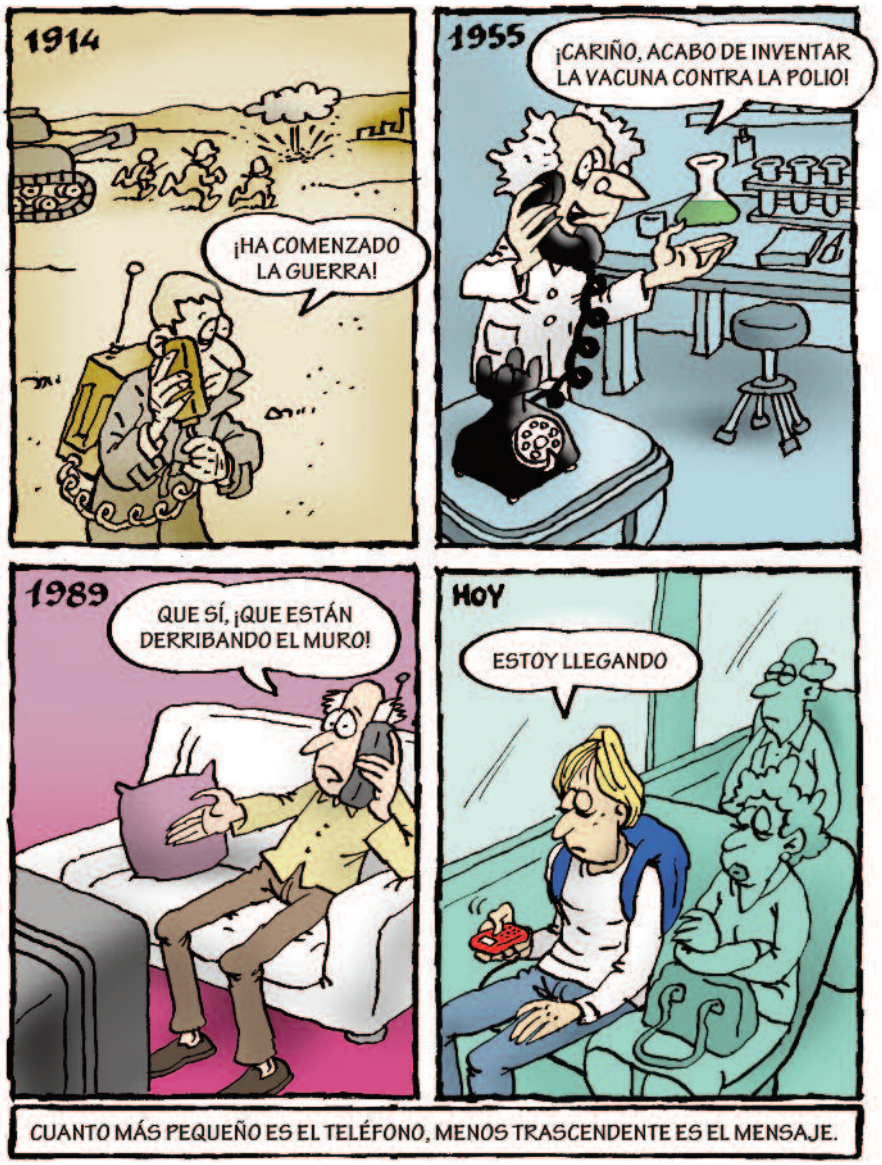
Y QUE EN ESA MESA YA HUMEABA UN PLATO CALIENTE.

NUESTRA ADOLESCENCIA, SUPIMOS ENTONCES,



DURARÍA HASTA QUE SE ENFRIARAN LOS CANELONES DE DANIEL.

Fin


1914
¡HA COMENZADO LA GUERRA!
1955
¡CARIÑO, ACABO DE INVENTAR LA VACUNA CONTRA LA POLIO!
1989
QUE SÍ, ¡QUE ESTÁN DERRIBANDO EL MURO!
HOY
ESTOY LLEGANDO
CUANTO MÁS PEQUEÑO ES EL TELÉFONO, MENOS TRASCENDENTE ES EL MENSAJE.

—Para la presentación de la revista en Mercedes yo quería llamar al doctor Tangalanga para que hiciera una cachada en público —me dice Chiri, compungido—, y vos no quisiste porque te pareció poco literario.

—En esa época yo era un intelectual presumido.

—Fue hace menos de un año.

—Pero tenías razón: hubiera sido genial.

—El doctor Tangalanga es un gran maestro de la improvisación —me dice Chiri—. Mirá lo que dice su entrada en la Wikipedia: "Ha vendido más de doscientos cincuenta mil copias, convirtiéndose en el bromista telefónico más exitoso de todos los tiempos".

—Bromista telefónico —subrayo—, ¡es una profesión! Podríamos habernos dedicado.

—¿Sabés como empezó su carrera?

—No.

—Fue en 1964, grabando cachadas telefónicas para entretener a un amigo que estaba en cama, en recuperación. Al final el amigo se murió y él dejó de hacer grabaciones. En 1980 le agarró hepatitis. Se aburría muchísimo. Los amigos lo convencieron de que volviera a la práctica de las cachadas. Le llevaban avisos clasificados para que él llamara. Y fueron los mismos amigos los que empezaron a prestar los casetes con esas grabaciones, que a su vez empezaron a ser regrabados y multiplicados hasta el infinito...

—Qué hermoso es el boca a boca —le digo—, pasan cosas muy raras cuando la gente da su veredicto.

—Tu cuento "Canelones" debe ser el que más dudas genera en el lector, ¿no? Todos quieren saber cuánto hay de verdad en la historia de la vieja.

—Todo es verdad, lamentablemente.

—Sí. En general sos un exagerado y un mentiroso, pero esa tarde las cosas pasaron así. Y te quedó mucho tiempo esa sensación rara de haber sido malvado en serio.

—Unos pocos años después del suceso —le digo— publiqué una primera versión de esa anécdota en el diario *Protagonistas* de Mercedes. Y no estoy seguro, pero creo que al final le pedía perdón a la vieja, sospechando que ella (como todas las viejas del pueblo) leía *Protagonistas*.

—Qué loco —me dice Chiri—. No sabía eso.

—Habría que pedirle a Andrecito Monferrand que se pase por la hemeroteca del diario, a ver si encuentra ese artículo.

—El día que publicaste "Canelones" en el blog —me dice Chiri—, al leer el título yo pensé que por fin le ibas a hacer un homenaje a Uruguay.

—¿Leíste la noticia? —le digo—. Puede que se pudra otra vez la relación entre argentinos y uruguayos. Primero fue Gardel, después las papeleras, y ahora se meten con el nacimiento de Tita Merello.

—¡Tita es nuestra! —grita Chiri—. No se metan con Tita porque no respondo de mí.

—Según ellos, no es nuestra. Un diputado uruguayo dijo que Tita Merello nació en Canelones, y que tiene pruebas —le informo—. El diputado pidió defender "nuestro patrimonio cultural". Dice que Tita nació en la localidad canaria de San Ramón, el 18 de enero de 1911, con el nombre de Ramona Blanquelina Meireles, hija de María Meireles y "de padre desconocido".

—Un día nos vamos a despertar uruguayos.

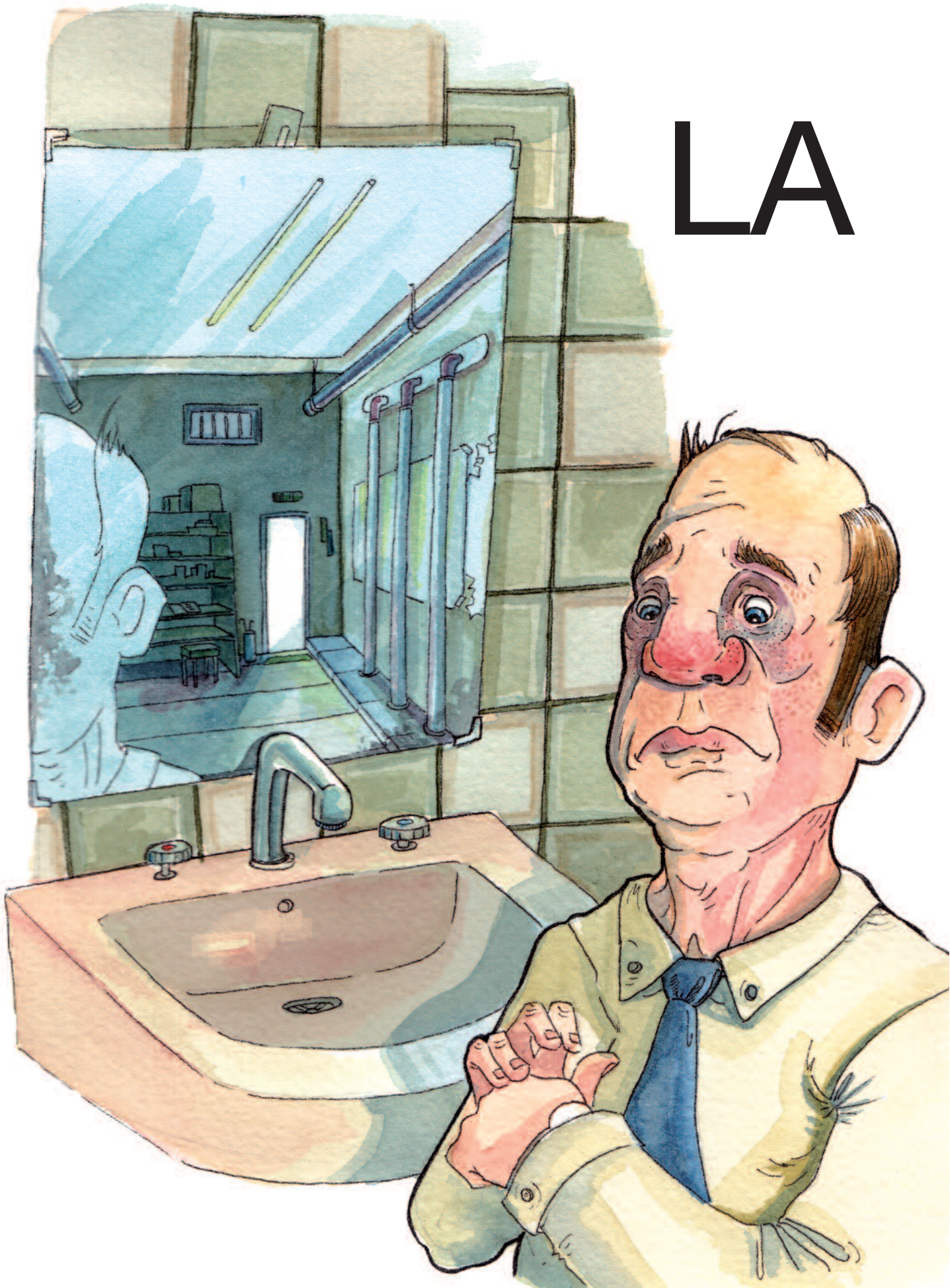
—Ojalá —le digo—. Mi admiración por los orientales sigue intacta. Tierra de grandes escritores. Me acuerdo de Ángel Rama, que agrupó a algunos escritores uruguayos bajo el nombre de "los raros". Gente que no identificás con ninguna corriente. Felisberto Hernández, por ejemplo. Armonía Somers, José Pedro Díaz...

—Mario Levrero.

—Por supuesto. El gran Levrero. Hay otros también: Marosa di Giorgio, Felipe Polleri.

—¿Y Leo Maslíah?

—No sé si Ángel Rama lo incluiría en esa lista de extravagantes. ¿Pero alguien puede dudar de que Maslíah es "raro"? ►


LA

CENTRAL

Escribe Leo Maslíah

Ilustra Verónica Rubio Diarte

El lector que conozca bien la obra del músico uruguayo Leo Maslíah sabrá que en las próximas páginas no encontrará un relato clásico. El Maslíah narrador trabaja con el mismo motor que el músico: climas raros, verborragia y desbordes literarios. “La Central” es un intenso relato coral de extraños dinosaurios y de papanoeles desbocados. Bienvenidos al cerebro de Leo Maslíah.

Montes se lavó la cara y al mirar el reloj la impaciencia se ahogó en inquietud: la hora del relevo había pasado. Pero enseguida sonaron los dos golpecitos con que Kaufman acostumbraba presentarse. Montes abrió la puerta y el viejo entró chorreando agua por la ropa, el pelo y la barba.

—¿Está lloviendo? —Montes buscó en la desvencijada estantería metálica (que servía como ropero, biblioteca, revistero, banco de trabajo, etcétera) algo para cubrirse.

—Ahora paró —dijo Kaufman, acercándose al rincón donde estaba la cocinilla— pero hasta hace un rato estaba dale que te dale. Pude refugiarme en una garita y entré en conversación con una muchacha que esperaba el ómnibus. Ella me pidió que la acompañara.

—¿Adónde?

—Al principio no me dijo. Viajamos cerca de tres cuartos de hora en ómnibus, primero para el lado del centro, y después me mareé con tanta vuelta que se puso a dar. Me acuerdo que pasamos por un centro comercial y en la puerta estaba lleno de papanoeles aunque estamos bastante lejos de la Navidad, ¿no te parece?

—Estamos cerca —dijo Montes, y se empezó a abotonar un impermeable que parecía haber envejecido sin llegar a ser usado por nadie— pero para atrás. Creo que hubo Navidad hace cosa de un mes o dos.

—Entonces esos papanoeles deben haber quedado de alguna promoción navideña y decidieron seguir usándolos.

—¿Y después qué pasó?

—Después, en una avenida que había ya dejando atrás la ciudad, estaban los Reyes Magos. Repartían juguetes a una multitud de niños ricos que se habían agolpado ahí, traídos por sus choferes. Nosotros no éramos ni niños ni ricos, así que no nos bajamos. Atravesamos unos campos que yo no conocía (creo que eran los del finado Bermúdez) y al pasar por el cobertizo de una iglesia formalista la muchacha me dijo que debíamos bajarnos en la siguiente parada. Era un pueblo que no debía tener más de cincuenta calles, pero las recorrimos todas, hasta que frente a una puerta de plástico ella dijo “es acá”. Golpeamos y al rato abrió una mujer que por lo menos triplicaba en edad a mi compañera. Esta dijo, llevándome de la mano hacia adentro: “Mamá, quiero presentarte al señor…”; “Kaufman”, me apresuré a completar. La madre

me cerró el paso. “Ya te dije que no trajeras más hombres a casa”, dijo a su hija pero sin apartar la vista de mí, como si hubiera temido que al descuido yo fuera a robarle algún florero. “A este no lo traje para mí, sino para ti”, le contestó la joven con desparpajo. La expresión de la madre cambió instantáneamente. Ya no me miraba como gallina desconfiada, sino como tórtola enamorada. Pero de ninguna de las dos formas me gustaba, así que me disculpé y me fui corriendo. Subí al primer ómnibus que se dignó a pararme, y luego de unas cuadras me bajé y tomé un taxi. Por el camino vi que habían proliferado los Reyes Magos pero papanoeles quedaban pocos. Es un trabajo que a mí me gustaría tener; creo que lo pasaría mejor que en este. Qué te parece, ¿me presento, por si necesitan a alguien?

Montes no pudo contestar porque ya había partido. Y el panorama que se abría ante sus ojos no tenía nada que ver con reyes magos, papanoeles, ómnibus ni floreros. La avenida había sido cortada, y una cuadrilla municipal estaba colocando en las veredas grandes tarimas escalonadas, sobre las que pondrían después pequeñas sillas plegables. Una anciana que miraba el operativo con su chismosa colgada del brazo, dijo a Montes:

—Parece que va a tocar la orquesta. Yo me rajo.

—¿No le gusta?

—Tocan muy mal, y el repertorio es malo.

—¿Le desagrada la música clásica?

—La buena no. Pero estos siempre eligen lo peor de lo que se compuso en todos los siglos.

La anciana siguió su camino. Montes la vio entrar a un pequeño supermercado. Al parecer, algo no la conformó, porque casi enseguida salió y se metió en un gigantesco minimercado que ocupaba una de las manzanas contiguas y otras tres. Primero fue a la zona de frutas y verduras. Vio unas formas alargadas de color melón, consistencia de morrón, sombrero de berenjena y precio de alcaucil. Preguntó a un empleado qué era eso, pero la respuesta fue un encogimiento de hombros. Otro empleado fue más explícito, pero para decir lo mismo. La anciana se presentó en la gerencia y tuvo que esperar más de media hora para ser atendida. Finalmente pudo exponer sus quejas ante un sub-sub-subjerarca.

—¡Pero señora! —le dijo él en tono paternalista pero de hijo de puta—. ¡Usted le está pidiendo peras al olmo! En el mundo moderno ya no existen los Leonardo Da Vinci, que sabían de todo sobre todo. Ahora unos se especializan en una cosa, y otros en otra. Nosotros la verdura solamente la vendemos. Son otros los que la estudian, le ponen nombres, etcétera. Usted debe redireccionar su búsqueda hacia la universidad. Ahí sí que la gente sabe. Sabe pero no vende. El sub-sub-subjerarca se cortó y permaneció pensativo unos instantes, hasta que dijo:

—Aunque últimamente sí están vendiendo. Están vendiendo servicios y conocimiento. Eso está mal; es competencia desleal.

—Bueno, voy a ir a hablar con esa gente —dijo la anciana, y pidió permiso para llevarse una muestra de aquella hortaliza que había despertado su inquietud. Pero no se la dieron.

Montes entró a ese minimercado algunas horas más tarde que la anciana, pero prácticamente le sucedió allí lo mismo que a ella, salvo que en vez de preguntar por el nombre de un producto preguntó directamente por el producto, lo cual desconcertó tanto al empleado que lo atendió (y más todavía al sub-sub-subjerarca que habló con Montes después), que para poder reflexionar adecuadamente sobre el particular, presentó al día siguiente, no su renuncia, sino la de todo el resto del personal. Eso le permitió pasar muchos años de vida transitando a paso quedo los pasillos entre las góndolas, entregado a sus cavilaciones, interrumpiéndolas apenas de tanto en tanto cuando tenía hambre, para abrir alguna lata que tuviera a mano.

Montes, a todo esto, había regresado a la Central. Torresnik se estaba preparando para su ronda, y le preguntó:

—¿Y cómo está la cosa afuera? ¿Hay algo que deba tener o tomar especialmente en cuenta?

—Que yo sepa, no —dijo Montes, batiéndose un café instantáneo de malta—. Pero siempre puede pasar cualquier cosa.

Torresnik masculló una protesta. Todavía no había completado su primera semana de trabajo allí, y no se sentía seguro.

Al salir, vio que mucha gente caminaba rumbo a la playa, cargando al hombro sombrillas, pareos o toallas, y llevando bolsas con baldes y palas de plástico, para erigir castillos de arena o lo que las diferentes combinaciones de imaginación y destreza permitieran hacer a cada uno. Torresnik emprendió la marcha junto a una mujer madura que llevaba de la mano a un niño inmaduro.

—¿Te gusta la playa? —preguntó a este Torresnik.

—No. La odio —fue la respuesta.

—Ah, entonces cuando lleguemos le podés pegar.

—Sí, pero voy a empezar por envenenar el agua.

—¿Y tenés con qué?

—Por supuesto —el niño se puso en la boca una cerbatana y disparó al instante un dardo al cuello de Torresnik, que cayó exánime.

—Vamos, nene —dijo la madre cuando vio que su hijo se entretenía con el cadáver.

Torresnik no volvió a presentarse en la Central. Los demás tardaron en averiguar qué había pasado. Le fue encargada a Tomasa Samantha la erección de un monumento que rindiera culto a la memoria del difunto y a su gestión. Y el orfebre Guillaume tuvo a su cargo la confección de una placa conmemorativa. Tomasa Samantha trabajó en varios bocetos representativos de Torresnik que se basaban en distintos tipos de parecido físico (forma, color, proporciones, consistencia, peso específico, spin, etcétera) pero luego descartó esos nexos o correspondencias y optó por esculpir un mar. El monumento aludiría al lugar al que Torresnik había querido llegar. Se encomendó al viejo Kaufman conseguir que las autoridades municipales permitieran colocar ese mar en una plaza pública; él no quiso comprometerse demasiado a fondo con esto (aunque la pérdida de un compañero era cosa que lo entristecía mucho): debía concentrarse en su nuevo trabajo como papanoel. Le habían dicho que si se desempeñaba correctamente durante un período de prueba de tres meses, quedaría confirmado definitivamente en el puesto y, además, como único Papá Noel del mundo (aunque, del mismo modo como Jesús —origen de la Navidad— era uno pero trinitario, él debería desdoblarse en Papá Noel, el Abuelo Noel y el Espíritu Navideño, que algunos llamaban Profano, ya que lo de los renos, el trineo, los regalos, y todo eso, constituía la parte ritual no religiosa de la Navidad). (Aunque otros sostenían que sí era religiosa, pero de otra religión que la de la fuente original de la Navidad, razón por la que defendían, como tercer constituyente de la Trinidad, al Espíritu Pagano, en lugar del Navideño o Profano, y ni qué hablar del Santo.) (Otros, parcialmente de acuerdo con estos, afirmaban que, tratándose de otra religión, no tenía por qué haber Trinidad, y que Papá Noel podía desdoblarse en la cantidad de entidades que quisiera.)

—Pero le pido —había dicho a Kaufman el representante que la facción defensora de esa

postura tenía en la directiva del centro comercial— que no se desdoble en varios papanoeles. Su predecesor lo hizo, y lo despedimos por redundante.

—Lo que no entiendo —había dicho a su vez Kaufman— es cómo la directiva de un pequeño centro comercial de un país de quinta categoría puede tener la potestad de designar a Papá Noel. Es un cargo importantísimo a nivel mundial, ¿no? Por lo menos en el mundo occidental, yo creo que es incluso más importante que el papado.

Pero el directivo no le había respondido. Había sentido en un secreto rincón de su alma (el rincón había permanecido secreto para él; se había ocultado entre la facultad de hablar y el superyó) el llamado del Espíritu Pagano:

—Debes ir a tocar la flauta a los bosques más recónditos, y celebrar con tu música la continuidad de la vida.

El directivo se había ido a cumplir esa directiva, pero Kaufman sabía —más allá de aquella duda— que sería confirmado en la designación, ya que en los tres meses de prueba no tendría que hacer nada (faltaba más tiempo que eso para la Navidad).

El directivo se dio cuenta de que no sabía tocar la flauta, así que, antes de partir, quiso tomar lecciones. Pero no tenía flauta, y el profesor no le permitió soplar ninguna de las suyas. Decidió comprarse una de segunda mano, para ahorrar, ya que tendría muchos gastos de viaje y antes debía pagarse las clases.

A todo esto, en la Central, Montes estaba regresando de su ronda y lo recibió Sabatesc, que estaba ansioso por hacer la suya. Su primera ronda había tenido lugar la víspera y no se había desempeñado muy bien en ella. Quería resarcirse. Montes se ofreció para acompañarlo y darle algún consejo si lo creía necesario. Sabatesc dejó su orgullo de lado y aceptó. Montes llamó por teléfono a su prima, con quien vivía, para avisarle que demoraría unas horas más en llegar.

—¿Y adónde piensas ir? —preguntó a Sabatesc mientras los dos caminaban un poco calle arriba, otro poco calle abajo.

—Quiero peinar esta zona, y que no se me escape nada. ¿Podrías mirar lo que esté más arriba que un segundo piso, y yo cubro de ahí para abajo?

Había pocos edificios, así que Montes miraba un poco hacia arriba y bajaba la vista hacia su compañero. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y sus sienes palpitaban.

A través de las rejas de una ventana abierta les llegó una voz grave de mujer:

—Ya era hora, Sabatesc.

El aludido se sobresaltó.

—¿Quién es? —le preguntó Montes.

La mujer se dejó ver, saliendo de la penumbra en que estaba y asomando media cara entre dos rejas.

—Soy su esposa —dijo, a modo de respuesta a Montes—. Me tuve que mudar acá, porque a la casa donde vivimos este cachafaz no iba nunca. Esperen.

La mujer volvió a desaparecer y enseguida se abrió la puerta contigua a la ventana. La mujer arrastró a los dos hombres al interior, y les ofreció cenar. Montes quiso zafarse, pero Sabatesc le rogó que se quedara.

—¿Y quién va a hacer la ronda?

—Esta es mi ronda —afirmó Sabatesc—. Esto es lo que me tocó, y tengo que afrontarlo.

La mujer —se llamaba Curitiba— les sirvió primero ensalada de pollo y atún.

—Antes ponías lechuga y tomate en las ensaladas —le dijo Sabatesc en tono reprochón.

—Sí, pero descubrí que lo que realmente me gustaba era el pollo. O el atún. Pero aunque juntos me gustan menos que separados, descubrí también que si están juntos puedo comer más cantidad que la que puedo tolerar de cada uno por separado.

—¿Cuándo te toca franco? —preguntó Sabatesc a Montes.

—No miré la planilla. Pero ahora que Kaufman nos dejó, no sé si va a haber francos por un tiempo.

—Si van a hablar de trabajo, mejor váyanse —protestó Curitiba. Tenía puesto un vestido liviano a lunares.

—¿No vas a preguntar por Karina? —agregó tironeando la manga de la camisa de Sabatesc.

Él calló. Miró la foto de la niña, que sonreía desde el aparador, atrapada en un marco que prometía invitar a la nostalgia de tiempos pasados mucho antes de que fuera tomada aquella foto.

—Se fue a lo de Silvana, una amiga —siguió Curitiba—. Van a pasar la noche ahí, con otras nenas. Se llama piyama parti, parece.

Montes se disculpó, saludó y se fue sin dar tiempo a que lo retuvieran. Pero no se alejó de la casa. Quería dejar a Sabatesc afrontar por sus propios medios aquel asunto familiar, pero no dejar de asesorarlo en lo demás.

Pasó un lechero, pregonando y haciendo todo el ruido que podía con su caballo, su carro y los casilleros de varilla de hierro con sus botellas de vidrio. Pero nadie salía a comprarle nada.

—Ya sé que no es hora de tomar leche —dijo a Montes, deteniéndose para darse un respiro—, pero ¿qué voy a hacer? La mañana se va enseguida. Tengo que empezar antes, con la recorrida. La gente debería poder prever que dentro de algunas horas van a necesitar leche, si tienen niños, o gatos cachorros, o si sufren de insomnio. También tengo yogur y manteca, si quiere.

Montes no necesitaba nada ni quería complicarse la noche llevando botellas o paquetes de un lado a otro, pero se apiadó y compró manteca. Cuando el lechero partió, abrió el paquete y mordisqueó su contenido, disolviendo en la boca dos o tres bocados, mientras esperaba a Sabatesc. Se sentó en un escalón y dormitó durante algunos minutos. Se despertó sobresaltado soñando que participaba en una carrera de coches tirados por caballos y que uno de sus contrincantes le arrojaba objetos con el fin de hacerlo caer del coche. Los objetos que arrojaba eran cubiertos, latas de atún y cepillos de pelo.

—Perdone, no lo vi —le dijo una voz sensual, mientras una mano hospitalaria lo sujetaba. ¿Se golpeó?

Era una mujer que, saliendo de la casa, lo había empujado sin querer.

—No, gracias por preocuparse, estoy bien.

—¿Quiere acompañarme? Hay algo que creo que puede interesarle.

Montes se incorporó y fue tras la mujer.

—¿Usted me conoce? —le preguntó.

—Usted estaba cenando con los Sabatesc, ¿no? Yo estaba ayudando a Curitiba en la cocina.

—Ah, no la vi. ¿Y por qué no vino a cenar con nosotros?

—Yo comí en la cocina. Por favor, suba conmigo.

Ella acababa de estirar el brazo pidiendo parada a un ómnibus. Los dos subieron y se sentaron juntos. El ómnibus recorrió una larga calle por la que a partir de cierto momento empezaron a aparecer numerosos comercios, la mayoría abiertos.

—¿No necesita algo de por acá? —preguntó la mujer—. Podemos bajar, comprarlo, y tomar el ómnibus siguiente.

—No, gracias, no necesito nada —dijo él—. ¿Usted trabaja para la señora de Sabatesc, o es amiga? ¿O familiar?

—No, yo voy a ayudarla a veces, nomás. Yo no soy de acá. Soy danesa, ¿sabe? Y me incorporé a un grupo benéfico donde cada uno toma como "ahijado" a alguien de un país subdesarrollado, y lo ayuda de alguna forma. ¿Y usted? ¿En qué trabaja?

—En la Central. Con Sabatesc.

—Yo había oído rumores de que la Central está en este país. Antes pensaba que debía estar en Europa, o en América del Norte. Pero ¿Sabatesc no trabaja en la oficina de empeños? ¡Si me dijeron que entró ahí ayer!

—No. Le habrán pedido de la Central que fuera allá, pero él es de la Central. Desde ayer, precisamente. Pero usted se puede imaginar que si uno está en la Central, es como si toda la vida hubiese estado ahí. ¿Le molesta si bajamos acá? —estaban pasando por un centro comercial y a Montes le pareció ver de lejos a Kaufman, vestido como Papá Noel.

La mujer accedió, pero en algún peldaño de la escalinata de entrada dejó de acompañar a Montes, que no se dio cuenta, pendiente como estaba de localizar a Kaufman. Pero no había rastros de él ni de ningún papanoel. Montes preguntó en una churrería cerca de la entrada.

—No, no era Papá Noel —le dijo la empleada, mientras espolvoreaba azúcar a unos churros calientes—. Ese que usted debe haber visto es el superintendente. Le gusta vestirse con colores llamativos, sobre todo cuando quiere dar alguna orden. Hace un rato apareció para prohibir que se cantara. En general eso no se permite, pero la Navidad pasada él lo permitió y después se olvidó de volver a prohibirlo, y en febrero todavía se seguían oyendo villancicos en los pasillos. Y después el repertorio se empezó a diversificar: motetes, madrigales, réquiems, magnificats… Esto ya se estaba convirtiendo en un simposio coral.

—Quisiera hablar con alguien de la comisión directiva —le comunicó Montes.

La churrera se limpió las manos en el delantal y dijo:

—Espéreme un minuto acá.

Montes amenizó la espera comiendo unos churros. Dejó sobre el mostrador el importe de lo que calculó que costarían. Una mujer que llegaba al centro de compras le preguntó por una juguetería (aunque no era exactamente eso lo que

buscaba). Él divisó un local en cuya entrada se hallaba apostado un dinosaurio de juguete (aunque no en actitud de juego) y se lo señaló. Ella le agradeció y caminó despacio en esa dirección. Montes la siguió con la vista. La mujer tenía dificultades para caminar. Tardó varios minutos para llegar a la entrada del local, que resultó no ser una juguetería.

—El dinosaurio que tenemos en la puerta —le explicó el vendedor— es de juguete, claro, porque no vamos a poner ahí uno de verdad; pero los que tenemos aquí adentro sí son de verdad. Por ejemplo, fíjese en…

Un tiranosaurio lo engulló antes de que pudiera terminar la frase. La mujer salió y siguió preguntando a diferentes personas, todas iguales. En eso, pasó su marido, que había tenido la misma idea que ella: entrar ahí a comprar un regalo para su nieto, que no gustaba de las cosas que representaban otras.

—¿Será posible que en este centro de compras no haya una juguetería? —protestó él—. No se me ocurre otro lugar donde podamos preguntar por cosas que no sean de juguete.

Un limpiador que pasaba les señaló con la punta de su escobillón el final del pasillo. Había un local de trenes.

—Yo ya pasé por acá —dijo el marido—, pero no pensé que estos trenes fueran de juguete.

—Pues sí, lo son —le contestó una mujer que podía ser la dueña de la tienda, o su madre—. Hay que tener el ojo muy entrenado para darse cuenta, porque las aristas de estos vagones tienen apenas un par de centímetros menos que las de los trenes reglamentarios. Pero sí, son de juguete.

—¿Y estos otros? —preguntó la esposa, señalando un andén donde había varios vehículos envueltos para regalo.

—Esos son unos milímetros más grandes que los de verdad —respondió la de la tienda, haciendo acopio de aire y de paciencia—. Por eso no están en circulación, ni son para jugar, tampoco, claro. Estos trenes son para desplazarse… digamos… por encima, en lugar de por debajo, ¿me comprenden? Quiero decir que en un tren de juguete uno se desplaza más bien con la imaginación; en uno de verdad, uno se desplaza a secas; y en uno de estos, uno se desplaza en una modalidad superior… —al decir esto el rostro de la mujer se vivificó, y esbozó una sonrisa cómplice (de otras de sus partes).

—¿Cuánto cuestan? —preguntó el marido.

La esposa le susurró al oído:

—No, no le compres, es una versera. No hay nada por encima del mundo, que por definición es el todo; no te dejes embaucar.

—Quiero saber cuánto cuestan, nada más —le contestó él, también al oído.

—¿Por qué no pasan? —dijo la tendera rompiendo el papel de envolver y abriendo la puerta corrediza de un vagón—. Vamos a dar un paseo, así se convencen.

El marido subió y la tendera también. La esposa no, y tironeó de su marido para recuperarlo, pero la tendera cerró con brusquedad la puerta corrediza y el tren arrancó.

La esposa quedó sola en la tienda. Trató de llevarse uno de los trenes de juguete pero no logró moverlo.

—Estamos en conflicto —le dijo un maquinista de juguete, desde la locomotora— en solidaridad con Papá Noel. No le están pagando el sueldo, y hasta que no le paguen no nos movemos de acá.

Hacía más de dos horas que Montes esperaba en la sala de sesiones de la comisión directiva. Tres veces la puerta se abrió y él creyó que por fin sería atendido, pero las dos primeras de esas tres veces se trataba de la churrera, que venía a traerle churros para la espera, y la tercera era un hombre que no recordaba en qué tienda había comprado una corbata que quería cambiar porque no había sido del agrado de su esposa. A ella se le había antojado usar corbata, y él estaba pagando las consecuencias de haber creído que años de uso lo calificaban para elegir una buena.

Pero la cuarta vez que la puerta de la sala de sesiones se abrió, entraron no uno, sino tres miembros de la comisión directiva del centro. Se sentaron y uno de ellos, a la luz de su sonrisa número cuatro (que significaba “tanto usted como yo —pero principalmente yo— somos hombres prácticos, así que a obviar todo tipo de formalidades introductorias e ir ya mismo al grano”) dijo:

—Qué se le ofrece, señor Montes.

—Supe que ustedes nombraron Papá Noel a un conocido mío, al que, seguramente por eso, ya no me fue posible ver últimamente.

—Nosotros no lo nombramos —dijo otro de los directivos, que tenía cara de pared—,

pero fuimos comisionados para hacer la tratativa con él.

—¿Quién los comisionó?

—No estoy seguro de que tenga usted credenciales que le permitan preguntar eso —dijo el tercer directivo, cuya cara (si la del otro era de pared) era de zócalo—. Accedimos a esta reunión porque se nos informó que pertenece usted a un organismo importante, pero…

—Soy de la Central, sí —dijo Montes—, pero mi visita es a título personal.

—Perdone, ¿qué central? —le preguntó el de la sonrisa número cuatro, que ahora hacía gala de su cara de pillo número tres.

—Déjeme preguntar primero a mí —retrucó Montes—. ¿Quién los comisionó para tratar a don Kaufman? Se los pregunto por simple curiosidad.

El de cara de pared se levantó y dijo:

—Nos vamos. Doy por terminada esta reunión, que surgió de un equívoco del que ninguno de nosotros tiene la culpa. Buenos días, señor Montes.

Montes pensó que los tres se irían, pero permanecieron sentados, y al rato, viendo él que no tenía objeto permanecer allí, se levantó y se fue. Trató de disipar su curiosidad con el concurso de un ascensorista. Este, dirigiendo el vehículo al último subsuelo, invitó a Montes a una zona custodiada por criaturas semejantes a perros, pero del tamaño de toros.

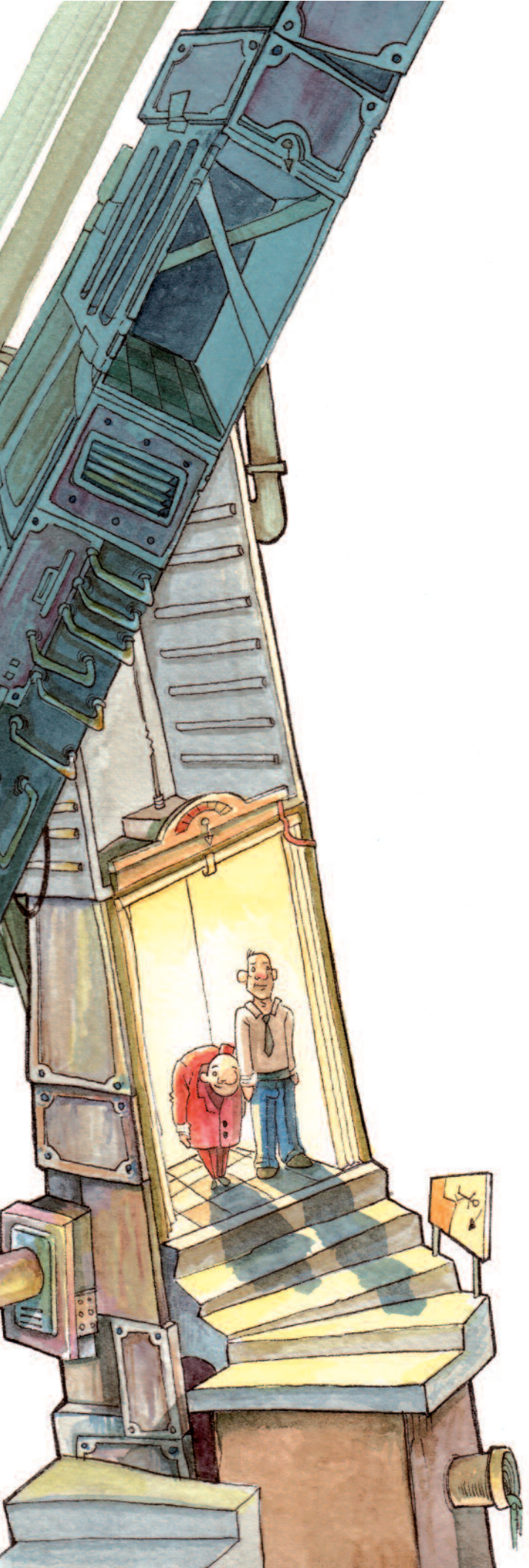
—¿Ve a esos? Están sobre una plataforma que de vez en cuando se levanta. Por ahí hay canales que atraviesan interiormente nuestro planeta y, pasando por su centro, establecen una rápida comunicación con centros comerciales de otros países. Ahí abajo es donde está el poder y es por ahí que se realizan las transacciones importantes. Lo de arriba, los poderes políticos y económicos que se despliegan a la luz del sol, son simples títeres de estos.

—Eso es pura mitología —le dijo Montes—. Usted fue engañado.

—No. Algunas veces me llevaron como ascensorista. No son ascensores como los de acá, los que tienen ahí abajo, pero son vehículos parecidos, y yo los sé manejar.

—¿Y en alguno de esos viajes se cruzó con algún trineo tirado por renos?

—No. Esos ascensores son ciegos, como los de acá. Pero si se refiere al trineo de Papá Noel, sepa que el que se encarga de alimentar a los



renos, a veces, cuando está en la región, viene a este centro comercial.

Montes sacó de un bolsillo un sobre cerrado.

—Entonces le pido un gran favor. Quédese con esta carta, y si vuelve a ver a ese hombre, désela, y pídale que se la entregue a Papá Noel.

Más tarde, el ascensorista, en la soledad de su buhardilla, abrió el sobre y leyó: "Querido Papá Noel: siempre fui uno de tus más fervientes admiradores. Tengo todos tus discos. Te pido que para Navidad me traigas los siguientes artículos: sahumerios, aviones de colección, autitos chocadores y hierbas apropiadas para alimentar a los camellos de los Reyes Magos".

El orfebre Guillaume trabajaba, frente a varios de sus alumnos, en la manufactura de unas pequeñas placas donde se grabarían los nombres de los ocupantes de un edificio de apartamentos, pero en clave, de modo que resultara imposible para cualquier advenedizo saber quién vivía en cada apartamento. En cierto momento interrumpió su labor para llamar a la repartición municipal encargada de las plazas públicas.

—Deseo saber —dijo, cuando lo atendieron— en qué plaza se encuentra exhibida la placa conmemorativa que hice para honrar la memoria de Maxilio Torresnik.

El funcionario que estaba al teléfono le pidió que "aguardara" y al rato dijo:

—Su placa todavía no fue colocada, micer Guillaume. Se encuentra en nuestros depósitos junto al monumento de la artista Tomasa Samantha, al que acompañará.

—¿Y puedo saber cuándo y dónde? —el orfebre dejó traslucir, en su entonación, que sentía mancillado su orgullo profesional—. Quiero recomendar a mis alumnos que contemplen esa placa, pero ignoro qué datos proporcionarles.

El funcionario apeló nuevamente a la paciencia del orfebre, y recurrió a la misma persona que lo había asesorado para responder a lo anterior. Esta persona, sin embargo, no sabía dar a la nueva cuestión una respuesta satisfactoria, y trató de informarse en otra sección, pero nadie le dio bolilla. Todos estaban eufóricos porque el superintendente de la Intendencia había dado la orden de realizar los preparativos para un concierto callejero de la

orquesta sinfónica estival. Algunos estaban cargando en varios camiones las tarimas con que se armarían las tribunas, y otros preparaban el transporte de centenares de pequeñas sillas plegables. Pero en la calle donde tendría lugar el concierto mucha gente se había instalado ya llevándose su propio asiento. Algunos vendedores de helados, de panchos, de chorizos, de banderines o de refrescos empezaban a montar sus quioscos. Sabatesc, que cubría la zona, se acercó a comprar un banderín. Los había de Mozart, de Liszt, de Bach, de Paganini, de canto gregoriano y de hip-hop. Sabatesc no se conformó con ninguno, y encargó al puestero un banderín a su gusto. De ahí se fue a ocupar su lugar en la recepción de la oficina de empeños. Una mujer entró y empeñó el collar de su perro. Al rato se presentó el perro y empeñó el collar de la mujer. Luego dos monjas empeñaron sus hábitos. Un domador empeñó su látigo (se supo que al día siguiente sucumbió, no logrando hacer frente a los embates de un megaterio). Una telefonista empeñó su oreja. Así fueron pasando horas rutinarias (aunque no lo eran tanto para Sabatesc, que estaba haciendo sus primeras experiencias en ese lugar) hasta que llegó nada menos que Manco Kaufman, y depositó sobre el mostrador su traje de Papá Noel, con una mueca que significaba algo como "esto no pesa mucho, pero para mí es una carga excesiva, si no física, sí mentalmente".

—A ver cuánto me dan por esto —dijo.

—Bueno —balbuceó Sabatesc que, por ser nuevo en la Central, no conocía a Kaufman—, depende de si es una imitación o si es… el auténtico.

—Entonces ¿qué tengo que hacer? ¿volver mañana? ¡Jo, jo, jo, jo!

—Sí, dese una vuelta mañana. Déjeme el traje para que le hagan un peritaje.

Sabatesc vio, por una ventana, cómo Kaufman se elevaba por los aires en un trineo que tenía unos renos adelante (que seguramente no eran quienes movían el trineo, ya que no tenían alas).

—Debe ser el Papá Noel auténtico —pensó—. A menos que esto sea un truco.

Como ya no había nadie a quien atender, volvió al quiosco de los banderines. El vendedor ya tenía pronto el encargue: un banderín de córner. Empezó a agitarlo, entonando himnos deportivos (pero no de exaltación de ningún equipo en especial, sino de los deportes en sí mismos) mientras buscaba una ubicación desde donde poder disfrutar cómodamente del concierto.

La orquesta se presentó a las pocas horas, y todos los músicos, luego de afinar sus instrumentos tomando como referencia el *la* dado por la tuba, los dejaron en el suelo junto a sus asientos, y se pusieron de pie para entonar a coro una versión vocal del poema sinfónico *Una vida de héroe*, de Ricardo Strauss. Luego retomaron los instrumentos y se disponían a esperar la señal del director para abordar una selección de cantos del folclore bosquimano, en versión sinfónica preparada por una secretaria del asesor de programación de la orquesta, cuando una de las cuatro trombonistas, pidiendo la palabra y otorgándosela a sí misma, declaró a viva voz:

—Tengo un importante anuncio que hacer: estoy embarazada.

Hubo un murmullo de expectación entre sus compañeros de orquesta, mientras salían hurras, bravos y aplausos de entre el público. Cuando la intensidad de estos sonidos empezó a decrecer, la trombonista añadió:

—Y uno de ustedes es el padre.

Al decir esto hizo un complicado gesto abarcativo de todos los miembros masculinos de la orquesta.

Esta segunda parte del anuncio provocó en el público exclamaciones de desaprobación, que no estaban tanto dirigidas al hecho de que uno de los músicos fuera el agente fecundante, sino al hecho de que este se estuviera enterando de su nueva condición en ese momento, y no se encontrara noticiado desde antes.

Pero las exclamaciones fueron desplazadas por un silencioso desconcierto cuando el público vio que veinticuatro de los instrumentistas varones se bajaban velozmente del estrado y huían corriendo despavoridos en todas direcciones. El concierto no pudo continuar. Sabatesc se paseó por la zona agitando con orgullo su nuevo banderín y luego enfiló hacia la Central.

El jefe lo convidó con café recién hecho. La bolsa —que seguramente había traído él mismo— relucía en la estantería metálica entre viejas herramientas y partes de computadoras en desuso.

—Acabo de presenciar un concierto memorable —le dijo Sabatesc, y se disponía a

entrar en detalles, cuando el jefe le demostró su más sentido desinterés por ese asunto, al hablarle como si no hubiera oído la frase de Sabatesc.

—Hoy anduve por los campos del finado Bermúdez —le dijo—. La cosa está muy desatendida, por allá. Hay que ir por lo menos dos veces por mes.

—Si quiere y me explica cómo llegar, yo puedo salir ahora mismo.

—Vamos los dos —dijo el jefe, y fue a lavar las tazas en la pileta que había en una de las esquinas de la estancia.

El auto del jefe era conducido por un chofer calmo, precavido y poco conversador. Sabatesc quiso descontracturar el viaje con algunas anécdotas y adivinanzas, pero el jefe respondía con un "hum" a las anécdotas y no daba señales de interés por ninguna adivinanza, pareciendo tomarlas por anécdotas más aburridas que las otras, y que no merecían ni siquiera el reconocimiento de un "hum".

Llegaron de madrugada, pero el finado Bermúdez los recibió completamente despabilado y les tributó toda clase de atenciones. Les mostró sus plantaciones de avena, dátiles y girasoles, y al levantarse el sol se sentaron a tomar mate en el porche de la finca de uno de los peones.

—Hace frío acá —dijo el chofer, cuya gorra había ganado una capa de escarcha.

El peón entró a la casa y volvió con un abrigo de astracán, de su mujer. Lo puso en los hombros del chofer, que se restregó las manos en señales de satisfacción y agradecimiento.

El finado Bermúdez se mostró mucho más receptivo que el jefe en relación con las anécdotas y adivinanzas de Sabatesc. Contó él también algunas historias, principalmente de aparecidos, fantasmas y soldados desconocidos. Cuando el jefe estaba pensando en emprender el regreso, se oyeron sirenas y cuatro autos de la policía estacionaron a pocos metros del porche. Sabatesc vio con asombro cómo en uno de los autos se hallaban, esposados, Montes y otros dos de sus compañeros. El jefe miró a Bermúdez con suspicacia y este confesó haber sido él el instigador de la redada.

—No es que desconfíe de ustedes —dijo—. Pero es saludable tomar precauciones, por si acaso.

La policía se los llevó a una dependencia lejana. Al inspector Falucho le tocó interrogar a Montes. Los demás estaban, separados, en otras salas de interrogatorio.

—Así que ustedes son de la Central.

—Sí, señor.

—Qué central.

—No entiendo la pregunta —dijo Montes—. Es la Central. La única.

—Sí, pero central de qué —un asomo de sorna animaba las calmas palabras del inspector.

—Ah, ¿usted me pregunta por esas casas que se llaman Central de Reparaciones de tal o cual cosa, o Central de taxis, o ese tipo de cosas? No; no es nada de eso. Yo soy de la Central. Si no me cree, puede corroborarlo con mi jefe, que venía en el otro auto.

—Y qué es lo que hace ese jefe.

—No está muy encima de nosotros. Nos da directivas generales de vez en cuando.

Un agente de segunda irrumpió en la sala.

—Perdón, inspector. Hay un tipo acá que no sé si dejarlo ir o ficharlo —dijo—. Parece que estaba haciendo ruido con una flauta en el jardín botánico, y se resistió a irse cuando los funcionarios iban a cerrar.

—Si tiene plata —le dijo el inspector— inventále alguna multa por ruidos molestos y dejálo ir. Si no, encerralo y averiguá cuánto nos pueden dar por la flauta. ¿Qué marca es?

—Voy a averiguar, señor —dijo el agente, y estaba por cerrar la puerta, cuando añadió:

—Ah, y hay una mujer que estaba rompiendo la calle con un martillo y un cincel. Y se acostaba para mirar el cielo, que dice que era su modelo. No la entiendo.

—Mandála al hospital —dijo el inspector—. Y las herramientas guardálas en el armarito del fondo.

—Hay gente para todo, ¿no es cierto? —le dijo Montes cuando el agente se hubo ido.

—Sí —contestó el inspector—. Pero lo que no entiendo es para qué están ustedes.

—A un cierto nivel —dijo Montes— todos nos hacemos preguntas como esa, desde hace por lo menos dos mil quinientos años.

Se oyeron unos gritos, y el agente de segunda volvió a abrir la puerta.

—Otro caso de escopeta —dijo sin entrar—. Dice ser Papá Noel.

—¡Claro que soy! —vociferó el detenido, que trataba inútilmente de zafarse de los dos agentes que lo sujetaban—. ¡Le digo que hoy tuve que empeñar mi traje, por eso estoy vestido de civil!

QWERTY543... NO.
Q9WTUVR7... TAMPOCO.
ESA ES LA DE HOTMAIL.
0946X... NO, ES LA DEL PIN DEL MÓVIL...
EL HUMANO TIENE MÁS CREATIVIDAD...
NEGRO_ROJO... NO.
ABCDEG, NO, ESA ES LA ANTIGUA.
¿CÓMO ERA? ¿CÓMO ERA?
PARA GENERAR CONTRASEÑAS...
SÍ
SÍ?
¡PÉREZ!
SÍ...
QUE PARA INVENTAR APELLIDOS.

—La otra noche, charlando con el grabador abierto, hablábamos de las dificultades de los países muy grandes —le digo a Chiri—. Con Uruguay pasa todo lo contrario. La forma de contactar con Maslíah fue muy "uruguaya".

—Cotidiana, veloz y pueblerina. ¿Cuánto tardaste en dar con él?

—Ocho minutos —le digo—. En el momento que decidimos pedirle algo a Leo, yo pensé: "¿Qué uruguayo conocido nos puede dar su teléfono, o su mail, para empezar un contacto?". Por supuesto, enseguida pensé en nuestra amiga Laura Canoura. Le mandé un mail rápido, preguntándole si tenía algún dato de Maslíah. Me contestó a los pocos segundos: "Claro. Mi novio es su primo, ahora le digo que te llame". Un rato después teníamos su cuento inédito en la casilla de mail. ¡Uruguay es un pueblo, se conocen todos!

—El cuento tiene una atmósfera extravagante, con detalles muy sutiles —me dice Chiri—. Como la cabeza de Maslíah. ¿Sabés a qué me hizo acordar?

—A qué.

—A los climas de las películas de Charlie Kaufman. El otro día volví a ver *Adaptation* ("El ladrón de orquídeas"). Es genial. Kaufman es un creador raro, muy personal.

—Esribió un montón de pelis buenas: *Being John Malkovich*, *Eternal Sunshine of the Spotless Mind*... Todas muy extrañas, de climas densos. A mí también me encantan, son impresionantes.

—De hecho —me dice Chiri—, el personaje del cuento de Maslíah, el único Papá Noel del mundo, es de apellido Kaufman. ¿Será casualidad?

—Excelente detalle, querido amigo.

—Yo creo que a Maslíah le deben gustar las películas de Charlie. Aunque el Kaufman de Maslíah es un Papá Noel muy sui géneris, como el de la película *Rare exports: A Christmas Tale*, que ganó hace poco el festival de Sitges. ¿Viste algo?

—No, ni idea.

—Es una película finlandesa —me dice Chiri—, de la tierra de Papá Noel antes de que se lo apropiara Coca-Cola y lo reinventara, y le pusiera los colores rojo y blanco. En esta peli, Papá Noel es un demonio que se come a los niños que se portan mal. La dirige Jalmari Helander. No vi la película, pero sí los dos cortos que la preceden. Buscá en YouTube *Rare Exports Inc*. Son dos cortometrajes, de siete minutos uno, y diez el otro. El primer corto explica el origen de la compañía Rare Exports, una empresa que entrega papanoeles reales, cada Navidad, a ciento ciencuenta países del mundo.

—Excelente idea para un corto —le digo.

—La empresa está formada por cazadores que capturan a los papanoeles salvajes que viven en los bosques de Laponia; los domestican, los embalan y los exportan para que cumplan la función de ser Papá Noel en diferentes países del mundo.

—¿Y el otro?

—El segundo corto también es bárbaro. Presenta instrucciones oficiales de seguridad y está dirigido a los países receptores de los papanoeles, porque estamos hablando de una bestia muy peligrosa que necesita ser desembalada con muchos recaudos.

—Alucinante —le digo—. Me llama mucho la atención la cabeza de ciertos escritores y guionistas, que se mueven muy bien en unos mundos paralelos absurdos, fuera de los parámetros normales de la narración.

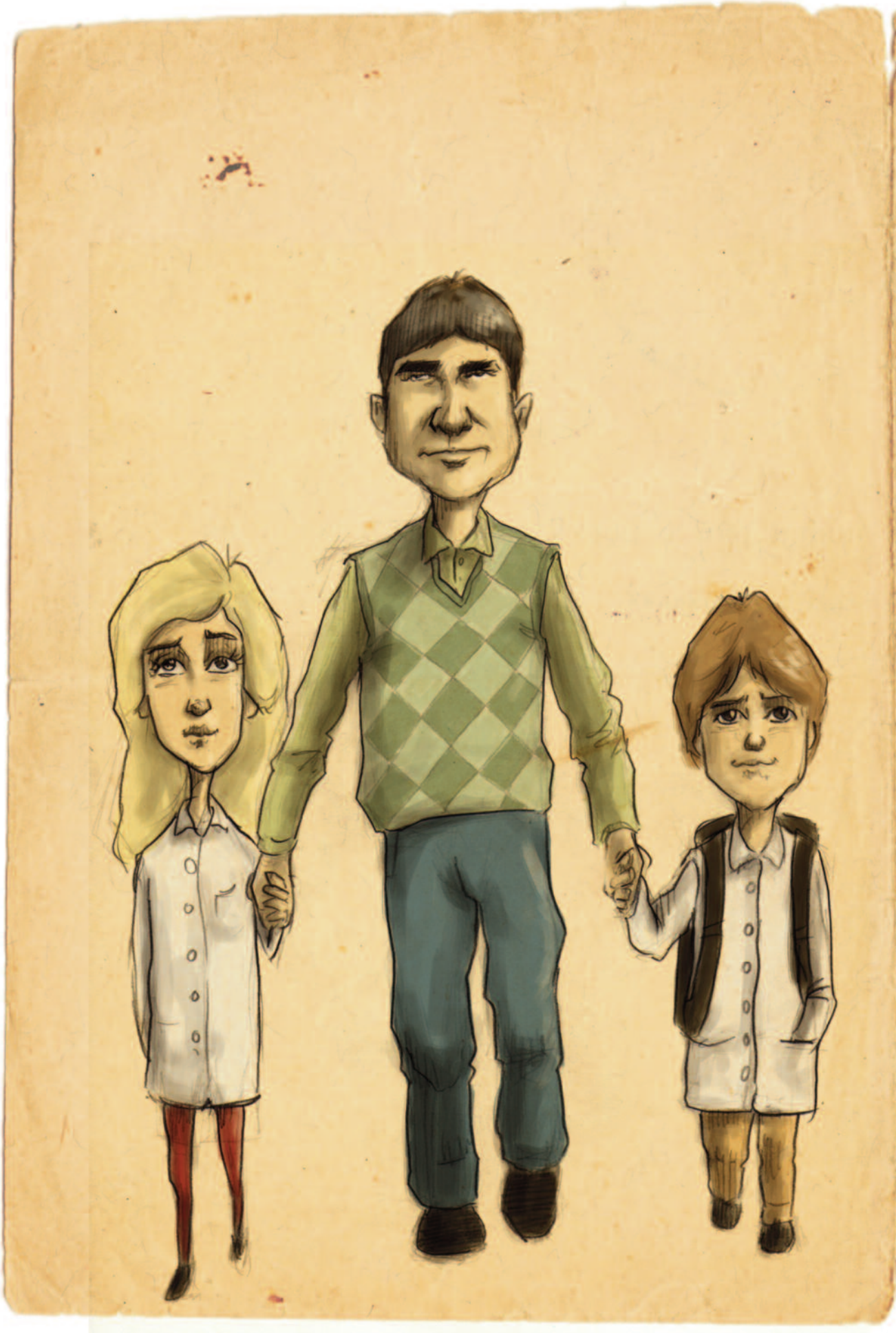
—¿Serán así todo el tiempo —pregunta Chiri—, tendrán esa cabeza en su discurrir cotidiano? Pensá en Maslíah, en la música que hace, en los cuentos que escribe; o en Kaufman, o en estos finlandeses... ¿Inventarán mundos también en el supermercado, o cuando hablan con sus hijos?

—Estaría bueno pedirle a un escritor, a uno que nos guste mucho —le digo—, un esquema de su inspiración. Un día de trabajo. Cómo piensa, qué lo interrumpe, cuánto narra, qué escribe...

—"Un día de trabajo en la vida de..."

—Sí, eso —le digo.

—Me encanta. ¿Y a quién le pedimos? ►



UN DÍA DE TRABAJO

Escribe Marcelo Birmajer

Ilustra Diego Parpaglione

Hijos en edad escolar, llamados telefónicos a deshoras, cierres de edición, invitaciones a conferencias lejanas, timbres, ruidos, bocinazos. La imagen idílica del escritor en su estudio, pensando en silencio sus nuevas tramas, está a kilómetros de distancia de la realidad. Marcelo Birmajer, uno de los más exitosos narradores argentinos, se confiesa en este ensayo íntimo: escribir es la última cosa que uno hace en el día.

Siete y diez

Después de dejar a los chicos en el colegio, soy un pedazo de estopa. No sirvo para nada. No puedo pensar. Me desperté muy temprano, los vi desayunar, escuché sus gritos en el auto, los depositè en sus aulas, y dejé de existir. El resto del día es un páramo. El reclamo infantil acabó con mis restantes neuronas, succionó mis ideas, disecó mi alma. Pertenezco a una tribu peregrina que ha vivido prolongados períodos de zozobra, tragedias inenarrables. Conozco veteranos de guerra, supervivientes de los más oscuros cataclismos. Todos ellos, de algún modo, han continuado con sus vidas. Pero yo después de dejar a los chicos en la escuela entro en estado zombi. Es un trauma que no tiene cura. Soy un muñeco cuyo creador ha muerto antes de dotarlo de vitalidad. Así comienza un día de mi vida.

Nueve y veinte

Llego a mi estudio completamente deprimido. Suena el teléfono. ¿Será una oferta de trabajo? ¿Una voz amable? Es una promoción de la compañía telefónica. Hace ya por lo menos cinco años que nadie habla por teléfono fijo. Los seres humanos se comunican por mail, por mensaje de textos. Muy inusualmente, por llamados de celulares. Pero ya nadie llama a teléfonos fijos. Excepto los ofertantes de planes baratos de llamadas desde teléfonos fijos. Le explico a mi operario la nueva coyuntura:

—Ya no sé cómo se usa el contestador automático. Nadie me llama. Yo no llamo a nadie. ¿Por qué voy a adherirme a un plan de abaratamiento de un servicio que no utilizo? Disminuyan el precio del gas, de la luz.

El operario insiste. Evidentemente, se trata de un perverso sexual. Ya le he explicado que no compraré nada. Pero no corta. ¿Qué otro objetivo puede tener que el de un deseo homosexual? ¿Por qué quiere hablar conmigo? Yo no quiero hablar con nadie. Mucho menos con un hombre. Tal vez su deseo más profundo sea presentarme a su esposa. Quizás una hija. Por fin corto. No tengo tiempo para estos happenings. Tengo que perder mi tiempo deprimiéndome, mirando el techo, fingiendo que pienso. Lo bueno de pensar es que es fácil fingirlo. Estoy pensando. Se me está ocurriendo una gran novela. Estoy terminando mentalmente una obra de teatro. Estoy corrigiendo en mi cerebro el último cuento de un libro. ¿Quién puede ponerlo en duda? Ya son las once de la mañana y no hice una mierda. Ojalá me llame otro de estos pelotudos del teléfono.

Doce y cinco

A las doce empiezo a pensar en qué almorzar. A diferencia del trabajo, en que finjo que pienso —porque, en rigor, hace dos semanas que no tengo ni una idea ni hago una mierda—, a la hora de almorzar realmente pienso en qué comer. He ahorrado tres mil pesos en monedas en los últimos cuatro años, de modo que tiene que tratarse de un restaurante o rotisería donde no me pongan mala cara cuando pago con monedas. A la vendedora de comida árabe de a la vuelta le gustan mis monedas. Pero el hijo de remil putas del mozo de la esquina me miró mal cuando le pagué setenta y cinco pesos en monedas, que incluían la propina. Qué mozo hijo de puta. Yo no le echo la culpa a nadie de estar al pedo en la vida. Hace dos semanas que no hago nada, y no miro mal a nadie. Si me pagaran tres mil pesos en monedas, las recibiría con alegría. Ni siquiera las contaría. Incluso le daría un abrazo a mi benefactor. Pero este infeliz me mira mal porque le pago setenta y cinco pesos en monedas. Yo le sonreí, le hablé con respeto, le dejé propina. Y me mira mal. Lo que en realidad quieren es que regrese Adolf Hitler. No se van a quedar tranquilos hasta que no regrese. Pero no va a regresar. Lo derrotamos una vez, y no le dejamos ganas de revancha. Van a tener que aceptar mis monedas.

Un llamado interrumpe mi elección del almuerzo, que es bastante limitada: tiene que ser un lugar que me acepte las monedas, dietético, sabroso, liviano. Es una chica, al teléfono. Esta me quiere vender un terreno. A mí. Venderme un terreno a mí.

—Solamente si es para que me entierren —respondo.

La chica se queda en silencio, pero retoma.

—Somos de El almacén de Tierras —repite—. Vendemos propiedades en los mejores lugares del gran Buenos Aires.

—A mí me pueden enterrar donde quieran —aclaro.

—Creo que tenemos mal su mail —dice sin responderme—. ¿Su mail es?

—Dígame —respondo.

—Marcelo Birmajer…

—Ese es mi nombre y apellido. Pero usted dice que tiene mal mi mail.

—Marcelo Birmajer —repite.

—¿Usted me está tomando el pelo? —la interrumpo—. Usted no tiene mal mi mail. Usted sencillamente no tiene mi mail, y trata de arrancármelo de un modo deshonesto. ¿Sabe su marido que usted trabaja de esto?

Se queda callada.

—Le pregunté si sabe su marido que usted trabaja de esto.

La mujer continúa en silencio.

—Dígale que el trabajo que usted hace es de puta. Porque usted trata de averiguar los mails de otros hombres, sin pedírselos. Trata de robarlos. ¿Y para qué va a ser si no es para entregarse? ¿Para qué querría usted conseguir de modo desleal un mail masculino si no es para mantener relaciones sexuales furtivas no convencionales? ¿Por qué me llamó?

Quiero hablar ya mismo con su responsable. Con el gerente. ¡Ya mismo! ¿Cómo se atreve a engañarme, a interrumpirme en un vertiginoso día de trabajo para asestarme este cuento del tío? ¿Su esposo no la penetra lo suficiente? ¿No tiene esposo? ¿Tiene relaciones incestuosas con su padre?

Escucho el sollozo de la mujer. Y corta.

A los minutos, suena el teléfono nuevamente. Es otra mujer. Es la responsable de la compañía El Almacén de Tierras. Me informa que su secretaria, que también es su telemarketinera, acaba de ser retirada en ambulancia por un ataque de nervios. Le estoy por decir que es por culpa de la sobre-ocupación y mandarla a la mierda, cuando dice que me conoce personalmente. Ella, Estefanía, la dueña de El Almacén de Tierras, es la esposa de un muy conocido productor de televisión, que estaba a punto de comprar uno de mis cuentos para adaptar. Verónica, la secretaria y telemarketinera, es la hija de ambos.

Le digo que si lo hubiera sabido, no hubiera abundado en mis reflexiones. Pero que, de todos modos, nadie debe llamarme para venderme nada. Y que trató de averiguar con métodos ilegítimos mi mail. Estefanía retruca que Verónica efectivamente tenía mi mail, pero mal. Pido disculpas y corto. El cuento no era gran cosa, después de todo.

Dos y cuarto

No me decido por ninguna de las opciones cercanas para almorzar. Las empanadas de la vuelta me pueden caer mal, estoy cansado del excelente filete de merluza a la plancha del restaurante de Valentín Gómez, me da pereza comer ensalada. Me lleno los bolsillos con cien pesos en monedas y salgo a recorrer el barrio en busca de lo imprevisto. Al caminar, hago un ruido que me recuerda al burrito de una fábula, que cargaba "los caudales". Lo acompaña otro burrito, que carga heno. Mientras el burrito que carga el oro suda como un cerdo; el burrito que carga el heno trota libre. La fábula traía una moraleja sobre el peso de la riqueza, en contraste con la libertad de la pobreza. Exactamente lo contrario de lo que ocurre en la vida. Por culpa de esa fábula, millones de niños de todo el mundo, en lugar de estudiar y trabajar para conseguir dinero, se hurtarán a sus responsabilidades estudiantiles, y de grandes saldrán a protestar en lugar de ponerse a trabajar. En cualquier caso, yo ahora soy el burrito de los caudales y hago un ruido de fantasma de pirata a cada paso. En la puerta me cruza el portero, que me escuchó bajar los pocos peldaños de la escalera del palier.

—¿Pero qué llevás? —me pregunta—. ¿Panderetas?

El portero no tiene qué hacer en su vida. Yo tampoco, pero yo no molesto. Mi vida es una verdadera mierda, pero mi heroísmo consiste en que eso no se convierte en motivo para que yo moleste a los demás. Lo único que tengo de rico es el tintinear de las monedas, a duras penas si llego a fin de mes. Soy Rico Mc Pato en el acto de bañarse en monedas, pero nada más. No soy Gold Silver. Y sin embargo, no me resiento contra las demás personas, solo contra mí mismo. Mientras que el portero, un homosexual pasivo que no se anima, un sometido de su horrible esposa, carente de relaciones sexuales desde la adolescencia, y voluntarioso afiliado al partido nazi en cuanto se reabran las inscripciones, necesita burlarse de mí. Me causa verdadera consternación que ya existiendo la ley de matrimonio igualitario y la libertad de expresión para todos los homosexuales en todo el occidente democrático y en muchos otros países, tantos homosexuales masculinos permanezcan en el clóset y ansíen secretamente ser violados

por los seguidores de Osama Bin Laden. Mi portero los lidera.

Sigo de largo sin responder, con un asentimiento de cabeza.

Me decido por una pizza sobre la calle Corrientes. Voy a engordar. Me voy a sentir mal. Me voy a arrepentir. Todos los entrevistados que escuché en mi vida, cuando llega la pregunta: ¿De qué se arrepienten?, responden: de nada.

"No me arrepiento de nada." Es lo que respondería Hitler. Yo me arrepiento de casi todo lo que hice en mi vida. Me equivoqué en todo. Cada cosa que hice en mi vida, excepto algunos cuentos, la haría de un modo radicalmente distinto. Dios me dio un punto de partida fenomenal: varón, argentino, judío, de clase media… No podía pedir más. Todo me encanta. Lo tiré al garete. Lo arruiné. Soy basura. Pero no molesto. De esta pizza me arrepentiré. Si me hacen un reportaje, lo diré: me arrepiento de todo, y de esa pizza también.

El mozo se puso contento porque le pagué con monedas. Me agradeció especialmente. Le redoblé la propina y le pregunté si piensa que River se irá a la B. Me pregunta si soy de River. Asiento. Sin malos ánimos, casi con pesar, concede que cree que sí, que se irá a la B. Es la primera persona inteligente a la que escucho al respecto. Casi todos los demás, excepto mi hermano mayor y mi amigo Sergio, padecen un súbito retraso mental y aseveran: "River no se puede ir a la B. Es económico. Los intereses… Grondona… La AFA". Son como los infradotados que ni bien comienzan a hablar de Medio Oriente cierran la discusión profiriendo: "Petróleo. Es el petróleo". Derraman petróleo. "Son los intereses. Lo que importa es el dinero." Son los Einstein de la geopolítica, los Nobel del fútbol. Saben todo. Conocen cada conspiración. Ningún detalle del mundo se les oculta. Pero River se fue a la B.

Ahora que la pizza me derrotó, no me queda más remedio que meterme en el cine. Hay una adaptación de un cuento de Philip Dick.

Cuatro y cuarenta

Salgo del cine igual de pesado que entré. La película es impresentable. Matt Damon, el director, quien carajo sea, arruinaron lo poco de bueno que podía tener ese cuento. Ni siquiera pude comer pochoclo o nachos, porque estaba lleno como si me hubiera tragado la caja de caudales. Qué vida de mierda. Qué vida desperdiciada. Podría haber ganado una guerra, contribuir en algo a la humanidad, ser feliz. Soy un pedazo de grasa que sale del cine chapoteando en su propia pesadez. Llego a mi estudio a duras penas. Me da miedo mirarme en el espejo. Caigo sobre el sillón. Para mi gran sorpresa, me quedo dormido.

Al despertar, soy una basura todavía peor que la que se fue a dormir. Antes de dormir, somos seres humanos. Mientras dormimos, un poco más que humanos. Recién nos despertamos, mucho menos.

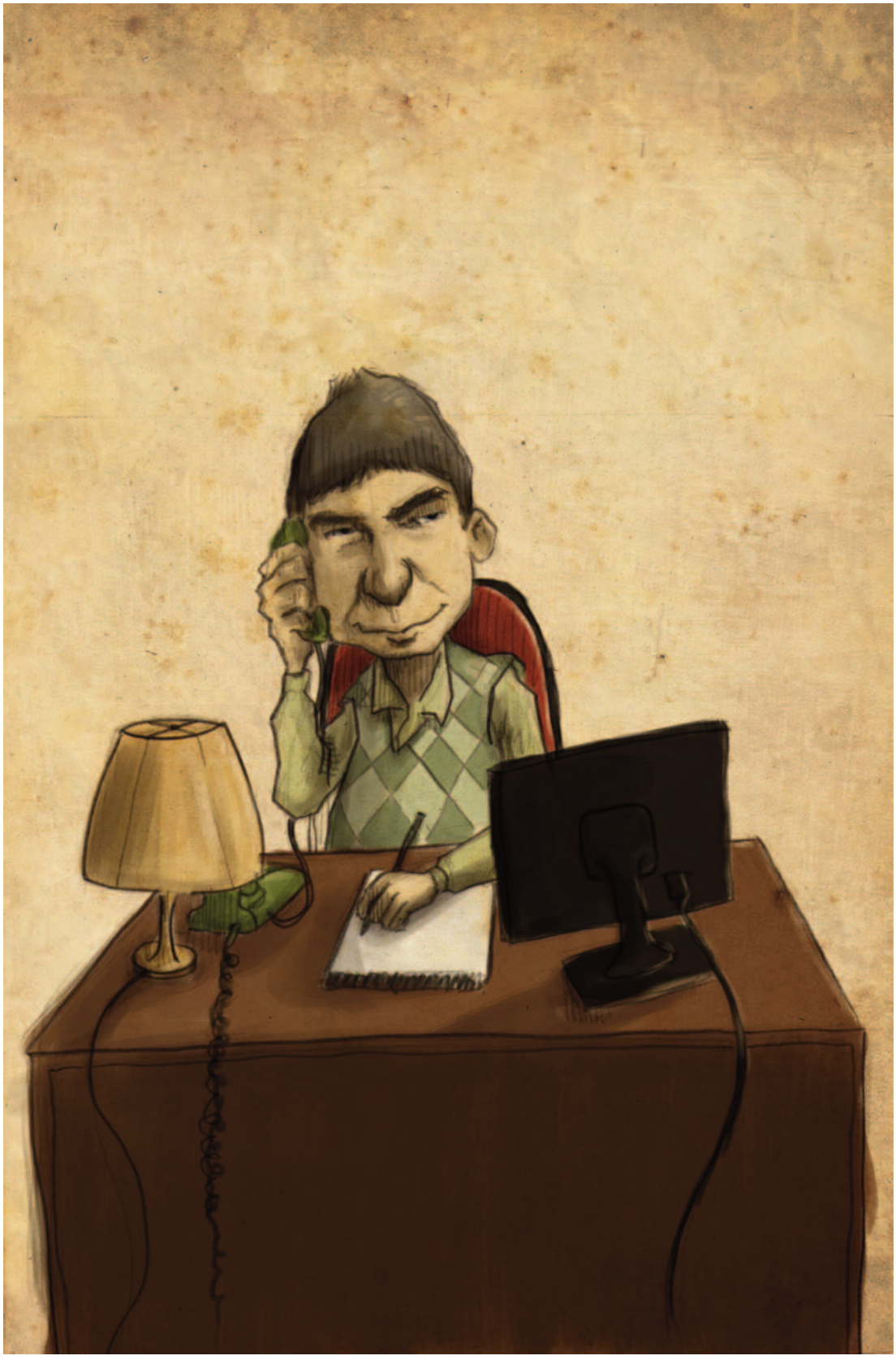
Me despertó el ruido de un mail. El primero que me llega en el día. Es el mail colectivo de un hijo de remil putas que comparte las ideas de un pintor. El pintor ya de por sí es bastante pelotudo, ¿pero que alguien mande un mail colectivo? ¿Un hombre? ¿Tiene problemas con su esposa? ¿Por qué manda un mail colectivo? ¿Está buscando ser penetrado? ¿Por qué no se retira a sí mismo, al silencio, a la contemplación? Si es afortunado, al trabajo. Un mail colectivo es un peligro. Así comienzan las guerras. Y cosas peores, como los divorcios violentos.

Cualquier persona que manda un mail colectivo está violando los diez mandamientos en un solo acto. Si se suicidara, solo violaría la prohibición de matarse. Yo no me suicido, también en eso soy heroico. Suicidarse es una cosa grosera. Un acto vulgar. Un exceso de egocentrismo. Nadie es tan importante como para tomarse el trabajo de asesinarse a sí mismo. Es la cima de la vanidad. Masturbarse es el exacto opuesto: mi modo de expresar que soy basura. Como comer pizza.

Hace una semana que no hago gimnasia. Interrumpí por culpa de un viaje, y no pude recuperar el ritmo. Qué lástima que la masturbación no adelgace. Que no sirva para nada. Y que no pueda hacerse más de dos veces por día. Qué vida de mierda. Pero no es que la condición humana sea una mierda. La condición humana es desventajosa, solo mi vida es una mierda.

Seis menos diez

Tengo que escribir mil cosas. La historia del gas en Argentina (literalmente. No es un chiste. Estoy haciendo un trabajo para Metrogas, me pagan bien). Un cuento de terror. Una adaptación de mis cuentos para una cadena internacional de televisión. Ya me pagaron todo. No se me ocurre nada. No me drogo, no me emborracho, no trabajo. ¿De qué voy a vivir? Tampoco soy ladrón. Ni trabajo para el gobierno. Eso quiere decir que si no trabajo, no cobro. Pero bajo a comprarme una Pepsi Kick. La Pepsi Kick es una variedad de Pepsi que la compañía ideó especialmente para mí: trae más cafeína, ginseng, y es dietética. Pero ningún kiosco la vende. Parece que solo la idearon, no la producen. Es como el Partido Obrero: vemos por todos lados sus carteles, sus periódicos, las declaraciones de Altamira; pero nadie los vota. En la realidad, no existen. Qué paradoja: esta última creación del capitalismo y esta vieja creación del marxismo ocioso (más paradójico aún que se llame Partido Obrero, porque Altamira nunca trabajó en su vida), coinciden en su inexistencia. Pero eso no significa que los extremos se toquen, o se unan, como rezan sin pensar los mismos infradotados que repiten "Petróleo, intereses, dinero, Blatter, la Fifa, los negociados, los intereses, dinero, petróleo". Simplemente la Pepsi Kick y el PO coinciden, no tengo la más puta idea de por qué. De todos modos yo quiero una Pepsi Kick. Los kiosqueros me miran muy mal cuando les pido esa Pepsi. Me responden: "Pepsi tengo". Pero si yo quisiera Pepsi, no les preguntaría si tienen "Pepsi Kick", simplemente les pediría una Pepsi. No les gusta nada que se las pida. No les molesta no tenerla. No les irrita no conocerla. Los subleva que yo la pida. ¿Cómo hacen para no conocerla? Los carteles de publicidad están en todos lados. Cualquier infradotado diría: "El kiosquero se irrita porque lo ponés en falta. Le hacés descubrir algo que no conoce ni tiene. Eso lo deja vulnerable". La verdad es que no tenemos la menor idea de por qué se irrita el kiosquero. ¿Tal vez me equivoco yo al pedir Pepsi Kick? ¿Debería resignarme a que es todo una farsa? Regreso a mi estudio sin Pepsi Kick. Nada de lo que hay en la alacena me entusiasma. Mate, café, sopas, todas las variedades de té. Diez años atrás hubiera dado mi vida por esto: todas las infusiones a mi disposición y una tarde tranquila.



Quizás, incluso, sin darme cuenta, diez años atrás efectivamente di mi vida por eso, y ahora tengo eso, pero ya no tengo mi vida. Es un trato justo. Las cosas hay que pagarlas. En todos los lugares del mundo la cuenta se pide de modos distintos, pero al final hay que pagarla. Siempre.

Me llaman de una radio para preguntarme qué opino de la nueva literatura. ¿A qué se refieren con la nueva literatura?, pregunto. Pero es un reportaje grabado y el periodista no sabe a qué se refiere exactamente el conductor del programa. Le digo que averigüe y me llame. No me llama nunca más.

¿Cómo será el cuento original de Dick? Uno de los mejores cuentos que leí en mi vida es de él. "El Impostor". Clásica trama de Dick: viene la policía y le dice a Juan Gómez que él en realidad no es Juan Gómez, es un robot que mandó el enemigo, que mató a Juan Gómez y que está programado para creer que es Juan Gómez. Ese Robot también está programado para decir una frase y explotar. Esa explosión acabará con la Tierra. Debe entregarse pacíficamente y dejar que lo destruyan. Juan Gómez, por supuesto, sale corriendo. Huye por toda la ciudad. Finalmente, en su huida, en un descampado, se topa con un cadáver. Es el cadáver de Juan Gómez. Entonces el hombre dice: "Pero, si este es Juan Gómez, quiere decir que yo soy…". Y explota. Es un cuento perfecto. Alcanzaría para situar a Dick en cualquier panteón literario. De hecho, el resto de sus cuentos, e incluso de sus novelas, nunca terminaron de convencerme. Las novelas no pude terminar de leerlas. Ni siquiera *Sueñan los androides*... Pero ese cuento es perfecto: su idea y su ejecución. La idea de la película con Matt Damon no está mal. Una pareja comienza un romance, y de pronto son interrumpidos por las circunstancias, pero de un modo tan absurdo y brutal que el hombre comienza a sospechar que alguien no quiere que estén juntos. Finalmente descubre que la Providencia no les ha asignado asientos conjuntos y la película deriva en ciencia ficción tipo *Matrix*: una serie de retrasados mentales al servicio del Destino, inician las insoportables persecuciones automovilísticas para separar a la pareja. Si yo fuera el dueño de Hollywood prohibiría las persecuciones de autos, los desnudos, las relaciones sexuales. Las persecuciones por repetidas. Los desnudos y relaciones por inútiles. Me lo dijo mi amigo Willi Raffo: en la mayoría de los largometrajes, si desapareciera la escena de sexo no perderíamos nada. Y yo agrego que solo me quedaría con *El último tango en París*.

Pero volviendo a Dick, la película hubiera ganado mucho si se hubiera volcado por el realismo: son la pareja perfecta, y existe un separador serial de parejas que no puede soportar las parejas felices. Trabaja hasta que los separa. Luego la chica se enamora de él. En la vida real eso ocurre todos los días. Pero no por eso deja de ser una gran idea para una película. Los matchmaker pocas veces tienen éxito. Los matchdestroyer, en cambio, son exitosos incluso sin proponérselo. Además, si de veras hubieran querido separarlos, ¿a qué tantas persecuciones? Bastaba con ponerle un buen culo delante a Damon. O dejarlos comenzar el romance, casarse y tener hijos.

SIETE Y MEDIA

Me invitan a dar una conferencia. ¿Sobre qué? Lo que yo quiera. Breve. Es sospechoso. ¿A quién le importa escucharme hablar de lo que yo quiera? Me huele mal. Pregunto la fecha, la hora, el lugar. Solo estoy precalentando. Finalmente pregunto por los honorarios. No, me responden. No hay honorarios. Ya me parecía. Quieren que yo dé una conferencia para juntar plata para hacer un gimnasio techado en su institución. Oí hablar de la institución. El edificio está situado en un barrio de millonarios, el que me llama es millonario, los oyentes de mi requerida conferencia serán millonarios también, y los otros expositores invitados son multimillonarios. ¿A quién se le ocurre pedirme a mí, al hombre de las monedas, que hable gratis? ¿En qué cabeza enferma, en qué espíritu purulento, en que psiquis intoxicada cabe la idea de que yo aportaré mi pobre trabajo de clase media tambaleante para ayudar a millonarios y multimillonarios? Le digo que me perdone, pero que no me puedo dar el lujo de trabajar gratis. Lo único que hago gratis es tirarme en el sofá. Si quieren, se los puedo mandar por webcam. El hombre reflexiona. Me pregunta cuánto cobraría yo. Le digo que lo voy a meditar y se lo diré por mail. Al segundo, le mando una cifra suculenta. A la hora, aprueban mi presupuesto. Un día más en la clase media. Al menos hice algo. Pero… ¿de qué voy a hablar? Hace veinte años que no preparo una conferencia. Cuando me invitan a hablar, siempre repito lo mismo. Hablo de mi infancia —más insípida que

la de Oaky—, de cómo se me ocurren los cuentos, y cuento un par de relatos. Soy un buen contador de mis propios relatos. No digo "narrador" porque ahora es un "oficio".

Yo acepto cuando no trabajo. Pero hay gente que dice que trabaja de cosas que no son un trabajo. La mayoría de los "narradores" que he conocido son como mimos, pero que hablan. Una vez una señora me invitó a escuchar mis propios cuentos en un espectáculo colectivo. Eran todos narradores vocacionales. La señora se olvidó el final de uno de mis cuentos en donde un falso Papá Noel les revela a sus familiares que en realidad se disfrazó de Carlos Marx, y lo terminó, la señora, con un "Feliz Navidad". Arruinó por completo el cuento. Tal vez no fuera gran cosa. Pero la señora lo hizo mierda.

Otro narrador vocacional le cambió el nombre a mi personaje, que era una referencia bíblica a Jacob, y le puso Marcos.

No se entendía nada.

Un último narrador creyó que uno de mis cuentos, de neto corte erótico, era para niños, por el título. Cuando llegó a la mitad y se dio cuenta de lo que estaba narrando, se interrumpió y se fue. Lo habían venido a escuchar su esposa y sus hijos. Curiosamente, la esposa y los hijos permanecieron en la sala escuchando el resto.

Me río solo al recordar que alguien quiso que yo diera una conferencia gratis para ayudar en la construcción de un gimnasio techado para personas que tienen más plata que yo.

Yo no vivo, finjo que estoy vivo.

Un día me van a descubrir.

Ocho y cuarenta

¿Por qué se usa el mito de que salen pelos en la mano para desaconsejar la masturbación? Bastaría con decir la verdad: luego de masturbarte, te sentís deprimido, vacío, inconexo. Lo poco de sentido que tiene la vida, se derrama en el acto de masturbarse. Y sin embargo, las buenas personas lo hacen. Pierden y recuperan el sentido de la vida. Aún cuando la vida no tenga ningún sentido, estamos obligados a ser buenos. No es aceptable utilizar el completo sinsentido de nuestra existencia para practicar el mal, las violaciones, el amedrentamiento de los más débiles, el robo, la mentira, la cobardía intelectual. La vida puede no tener sentido, pero tiene reglas. Es el fin de otra patética jornada de mi existencia laboral.

Estuve todo el día frente a la computadora. No escribí nada. No hice gimnasia. Leí apenas un capítulo del libro de Martin Meredith sobre los últimos cincuenta años de África. Qué depresión. Qué tragedia la de los africanos… Todos desastres. Durante el dominio de los blancos, los esclavizaban y mataban. Después de las independencias solo se dedicaron a matarse. Cuando vivían bajo el colonialismo, la mayor utopía era liberarse. Cuando se liberaron, la mayor utopía pasó a ser vivir en las metrópolis coloniales. El tirano y sus familiares y acólitos vivían y viven en la más exorbitante riqueza y pasean por el mundo. Los súbditos solo desean irse a vivir a Europa, preferentemente a la metrópoli que antaño los colonizó.

En fin, cierro el boliche. No creo que mañana sea otro día; pero al menos este se terminó. ◣

DIGA CLARAMENTE EL SERVICIO QUE DESEA...
DARME DE BAJA
NO COMPRENDO. REPITA CLARAMENTE EL SERVICIO QUE DESEA...
¡DARME DE BAJA!
DISCULPE, NO COMPRENDO. REPITA CLARAMENTE EL SERVICIO QUE DESEA...
¡DARME DE BAJA!
DISCULPE, NO COMPRENDO. REPITA CLARAMENTE EL SERVICIO QUE DESEA...
LA TECNOLOGÍA SIRVE PARA TODO, EXCEPTO PARA DESCONECTAR LA TECNOLOGÍA.

—Es eterna la historia del escritor que tiene que escribir y no escribe. O del que tiene que arreglar una ventana y no la arregla —me dice Chiri—. Ya habíamos bautizado a esto "pereza". Yo creo que ahora el pecado se llama "procrastineo".

—Me parece que se dice "procrastinación" —lo corrijo—, de todas formas es una palabra imposible, llena de erres.

—En los diccionarios habituales todavía no aparece —me dice Chiri—, pero en la Wikipedia sí. "La procrastinación —me lee— es el hábito de postergar actividades que deben atenderse, sustituyéndolas por otras más irrelevantes y agradables."

—Yo insisto: tendríamos que encontrarle un nombre más fácil de pronunciar. Pero claro, ¿quién tiene tiempo de buscarle un nombre nuevo a la palabra, habiendo tanto porno para ver?

—Hay un sitio en internet muy interesante —me informa Chiri—, que se llama procrastinacion.org. Es una página en donde el procrastinador profesional encuentra toda la información que necesita.

—¿Para curarse?

—No, para seguir siendo un perezoso, pero con técnica. El lema de la página es "el arte de la postergación".

—A mí me cuesta muchísimo escribir sin estar conectado a internet —le confieso—. Pero al mismo tiempo esa conexión intrusiva me dificulta la concentración. Escribo un párrafo, miro un mail, escribo otro párrafo, me fijo cuándo juega Racing, corrijo un párrafo, me habla Comequechu por Skype... Es muy denso todo.

—Hay un programita que instalás en la máquina y toda la pantalla se te pone en negro. Es para escribir y nada más. Letras verdes sobre fondo negro, como en las épocas de WordPerfect. No te deja ni poner cursivas. Te bloquea todos los sonidos de correos entrantes, o twiteos, o boludeces por el estilo. Te impide la navegación. Solamente te permite escribir.

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

—Ni idea. Lo puse una día y me duró seis minutos. Lo borré, asustadísimo. No se puede vivir en semejante oscuridad.

—Es como ir al casino a dejar tus datos para que no te dejen entrar —le digo.

—Yo hace rato que le tengo que mandar un libro a Birmajer —me dice Chiri—, pero lo postergo. Procrastineo.

—¿Qué libro?

—Uno de Somerset Maugham. Una vez leí que colecciona primeras ediciones de este escritor, es francés. Y en la biblioteca que heredé cuando me fui a vivir a Luján y en donde encontré también el libro de Guareschi, di con una primera edición de un libro de Maugham: *Andalucía*. El libro es de 1947, está un poco hecho mierda, y ahora no me acuerdo la editorial. Pero en ese momento pensé que era para Birmajer y nunca me hice tiempo de hacérselo llegar.

—Los autores favoritos de Birmajer son este Somerset Maugham y otro que se llama Isaac Bashevis Singer, un polaco. No son autores que otros escritores prefieran. Me gusta eso.

—A mí me encantan los consejos para escritores de Birmajer. Buscálos en Google —me dice Chiri—. El consejo número seis dice: "No insista con que los personajes se le aparecen en el toilette, en la cocina y en la cama. Todos sabemos que miente".

—¡Muy bueno! —festejo—. Habría que dar esa clase de consejo en las escuelas, en las clases de literatura. En vez de tanta cosa aburrida que se enseña y que los chicos se olvidan al rato.

—Luis Pescetti tiene unas cartas para chicos que son espectaculares —me dice Chiri—. En una incluso les aconseja a los alumnos escapar de las escuelas, salir disparando.

—¿Están editadas esas cartas?

—Estoy casi seguro que no. ¿Por qué? ¿En qué te quedaste pensando? ►

CARTAS

Escribe **Luis María Pescetti**

Ilustra **Gustavo Aimar**

LEYENDO LAS LÍNEAS DE LA MANO DE MI MADRE

Queridos niños: La vida es tan breve y tan extensa a la vez que incluso hay veces en que uno llega a ver a sus propios padres como niños. Debo corregirme, no exactamente como niños, sino de la misma manera como ellos nos ven a nosotros cuando niños.

Llámese con ternura, con paciencia, con comprensión, queriéndolos apoyar o, simplemente queriéndolos, con una dulzura que los cubre, mientras ellos descansan o no advierten que los observamos.

¿Qué cuento le hubiera contado a mi madre cuando era niña?

Me hubiera gustado ser un adivino y leerle su mano.

Querida Elsa, o Elsita. La vida se extiende delante tuyo como un mantel enorme, como un océano. A lo largo de tu vida vas a conservar el miedo al agua, que hoy le tenés. No te va a gustar, por lo tanto, ir al mar; sin embargo ahora, cuando todavía sos una niña, algo impactará en tu imaginación, la mariposa de algún sueño, y de grande vas a decir: "Me gustaría conocer Venecia".

Vas a ser una mujer muy fuerte y muy alegre. Vas a viajar mucho, más de lo que hoy podrías soñar. Vivirás en tu terruño, conocerás el mundo. Todo este paisaje que ves, y te rodea, te verá salir y regresar muchas veces. Vas a viajar con tu familia, con tu esposo, con amigos, con tus hijos, por tus hijos, con amigas que te harás para los viajes, con parientes. Vas a viajar en tren, en auto, en ómnibus y en avión. También vas a viajar en una camioneta con una casa rodante, durante muchos días. Y eso será cuando tengas más de setenta años. Y vas a caminar y caminar, de acá para allá. Vas a dar millones de pasos.

No te va a gustar ver fotos de seres queridos que ya no estén. Cuidarás a tu padre y a tu madre. Y cuidarás a tu hermano. Vas a tener dos hijos. Los cuidarás y te cuidarán, muchas veces a lo largo de la vida. Estarás orgullosa de ellos, y ellos de vos. Tendrás nietos y música. Ellos te acompañarán y vos los abrigarás siempre. Veo libros.

Con tu esposo pasarán buenas épocas pero también privaciones. Tratá de conservar la confianza, pues habrá tiempos muy duros; luego la suerte mejorará y tendrás una madurez y una vejez tranquila y segura. Conservarás tu espíritu joven toda la vida, hasta tu vejez.

Amarás las plantas. También las cuidarás y te darán perfumes, colores, belleza y compañía. Tendrás perros y gatos. Serás terca y tendrás fe. Vas a tener que aprender que las cosas pueden ser buenas, aun cuando no se presenten como quisieras. Cuidarás mucho y vivirás acompañada. Conserva ese cariño porque también vivirás soledad y despedidas. Darás mucho amor y amistad, y recibirás también. Disfrutarás de la belleza. Tendrás paz. Serás feliz.

Así le hubiera tomado su pequeña mano, y no podría haber hecho un relato muy largo pues seguramente se hubiera aburrido sin saber de qué le hablaba. Pero yo sí, porque hoy lo veo todo. Todo lo abarco.

Queridos niños, tengan la edad que tengan: siete años, veinte. Niños de doce o de cuarenta, niños de diez, de ochenta, y de nueve años, tomen la mano de una persona querida y háblenle de su pasado como si le contaran el futuro.

Aléjense, como un pájaro que nos mira desde muy muy alto, y lean lo que se ve.

A PUNTO DE VOLVER A LA ESCUELA

Queridos alumnos: Déjenme que les pida una cosa. En estos días van a retomar la escuela. Todavía están a tiempo: ¡huyan! Escóndanse. La escuela es de las experiencias más peligrosas del mundo. Vienen los terremotos, los huracanes, el viaje a las estrellas y después: ¡la escuela!

Hagamos un plan: escóndanse en el armario de su cuarto, o debajo de la cama. Algún lugar en el que las personas con quienes ustedes vivan no piensen jamás en encontrarlos, por ejemplo ahora no se me ocurre; pero refúgiense ahí. Entonces por la mañana no los encontrarán y ustedes podrán escapar en libertad. Todavía están a tiempo, ¡huyan!

Conozco el caso de un niño que fue a la escuela y, sin siquiera que él mismo se diera cuenta, unos marcianos terribles habían reemplazado a los docentes y le chuparon el cerebro. Esto es científico, no se los digo por inventar solamente.

Y conozco el caso de una niña que, en su escuela, fueron los maestros los que reemplazaron a los marcianos.

¿Cómo distinguir si su escuela está en poder de unos marcianos que quieren invadir el planeta?

Es una tarea muy difícil. Tal vez ustedes van muy confiados, y no se percatan de que toda la escuela está llena de marcianos reemplazantes y así quedarán expuestos al más peligroso de los peligros.

Y si la escuela no hubiera sido invadida por extraterrestres, de todos modos es de los lugares más infinitamente peligrosos de todo el mundo. Se los digo científicamente, niños. Créanme.

¿Por qué creen que en casi ninguna escuela hay perros? Porque los marcianos saben que los perros son los mejores amigos de las personas y-por-e-so-no-los-de-jan-en-trar. Así de clarito.

¿Y por qué creen que en casi ninguna escuela hay gatos? ¿Porque los gatos saben leer? No, los gatos no saben leer. ¿Los gatos saben escribir? Tampoco. Entonces debería haber, ¿y por qué no hay?

La respuesta es muy sencilla: porque los gatos saben oler el peligro, y los marcianos son peligrosos, por lo tanto los gatos huelen a los invasores extraterrestres y deciden que mejor no van, por eso.

¿Por qué este razonamiento no se le ocurrió a nadie antes? Es imposible que no se le haya ocurrido a alguien más. Seguro que sí se le ocurrió, y lo atacaron los marcianos reemplazantes de la escuela.

Niños, ¡háganme caso! La humanidad entera corre peligro. No es cierto que todos necesitan saber leer y escribir. ¿Nadie se dio cuenta de esa gran mentira? Bastaría con saber una cosa u otra y que siempre fuéramos de a dos. ¡Es evidente! Si ustedes saben leer, por ejemplo, y un amigo de ustedes sabe escribir… ¡ya está! No necesitan aprender las dos cosas. Ahora bien, ¿y por qué se imaginan ustedes que siempre nos dicen que hacen falta las dos cosas? Muy sencillo: porque los marcianos reemplazantes necesitan el doble de tiempo para chuparnos el cerebro. ¿Y por qué necesitan el doble de tiempo? Porque la máquina de chupar cerebros les anda lento, por-e-so, así de sencillo. Si les anduviera bien lo harían en mitad de tiempo. ¿Es que nadie se dio cuenta de esto antes? Listo, ya avisé.

Pensar que estoy salvando a toda la humanidad y aquí nomás, tan tranquilo. Pero, el día de mañana, me van a hacer una estatua como con dos caballos, por lo menos.

COMO LAS ESCALERAS MECÁNICAS

Queridos: Cuando Dios creó al universo, Él era mucho mucho más grande que todo lo que había creado. Comparado con su creador, el universo era un grano de arena. Y, aunque en él cupieran tantos y tantos mundos, y cada mundo estuviera lleno de geografía o de seres de todas las especies, Dios era aún mucho más grande que todos ellos.

Por eso no podía ver tantos detalles.

Creó cosas calientes y cosas frías y así, sin proponérselo, creó los vientos y las corrientes oceánicas. Porque el agua y el aire escapaban de lo frío y llenaban lo caliente. Y, de ese modo, nada estaba quieto en ninguna parte. Los peces viajaban. Los barcos viajaban. Y a las personas se les movían sus cabellos, se cubrían los ojos cuando les entraba arena o polvo, y también viajaban.

Creó lo que tenía luz y lo que no la tenía. Pero no podían vivir juntas, y las separó. Algo daba luz y estaba en una parte, y algo absorbía la luz y debía estar en otra. Sin proponérselo, hizo que la luz viajara hacia la oscuridad como un río que va a llenar un pozo. Y las personas unas veces buscaban la luz para ver lo que hacían, y otras buscaban la oscuridad para cerrar los ojos y ver lo que soñaban. De ese modo: también viajaban.

Adentro de las personas puso un corazón, uno para cada persona. E hizo que el corazón fuera el encargado de llevar algo así como el vino o el fuego que cada uno llevamos dentro. Y, aunque parezca un invento, también le encargó de llevar el aire por dentro de las personas.

El corazón fue, entonces, encargado de llevar el vino, el fuego, y el aire. Y todo eso viajaba: desde afuera de las personas, hasta adentro de ellas, y luego: viajaba dentro de las personas, recorriéndolas parte por parte. Y luego viajaba saliendo afuera, de todas maneras. Porque parecía que en el universo nada estaría quieto nunca.

Si Dios no hubiera creado la distancia y la diferencia no habría nacido el movimiento.

No todo ocurrió por voluntad de Dios, algunas cosas ocurrieron por voluntad de las obras de la voluntad de Dios, porque él era mucho más grande que todo lo que había creado, y no podía fijarse en detalles tan pequeños.

Algo que, quizás, tampoco contempló es que los corazones no podían moverse, movían el vino, el aire y el fuego, pero ellos mismos no tenían piernas y su alma inquieta también quería viajar para conversar con otros corazones (igual que como el aire busca el aire, o el agua busca el agua).

El movimiento que hace que un corazón busque a otro se llama amor. Y a veces dura y a veces no dura. Es uno de los viajes más extraños que nacieron de la voluntad de las obras de la voluntad de Dios.

El corazón de un niño quiere estar con el corazón de una niña, no una cualquiera sino una en especial. Entonces uno de los dos mueve sus

piernas hasta el otro, y las bocas hablan. Así se ponen de acuerdo y permanecen juntos para siempre o por un tiempo.

Si pueden viajar permanecen juntos. Si uno provoca que el otro se detenga: deben separarse, porque todo en el mundo viaja.

De modo que en el principio no existían caminos ni órbitas. Y cuando todo comenzó a moverse se crearon los caminos y las órbitas. Hay caminos comunes a todos y hay caminos nuevos. Las órbitas, por lo general, son muy parecidas o cambian muy poco.

No todo debe cambiar, pero sí todo debe moverse. Aunque no sepamos por qué, o nos disguste. Pero he aquí que cuando todo se mueve algo cambia. Si algo se mueve: cambia de posición. Si algo se agranda o achica: cambia de tamaño. Si alguien se va o se queda: cambia de idea.

De modo que debemos corregir eso que afirmamos antes. Todo cambia. Igual que en las escaleras mecánicas. Si queremos permanecer en el mismo lugar, debemos caminar en dirección contraria tan rápido como se mueva la escalera, si no ella nos lleva.

Igual que cuando repetimos una palabra, muchas veces, cien veces: en algún momento la palabra ya no nos suena igual o nos parecerá que perdió su significado. Y lo único que hicimos fue repetirla. Porque todo en el universo se mueve, de modo que hasta para permanecer iguales debemos movernos.

Dios es grande, mucho mucho más grande que las cosas que creó. Y luego esas cosas se pusieron en movimiento. Y él es tan pero tanto más grande que no alcanza a ver los detalles, ni a responder todas las preguntas. A eso, a otras cosas más también, pero a eso: lo llamamos misterio.

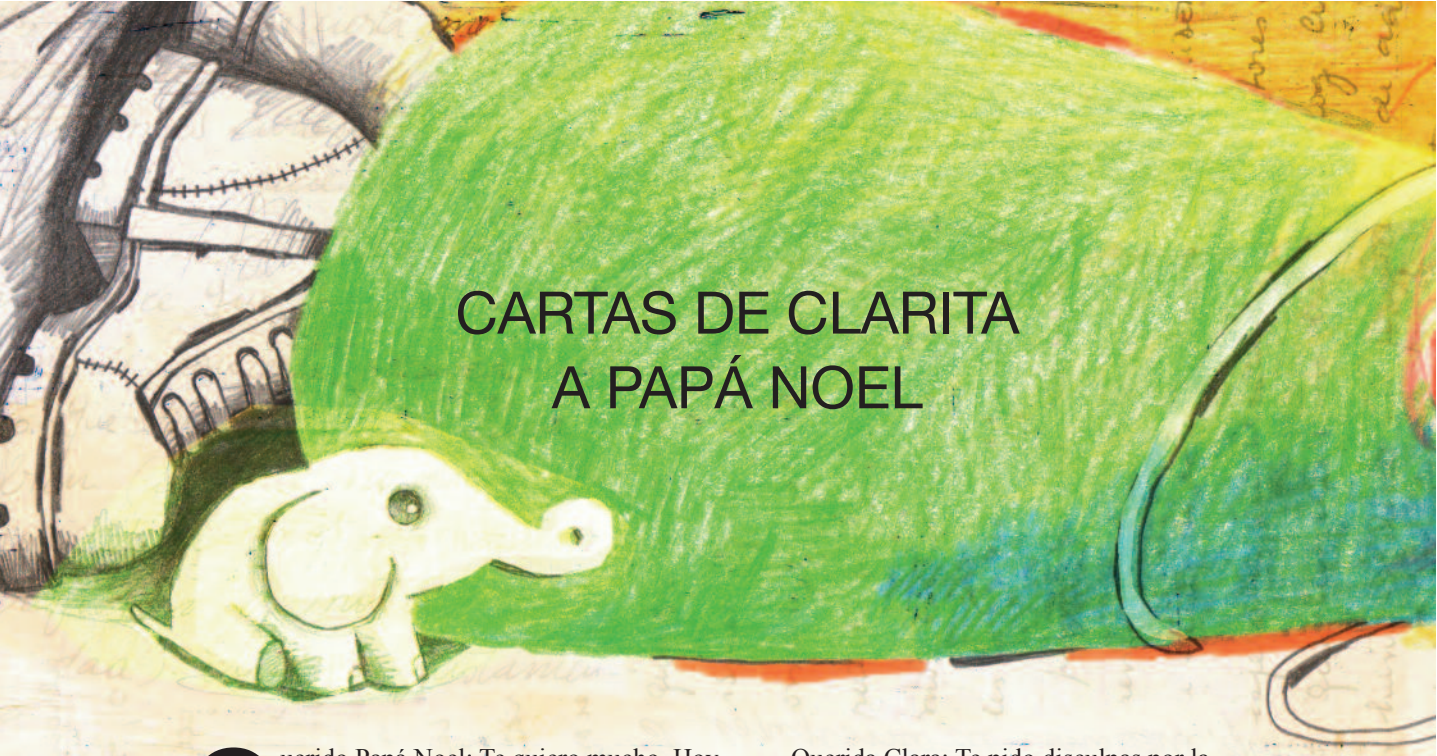
El universo está lleno de misterios, algunos que ni siquiera imaginamos, y otros que somos nosotros quienes debemos buscarle respuestas o al menos aprender cómo lidiar con ellos.

Miguel se pregunta: ¿qué debo hacer para que el corazón de Anna se quede cerca de mí? Olinka se pregunta: ¿qué debo hacer para que el corazón de Martín siga con el mío? Gabriel se pregunta: ¿cómo haré para que mi corazón quiera seguir al lado del corazón de Muriel? Laura se hace la misma pregunta, pues ha notado que su corazón se aleja del corazón de Daniel. Y Augusto se pregunta cómo hacer para que el corazón de Frida quiera acercarse a su corazón, que es la misma pregunta que Anabella se hace por el corazón de Adrián.

Todo podría haber sido perfecto y quieto; pero Dios no creó a cada corazón en su lugar o, tal vez, creó más de un lugar para cada cosa, y por ello todo se mueve.

Todos los corazones son viajeros.

Y hasta quienes parecen haber decidido no hacer ningún viaje, permanecer siempre iguales o siempre en el mismo lugar: son viajeros. Igual que en las escaleras mecánicas.



CARTAS DE CLARITA A PAPÁ NOEL

Querido Papá Noel: Te quiero mucho. Hoy fuimos a la playa y tomamos un helado. Tengo seis años. En patín jugué al hockey y ningún día lo había jugado con palo para que no nos lastimáramos. Ahora patino bien y el siete de diciembre va a haber una clase para que los padres vean que no nos lastimamos, pero vos no podés venir porque sos papá pero Noel, que es distinto. Pero a lo mejor si querés vení lo mismo total en la entrada nunca se fijan. Te pido un max steel, un disfraz de doctora verde, lapiceras de color verde oscuro y claro, violeta oscuro y claro, celeste, azul oscuro, un juguete de las chicas súper poderosas, una Barbie con vestido de casamiento, una estrellita, una luna, un sol, una flor, un árbol con naranjas, una nube, una piedra, un pez, un ángel, una vaca, una abeja, un abanico y un acordeón. Te mando un beso, Clara.

Querida Clara: En este momento no tengo patines ni hockey. Lo lamento. ¿Te gustaría pedir otros regalos? Afectuosamente. Papá Noel.

Querido Papá Noel: Nada que ver. Tenés que leer bien las cartas. Lo del hockey con patines es algo que hice, mi pedido era lo otro. Y de paso quiero cambiar el disfraz de doctora verde. Que sea uno de verdad, blanco. La piedra no, porque ayer encontré una. Mejor traéme más estrellitas. Te mando otro beso, Chau. Clara.

Querida Clara: Te pido disculpas por la confusión, y te agradeceré que repitas el pedido porque las cartas que contesto se archivan en otra parte y no la tengo a mano. Espero que puedas hacerlo pronto. Se acercan las fechas en las que preparamos los regalos, ¡y estamos ansiosos por complacerte! Afectuosamente, Papá Noel.

Papá Noel: ¿Qué les pasa ahí? Te había pedido un disfraz de doctora verde, el disfraz, no la doctora; pero después te dije mejor blanco y de una de verdad. Después también te pedía estrellitas y algún juguete de las chicas súper poderosas, lápices de muchos colores, pero blancos no, una vaca, abejas, un abanico, una bicicleta. No me acuerdo del todo, porque la carta se las mandé y era larga ¡y ustedes la perdieron! ¿No la pueden buscar mejor? Me acuerdo de la Barbie para casamiento y un árbol con naranjas. ¡No pierdan esta también! Ah, y un piano. Bueno, chau. Clara.

Querida Clara: Soy la secretaria de Papá Noel. Me pide te avise que encontramos tu primera carta. ¡Qué buena noticia, ¿verdad?! Ruega que lo disculpes por no responderte personalmente pero a la locura de trabajo que tenemos siempre en octubre, preparando los regalos, se sumó una descompostura en uno de los renos a raíz de una modificación en su alimentación. Cambiamos de veterinario por problemas de presupuesto pero, como siempre, lo barato sale caro y el nuevo les

dio una dieta que los puso fatales. Ya regresamos con el anterior, pero este lamentable incidente nos consumió una increíble cantidad de tiempo. De todos modos, Papá Noel, me pide que te transmita la seguridad de que todos tus regalos estarán listos a tiempo. Solo una pregunta: lo que pediste en las dos cartas no coincide exactamente, ¿cuál te complacería que atendamos? Afectuosamente, Esther Noel.

Queridos Esther, Papá Noel, el Reno o la rueda del trineo, o quien quiera que sea que lea esta carta y me la conteste: ¡Ni me acuerdo si eran diferentes las dos cartas! Traigan todo y listo, qué sé yo. O las mismas cosas que pido en las dos. Lo que más me importa es el disfraz de médica de verdad, blanco, y la Barbie de casamiento. Ah, y la estrellita, el acordeón, la planta de naranjas y libros. Pónganse las pilas. Clara.

Querida Clara: Soy la secretaria personal de Esther Noel. Ella me pide que la disculpes por no contestar personalmente tu correo. Está atendiendo a Papá Noel quien sufrió un pequeño accidente, nada grave, una caída que le produjo una leve fractura en un pie. Él mismo insistió en que te hagamos saber que está bien, que no debes asustarte, el médico le aseguró que en quince días podrá apoyar el pie de manera normal, y que todas las placas muestran que la lesión no reviste importancia. No debes preocuparte, a todos pueden ocurrirnos estos pequeños accidentes. Afectuosamente, Silvia Noel.

¿Y mis regalos? ¿Ya eligieron de las dos cartas? Clara.

Querida Clara: Soy Esther, nuevamente. Estamos muy felices. ¡Nuestro querido Papá Noel ya se encuentra repuesto! Mandó decirte que tu pedido está completo y embarcado. Esperamos que seas muy feliz con esas cosas tan bellas que pediste. Has de ser una niña muy especial para haber hecho una solicitud tan hermosa. Te ruego que sepas disculpar los inconvenientes que ya superamos. Un afectuoso abrazo, Esther Noel.

Querido Papá Noel, y tu secretaria y la secretaria de tu secretaria y el reno con diarrea: Les escribo esta carta después de abrir los regalos. Muchas gracias por el elefante de porcelana blanco, es muy práctico, y sobre todo tan bonito. Los videos de carreras de coches son sumamente interesantes. ¡Con el álbum de figuritas del fútbol español aprendí cosas importantes! Qué bueno que conseguiste el disfraz verde de doctora que te había pedido en mi primera carta y que después cambié de opinión. Y ese cenicero con forma de ajedrez, también muy lindo. El Power Ranger rojo es muy parecido a la Barbie de casamiento. Los borceguíes de alta montaña, aprovechando que eran número cuarenta y tres, se los regalé a mi tío Alberto. Con profundas emociones, Clara.

ESTIMADOS ALCALDE, GOBERNADOR, SENADOR, PRESIDENTE...

Queridos padres: ¿Cómo es la tabla del nueve si, en el noticiero, veo que un juez aceptó un soborno? ¿Cuánto es seis por cuatro si me entero de que un policía participó de un secuestro? ¿Usaré "be larga" o "ve corta" si me entero de que un laboratorio manipulaba por el precio de sus medicinas?

¿Cómo me acuerdo si se usa, "ese" o "ce", si me entero de que un médico hace una operación innecesaria, y él lo sabía? ¿Cómo es la tabla del cinco si oigo que un senador obedece órdenes?

¿Qué libros debo leer cuando veo en los noticieros que unos policías, junto con unos jueces, inventaban causas contra personas inocentes? ¿Qué libros serán mejores o cuáles, aunque sea, buenos? ¿Cómo es la regla de la "elle" o "ye" si en la televisión pasan un bombardeo real, en vivo y en directo? ¿Cuánto da cinco por siete si veo a unos periodistas y fotógrafos acosando a una persona?

Si aprendo todas las reglas, si las aprendo y las uso, ¿cómo hago para recordarlas cuando en el noticiero veo que un policía mata a un maestro en huelga? ¿Y cuando una investigación denuncia que unos sindicalistas amenazan a los mismos trabajadores que representan? ¿Y cuando leo en el periódico que llevan treinta años al frente de su sindicato, o veinte años gobernando una provincia? ¿Y cuando las noticias dicen que cambian la Constitución porque les conviene?

¿Cómo hará mi memoria para aprender de memoria? ¿Cómo hará mi obediencia? Cuando veo cómo se insultan en las campañas, afilan sus dientes, muestran guardaespaldas y se amenazan, ¿cómo hará mi memoria?

Cuando nombran jueces que los favorecerán, y dictan fallos que serán retribuidos, o mienten en las noticias, o abusan de los fieles de su parroquia, o crean un banco para lavar dinero (y es un banco bonito, con colores, empleados y publicidad). O cuando cierran los bancos y desaparecen los ahorros, ¿cómo haré para acordarme de cada cosa que me enseñan?

O, mejor dicho: ¿cómo haré para acordarme de qué es lo que dicen, y qué es lo que enseñan? ¿Cómo hará mi obediencia? ¿Cómo hará mi buena letra? Mi ortografía, mi creatividad, mi memoria. ¿Cómo confiar en las señales de tránsito? ¿Cómo sostener el orden de los planetas?

Otra pregunta, otra entre tantas: ¿Qué es lo que se queda quieto, y qué lo que se mueve?

LA ÚLTIMA CARTA DEL MAZO

Queridos amigos: Les escribo una carta muy especial. Hoy es un día de lluvia, oigo música (Keith Jarrett), desde mi ventana se ve el mar, más bien es un día de llovizna… está nublado y parece que fuera a llover en cualquier momento y eso provoca un ánimo muy especial, íntimo.

Desde mi ventana se ve la montaña y la música (la *Heroica* de Beethoven) me inspira con un sentimiento muy particular. Siento como si escribiera personalmente a cada uno de ustedes. Porque cada uno de ustedes es alguien muy especial para mí, y en este día, con este sol hermoso, que baña de colores la sierra, el corazón parece que se hincha.

Oigo música (es un grupo folclórico veracruzano) y me inspira un sentimiento muy íntimo… tanto que no se los puedo decir. Se los diría, no es que no quiera, pero dejaría de ser íntimo. Y cada uno de ustedes es alguien muy especial para mí, no quiero dedicarles cualquier sentimiento. Voy a fijarme de elegir uno bien hermoso. Ahora me fijo.

Mientras tanto les cuento que desde mi ventana se ve la carretera. Hay luna llena y su luminosidad baña la ciudad. Es sábado, está por amanecer y los primeros rayos de sol acompañan el canto de un gato. Es curioso, hasta ayer era un gallo el que cantaba. No importa. Es un momento muy especial. Miro el mar mientras dejo que los recuerdos vayan de la mano de la música (es una banda de pueblo tocando marchas).

Mientras les escribo estoy buscando un sentimiento especial que había dejado aquí arriba, preparado para enviárselos, y se ve que alguien revolvió, porque ahora no lo encuentro. Yo no sé por qué meten mano en esta mesa si saben que esto lo entiendo yo nomás. Me voy a fijar en las cajas.

Mientras, el cielo se va cargando con nubes espesas. Llueve torrencialmente sobre el platanar. Casi no deja oír la música.

Mientras busco les comento que en mi página web pusimos mucho material nuevo. Y vamos a poner más: una ventana con un marco rojo. Una entrada al subterráneo, al metro, porque siempre viene estupendo que haya una cerca. Una piscina no, porque habiendo río, ¿para qué? Pero junto con los mp3 de las canciones van a poder bajar panes dulces y té (van a ser archivos comprimidos), y vamos a poner un balcón, para que puedan leer las páginas cómodamente.

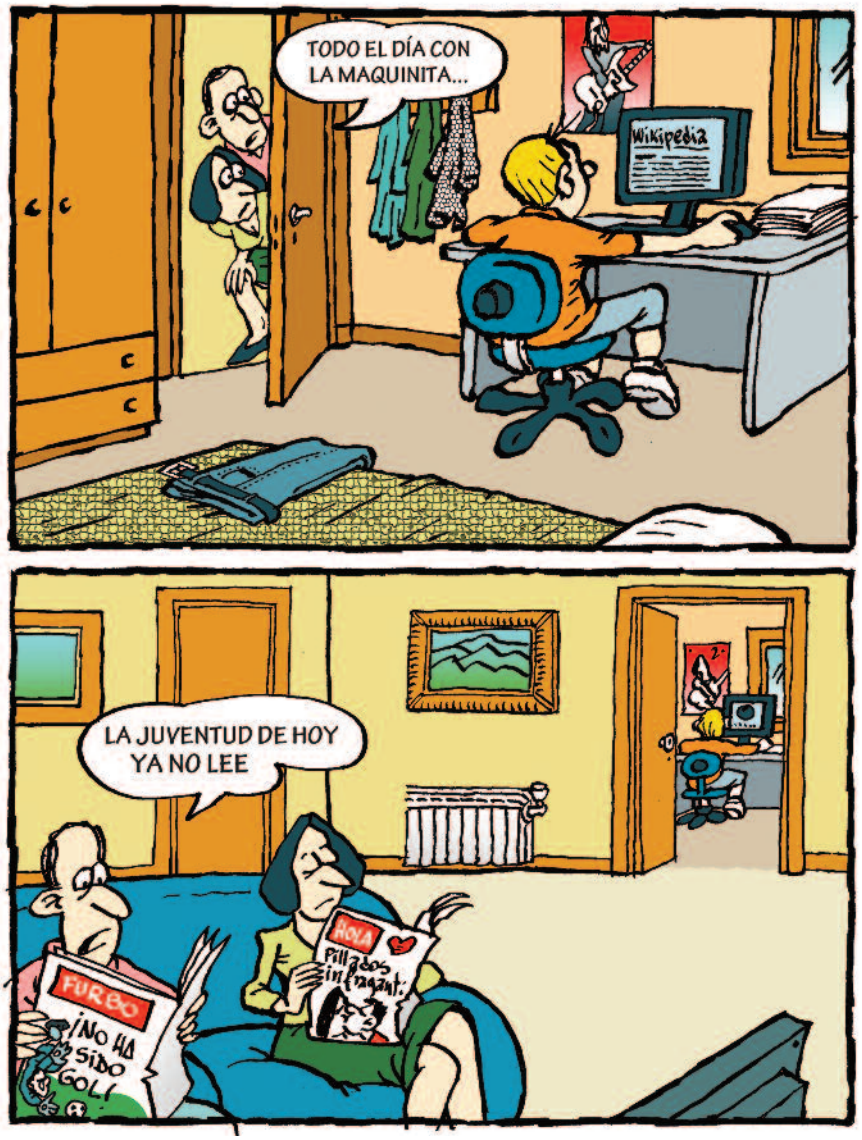
Ya encontré las cajas. Acaba de pasar un camión enorme por la carretera. ¿Nadie hace callar a ese gato? Les decía que vamos a hacer una sala de reuniones muy grande, de piso de madera rústica. No, acá no está. ¿Por qué no meterán las manos en sus cosas en lugar de querer ordenar mis cosas? Era un sentimiento hermoso, se los juro, muy especial. Una lástima, porque una tarde como esta, tan inspiradora… pero hay días así, en que lo que uno quiere decir se pierde. O el perdido es uno y lo que queremos decir no nos encuentra. Lo más seguro es que sea eso.

Voy a hacer silencio, entonces, como esa vez que terminé una novela larga. Sentí muy raro quedar libre de ocupaciones, entonces le pregunté a mi muy cubana y querida profesora de literatura:

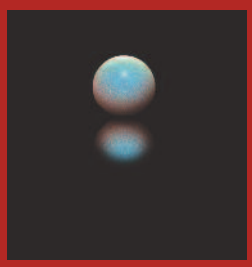
—Terminé de escribir, Nara... ¿Y ahora, qué hago?

—Niño, ¡leer!

Eso. Un abrazo. Luis.


TODO EL DÍA CON LA MAQUINITA...
Wikipedia
LA JUVENTUD DE HOY YA NO LEE
FUTBOL
¡NO HA SIDO GOL!
ROLA
Pillados infraganti.

—En 2009 viajé a Buenos Aires para el estreno de la obra de Gasalla —le digo a Chiri—. A la salida me saludó bastante gente. Entre ellos un señor de anteojos que se presentó como Luis Pescetti. Yo no tenía la menor idea de quién era.



—De hecho, te lo dije yo después, por teléfono.

—Claro, porque vos vivías en Buenos Aires, y tus chicos tenían sus libros y sus discos. Yo lo descubrí más tarde: me mandó un montón de material a Barcelona, para la Nina. Y ahí lo empecé a leer, y a querer. Es un tipo divertidísimo.

—Tiene una página muy completa —me dice Chiri—: luispescetti.com. Hay una muy buena selección de textos y cuentos para chicos, canciones, letras, partituras, audios... Pero lo loco es que también hay ensayos, análisis y comentarios que pueden leer tranquilamente dos pelotudos grandotes como nosotros. Hay charlas, videos y apuntes de todo tipo. Se nota mucho que al tipo le importa de verdad comunicarse con los chicos.

—Según Daniel Samper Pizano, Pescetti es un hombre del medioevo, pero mucho peor: un hombre del medioevo con acceso a la red.

—Claro, eso es fundamental. Y además, con una experiencia tremenda: llegó a laburar para pibes desde su actividad profesional, porque es musicoterapeuta y pedagogo. Está muy interesado en la educación. Con UNICEF diseñó publicaciones para docentes sobre el uso pedagógico del humor y de la música.

—¿Sabías que a Pescetti le gusta Ken Robinson? —le digo a Chiri.

Ken Robinson es un educador y escritor británico, experto en creatividad y calidad de la enseñanza. Un genio absoluto.

—¡No podía ser menos! —dice Chiri.

—En su página, recomienda el video "Do schools kill creativity?", la presentación de Robinson en las conferencias TED.

—No debería haber nadie en el mundo que no vea y escuche y disfrute esa conferencia. Además de ser inteligentísimo, es un tipo muy gracioso. Te recomiendo un libro de Robinson, pero leélo ya. Se llama *El elemento*. Todo consiste, según él, en que cada uno de nosotros descubra su elemento.

—Parece una definición de autoayuda —le digo.

—Pero no lo es. La importancia de detectar el talento y las aptitudes, las características particulares de cada pibe y de nosotros mismos, es fundamental. Además tiene entrevistas a gente alucinante que encontró su *elemento*. Matt Groening, por ejemplo.

—¿Qué loco, no? —le digo—. Nuestros padres no le daban la más mínima pelota a la pedagogía, a las nuevas formas de educación, a eso que vos llamás *el elemento*.

—No. Eran otros tiempos.

—Nos mandaban a la escuela y buenas noches. A una escuela de mierda, además, con profesores desganados...

—Menos una.

—Sí, menos Cristina Canata, pero los demás eran de terror. Nos mandaban ahí y después nos educaban como podían —le digo—. ¿Serán mejores que nosotros, nuestros hijos?

—Capaz que nuestros hijos no —me dice Chiri—, pero cada vez hay más gente pensando en una nueva educación. Capaz que nuestros nietos.

—Ojalá.

—Te recomiendo la lectura de *Un manual para ser niño*, de García Márquez —me dice.

—Bueno. Ya que estamos, yo te recomiendo las series para chicos *Natacha y Frin*, de Luis Pescetti. A Nina le encanta —le digo yo.

Me quedo callado, con la mente en blanco.

—¿En qué pensás? —me pregunta.

—En que no tengo la menor idea de cómo hilvanar esta charla con el texto que viene.

—Despreocupáte —me dice—. No hay manera. ¿Con qué lógica se puede presentar un cuento inédito de Mario Bellatin, ilustrado por Luis Alberto Spinetta? ¿En qué cabeza cabe?

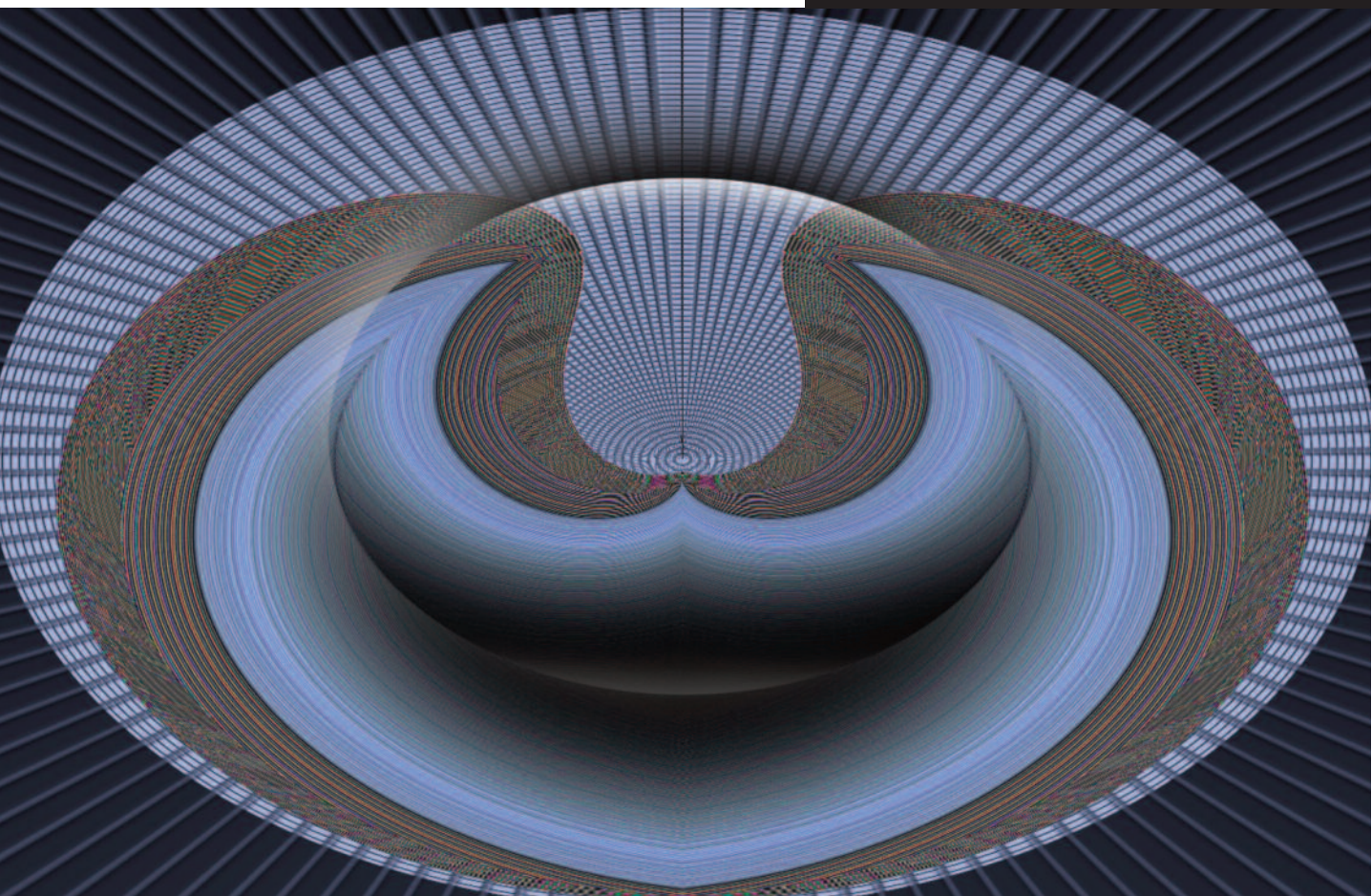
—Es verdad —digo—. No hilvanemos. ►

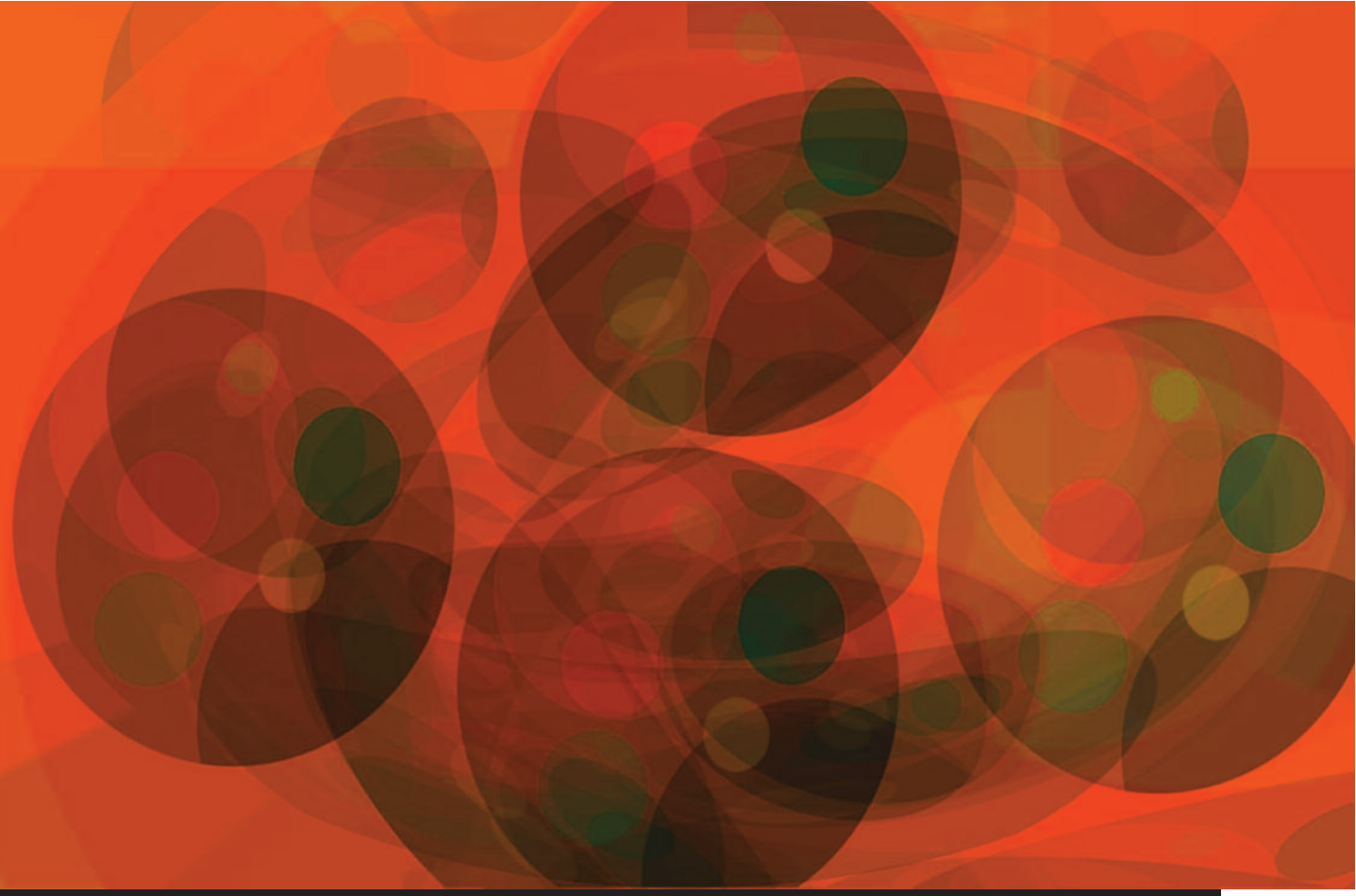
33

TEXTOS

Escribe **Mario Bellatin**

Ilustra **Luis Alberto Spinetta**

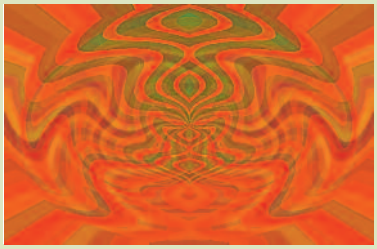




PARA INTRODUCIR AL CERDO

Hay algo hipnótico en la pluma de Mario Bellatin. Esta serie de treinta y tres escenas inéditas dejan la evidencia de un extraño magnetismo. Como si el mexicano te invitara a entrar en la máquina que graba sus sueños. Son hilachas de historias que no parecen de este mundo. Por eso no buscamos un ilustrador normal: tuvimos que indagar en el Photoshop de Luis Alberto Spinetta. No es bueno ilustrar sueños: mejor musicalizarlos.

◢ Fiesta de las que se dicen psicodélicas. Gente desconocida. Todos están drogados, o lo parecen. Se encuentran contentos. Han alcanzado un grado de éxtasis que no estoy seguro haya sido conseguido por las drogas. Intuyo que han hecho uso de una serie de ejercicios espirituales para lograrlo. Al menos algunos. Hay gente de todas las edades. Hay hasta niños alemanes, señoras ya mayores. Dos amigas se encuentran al borde de un mirador, se ve un espléndido panorama marino. El ambiente tiene todos los elementos para remitir a una situación amorosa. Yo me encuentro al lado de un muchacho que me encanta, quien luce un penacho blanco en la parte frontal de su peinado. Está pendiente de mí. Al principio las drogas me caen bien, pero después ya no. Nos encerramos en un cuarto lujosamente decorado. Hay muchos objetos. Salimos de la fiesta. Mi amigo me va a acompañar a mi casa. En la puerta nos encontramos con un sujeto, ante el cual mi amigo se arrodilla. El sujeto le entrega una dosis de droga. Le pregunto quién es y me dice que se trata del líder de siempre. Me molesta su actitud, haberse arrodillado frente a un vulgar dealer de drogas, salgo a la terraza, donde encuentro solo los zapatos de mis amigas que hace unos momentos se encontraban contemplando el mar. Se encuentran al borde del abismo. Me preocupo, pero no puedo acercarme por el vértigo que me causa ver el mar allá abajo. Abandono la casa. Mientras tanto va llegando más y más gente.

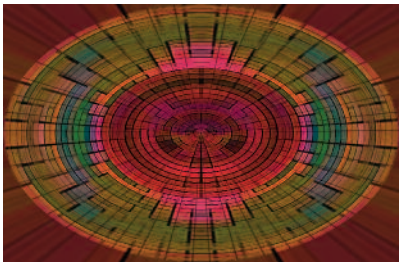


◢ Mi cuarto de la tekke —suerte de mezquita sufí— es visitado una y otra vez por sujetos extraños. Llego tarde a una celebración, he demorado en bajar desde mi cuarto. Al verme, los fieles reunidos me obligan a vestir las ropas adecuadas. Regreso entonces a mi habitación y se insinúa una figura gorda a mi lado. Me doy cuenta de que mi cuarto ha sido profanado. Veo que la figura a mi lado se va transformando en la de un viejo corpulento. Me pide disculpas.

◢ En un ambiente maravilloso se da una clase sobre Yukio Mishima. Se entregan una serie de libros, de traducciones encuadernadas en ediciones bellísimas. Llega un maestro japonés, se queda mudo, lo vemos que trae consigo una suerte de aparato a través del cual se nos muestra una especie de película de la realidad. Vemos a través de la supuesta pantalla y advertimos que todos estamos mirando el patio de la escuela. Se trata de una institución de muy alto prestigio. En ese momento advertimos el escudo de la institución y nos damos cuenta de que se trata de un profesor magnífico, que ha ideado, con ese aparato aparentemente de su invención, un nuevo método de enseñanza.

◢ Desde el comienzo llego al salón con un definido sentido de superioridad. Soy un escritor famoso, y en ese espacio solo hay gente primeriza. Me encuentro con una compañera de la universidad. Hacemos un intercambio de zapatos. Todos se sorprenden. Una mujer a mi lado aplaude mi iniciativa, y yo le hago saber que estoy en una condición imperial, donde cualquier conducta me es permitida. Imagino que el curso comenzará cuando se pregunten algunas anécdotas de Mishima. Estoy seguro de que sé más que el resto. Trato de recordar una serie de pasajes de su vida, pero solo me viene el del suicidio. Después comienzo a desvariar y me imagino a Mishima de viejo, contando anécdotas clásicas donde un ratón le sirve de parábola de la existencia. De pronto, mi compañera de la universidad, con la que he realizado el cambio de zapatos, aparece con un libro que tiene agua con arena atrapada en la portada. En el interior, entre los textos, se pueden advertir algunas cañitas. Leo y me asombro. Se trata de la foto de un objeto y de un texto corto al lado.

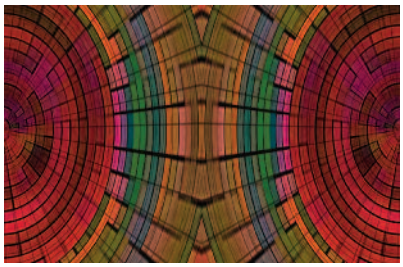
◢ Solo un objeto. En medio del vacío. Y un texto de tres o cuatro líneas. Algo delicado. Trato de pensar en hacer algo similar. Un texto y un objeto. Pienso en las láminas escolares pero estilizadas de un modo peculiar, pero tiene que ser algo más limpio. Pienso fotografiar objetos con mi cámara. Buscar un espacio de ausencia, blanco, y allí poner uno a uno los objetos a fotografiar.



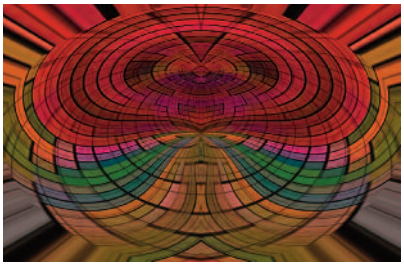
◢ También comencé la redacción de una novela. Sobre cómo una mujer prepara el arroz. Fue divertido hacer un ejercicio mental de ir encontrando las propias reglas que el texto pretendía. "Todos saben que el arroz que cocinamos está muerto." "Todos saben también qué es lo que se debe hacer con cada ración."

◢ Recuerdo cuando se destruyó la casa familiar. Mi abuelo, ya fallecido, lo había visionado en un sueño. Regresaba de su país de fantasmas y encontraba que en lugar de su casa había modernas avenidas. La zona seguía siendo lúgubre. Lo fue toda la vida. Pero ahora cientos de autos pasaban veloces. Algunos se dirigían al sur y otros al norte. Mi abuelo se sentía como si le hubiesen jugado una mala pasada. Le habían dado, en su país de fantasmas, el privilegio de regresar a visitar a los suyos y no encontraba más que una autopista. Mi abuelo lloraba, desolado, porque se encontraba perdido. ¿Podría regresar —era el origen de su angustia—, volver en esas condiciones al mundo de ánimas del que venía a visitarnos?

Los trámites de la demolición de la casa duraron varios años. Desde que se hizo el anuncio de la construcción de la vía rápida se ganaron y se perdieron las esperanzas, más de una vez.

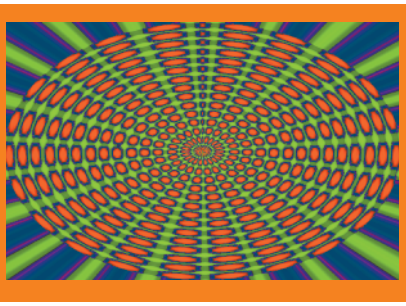


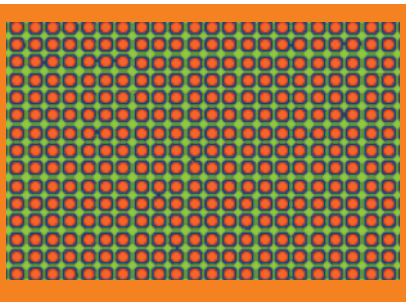
◢ Advierto que mi celda ha sido profanada. No está la cama habitual, sino hay en su lugar una serie de sillas plegables puestas de tal modo que puedan formar una suerte de camastro. Me estoy cambiando de ropa para celebrar la ceremonia de la manera debida, pero advierto que a mi lado ya no está solamente la sombra del anciano (seguramente se trataba de mi abuelo en su camino de regreso) sino que hay muchas personas. Usan mi celda como tránsito. Un tipo sin camisa, tatuado, es por mí recriminado, me contesta que no se explica las razones por las que no podamos compartir el mismo espacio. Les digo, al tipo tatuado y a los demás, que el problema es que me estoy desnudando. Hay una mujer vieja en una esquina. Decido en ese momento dormir esa noche en una antigua cama, que meses atrás llevé con la intención de introducir en la celda. Ahora está guardada en un depósito. En ese momento recapacito en que los derviches no contamos con celdas. No entiendo entonces adónde me encuentro. Me atemorizo. Tal vez mi entrada en aquel lugar a cambiarme las ropas no haya sido sino una señal de muerte; y esa gente a mi alrededor no se trate más que de espectros puestos a la vista.



◢ Hay mucha expectativa, pues parece que he ganado un premio importante. Han esperado que llegue de París, el avión se ha retrasado. Hay que hacer un nuevo viaje de regreso, creo que también a París. La que está más atenta a los acontecimientos es mi agente literaria. Es quien se encarga de la situación. La sala de esa casa guarda relación con la que tenía mi abuela en la época en que murió la hermana de mi madre.

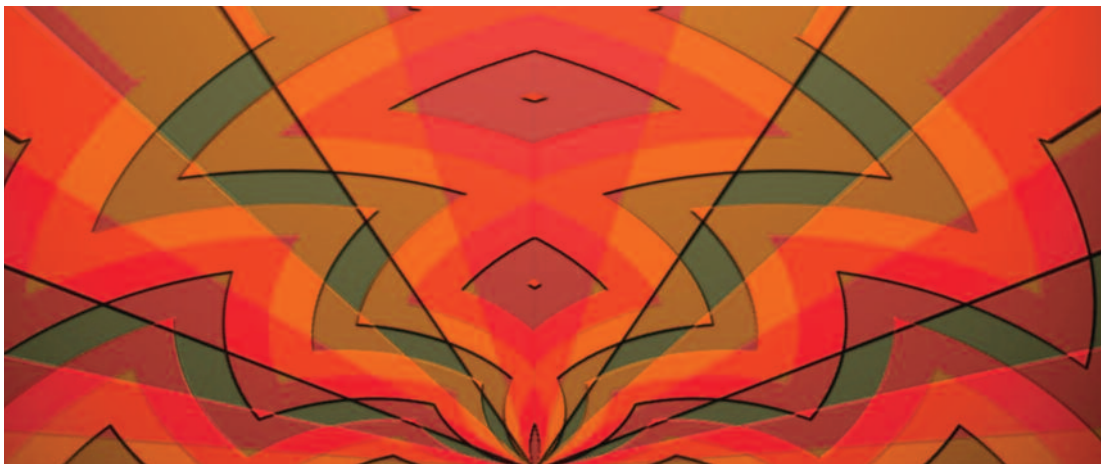
◢ Una tía se ha hecho cargo de cierta tía abuela, blanca como un papel. Pero la tía no hace más que torturarla el día entero. Parece que la anciana tiene problemas al momento de ir al baño. Esa tía tiene un hijo. En cierta oportunidad coincidimos en un techo. Nuestras casas son contiguas. El hijo salió a limpiar la jaula de un pequeño perico. En un descuido el ave salió volando.





◢ Camino por una calle y me encuentro en una esquina con un pastor belga malinois. Es de un rojo intenso. El hocico negro carbón. Lo lleva un tipo gordo. Es un tipo conocido en el ámbito de la literatura. El perro tiene unos colmillos gigantescos, que curiosamente le salen de abajo hacia arriba. Son delgados y puntiagudos, casi como bigotes de gato pero puestos al revés. Es raro pero no afectan la faz del perro. Sigue siendo bello. A pesar de los colmillos que van de abajo hacia arriba. Me gusta el animal. En determinado momento, el hombre me pregunta si me quiero quedar con él. Lo dudo. Pienso que sus pelos quedarán flotando en el ambiente. Al mismo tiempo me halaga y me entusiasma que me hagan una propuesta semejante. El hombre me dice que desde hace un tiempo ha venido regalando ese perro a todos los escritores que conoce. Que todos lo aceptaron en su momento, pero que uno a uno se lo fueron devolviendo. En ese instante me deja de entusiasmar un animal semejante.

◢ Encuentro por fin la felicidad. No la hallo viviendo solo, como siempre lo he creído, sino en familia en las afueras de la ciudad. Me acompañan mis dos perros originales, ejemplares carentes de pelaje. A veces hay que hacer viajes a la ciudad. Creo que la felicidad está ubicada en algún paraje de Perú. A veces vamos a almorzar, o a comer, a un cementerio. El lugar tiene mucho de barroco, con tumbas bajo tierra, y hay una gran terraza al frente del conjunto de tumbas, que nos sirve perfectamente de comedor. A veces llegan huéspedes del extranjero que critican la convivencia tan cercana con los perros que allí se entierran. Cierta amiga francesa es una de ellas. Pero no me importan sus palabras. Soy feliz siendo guiado por mis animales, viéndolos jugar. Hay paz, no existe la tensión habitual, me puedo dedicar exclusivamente a escribir, sin tener que ver con el mundo exterior.



En el futuro hay un problema de poblaciones. Se trata de poblaciones flotantes. Los gobiernos deben desterrar a sus habitantes cada cierto tiempo para evitar ser exterminados. Es una medida cruel, pero es la única forma de lograr la supervivencia. Es una medida que realizan los gobiernos pero, sin embargo, se realiza a espaldas de ellos. Muy curioso.

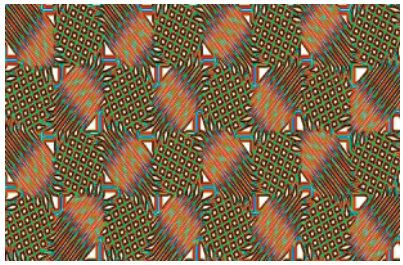
La felicidad plena está representada en una casa de campo. Se trata del terreno que compré hace unos años y que hoy está perdido. La casa ya está construida. Se trata de una construcción preciosa, modesta, muy moderna. Lo que llama más mi atención es el clima benigno. Me despierto en la mañana. Desde mi cama puedo ver la propiedad en toda su extensión. Supuestamente mis hijos viven allí, y me quieren mucho. Otro momento de la felicidad plena se da cuando los objetos se desconectan de todo lo real. No tener miedo a estar imposibilitado a manejar situaciones. No pensar que uno ha perdido la razón.

Me vieron todas las hermanas de mi madre y me encontraron deforme. Vinieron todas del más allá, donde han conservado intactas su belleza. Hacían muchas alusiones a mi cuello. A que se me había encogido y anchado al mismo tiempo.

Una amiga está muy preocupada por sus hijos. A pesar de encontrarse en un régimen especial de educación —se supone que superior— se tratan como fieras. A mi amiga le preocupa lo que les sucederá en el futuro, cuando sean adultos y la situación escape de control.

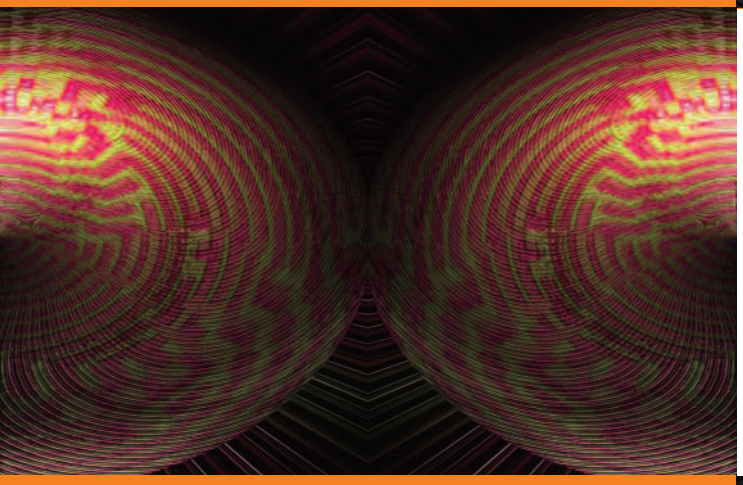
La situación se plantea suponiendo que mi padre es una persona buena. Poseedora de un espíritu, algo así, como aventurero. Incluso cierta vez construyó con sus manos un pequeño bote para que lo lleváramos los fines de semana a una playa cercana.

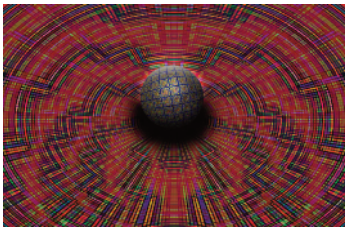
Tengo que robar —es fin de año y no hay otra manera para conseguir pasar los cursos de la escuela— algunas botellas de licor y regalarlas después a los maestros. Es cierto, tengo muy malas calificaciones, aparte ha habido no sé qué enredos burocráticos y se ha decidido, en una junta de honor, que debo cursar el último año de la escuela primaria. Por ninguna parte aparecen los documentos que certifican que lo he cursado. Horas después los maestros me conducen a un lugar discreto y, luego de recibir la botella, colocan una calificación aprobatoria en sus registros. Sin embargo, advierten que por más licor que les suministre jamás darán por aprobado el perdido último año de la primaria.



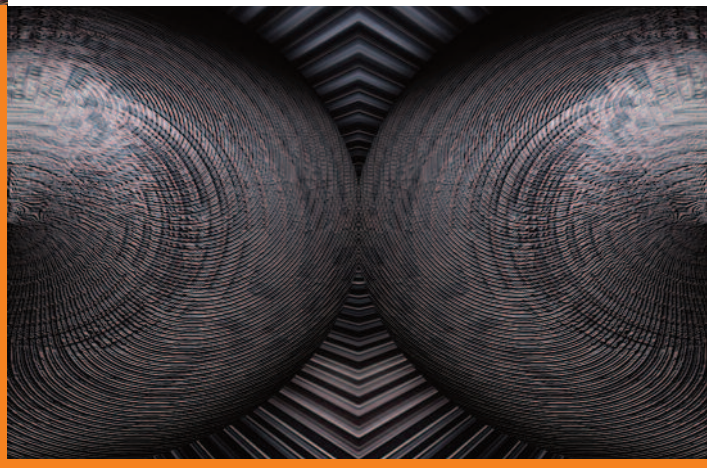
Todo estaba arreglado. La casa estaba engalanada. Había flores por todos lados. Se había decidido —un grupo de vecinos había dado el veredicto— que yo iba a ser, a partir de entonces, como mi propia madre, es decir, un señor de largos bigotes, que además fumaba pipa, y casi nunca le dirigía la palabra a ninguno de los miembros de la familia. Se consideraba a sí misma como parte del ejército ucraniano, descendiente del mariscal Tito. En ese instante supe que todo aquello era falso. Tito no podía ser ucraniano. Tenía que tratarse todo de una farsa. Saberlo, sin embargo, no era motivo suficiente para ignorar que mi madre siempre utilizaba uniformes militares. La familia la veía con distancia. Con temor y respeto. Es por eso que mis hermanos y yo, evidentemente unos débiles mentales, fuimos criados por la abuela. Aunque siempre estuvo presente en la casa mi madre, con sus altas botas brillantes, y dando voces de mando desde su sillón. Al lado de las botas se mantenía, absolutamente fiel, su vieja perra de raza cocker spaniel.

Alguien me dice —no puedo verlo en su verdadera dimensión pero presiento que se trata del fantasma de alguien de mi familia— que mi forma de hablar es un híbrido. No comparto con nadie más los acentos tan particulares con los que modulo las palabras. Mis modismos, mis giros idiomáticos. Tartamudeo, aparte, como nadie. Eso siempre me ha hecho un ser un tanto peculiar. Desde que comencé a hablar mi forma se caracteriza por una serie de siseos, de maneras que, más que producidas por circunstancias sociales, creo que tienen que ver tanto con conformaciones determinadas de mi cráneo como malformaciones en el interior de mi cerebro.





El mismo fantasma familiar me informa que las cosas del mundo las percibo como si alguien me contara lo que ocurre a mi alrededor. De tal forma que los sucesos forman parte de un mundo imaginario, y solo yo soy consciente de ellos cuando alguna manifestación física se hace evidente. Cuando siento hambre, frío, o mi cuerpo toca alguna superficie. También cuando alguien me dirige la palabra y no tengo otra alternativa sino contestar.



En un hospital discuten una serie de médicos. Las enfermeras están sentadas en unas sillas de metal ubicadas en una sala contigua. El galeno más anciano advierte que hace muy poco se ha puesto a investigar y descubrió la fecha en la que habían hallado la cura para la tuberculosis. Tuvo la confirmación, dada su edad algo intuía, que desde el año de 1955 comenzaron a utilizarse esas medicinas entre los pacientes.

Mi amiga Aissa, a quien conocí cuando trataba de estudiar en una universidad completamente politizada, está empeñada en no comer, nunca más, ni una gramo de comida, con el fin de lograr una supervivencia superior. Se ha vuelto adepta a una mujer que, en las montañas de Suiza, se niega desde hace años a probar bocado. Esa amiga me ayudaba en la universidad, delante de mis compañeros izquierdistas, a atarme las cuerdas de mis zapatos. En más de una ocasión, algunos dirigentes de grupos subversivos nos llamaron para formar parte del llamado teatro del pueblo. Seguramente para representar el número de los zapatos. Era una suerte de teatro verité, pues se daba muerte a muchos de los actores, allí mismo en el escenario. No a los actores principales, entre los que seguramente se encontraría mi grácil figura y la de mi amiga Aissa, sino a los traidores del pueblo, que los grupos de liberación iban capturando en las razias que se realizaban en pos de una anhelada y utópica paz social. Sin embargo, a pesar de que los organizadores de aquel teatro se comprometieron —firmaron un documento— a preservar nuestras vidas, no acepté aquel encargo. De alguna manera sentía que hubiera sacrificado el espíritu propio de la marioneta, que mi madre, el general ucraniano, trató de inculcarme desde cuando cumplí los cuarenta años de edad.

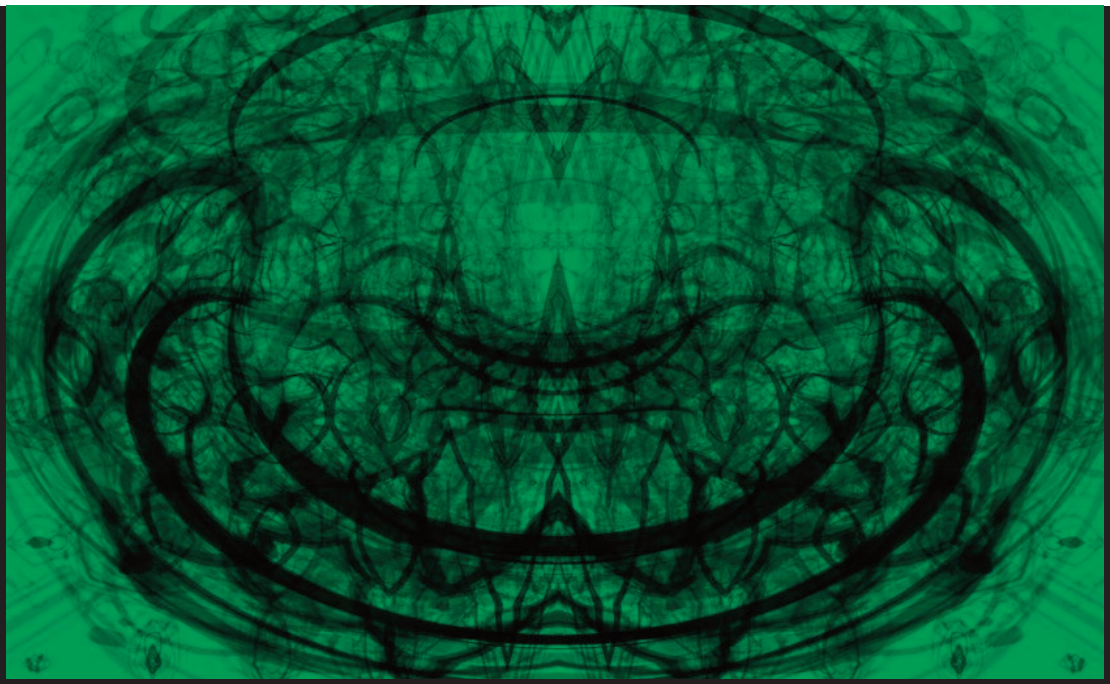
Un tipo se me acerca por la espalda y me dice que para hacer la biografía filmada que se pretende realizar, se deben recrear las brumosas cantinas del centro, que forman parte del escenario de mi primer libro. El sujeto parece ser el mismo que apareció en cierta esquina llevando consigo un pastor belga malinois. Aquel sujeto que tenía un perro con finísimos colmillos saliéndole de abajo hacia arriba, como los bigotes de un gato puestos a la inversa. Se debe visitar también la casa situada en una zona conocida como la bajada, prosiguió, hoy convertida en un lugar de venta de comida regional, donde pasó sus últimos años el poeta César Moro. Aquel tiene que ser el escenario principal de mi segundo libro. Otro texto, el tercero, transcurre en un barrio llamado Miramar. El cuarto surge de mis pesquisas realizadas a discotecas frecuentadas por transexuales. Pero eso no lo sabe el sujeto. El único que me ha acompañado en esas visitas, que ha ido conmigo al barrio de Miramar y a las discotecas de travestis, ha sido el pastor belga malinois que lo acompaña. En ese momento dudo de que el perro sea el mismo. Según sé, aquel sujeto le ha regalado ese animal a una serie de escritores antes que a mí. El quinto libro tiene su eje en dos barrios característicos, uno que cuenta con playas donde se puede nadar, correr olas y hacer deportes acuáticos; y el otro habitado por una emergente clase media. El sexto texto es un intento de representar, desde determinado punto de vista, la politización extrema que viví en las universidades en las que transcurrieron mis estudios. Es la razón por la que muchos de sus capítulos ocurren, mentalmente al menos, en sus alrededores.

◢ Ya todo el tiempo, una y otra vez, aparecen enfermedades mortales en la superficie que pretendo llenar. Sin curación. Es curioso, pero al final los personajes terminan salvándose. Ahora le toca el turno a un primo que sufrió de tuberculosis. La depresión en que lo había sumido la repentina muerte de su madre lo llevó a hacerse adicto a las drogas. Parece que el tipo de vida que su adicción lo llevaba a tener, hizo que se tocase del pulmón, como se decía a los enfermos en ese entonces. Un dato importante de señalar es que su novia, durante todo ese trance, no lo abandonó.

◢ Tengo otro primo que también se aficionó a las drogas. Pero ese no se enfermó de nada físico, al contrario, cada vez se le veía más sano y rozagante. Nunca logró superar su adicción. Ha pasado casi toda su vida recluido en una serie de instituciones. Incluso en cierta ocasión sus padres lo llevaron a China para probar con un tratamiento radical a base de agujas.

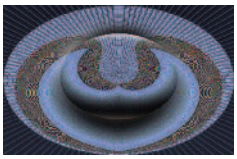
◢ Eran perfectas, justamente antes de que las máquinas ingresaran en los grandes terrenos vacíos para urbanizarlos, las pistas naturales de bicicross. Casi todas mis amigas lo practicaban. No eran niñas usuales, lo sé, que se dedicaran a jugar con muñecas y esas cosas, sino que destrozaban sus bicicletas, muchas de ellas pintadas de rosa, con tal de ganar cualquier competencia.

◢ Cierto despertar, aparte de un romance imposible, me hizo acordar a mi abuelo materno, acostado en su cama con las extremidades cortadas. Primero le cortaron una pierna. Años después la otra. Luego de un tiempo el brazo derecho, y pronto le siguió el izquierdo. En ningún momento —el proceso fue relativamente largo— dejó de lanzar frases victoriosas hacia el Duce Mussolini, formuladas en italiano.



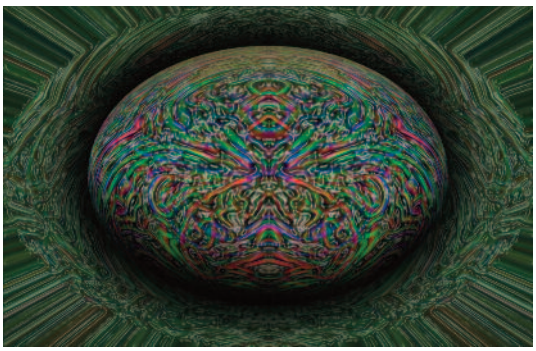
Mi padre tenía un primo que criaba pollos. Las circunstancias eran complicadas. Ese primo no era en realidad miembro de su familia, sin embargo desde niño lo habían obligado a decirle primo hermano. El terreno estaba ubicado en un área marginal de la ciudad. Había que subir un cerro. Era uno de esos lugares que en esa época se llamaban pueblos jóvenes, conformado principalmente por inmigrantes del interior del país.

En la época en que mi primo cayó enfermo del pulmón, las medicinas estaban al alcance de la mayoría. Antes de que estuviera enfermo, me aseguró que su vida era más saludable desde que tomaba todas las mañanas un vaso de jugo de naranja.



Desde niño yo me sentía ajeno a una sociedad semejante. Una de las promesas que me hice desde entonces fue esperar el momento para regresar al lugar de donde había sido sustraído.

La verdad es que nunca quise robar nada, grité cierta madrugada en una calle vacía. Ni las plumas de mis compañeros de estudio, ni las botellas de licor, ni el cerdo que sacamos dentro de un maletín de la escuela de veterinaria.



Tengo un primo que trabaja en los Estados Unidos. Su labor consiste en treparse a los postes para cambiar los focos fundidos. En ese país vive también una prima, adoptada, que no está segura ni del nombre ni de la zona donde se ubica la ciudad que habita. Sabe, eso sí, que su casa está situada cerca al aeropuerto.

TRES MANERAS DE PERDER MILLONES DE LIBROS
Biblioteca de Alejandría
PAPÁ, TOTÍN SE COMIÓ EL PEN-DRIVE

—Les tengo un cariño extraterrestre a las páginas de Bellatin y Spinetta —le digo a Chiri—. Los dos son muy grandes, y en un punto tienen algo que los une. Un afán real de experimentar con el don, con el "elemento", como te gusta decir.

—¿Leerá Spinetta los libros de Mario? —me dice—. ¿Escuchará Bellatin la música de Luis? Yo fantaseo con que no se conozcan, y que cuando reciban la revista se empiecen a leer y a escuchar, y que se hagan amigos.

—¿Querés ser una celestina?

—Sí.

—Yo creo que sí se conocen —digo—. Spinetta es uno de los fundadores del rock argentino. Una carrera impecable de casi cuarenta y cinco años. Si alguien en Latinoamérica no escuchó nunca "Muchacha ojos de papel", hay un problema.

—Y a la vez —dice Chiri—, Bellatin es una de las estrellas literarias en español, un performático.

—¿Un qué?

—Performático —repite—. Bellatin llevó sus performances a rango artístico, creó personajes que lo representan en escena.

—Es manco —recuerdo—, el segundo de esta revista, si contamos a Lavand.

—Mirá lo que dice mi amiga varonera Sonia Budassi, sobre Bellatin —me lee—: "Sus libros se reseñan y se festejan junto a las fotos del autor, su brazo ortopédico y su mirada profunda le suman ingredientes a la 'rareza literaria'". Y se pregunta: "¿Qué mágico atractivo contienen sus libros, y qué efecto de lectura provocan? ¿Qué deslumbra a los críticos?".

—¿Y se responde? ¿O solamente se hace las preguntas?

—Me gusta lo que se responde. Oí: "Bellatin se presenta a sí mismo como una rara avis; sus performances (entre la farsa y el histrionismo) acompañan su obra, plagada a su vez de autorreferencias. Desde luego, el rol protagónico está concentrado en su brazo ausente y sus respectivas prótesis, que han servido de metáfora a críticos que gustan hablar de su 'ortopedia narrativa'. En México dicta un taller literario. Entre sus 'controvertidos' métodos, desaconseja escribir".

—Desaconsejar escribir es un consejo fantástico —le digo a Chiri.

—Aconsejar leerlo, también.

—Mi primera lectura de los "33 textos para introducir al cerdo", el relato que publica en Orsai, fue muy intenso —le digo—. Fantaseé con la posibilidad de que me estuviera contando una serie de sueños, retazos de sueños, escritos a las apuradas por la mañana, justo al despertarse. Es muy lindo leerlo de ese modo.

—Hablando de literatura fragmentada —me dice Chiri—, o de literatura onírica, me hiciste acordar de *Un paseo por la literatura*, de Bolaño.

—¡Claro, una enumeración de sueños!

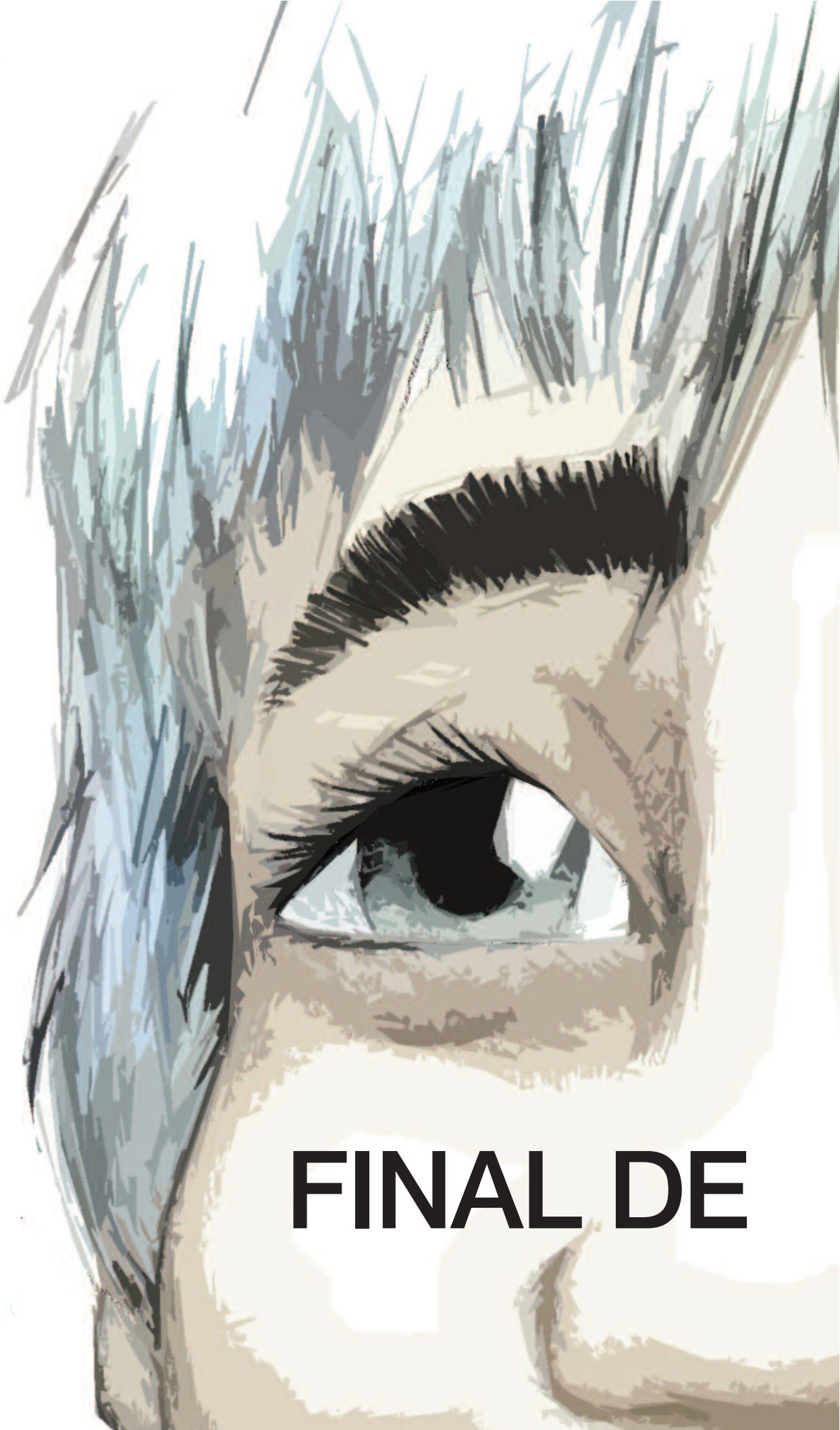
—La de Bolaño empieza así: "Soñé que Georges Perec tenía tres años y visitaba mi casa. Lo abrazaba, lo besaba, le decía que era un niño precioso". Los fragmentos van del uno al cincuenta y siete, y son hipnóticos. El sueño diecisiete, por ejemplo: "Soñé que era un detective viejo y enfermo y que buscaba gente perdida hace tiempo. A veces me miraba casualmente en un espejo y reconocía a Roberto Bolaño". Uno más, el veintitrés: "Soñé que volvía de África en un autobús lleno de animales muertos. En una frontera cualquiera aparecía un veterinario sin rostro. Su cara era como un gas, pero yo sabía quién era".

—Qué envidia me da la gente que sueña que está en África, que sueña viajes —me quejo—. Mis sueños se filman en interiores, son cortometrajes malos de alumnos que están en primer año de Cine, no tengo buena producción, no hay grandes escenarios cuando sueño.

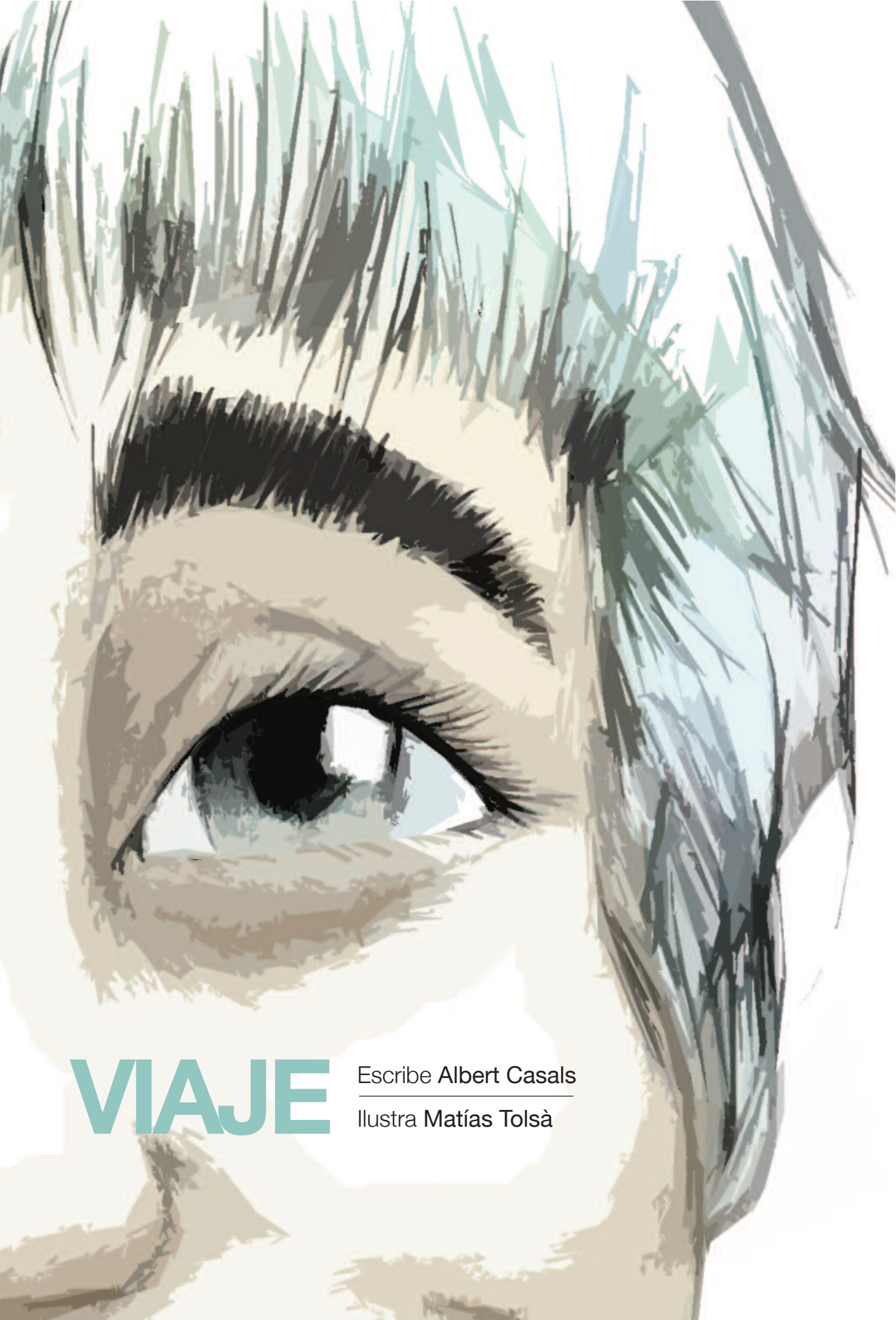
—Si te pasa eso —me dice Chiri—, lo mejor es que hagas lo que hizo Albert Casals el año pasado.

—¿Qué hizo? —le pregunto.

—En vez de soñar que viajaba, agarró una mochila y se fue a la mierda. ►



FINAL DE



VIAJE

Escribe **Albert Casals**

Ilustra **Matías Tolsà**

Final de viaje

Hola a todos! Soy Albert Casals, y si estáis leyendo esto es gracias a que alguien decidió algún día que colocar ordenadores con internet gratuito en todas las bibliotecas de Australia era una idea genial. Y también, obviamente, porque después de ocho meses de viaje, Anna y yo hemos logrado llegar a esas bibliotecas.

Como seguramente ya sabéis, a finales de septiembre de 2010 los dos salimos de nuestras casas en Barcelona con treinta euros en los bolsillos y una idea que parecía prometer bastante diversión: llegar a la otra punta del mundo sin nada más que nuestras mochilas, sin dinero y sin ningún tipo de plan. Después de unos minutos ante el mapa del mundo del Google, quedamos convencidos de que nuestra aventura no podía entrañar excesiva dificultad: al fin y al cabo, el mundo está lleno de carreteras, que a su vez están llenas de coches esperando a que te decidas a emprender un viaje en autoestop, y el mar está lleno de barcos y de intenciones igualmente amistosas. ¿Qué podía salir mal?

Muchos habrán leído algunas de nuestras aventuras de la mano de nuestros amigos Adrià Cuatrecases y Víctor Correal, y con suerte se habrán dado cuenta de que, con algunas pequeñas y totalmente impredecibles excepciones, las cosas no fueron tan distintas de como las habíamos imaginado.

Cierto, hubo algunos detalles sin importancia que no habíamos calculado: el hecho totalmente incomprensible de que el gobierno iraní se niegue a dejar entrar en su país a turistas sin visado, la inicial ausencia de empatía de los capitanes de barco hacia los polizones ilegales, o el hecho de que Kazajistán, que comparte frontera con Rusia, alcance los veinticinco grados bajo cero en invierno (uno pensaría que los cálidos climas tropicales, con sus playas y palmeras, son una idea lo bastante sensacional como para eliminar cualquier rastro de competencia; pero no, hay países donde la gente se empeña en que nieve año tras año).

El caso es que, pese a algunos de estos pequeños percances (que, como habéis visto, nada tienen que ver con nuestra falta de previsión), al final hemos terminado por dar con Australia, que parece ser el último país antes de que lleguemos a Nueva Zelanda y nos quedemos sin un sitio más lejano al que llegar.

A lo largo de nuestro viaje hemos gastado menos de treinta euros; ni una sola vez hemos pedido comida; ni una sola noche hemos pedido

un techo bajo el que dormir. Y sin embargo, todos y cada uno de nuestros días hemos comido, hemos dormido, hemos sonreído, hemos avanzado; y, lo que es más importante, hemos conocido a mucho amigos que han hecho eso posible.

Todavía no sabemos si llegaremos a Nueva Zelanda, ni tampoco qué es lo que nos encontraremos allí... pero, mientras tanto, tengo una biblioteca con internet y varias horas libres para hablar de un país sobre el que aún no os he contado nada: Australia.

Si no recuerdo mal, lo último que sabíais de nuestro recorrido es que nos disponíamos a cruzar a China huyendo del frío invernal. Y cruzamos. Y nos encontramos con trenes llenos de agua negra estancada goteando desde los servicios, y escribimos cartas interminables traducidas al chino como único método de comunicación viable.

En China vivimos cientos de experiencias interesantes, y cuando llegamos a Laos nos sucedieron otras tantas. Tailandia, Malasia, Indonesia, todos estos países fueron realmente apasionantes, pero afrontemos la realidad: no puedo hablar de todos ellos. ¿Cuantas páginas necesitaría para contaros el día en que nos quedamos atrapados en medio de una secta religiosa en Sumatra, cuyo líder era —supuestamente— poseído por un espíritu durante cuatro horas al día, mientras sus fervientes seguidores escuchaban sus gritos y alaridos incomprensibles con absoluta devoción? ¿O qué hay del día en que, en la misma isla, me trajeron a un hospital y me dieron una inyección de adrenalina cuando, según los médicos, me quedaban apenas cinco minutos de vida antes de morir asfixiado por mi propia lengua, hinchada a causa de un ataque de alergia desconocida? Por no hablar del día en que logramos colarnos en un vagón de un tren de carga, o de la noche en medio de una granja de aceite de palmera jugando al voleibol con los trabajadores indonesios... Y eso es solamente una isla de un país de un pequeño fragmento de nuestro trayecto.

No, es mucho más sencillo ir directamente hasta el final, y eso significa hablar de canguros (normalmente, muertos) y de indígenas con resaca, de caos y de confusión, y de un país que no te deja saber si te encuentras en Occidente o si todo el mundo te está gastando una broma a tus espaldas. Me refiero a Australia, naturalmente.

Lo que pasa con Australia es que hay dos países en uno. Como dicen los propios australianos, de un lado se encuentra el *"wild, wild north"* y del otro, todo lo demás. Y por muchas ideas preconcebidas que uno pueda tener antes de llegar al norte de Australia, nada te puede preparar para lo que te vas a encontrar cuando trates de atravesarlo, tal y como hemos hecho nosotros durante estos últimos días.

Por un lado están los canguros, claro. Desde Europa, por lo menos, yo siempre había visto a los canguros con respeto, como todos esos animales raros que solo encuentras en un único país. Osos panda, canguros, kiwis, koalas... no sé, son los típicos animales que imaginas refugiados en un área diminuta del mundo, al borde de la extinción, y con cinco veterinarios cuidando de cada uno de ellos sin descanso. Yo imaginaba que, igual que no vi ningún oso panda en China, tampoco vería ningún canguro en Australia. Quizás me creía lo bastante afortunado para divisar uno o dos; obviamente me equivocaba.

Tal y como no tardé en descubrir, los canguros no solo son el animal más estúpido del planeta, sino que también son una verdadera plaga.

De hecho, Australia tiene tantos canguros que es difícil caminar durante más de cinco minutos sin asustar a tres o cuatro. Y es que una de las peculiaridades de los canguros es que se asustan con facilidad, y en la dirección errónea. No, no es broma. Si te paras a pensarlo detenidamente, todos los animales del mundo, cuando se asustan, salen corriendo en dirección opuesta a aquello que los ha asustado. Es un sistema probado, universal, eficaz, y que ha funcionado a lo largo de milenios de supervivencia y evolución darwiniana. Pero, aparentemente, los canguros olvidaron esto en algún punto de su escala evolutiva. Fuera por la razón que fuera, todos los canguros del mundo han decidido que la mejor manera de reaccionar ante aquello que les produce miedo es dirigiéndose hacia ello a toda velocidad y sin dudar. Una idea que filosóficamente puede tener su sentido, ciertamente, pero que en la práctica acaba resultando en una cantidad indecente de

canguros aplastados en la carretera. Si hay una imagen que siempre voy a asociar con Australia, es la de un canguro saliendo de entre los matorrales del lado de la carretera para dirigirse a toda velocidad hacia su muerte bajo las ruedas de un camión australiano.

Lo peor es que, por mucho que te esfuerces, evitar el asesinato de los canguros es totalmente imposible. Los canguros son tan astutos en sus intentos de suicidio, que se esperan en silencio y con total quietud entre las hierbas altas, de manera que cuando el conductor se acerca a su posición y ellos salen disparados hacia el vehículo, no queda otra alternativa que seguir adelante y aceptar que, por tu culpa, en Australia queda un canguro menos. (Por fin entiendo por qué Australia es el país más avanzado del mundo en cuanto a leyes pro eutanasia, como demuestran las famosas prácticas del doctor Kevorkian.)

En cualquier caso, lo más terrible es que la muerte constante de los canguros no parece importarle a nadie, y tampoco les culpo: al ritmo al que se reproducen, si no fuera por sus tendencias suicidas, a estas alturas Australia ya se encontraría completamente infestada por los de su especie. Son tan abundantes que los niños del norte se dedican a capturarlos y torturarlos por mera diversión, con la misma naturalidad con la que los niños europeos matan a los enemigos de un videojuego. Y en cierto modo les comprendo, ¿cómo se puede sentir empatía hacia un animal que se dirige hacia su torturador con total alegría, nada más verlo?

Lo mejor de todo es que los canguros no son la única cosa sorprendente del norte de Australia. A su lado se encuentran los aborígenes australianos, que son tan o más fascinantes. Resulta que el gobierno de Australia decidió, en algún momento del pasado, que lo mejor que podía hacer para sacarse de encima a todos aquellos molestos aborígenes (que trataban de reclamar las tierras que los blancos les habían robado) era sobornarles y emborracharles. Al fin y al cabo, en aquella época los genocidios aún no estaban muy de moda y, dado que tampoco había tantos indígenas en Australia, el gobierno redactó las leyes necesarias y se hizo oficial su destino.

Y efectivamente, aún hoy, todos los aborígenes de Australia cobran una cantidad de dinero semanal más que aceptable a cambio de no hacer nada, cantidad que muchos de ellos dilapidan de inmediato y sin dudarlo en alcohol, ya que ni siquiera tienen cosas como una casa propia, ni quieren tenerla. Por supuesto, cualquier definición que se refiera a una etnia en general tiene poco sentido a causa de las innumerables excepciones, pero en este caso las condiciones sociales y políticas contribuyen a que la cantidad de aborígenes borrachos (y amables, eso hay que reconocerlo) que encuentras en las calles del norte de Australia a menudo tienda a superar la de aborígenes sobrios.

Australia es un lugar realmente interesante, y durante nuestro paso por el país hemos podido observar que eso no solo se limita a indígenas y canguros. La cantidad de cosas que son diferentes o extravagantes en Australia es casi interminable (competiciones de persecución de cerdos, deportes impronunciables que solo ellos conocen, un nivel de vida occidental lleno de cultura abierta y relajada, propia de los países no occidentales), pero la verdad es que, en conjunto, todo eso es lo que convierte a Australia en un lugar realmente especial.

Los días que pasamos con una familia de "bushies" (no, no son republicanos americanos; en Australia, los bushies son aquellas personas que no residen en las ciudades, sino que habitan en medio de la nada, fuera de la civilización, o literalmente en los arbustos) fueron probablemente los más surrealistas de todo el viaje, con las mañanas persiguiendo canguros con los niños y las noches jugando a la Playstation del salón. Todo ello dotado de una mezcla de culturas que, dentro de su incongruencia, tenía un encanto innegable. ¿Quién no ha querido vivir en un país donde la gente sea tan abierta y simpática como fuera de Occidente, donde el autoestop sea el pan de cada día, y donde todo el mundo considere que acampar en un parque por diversión es la cosa más normal del mundo? ¿Quién no quisiera todo esto, pero sin molestias innecesarias como la ausencia de agua caliente, las carreteras llenas de baches o la falta de videojuegos?

Quizás es que, a medida que se acerca el final del viaje, empiezo a ponerme nostálgico (o quizás es que, sencillamente, Australia es uno de los únicos países del mundo donde puedes hacer cosas como dormir dentro de un barco que se encuentra encima de un camión. Un barco. En un camión. ¿Qué puede ser mejor que eso?). Pese a que ya son más de cinco años viajando y cerca de sesenta países visitados haciendo autoestop, cada vez que me acerco al final de otro viaje me vuelvo a preguntar dónde han ido a parar todos esos meses en los que se supone que he estado viajando. Sea como sea, lo cierto es que pronto ya no quedará otro sitio adónde ir (aparte de la Antártida, claro, pero eso lo tengo algo más adelante en mi lista de planes). Tanto si conseguimos llegar a la otra punta del mundo como si no, lo cierto es que dentro de poco nos encontraremos de vuelta a casa para descansar, y para planear los próximos viajes, naturalmente. Lo único bueno de regresar a casa es que no tienes otra cosa que hacer que planear tu próxima aventura. ¿Un viaje desde Barcelona hasta Madagascar en autoestop? ¿Una travesía hasta Corea pasando por Rusia y Mongolia? Al final, lo único que realmente importa es que vaya a donde vaya, pase lo que pase, haré lo que me haga feliz.

Y hasta que nos encontremos de viaje, espero que vosotros hagáis lo mismo. ¡Mucha felicidad!

TERMINAL A
TAXI
LOS HUMANOS INVENTARON EL AVIÓN
PARA LLEGAR MUCHO MÁS RÁPIDO
A LOS EMBOTELLAMIENTOS DEL EXTRANJERO

Por qué mueren los terrícolas

ANA MARÍA SHÚA

—Qué lástima que no hayamos llegado a tiempo para el final del viaje de Albert —le digo a Chiri—. Nos vamos a quedar con las ganas de saber quién vive en esa granja misteriosa de Nueva Zelanda.

—Final abierto —me dice—. Hay muchas películas con final abierto. Pero yo creo que nos vamos a enterar. Me imagino que nos mandarán una foto o algo.

—Adrià Cuatrecases nos acaba de mandar un mail desde Singapur —se lo leo—: "Sabemos poco de Albert y Anna, porque la comunicación por mail es intermitente. Pero lo compensaron extendiéndose en su última remesa informativa. Vamos a exigir a la compañía aérea que aparte la niebla a gorrazos, porque necesitamos llegar a Nueva Zelanda antes de la fecha límite para el cierre de esta cuarta y última edición de Orsai".

—Lástima, no llegamos a tiempo.

—No. Pero escuchá lo que me cuenta Adrià: "Nos tomamos un caro café en la terminal, asumiendo que nos han perdido las maletas, y pensando cómo no dejar esta historia incompleta. Incluso nos preguntamos si valdría la pena coger todas esas imágenes que habrán filmado con la cámara doméstica durante su viaje para hacer uno de esos tediosos vídeos de vacaciones. 'Once meses de viaje darían para el mayor vídeo de vacaciones de la historia', dice uno. 'Duraría tanto como una peli de esas de Haneke', dice otro. Y ya entre risas alguien suelta: 'Juas, pues habría que proyectarla en los cines'. Entonces se hace un silencio".

—¿Van a hacer una película? —pregunta Chiri, asombrado.

—Te sigo leyendo: "Aunque sea descabellado, lo discutimos en serio. Se oyen cosas como '¿No sería eso un documental sobre un chico único, y a la vez una historia de aventuras?', '¡Y una de amor!', 'Yo creo que la podemos tener lista para 2012, con banda sonora original', 'Eso, y que la dirija alguien capaz de lidiar con esto como Marcel Barrena', 'Solo me atrevo si participan talentos como los de Víctor Torija, Laia Niubò, Albert Serradó, Andrea Ainsa, Ramon Olesti...', '¿Y si llamamos a Oriol Maymó para que nos explique cómo coño se organiza una cosa así?'".

—Entonces es verdad —dice Chiri—, están armando una película. Oriol Maymó es el productor de *REC*, la película esta de terror, tan famosa, que se filmó como un documental de ficción.

—Sí. Y todos los otros que nombra son de lo mejorcito del cine catalán... Así que ojo.

—Si les sale bien, por lo menos podremos saber si Albert y Anna llegaron a la granja de las antípodas. ¿Qué más te cuenta Adrià?

—Se pregunta si todavía queda gente que vaya al cine si no ponen una peli yanqui, o en 3D y con muchos efectos especiales.

—Yo creo que una película sobre este viaje de Albert, una especie de documental de aventuras, es bastante mejor que la mayoría de las películas que se estrenaron este mes en los cines de Sant Celoni.

—Eso seguro —dice Chiri—. Además va a ser raro ir al cine y ver a Anna y Albert en movimiento, contando todas esas historias que aparecieron en las páginas de Orsai. ¿Habrá canguros?

—Dice Adrià que Víctor, en caliente, ya compró el dominio mediavuelta2012.com. Así que me imagino que lo sabremos en breve.

—Me gusta haber cerrado la historia con una carta de Albert —me dice Chiri—. Él mismo pidió hacerlo, desde un comentario en el blog. Se quejaba de que algunas anécdotas no eran fieles.

—Claro —le digo—. La comunicación siempre fue complicada, andaban por países muy raros estos chicos. Pero en Australia ya es otra vez el primer mundo, y pudo escribir. Yo también me alegro. Tiene una forma muy divertida de narrar. ¿Quién más tiene una forma divertida de narrar?

—¿Ana María Shúa? —pregunta Chiri.

—Gracias Christian Gustavo —le digo—, creí que nunca me ibas a dar el pie. ►

Escribe Ana María Shúa

Ilustra Carla Torres

POR QUÉ MUEREN LOS TERRÍCOLAS

Ana María Shúa, además de escribir los mejores micro relatos que existen, tiene un amigo extraterrestre. El hombrecito siente una enorme curiosidad por nosotros. Como en su planeta todas las cosas vivas son inmortales, no entiende algunas costumbres terrestres y se las pregunta siempre a Shúa. A veces no son preguntas fáciles de responder.

Por qué mueren los terrícolas

El señor Pluf es un nativo del sistema Alfa Centauri y un viejo amigo. Siempre pasa a visitarme cuando viene a la Tierra en uno de sus viajes de estudio. Esta vez se materializó en el café donde yo estaba tomando mi desayuno. Pluf, que me considera una buena informante, me pidió que le explique, ni más ni menos, qué es la muerte.

Mis lecturas de los trabajos de Fredric Brown me habían preparado para entender mejor la investigación que había emprendido esta vez mi amigo de las estrellas. El escritor norteamericano Fredric Brown (1906-1972) fue un etólogo (en este caso no un estudioso de la conducta animal, sino ETólogo por E.T.) especializado en el estudio de los pueblos extraterrestres, tanto en su aspecto biológico como cultural. Para disimular esta actividad, que hubiera sido mal comprendida por sus coetáneos, eligió manifestarse a través de la ciencia ficción. Uno de sus cuentos famosos se llama Knock y describe a los zan, una etnia extraterrestre que no conoce la muerte. Gracias a ese cuento yo estaba en condiciones de aceptar la perplejidad del señor Pluf frente a un fenómeno que le resultaba desconocido.

Por otra parte, lo conozco bien y sé que está interesado en todas las manifestaciones culturales importantes de nuestro planeta. En el sistema de Alfa Centauri se lo considera un gran experto en lenguas y culturas terrestres. El señor Pluf habla un español un poco raro pero con muy buena pronunciación, es tornasolado, tiene rabufetas, pernuflos, y no cualquiera lo puede ver.

—Oh oh —dijo el señor Pluf—. Interesante fenómeno terráqueo muerte tan rigurosa.

—¿Cómo terráqueo? —le pregunté—. ¿En tu planeta nadie se muere? ¿Ni siquiera los viejos?

—No hay zan "viejos" —me explicó Pluf—. Nadie nunca no muerte. Pero yo sé todo sobre muerte porque mucha literatura profunda tengo leído, tema principal siempre de todo lo que escriben humanos. ¡Yo también escribe! —me dijo muy orgulloso. Y, esgrimiendo una enorme lapicera con uno de sus pernuflos, trató de escribirme encima.

Conseguí salvar mi traje justo a tiempo, pero no conseguí salvarme de la curiosidad del señor Pluf, que estaba dispuesto a todo para entender bien de qué se trata esto de la muerte. Lo peor es que, como sucede con la mayoría de los académicos, estaba convencido de que ya tenía la información más importante.

—Sabemos que muerte es método de reproducción —me explicó con entusiasmo—. Gente muerta se siembra en cementerios. Luego después seguro crecen plantas de humanos, frutos son los famosos bebés. Nunca vi plantas humanas ¿árboles, enredaderas, quizás arbustos?

Pobre Pluf, siempre tan confundido. Con mucha paciencia intenté explicarle las relaciones entre la reproducción y la muerte, tanto más complejas de lo que él suponía. Tomé tres ejemplos de culturas muy distintas entre sí. Por una parte, la historia del Génesis. "Si comes de este árbol, morirás", dijo el Señor. Y cuando Adán y Eva comieron el fruto prohibido, dos efectos se produjeron simultáneamente: dejaron de ser inocentes —descubrieron la vergüenza, es decir, el sexo y el deseo— y perdieron la posibilidad de ser inmortales.

En los mitos se organiza ese antes y después y sobre todo la causalidad que no existe en la naturaleza pero que exige la razón humana: primero aparece la posibilidad o la obligación de reproducirse y después, forzosamente, llega la muerte para hacer lugar en este mundo. En la Biblia, el hombre ya ha obtenido el conocimiento al comer el fruto prohibido. A continuación, Dios debe impedir que coma del árbol de la vida, para que no sea inmortal igual que Él.

En la mitología griega, los dioses deciden castigar a la humanidad por haber conseguido el fuego que les dio Prometeo. Se encuentran con un problema equivalente: los hombres, que ya son inmortales, ahora, gracias al fuego, comienzan a dominar las técnicas. Se han vuelto demasiado peligrosos. Entonces los dioses le regalan a Epimeteo un verdadero presente griego: la bella Pandora, la mujer. Es decir, una vez más el sexo, la posibilidad de reproducirse. Y junto con Pandora, la maldita vasija que la curiosidad de Pandora abrirá para dejar libres a la vejez, la enfermedad y la muerte.

Te voy a contar ahora, le dije a Pluf, un mito de una etnia insospechable de haber tenido contactos con la mitología griega o con las historias bíblicas. Los suruís son un pueblo originario de Rondonia, una región selvática del Amazonas que forma parte de la familia lingüística tupí-guaraní. El mito de la pérdida de la inmortalidad de los suruís es mucho más claro y directo. Palop, el demiurgo fundador de la cultura, excava la vagina en la entrepierna de la mujer, que hasta ese momento era lisa, crea los

órganos sexuales del hombre; con el jugo de una fruta lechosa crea el semen y con el agua de una especie de coco crea los fluidos sexuales de la mujer. Después inventa la muerte y un muchacho joven es el primer hombre en el mundo en caer muerto. Ante el llanto del hermano, Palop se conmueve y lo hace volver a la vida. Pero el muerto se come toda la comida que la madre había cocinado y ella le recrimina muy enojada: "¿Cómo? ¿No estabas muerto? ¿Y por qué te estás comiendo la comida que preparé para tu padre?". El muerto se vuelve a la tumba y desde entonces, por culpa de esa madre desamorada, los seres humanos mueren para siempre, sin posibilidades de renacer.

—Querido Pluf, no sé cómo se las arreglan ustedes, pero en este mundo, sencillamente, no hay suficiente comida para todos.

—Oh oh, en este viaje, yo investiga tema de muerte. En otro viaje será sexo, también todo interesante —dijo Pluf, emitiendo una especie de niebla tornasolada de la que me aparté de un salto, en fin, nunca se sabe—. Nosotros también tenemos-hacemos cada quince... oh oh, no comprenderías. En medidas de aquí, cada siete mil vueltas de Tierra alrededor de Sol.

Sexo cada siete mil años. Por primera vez entendí la cara de amargado de Pluf. En fin, la inmortalidad tiene su precio. O casi inmortalidad, pensé, porque si los zan se reproducen, tarde o temprano les llegará la guadaña.

—Pero yo creo que muerte interesante fascinante mucho mucho. ¿No podría usted morirse un poco para mostrar? Yo graba —el señor Pluf sacó un iPhone que me decepcionó bastante.

—Pensé que tendrían tecnología más avanzada.

—Tenga, pero mejor no mostrar —dijo el señor Pluf mirando a su alrededor con desconfianza—. Ahora morirse por favor.

No había entendido nada. Tuve que explicarle otra vez con paciencia que la muerte es irreversible.

—¿No para nunca? ¿Ni un ratito?

—Ni un ratito, Pluf —le dije con cierta melancolía—. A menos que creas en la Otra Vida, de la que por el momento no hay pruebas científicas. Te quedás quieto y frío para siempre. Hasta que te pudras y te coman los gusanos.

Para mi sorpresa, Pluf se echó a reír descontroladamente.

—¿Tranquilos quietos pacíficos? ¿No más deseos dolores problemas, mal aliento, gente que habla en cine, no más picazón en zonas difíciles de rascar en público?

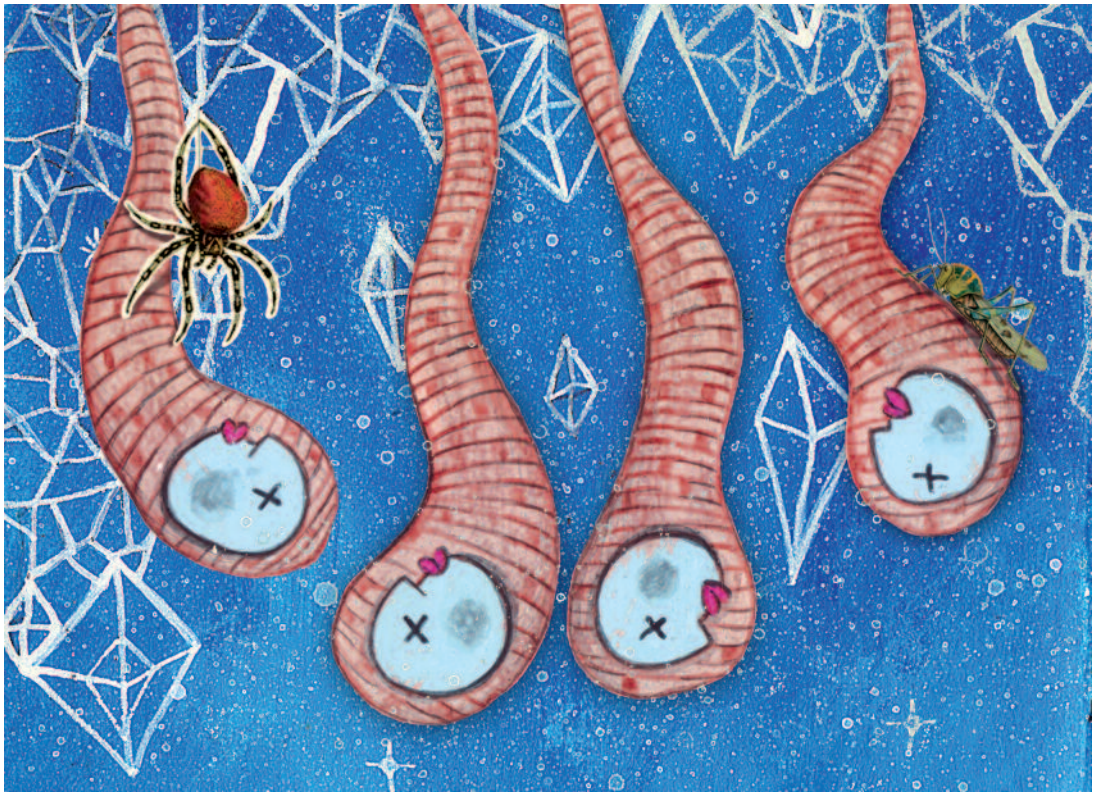
En este punto tengo que explicar que los zan de Alfa Centauri no entienden mucho de cuestiones éticas (tal vez, precisamente, porque no conocen la muerte) y en cambio regulan su sociedad a través de las reglas de cortesía.

—Para siempre, Pluf. Está esa cuestión del Otro Mundo que después te cuento, pero de este mundo se va uno para siempre.

—Ah, entiendo. Yo conozco humanos, siempre sufre que sufre que sufre que sufre. Valle de lágrimas. Entonces irse todos querrán. ¡Linda muerte!

—No linda. Nada nada. Morite vos si te gusta tanto —ya me estaba contagiando su español primitivo. Para convencerlo de la ambigua relación que tenemos con la muerte le conté un par de historias. La primera es un antiguo cuento popular medieval.

Un hombre muy pobre caminaba llevando en sus hombros un pesadísimo saco. Agotado, apoyó el bulto en el suelo y dijo amargamente: "¿Por qué no viene la Muerte de una vez por todas?".



Inmediatamente, el Ángel de la Muerte apareció ante él y le preguntó: "¿Para qué me has llamado?". Y el hombre, aterrado, le contestó: "Para... para que me ayudes a cargar el saco otra vez sobre los hombros".

La segunda es literatura popular contemporánea. Anónima, de transmisión oral.

—¡Chiste! —me dijo Pluf, que no me deja pasar una.

Y sí, un chiste. De esos que no hacen reír a carcajadas y en cambio dejan pensando.

Un hombre se cae por un precipicio pero alcanza a manotear un arbusto y queda colgando. "¡Socorro!", grita desesperado. "¿Hay alguien ahí arriba? ¡Ayuda, ayuda por favor!" Y Su voz se hace escuchar. "Nada temas, hombre, aquí estoy. Mi mano te tomará y te llevará al Paraíso con los ángeles."

Sigue un largo silencio. Y después se escucha la vocecita del hombre que pregunta tímidamente: "Sí sí, muchas gracias, y disculpas, pero... ¿no habrá nadie más por ahí arriba?".

—¿Solo humanos morir? —preguntó Pluf, que no había entendido ni medio.

—No Pluf, se mueren todos. Todo lo que está vivo.

—¿Mueren hipopótamos, bacterias, espinacas?

—Se mueren.

—¿Hongos líquenes paramecios jirafas?

—Se mueren.

—Entonces muerte está en la vida. Entonces todo lo que es vivo muriéndose está desde que empieza a vivir. ¡Vida en la Tierra es como terribilísima epidemia! Entonces muerte muy natural —mi amigo Pluf no es nada tonto y a veces me hace pensar. Pero yo estaba un poco irritada.

—¡Natural tus pernuflos, Pluf! Natural será para los hipopótamos, bacterias, espinacas, para la gente no tiene nada de natural. No hay nada natural para nosotros, y mucho menos la muerte.

—Tu gente rara, mucho mucho rara.

Para convencerlo a Pluf acerca de lo poco natural que nos resulta la muerte, le demostré que casi todas las culturas del mundo consideran, en sus mitos cosmogónicos, que el ser humano fue creado inmortal o por lo menos se le dio la posibilidad de volver a la vida. La muerte definitiva apareció después, por un accidente, un error o un pecado. En la Biblia, por el pecado original. En la antigua epopeya sumeria de Gilgamesh, el rey está a punto de conseguir la planta de la inmortalidad, cuyo nombre es "Lo viejo se hace joven", cuando se distrae y una serpiente se la roba.

A veces se trata de un pacto, como en el caso de los inuits (esquimales) de Groenlandia. En el principio, todos los hombres eran inmortales pero vivían en la oscuridad, no había muerte pero tampoco sol. Una anciana se obstinó en que, si no

era posible tener una cosa sin la otra, sería mejor tener las dos a la vez, porque sin luz la vida no valía la pena.

Son frecuentes las historias en que por culpa de su egoísmo, un hombre trae la muerte para toda la humanidad. Sobre todo, se pierde la posibilidad de resucitar que en los mitos de creación suele estar presente en el origen del ser humano. Observando las fases de la luna, y en general, los ciclos de la naturaleza, los hombres creían haber comprendido que existía la posibilidad de morir y volver a nacer. Muchas culturas relacionaron las historias de la pérdida de la inmortalidad con la luna, que desaparece y vuelve a renacer, con los ciclos de las estaciones, la primavera en la que renace todo lo que el invierno parecía haber matado, o con las serpientes, que cambian de piel.

Le conté a Pluf un relato fundacional de los masais africanos.

Entre los masais, Le-eyo fue uno de los primeros hombres del que descienden los demás. Naiteru-kop, un semidiós que protegía a Le-eyo, le enseñó cómo proceder si moría un niño para asegurarse de que la muerte no fuera definitiva. Cuando arrojara el cadáver, tenía que decir así: "Hombre, muere y vuelve a la vida; luna, muere y no vuelvas más". Un niño murió poco después, pero no era uno de los hijos de Le-eyo, y cuando le pidieron que se llevara lejos el cadáver, lo levantó y se dijo a sí mismo: "Este niño no es mío; cuando arroje su cuerpo diré 'Hombre, muere y no vuelvas más; luna, muere y vuelve a la vida'". Así lo hizo y volvió tranquilamente a su casa.

Pero después murió uno de sus propios hijos y esta vez pronunció las palabras mágicas tal como se las habían enseñado. Ya era tarde. Por culpa del egoísmo de Le-eyo el ser humano perdería para siempre la oportunidad de volver a nacer…

—Hay un mito de los aborígenes australianos...

—¿Qué aborígenes australianos? —me interrumpió Pluf—. ¡Cientos de pueblos diferentes!

A veces Pluf me desconcierta. No entiende nada de algunas cosas y sabe un montón de otras.

—No vale la pena que te diga el nombre, Pluf, es muy difícil de pronunciar.

Pero resultó que para Pluf decir "adnyamathanha" era mucho más fácil que para mí.

En el mítico Tiempo de los Sueños, cuando los animales eran todavía como personas, Adambara, la araña, y Arta-puda-puda, un insecto, se sentaron a discutir acerca del problema de la muerte. Cuando la gente se enfermaba o sufría un accidente o era herida en combate y moría, ¿qué debía suceder a continuación?

Arta-puda-puda, el insecto, estaba muy seguro. Cuando una persona se muere, afirmó, su cuerpo debe quedarse en la tumba y pudrirse. Solo su espíritu sobrevivirá, y se levantará de la tumba tres días después del entierro.

Adambara, la araña, no estaba de acuerdo. Cuando un hombre se moría, había que envolverlo en una red bien tejida y colocarlo en una tumba que tuviera una puerta-trampa. Después, cerrando la puerta, había que dejarlo en esa especie de capullo durante tres días. En ese tiempo su cuerpo se curaría de cualquier herida o enfermedad y podría salir renovado para habitar la Tierra otra vez.

Discutieron y discutieron. Arta-puda-puda usó tan buenos argumentos y habló con tanta fuerza y tanta inteligencia que ganó la discusión. Un tiempo después murieron su padre y su madre y Arta-puda-puda sufrió mucho pero no cambió de idea: estaba seguro de haber tomado la mejor decisión. Pero cuando uno de sus hijos enfermó y murió, Arta-puda-puda se dio cuenta de que, por más que el espíritu de su hijo se elevara hacia el cielo, él ya no lo vería más en este mundo. Su dolor fue tan terrible que se arrepintió muchísimo de haber ganado esa estúpida discusión. Y ya era tarde.

Si la muerte es intolerable para el ser humano, la muerte de los hijos es lo único que en todas las culturas del mundo resulta todavía peor que la muerte propia, le expliqué a Pluf.

En un mito de los zoque-popolucas de México...

—Demasiados mitos —se rebeló entonces mi amigo de Alfa Centauri—, Pluf se aburre.

—¿Vos querías saber? ¡Ahora te aguantás, Pluf! En este planeta la gente se aguanta las conferencias calladita. Si querés ser un verdadero experto en culturas terrestres, abrí bien las rabufetas y grabá todo lo que te estoy contando.

Te decía que en un mito de los zoque-popolucas, de México, el héroe, Espíritu del Maíz, resucita a su padre. Envía a la iguana a avisar a su madre que no debía mirar de frente a su esposo resucitado, que no debía llorar ni reír;

pero la iguana le pasa el mandato a la lagartija, que cambia el mensaje. Y como los zoque-popolucas eran parecidísimos a nosotros, la mujer, por supuesto, no puede sacar los ojos de la cara de su marido resucitado, no puede parar de reír y llorar, el hombre se hace polvo y se pierde con él la inmortalidad de los hombres.

Hay muchísimos mitos africanos en que la inmortalidad se pierde así, por culpa de un mal mensajero. Es evidente que el ser humano desconfía de los reptiles, por algo el verde es el color de los monstruos. Los traidores suelen ser el camaleón, el lagarto, la lagartija, la serpiente. El tema del mensajero traidor o equivocado se repite en mitos de los pueblos originarios de América del Sur y del Norte.

La muerte como castigo, muchas veces a causa de la falta cometida por una mujer, es un tema muy común. Los indios algonquinos de Norteamérica decían que la Gran Liebre dio la inmortalidad al hombre en un paquete que le prohibió abrir. Pero su curiosa esposa lo abrió y dejó escapar la inmortalidad. Un mito asombrosamente parecido al de Pandora.

—Muchas mujeres traen muerte —me hizo notar Pluf—, ¿mujeres peligrosas matan?

Yo trataba de hablarle a Pluf en un español neutro pero por momentos me salía la argentinada.

—Che, Pluf, al final no sos tan boludo —le dije, pensativa— mirá de lo que te viniste a dar cuenta. Claro, las mujeres matan porque dan la vida, esa terrible epidemia, inexorablemente fatal. Además, en las culturas patriarcales las mujeres son la encarnación del deseo sexual, y volvemos al problema de la reproducción y la necesidad de hacer lugar en el mundo. Lo que es bueno para uno es malo para todos. Desde los cuentos populares como el de Pedro Urdemales, que consiguió engañar y atrapar a la Muerte, hasta en una novela contemporánea como la de Saramago, *Las intermitencias de la muerte*, la imagen de un mundo *sin* muerte es la de una catástrofe universal.

—Vida corta acelera evolución —reflexionó Pluf—. Gran ventaja de muerte. Naturaleza haciendo experimentos rápidos.

—Gran ventaja para la evolución de la vida en la Tierra, sí —le contesté, preguntándome cómo habrían llegado los zan a evolucionar sin muerte—, pero no para mí, ni para la gente que quiero.

—Muerte es mujer. Yo vi doña Muerte —dijo orgullosamente Pluf.

—¿Adónde? —me sobresalté.

—Museo. Señora flaca con guadaña. También a veces esqueleto. Nunca señora gordita —dijo Pluf, mirándome con cierto desdén—. Señora gordita no muy temible.

—Vos que sabés tantos idiomas, Pluf, no deberías dejarte llevar por los géneros gramaticales. En alemán la Muerte es masculina, Der Tot, y se la representa como un viejo con un reloj de arena. Y en la Edad Media se la representaba en todo Occidente como un hombre, a veces un general al mando de su ejército.

—Vi en museo también. Pero Muerte señora flaca gusta más. ¿Y nadie nunca ni un poquito inmortal?

—Ay, Pluf, nadie, por algo decía Benjamin Franklin que no hay nada seguro en este mundo salvo la muerte y los impuestos... Bueno, alguien agregó que al menos la muerte no se vuelve cada año peor...

—¿Nadie inmortal nada nada?

Ante su insistencia, le conté que los sumerios tenían el mito de Utnapishtim, el héroe del Diluvio, al que los dioses habían otorgado la inmortalidad. Y entre los griegos, de vez en cuando aparece algún mortal privilegiado al que se le entrega el don de la inmortalidad. Pero hasta en la fantasía de la humanidad los inmortales son casos aislados. Entre los comentaristas del Antiguo Testamento está la historia del pájaro Milham. Cuando Eva comió el fruto del árbol prohibido, no contenta con haber arrastrado a Adán a la tentación, se lo ofreció a todas las criaturas de la Tierra. Y todas comieron, hasta los pájaros y los peces. Solo el pájaro Milham se negó, por respeto a su Creador. Entonces Dios llamó al Ángel de la Muerte y le dijo: "Entre todos los seres vivos, solo el pájaro Milham y sus hijos no probarán el sabor de la muerte".

—Yesss ja da si oui —dijo Pluf, haciendo gala de sus conocimientos—. Pero no me impresionó mucho, porque hasta yo sé decir sí en otros idiomas—. Entendí-í-í . Muerte lo más peor de lo peor de todo.

—Ahí parece que vamos entendiendo, amigo Pluf.

—Hipopótamos bacterias espinacas no saben que se van a morir. Gente sabe. Interrupción. Fríos quietos. Putrefacción. Gusanos. Oh oh. Pensarán en eso todo el día.

—No Pluf, si pensáramos que nos vamos a morir en cualquier momento, no podríamos soportar la vida. Los seres humanos necesitamos recuperar la inmortalidad que nos quitaron para poder seguir adelante. Estamos hechos de memoria, vivimos para atesorar recuerdos y si tuviéramos presente en cada momento que esa cadena de recuerdos que nos constituye está a punto de cortarse, ¿qué sentido tendría seguir viviendo? ¿Para qué nos sirve la memoria si no hay un futuro en el que podamos recordar? Mirá, mejor que yo lo dice Quevedo:

"Ya no es ayer, mañana no ha llegado;
hoy pasa, y es, y fue, con movimiento
que a la muerte me lleva despeñado".

No, tenemos que olvidarnos de lo que sabemos para poder seguir adelante.

Y como soy escritora de ficción y me parece que los cuentos, en su ambigüedad, se acercan más y mejor que los ensayos a los grandes misterios, le conté a Pluf un antiguo cuento popular marroquí sobre la queja de los gusanos.

Dicen que en otros tiempos los hombres pensaban día y noche en la muerte: no comían, no dormían, no disfrutaban de los placeres de la vida. Bajaban a la tumba tan flacos que los gusanos fueron a quejarse al Señor.

—Amo del Universo: cuando nos creaste, nos prometiste mucha carne para comer. ¡Y no nos dan más que huesos!

Entonces el Señor creó el dinero. Cuando los hombres empezaron a contarlo y desearlo, a comprar y a vender, a ganar y a perder, quedaron tan fascinados por el dinero que se olvidaron de la muerte. Desde entonces, cada vez que pueden, comen con ganas. Y los gusanos tienen cadáveres gordos de qué alimentarse.

Pluf se había quedado pensativo escuchándome.

—Emocionántico —dijo, cuando terminé—. Eso me recordar que necesito me prestaras doscientos euros.

Le dije que si necesitaba un adelanto se lo pidiera a su jefe. Parece que Pluf descubrió que le gustan mucho las manzanas y necesita una ración de cuatrocientas por día. Un vicio caro de mantener. De pronto Pluf pareció darse cuenta de que estábamos en el café, rodeados de humanos, y miró a su alrededor, muy interesado.

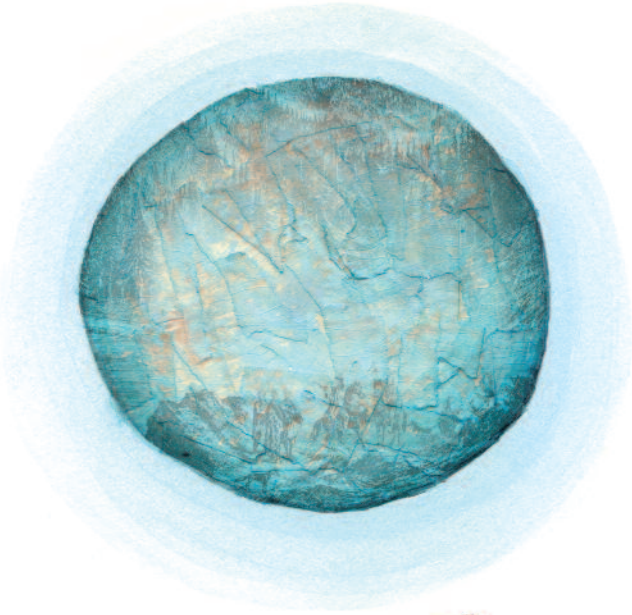
—¿Todos estos que están acá van morir? ¿Y también Ana María Shua?

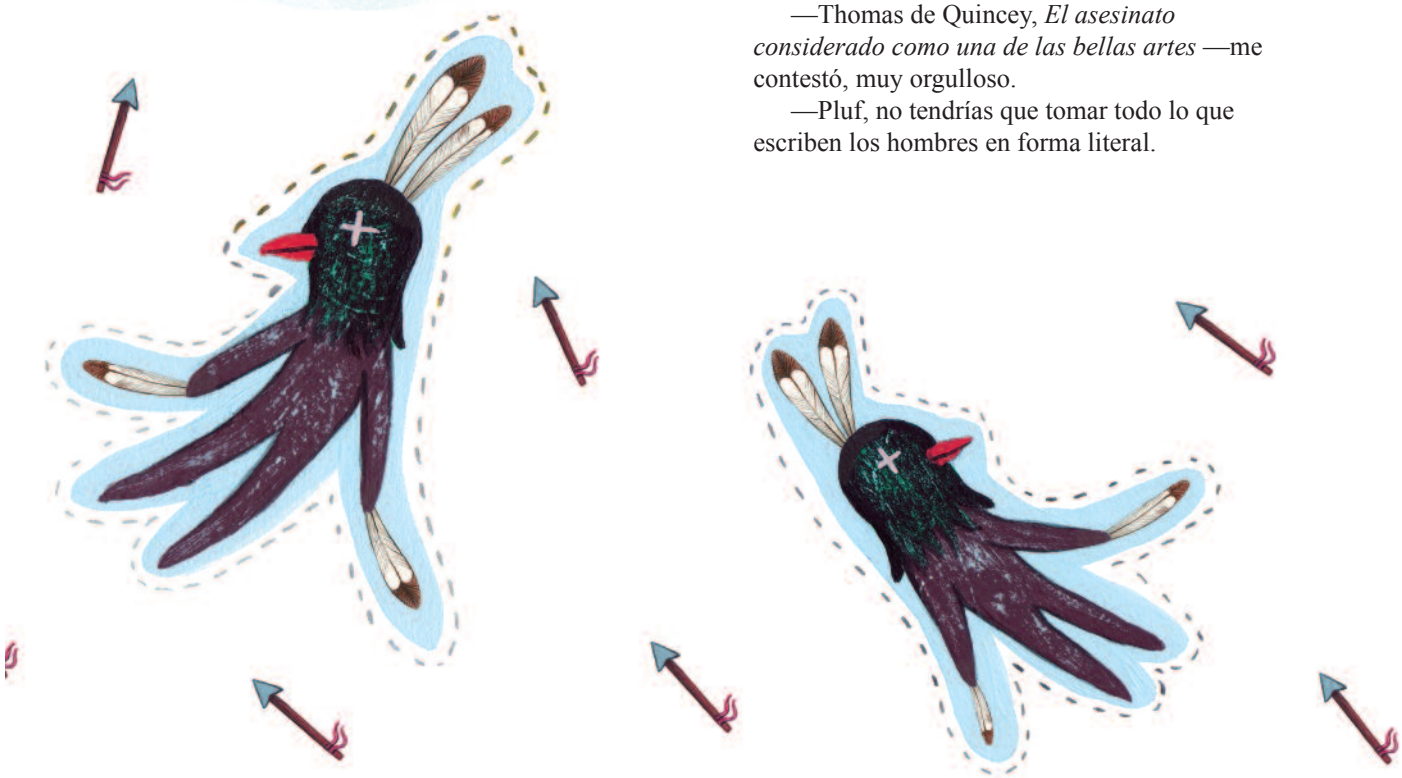
—Todos Pluf —le contesté, melancólica—. Y también yo.

—Quiero ver muerto. ¡Quiero quiero quiero! ¿Quién de aquí muere pronto? ¿Ese señor más viejito le toca próximamente?

—¡Pluf, no seas grosero! —ya me estaba haciendo enojar— ¿No entendiste que nadie sabe cuándo le toca? Esa es la gracia... o la desgracia de la muerte.

Le expliqué, además, que para los humanos la muerte es una ceremonia secreta, como el nacimiento. Que a los que están por morir muchas veces se los lleva a un lugar alejado de su casa y se los encierra allí. Solo los muy cercanos pueden ir a verlos, si lo desean especialmente. En nuestra sociedad una parte muy importante de la gente se muere en un sector de los hospitales, una sala ritual llamada Sala de Terapia Intensiva o





Unidad de Cuidados Intensivos o algo por el estilo, lejos de sus parientes y amigos, atendidos por desconocidos a los que se les paga para ese fin. Pero no era nada fácil desalentar a Pluf.

—Entonces mata uno. ¡Quiero ver muerto! ¡Mata, mata!

Traté de hacerle entender las cosas utilizando elementos de su propia cultura. Como recordarán, los zan tienen poco sentido de la ética y mucho de la cortesía.

—Pluf, ni se te ocurra. Matar a alguien es de muy mala educación. Yo jamás mataría a nadie en público y no te recomiendo que lo hagas, ni siquiera siendo invisible.

Se lo dije con tanta severidad que me miró con cara de perrito apaleado, con las rabufetas entre las patas y los pernuflos abatidos.

—No sabía Pluf. Leído yo texto humano donde no tan incorrecto parece matar.

Y Pluf se puso a recitar en voz tan alta que temí que lo escuchara la gente que seguía entrando en la sala. "Si por una vez el hombre se ve arrastrado a un asesinato, pronto considerará que el robo es algo sin importancia, y del robo irá a la bebida, a no observar el Día del Señor, y de ahí a los malos modales, y a dejar todo para el día siguiente. Una vez iniciada esta marcha cuesta abajo, no se sabe dónde se detendrá. Muchos hombres han caído en la ruina por un pequeño asesinato que en su momento consideraron de poca monta."

—¿De dónde sacaste eso?

—Thomas de Quincey, *El asesinato considerado como una de las bellas artes* —me contestó, muy orgulloso.

—Pluf, no tendrías que tomar todo lo que escriben los hombres en forma literal.

—¿Cómo no? —Y aquí mi amigo empezó otra vez a exhibir sus conocimientos de experto en lenguas terráqueas—. Littera, en latín carácter, letra escrita. Si escrito, entonces literal.

—Humor, Pluf —le dije—. ¿Nunca oíste hablar del humor? En este caso, humor negro. La posibilidad de reírse de situaciones que en otro contexto serían terribles, trágicas, dolorosas. Y por encima de todo, reírse de la muerte, que es lo terrible, trágico y doloroso por excelencia.

—¿Morirse duele?

—A veces sí, a veces no, pero siempre da mucho miedo, Pluf.

Este alfacentáurico me tenía tan harta que ya me estaban dando ganas de que eligiera el camino del Principito, que lo mordiera una buena víbora y se volviera a su estrella. Pero nada es tan sencillo en esta vida. Es la muerte la que simplifica todo.

—¿Por qué miedo? —quiso saber Pluf.

—Es que nadie volvió nunca para contarnos qué pasa del otro lado, Pluf. Como te decía, los humanos no toleramos la idea de morirnos del todo y para siempre. Por eso casi todas las culturas de este mundo creen que el ser humano tiene una parte inmortal, que después de la muerte seguirá existiendo de alguna manera en otro mundo. Una parte etérea, liviana, invisible, espiritual, capaz de elevarse por encima del cuerpo muerto destinado a la putrefacción. El espíritu. Para Occidente es el Alma, que después de la muerte recibirá los premios o castigos que haya merecido por su vida en la Tierra. Es el Atman para las religiones de la India, una chispa divina que después de sucesivas reencarnaciones se reunirá con la divinidad, es el Ka de los antiguos egipcios...

—Oh oh, otra vez mitos no, Pluf todo eso ya sabe, egipcios, embalsamar, viajes, ka, ba, jem...

—Para los griegos y los romanos, las sombras de los muertos vagaban por el Hades, siempre sedientas de sangre...

—Oh oh, Pluf todo eso ya sabe. Griegos, romanos. Hades, Plutón, Perséfone, Proserpina, Papanicolau. Pizza.

Era evidente que Pluf tenía como mínimo los conocimientos más obvios sobre el tema. ¿Con qué podría sorprenderlo?

—Para los indios crow de América del Norte —le dije, contándole uno de los mitos que más me gustan— la luna es la entrada de un túnel iluminado que atraviesa la bóveda celeste, por donde cruzan los espíritus de los guerreros muertos en su viaje a los Felices Campos de Caza.

—Bueno, en realidad no tan equivocados crow, porque la luna...

—No, Pluf, no, por favor, creo que prefiero no saberlo.

—Y con eso de tanta vida otra ¿igual nadie quiere morir para que yo vea?

—Nadie, Pluf.

—¿Y suicidas?

—Suicidas es otro tema, Pluf. Muy largo. Ahora no tenemos tiempo. Es difícil encontrar un suicida justo cuando se está por matar.

En el café donde suelo tomar el desayuno consideran que los escritores están bastante locos y están acostumbrados a que hable sola de vez en cuando, pero esto ya estaba llamando demasiado la atención.

—¿Triste cuando muere amigo pariente?

—Muy triste, Pluf, lo más triste del mundo.

—Pero consuelo. Humanos tienen consuelo, cosa muy buena.

—No creas que es tan bueno lo del consuelo, Pluf. Para empezar, siempre implica una pérdida. Y no se parece a la alegría, sino a la resignación.

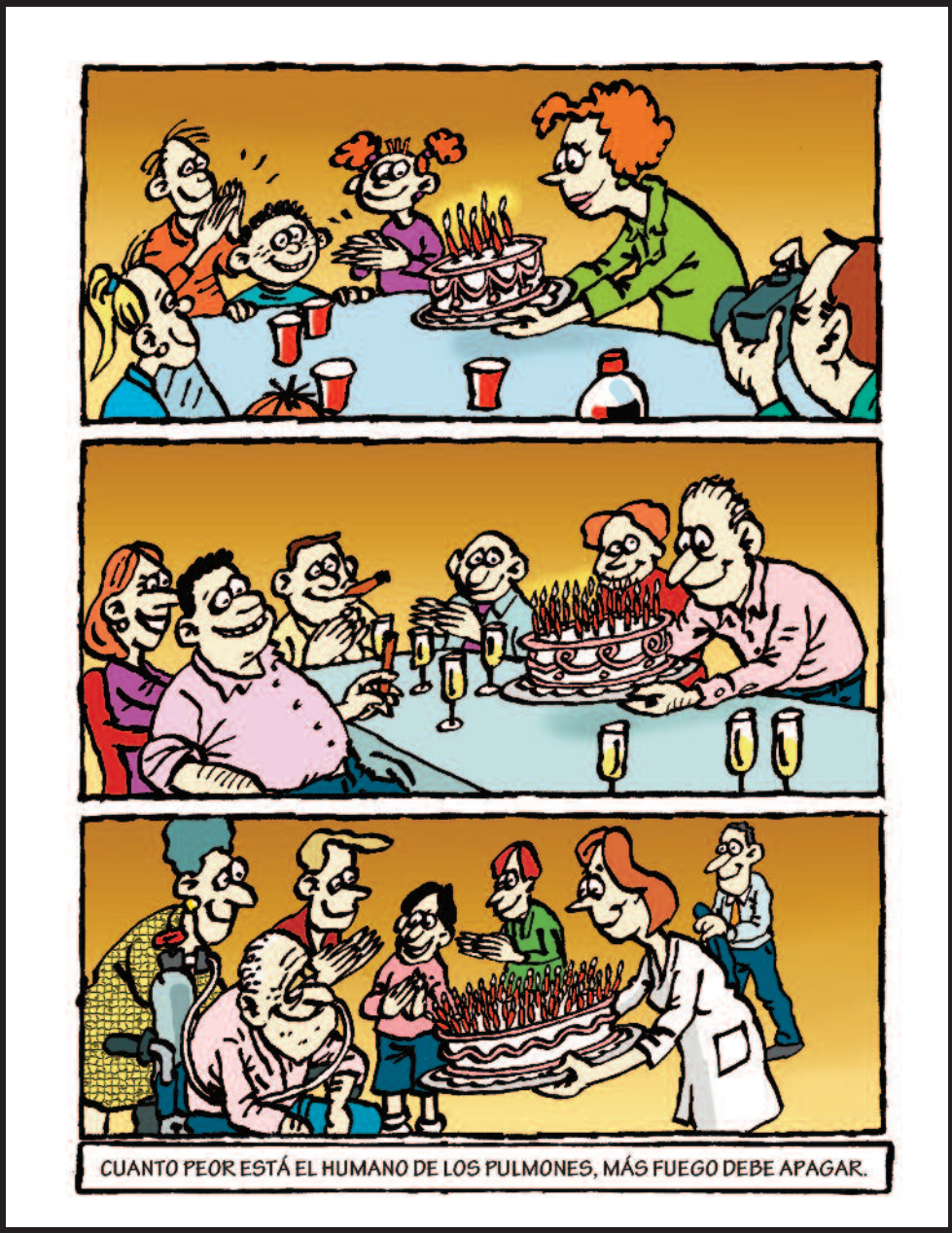
—Aaaaaaah —dijo Pluf, que de tanto en tanto me sorprendía con sus extraños y arbitrarios conocimientos sobre este mundo—. Entiende. Por ejemplo, consuelo es Holanda segundo puesto en Mundial de Fútbol. No tan bueno.

—¡Exacto Pluf! Y Holanda tres veces segundo puesto en Mundial de Fútbol...

Y los dos dijimos a coro:

—¡Es la muerte!

Sí, creo que Pluf había entendido por fin. Pero yo no.


CUANTO PEOR ESTÁ EL HUMANO DE LOS PULMONES, MÁS FUEGO DEBE APAGAR.

Help me!

GUILLERMO MARTÍNEZ

—Este cuento de Shúa me hace acordar a *Sin noticias de Gurb* —me dice Chiri—, una linda novela de Eduardo Mendoza sobre un extraterrestre que deambula por Barcelona, antes de los Juegos Olímpicos que se hicieron en el noventa y dos.

—O a *El milagro de P. Tinto*, ¿te acordás de esa película graciosa de los hermanos Fesser? —le digo, él asiente—. Yo la vi en estreno en un cine de Cabildo, hace mucho, y casi me desmayo de la risa.

—P. Tinto y su mujer viven en el campo y están desesperados por un hijo. Le piden un milagro a San Nicolás y se aparecen dos marcianos. ¡Y los adoptan! Ni les importa que los marcianos digan que vienen de otro planeta. Esa peli acuñó frases memorables, que solíamos usar mucho.

—¡Me cago en mi calavera!

—¡Pedazo de invento la gaseosa, macho!... ¡Y de litro! —grita Chiri.

—Claro, pobres, todo era nuevo para ellos, como la noción de muerte para el ET de Shúa.

—Siempre me sorprende que los mercedinos le digamos "La doce al fondo", a la muerte. Cuando sos chiquito vos escuchás eso y no sabés que el cementerio está al final de la calle doce. Se te queda impregnado el mote, pierde su porqué.

—O "La quinta del ñato". Así se le dice al cementerio en lunfardo. Algunos creen que viene del habla gauchesca, pero "ñato" vendría a ser la calavera, que no tiene nariz, y que representa a la muerte. Y quinta, obviamente, un lugar de descanso. En Buenos Aires se le decía así al cementerio de la Chacarita. Borges lo menciona en "El Títere", una milonga que está en el libro *Para las seis cuerdas*. La milonga empieza así: "A un compadrito le canto / que era el patrón y el ornato / de las casas menos santas / del barrio de Triunvirato". Y termina: "Un balazo lo paró / en Thames y Triunvirato, / se mudó a un barrio vecino / el de la quinta del ñato". Letra de Borges, música de Piazzolla y la canta Edmundo Rivero.

—La santísima trinidad —le digo.

—¿Qué loco, no? La última sobremesa del año y nos colgamos hablando de la muerte —me dice Chiri—. ¿Eso es un indicio de que la revista no sale más? ¿O fue pura casualidad del destino que cerremos con la muerte? Si es una señal de que bajamos la persiana, por lo menos avisáme.

—Sin duda es el final —le digo—. Esta revista trimestral no sale más. Pero podés usar la figura de la resurrección. "A los tres meses, regresó de entre los muertos... y fue bimestral".

—¡No nos morimos entonces! —grita Chiri—. ¡Pasamos a mejor vida!

—Literalmente.

—¿Eso quiere decir que una revista gorda, bien impresa, sin publicidad, sin distribución, hecha solamente entre los lectores y los autores... funciona?

—Parece que sí.

—Pero si había un montón de gente en Twitter diciendo que iba a fracasar —dice Chiri.

—Mandáles un saludito. Seguro están leyendo esta línea.

—¿En serio funciona?

—A no ser que le llames "no funciona" a cerrar la temporada con Rep escribiendo y Spinetta ilustrando —le digo.

—Claro. No sería posible...

—A no ser que le llames "no funciona" a terminar esta edición con un cuento inédito de Guillermo Martínez.

—Sí, sí.

—A no ser que...

— Ya entendí.

Hacemos silencio.

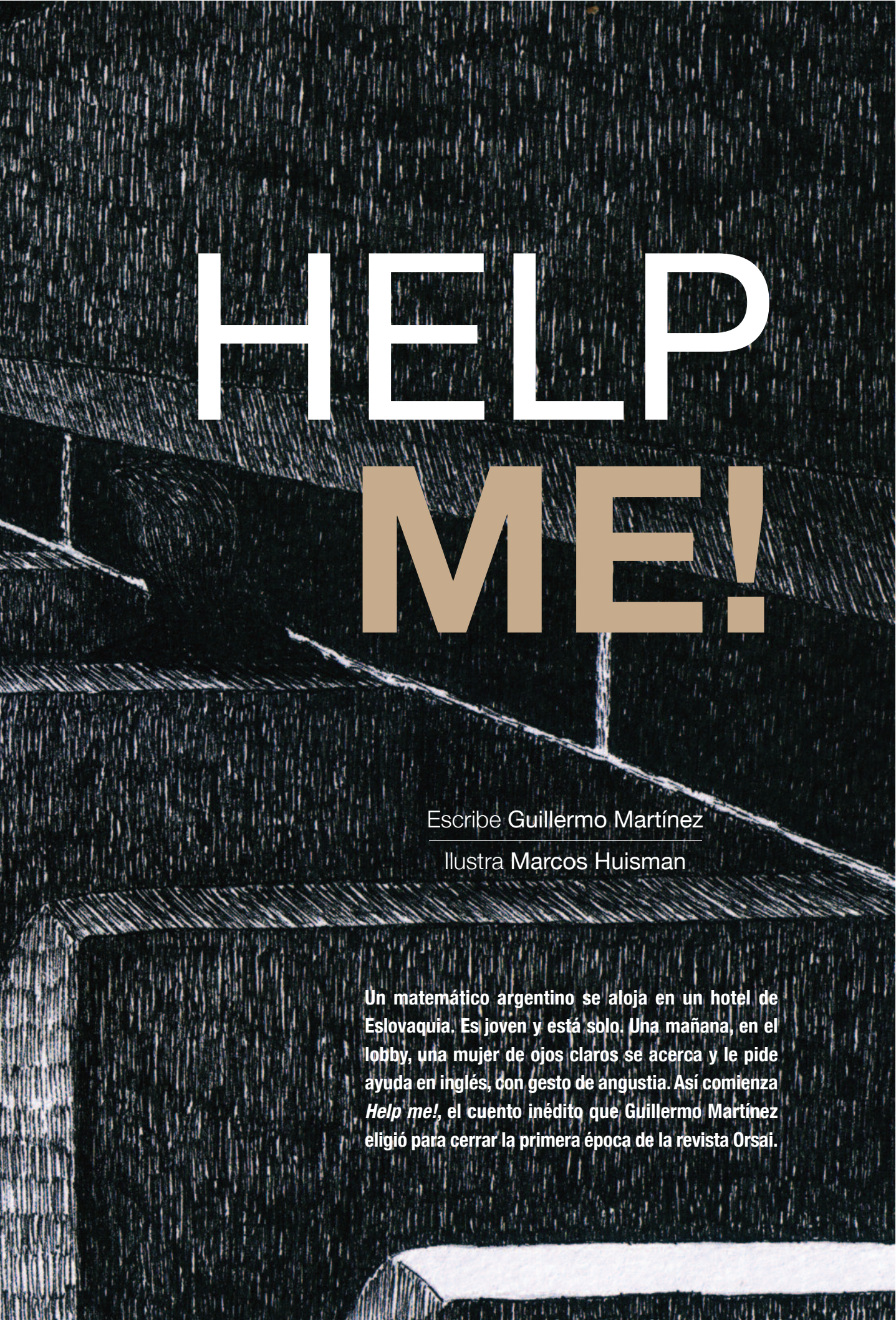
Es mediado de septiembre, el mismo clima del año pasado, cuando empezamos a darle forma al juguete. El mismo patio. Pasa menos de un minuto y entonces Chiri dice:

—Che.

—Qué.

—Te felicito mucho.

—Yo a vos también. ►



HELP ME!

Escribe Guillermo Martínez

Ilustra Marcos Huisman

Un matemático argentino se aloja en un hotel de Eslovaquia. Es joven y está solo. Una mañana, en el lobby, una mujer de ojos claros se acerca y le pide ayuda en inglés, con gesto de angustia. Así comienza *Help me!*, el cuento inédito que Guillermo Martínez eligió para cerrar la primera época de la revista Orsai.

Eran los primeros años de la Unión Europea. Yo estaba en un congreso de matemática en Viena, había terminado muy pronto con mi exposición y tenía por delante el fin de semana libre. Vi en mi guía Trotamundos que Bratislava estaba cerca, y en un impulso de curiosidad por visitar algo de lo que había sido el socialismo, decidí tomar un ómnibus nocturno para pasar el sábado allí y quizá el domingo en Budapest, del otro lado del río.

Era una noche fría y el ómnibus que hacía el cruce, de color gris perla, parecía un rezago de la segunda guerra: un carromato crujiente, con los fuelles vencidos, y unas ventanillas que no cerraban del todo y dejaban colar por las rendijas un viento helado. Aun así, con el balanceo del viaje, en un momento empecé a dormitar. En la frontera, cerca de medianoche, me despertó la luz brusca e hiriente de unos grandes reflectores. El ómnibus se detuvo al costado de una garita y dos soldados subieron con linternas a pedir los pasaportes. Cuando les di el mío empezaron a repetirme, en voz cada vez más alta, como en una pesadilla, una pregunta en eslovaco, áspera y cortante, que no lograba descifrar. De pronto uno de ellos me hizo una seña imperiosa para que me levantara. Me bajaron con mi equipaje del ómnibus y me hicieron pasar entre los hocicos húmedos de los perros hacia la casilla, donde un oficial con galones y guantes de cuero abrió mi pasaporte y golpeó con un dedo sobre las páginas para reclamarme en inglés que le mostrara mi visa. Nunca se me había ocurrido pedir una —había saltado durante un mes de país en país sin problemas, recién en ese momento volví a recordar que existían las visas— y tuve que usar todos los euros que llevaba en efectivo para pagar una multa y un permiso de entrada provisorio. Recibí a cambio unas monedas eslovacas y un número de teléfono, donde debía comunicarme al día siguiente para extenderlo por veinticuatro horas.

Había reservado habitación en un hotel cerca de la plaza principal, que me pareció, al trasponer la puerta giratoria y avanzar por las alfombras mullidas, más lujoso de lo que había imaginado, y por eso mismo, ahora que solo tenía esas pocas monedas en el bolsillo, un lugar peligroso, casi amenazante. Tuve que entregar en el mostrador mi tarjeta de crédito para que me habilitaran el teléfono en el cuarto, y mientras el conserje la deslizaba por su máquina sentí un escalofrío de incertidumbre. Ahora dependía enteramente de ese rectángulo de plástico. No estaba seguro de cuánto crédito me quedaba y, en realidad, por el rápido cálculo mental de varios gastos demasiado alegres durante el viaje, no sabía siquiera si la tarjeta resistiría el pago de esa noche. Me prometí hacer también al despertar otra llamada urgente al número de auxilio para saber si podían estirar mi crédito. Nada de esto impidió que al llegar a mi cuarto, apenas descorrí el grueso cortinado doble y apoyé la cabeza en la almohada, me durmiera profundamente, con un sueño de piedra. Era joven y tenía la superstición feliz del viajero, que supone que nada verdaderamente malo puede pasarle si solo está de paso. Desperté a la mañana siguiente después de las once, demasiado tarde, ay, para llegar al desayuno. Al mirar el reloj recordé de inmediato, como un peso agobiante, las dos llamadas que debía hacer. Aun en el mejor de los casos, si todo terminaba bien, perdería el resto del día en trámites. Miré en el teléfono del cuarto las instrucciones en inglés, pero aunque el teléfono tenía tono, y reintenté varias veces, no logré comunicarme. Eso solo podía significar una cosa, pensé: de algún modo habían detectado que ya no tenía crédito en mi tarjeta y me habían cortado, como precaución, toda posibilidad de hacer llamados. Me vestí, bajé al lobby, y le expliqué a uno de los empleados en la recepción, con alguna vergüenza anticipada, que no conseguía comunicarme desde mi habitación. Aparentemente no era nada de lo que temía. Ese teléfono, me aseguró el empleado, había tenido la misma clase de inconveniente antes, enviaría a la tarde alguien para arreglarlo. El problema, dije, es que yo debía hacer dos llamadas importantes antes del mediodía. Me señaló entonces un teléfono público en una de las columnas, a mitad de camino entre el lobby y la gran escalinata que conducía a los cuartos. Yo podía hablar desde aquel teléfono con monedas. Y las llamadas, agregó para animarme, me resultarían mucho más baratas. Saqué las monedas que me habían dado en la frontera, y se las mostré con la palma abierta. Había de varios tamaños y colores. ¿Serían suficientes? le pregunté. El empleado se sonrió con un dejo de malevolencia. Suponía que sí, pero dependería, claro, de la duración de las llamadas.

Caminé por el largo corredor hacia el teléfono, y cuando estaba eligiendo la moneda de una corona para insertar en la ranura, una mujer de grandes ojos claros apareció de pronto a mi lado, se inclinó hacia mí y me dijo en un susurro, con una mirada fija, implorante: *Help! Help me!* La miré, sorprendido. No alcanzaba a darme cuenta de dónde podría haber salido. ¿Habría estado

quizá semioculta por la columna? Lo primero que advertí es que aquella mujer, sin duda, habría sido muy hermosa no mucho tiempo atrás, aunque estaba ahora envejecida de forma prematura: la piel de su cara tenía algo casi transparente, quebradizo, con arrugas finas y crueles que parecían desgarrarle hacia abajo las facciones, como si fuera una máscara a punto de ser arrancada. Era extremadamente delgada, con un aspecto casi famélico, y las raíces del pelo, muy crecidas, revelaban dolorosamente, bajo los restos de tintura, el gris verdadero y extendido de las canas. Los ojos eran muy grandes, verdes, húmedos y acuciantes, como los de una niña desvalida, y toda su expresión tenía algo lastimero. Llevaba un vestido pulcro, de mangas largas, raído por demasiados lavados, que parecía una segunda piel a punto de desintegrarse. Aun así, no tenía de ningún modo el aspecto de una mendiga sino el de una mujer elegante, suave y educada, que pasaba por alguna clase de apuro inesperado, o, en realidad, por el estado de su pelo y de su ropa, una mala racha prolongada. Le pregunté en inglés de qué modo podía ayudarla, pero me hizo un gesto drástico y desalentado. *No english, no english*. Traté de hablarle en español, pero repitió el gesto de incomprensión, sin decir palabra, con dos tristes movimientos de la cabeza. *Help! Help me!*, volvió a suplicar, con una entonación más urgente, y la última sílaba se alargó como un balido. Le extendí entonces una de las monedas con las que iba a hacer el llamado. La miró con decepción, como si aquello no ayudara mucho, pero la tomó y la hizo desaparecer en un bolsillo, casi como si fuera un gesto de buena voluntad hacia mí, como si quisiera animarme, darme una señal de que había allí un principio de entendimiento, y quedó otra vez a la espera, con la cara expectante, y un intento desesperado de sonrisa. Las monedas, que evidentemente despreciaba, eran demasiado importantes ahora para mí, y no me arriesgué a darle ninguna otra. Cuando vio que yo no daba indicios de hacer ningún nuevo movimiento me puso una mano temblorosa sobre el brazo y volvió a implorar, con el mismo tono lacerante: *Help! Help me!*

Le hice un gesto de disculpas, le mostré las palmas desnudas en el ademán universal de que no tenía más dinero, y traté de volverme hacia el teléfono para hacer la llamada. Pero ella dio entonces dos pasos rápidos y volvió a plantarse frente a mí, con las manos juntas como si rezara, o como si fuera a caer de rodillas y volvió a repetirme, con un grito ahogado de angustia: *Help me!* Volví a mirarla a los ojos, unos ojos que parecían a la vez guardar y dejar escapar todo lo que había sido, y en ese brevísimo segundo que me demoré, atrapado en el destello fatal de esa última luz incrustada, ella creyó ver una pequeña victoria. Me tomó del brazo con vehemencia y me señaló una ventana en el primer descanso de la escalera, mientras me daba ligeros tirones de la manga para que la siguiera por los escalones, como si hubiera algo que solo pudiera confiarme a solas. Fui detrás de ella. Se detuvo bajo la ventana, me tomó de las dos manos y me las apretó con un gesto impotente y algo de impaciencia, como si quisiera transmitirme físicamente aquello que no lograba decirme. Sacudió la cabeza y volvió a repetir, ahora con una nota más grave y honda, y un acento íntimo: *Help me!* Creí comprender, oscuramente: la atraje hacia mí y en un impulso brusco, indescifrable, la besé en la boca. Me pareció que hubo en ella un instante de perplejidad: quedó inmóvil, algo rígida, pero se dejó abrazar por un instante. Fue como si estrechara a un fantasma, un ser ingrávido, sin huesos, que parecía disolverse bajo mis brazos. Sentí el roce áspero y a medias huidizo de sus labios. Su boca, que yo no dejaba escapar, cedió y se abrió contra mis labios, pero cuando hice avanzar mi lengua, quedó girando en el vacío. Extrañeza y desolación. Evidentemente, ella había replegado la suya, de algún modo, al fondo de su boca, y yo solo encontraba ese vacío desconcertante, como si realmente aquella mujer no existiera del todo, o estuviera ahuecada por dentro. Entreabrí los ojos y comprendí que quizá me había dejado besarla como otra cortesía, pero sin entregarse enteramente, del mismo modo en que había aceptado la moneda, como una forma de indicarme que estaba en el buen camino. Me separé de ella y la miré otra vez. No parecía enojada, pero tampoco predispuesta a nada más, como si aquello hubiera sido un equívoco menor, pero que no debía distraerla de lo principal. *Help! Help me!* volvió a repetir, con un tono dulcificado y la voz por primera vez animada, como si le hubiera infundido con el beso un poco de esperanza y creyera ahora que su ruego podía ser atendido. Y de la misma forma a la vez dulce y apremiante, como si no supiera por cuánto tiempo se prolongaría sobre mí el hechizo, me arrastró con tirones entusiastas detrás de ella, hacia uno de los cuartos al final del pasillo. *Shh*, me decía cada tanto, mientras daba vuelta la

cabeza en el pasillo desierto, para asegurarse de que todavía la seguía. Se detuvo frente a una puerta, dio unos golpes con los nudillos y la abrió a medias, con una seña nerviosa de invitación para que avanzara dentro del cuarto. Dudé por un segundo frente a la puerta entreabierta, pero ella entonces me empujó un poco por detrás, hasta que di el primer paso dentro de la habitación. Sobre la cama, que estaba sin tender y revuelta, había un chico estirado a lo largo, de unos dieciocho o veinte años, a medio vestir y descalzo, que miraba televisión. En el piso se veían restos de comida y vasos de cartón sobre un diario abierto extendido como un mantel. Apenas entré en el cuarto, como si fuera parte de una rutina que tenía bien aprendida, el chico se puso de pie para dejar libre la cama, y me sonrió débilmente, con una mueca borrosa. Era muy alto, con un aspecto tosco y brutal, pero a la vez, algo inarticulado, como un gigante torpe que no estuviera acostumbrado a la posición vertical. Los ojos, ligeramente desenfocados, y sobre todo esa sonrisa colgante y blanda, me hicieron pensar por un segundo que tal vez tuviera un leve retardo mental.

La mujer le dijo dos frases breves y cortantes, y trató de alisar la sábana con una mano apresurada, a la vez que se dirigía otra vez a mí con una sonrisa ansiosa y me hacía con los dos brazos una seña invitadora para que me acostara. El chico, que había retrocedido lentamente, estaba ahora detrás de mí, contra la puerta. Giré la cabeza, sin poder evitarlo. ¿Era realmente un retardado? Ahora que lo veía de pie, con su cuerpo enorme que clausuraba la puerta, ya no estaba tan seguro. La mujer volvió a soltar una andanada de frases cortas. Parecía decirme con sus manos que no debía preocuparme por él, y volvió a repetir el gesto incitador para que me acostara. Cuando vio que yo permanecía de pie y estaba por dar el primer paso hacia atrás, dio un grito agudo para detenerme, se acostó ella misma en el centro de la cama, alzó el vestido sobre los muslos flacos y abrió las piernas. *Help! Help me!*, volvió a decir, con un tono desgarrador, y corrió a un costado la bombacha para mostrarme la hendidura del pubis. Miré, petrificado, el movimiento de su mano, los dedos que hurgaban y separaban los labios para mostrarme el centro rojo. Pero entre los dedos vi también, penoso, desanimante, el vello lacio y mustio del pubis, ya totalmente blanco. Di un primer paso hacia atrás. El movimiento furioso y circular de los dedos tenía algo hipnótico, pero ese manojo de pelo triste y plateado me daba una repulsión inexplicable, como si hubiera entrevisto la vejez verdadera y pavorosa de esa mujer, una vejez contagiosa, milenaria. Retrocedí hacia la puerta, la mujer gimió algo en su idioma y saltó hacia mí para tratar de aferrarme los brazos desde la cama, mientras me suplicaba con una última voz ronca, ahogada por la desesperación: *Help me!* Cuando vio que estaba todo perdido y que le daba ya la espalda, dio otro grito, esta vez dirigido a su hijo, y solo pude pensar que le ordenaba cerrarme el paso. Quedé frente a él, y no hizo ningún movimiento para liberarme la puerta. De su cara se había borrado la sonrisa y ahora su aspecto me parecía solamente brutal. Vi que dudaba, todavía desconcertado, como si no estuviera seguro de obedecer, mientras su madre le seguía gritando la misma orden, en un tono cada vez más enérgico. Algo me encegueció entonces, y recordé la única lección que había aprendido en el colegio para defenderme en las peleas. Eché un poco hacia atrás la cabeza y con todas las fuerzas del terror le pegué un golpe tremendo con la frente en el medio de la cara. Escuché el crujido de un hueso y el chico dio un gran grito de dolor y se derrumbó de a poco de rodillas al suelo, con las dos manos en la nariz. La sangre le empezó a brotar, incontenible, bajo los dedos. Me abalancé al picaporte, abrí la puerta y arrastré a medias con la hoja el cuerpo caído hasta hacerme el lugar suficiente para salir. Pero algo me detuvo: el chico lloraba en el suelo, con las manos todavía aferradas a la nariz, lloraba frente a su sangre con hipos y gritos de desesperación y el desconsuelo aterrado de una criatura. La mujer había saltado de la cama y estaba ahora agachada junto a él. Trataba de contener la sangre con la punta del vestido, mientras atraía la gran cabeza a su regazo. Me miró desde allí y sus ojos verdes me horadaron con una luz feroz. Pareció de pronto que fuera a alzarse: toda su cara avanzó hacia mí, transfigurada en esa nueva luz llameante y maligna que despedían sus ojos. Su cuello frágil se tensó como un arco, alargó el brazo para apuntarme y con una voz estremecida de odio me lanzó una maldición lenta, implacable, y la repitió dos veces, con el brazo alzado y el gesto terrible de una sibila.

Nunca supe qué me deparaba esa maldición, pero quizá ya me alcanzó: allí donde voy, no importa en qué ciudad del país o del mundo, cada vez que una mano se extiende para pedirme limosna, vuelvo a ver esos ojos verdes, y escucho otra vez, como si ya nunca pudiera arrancarlo de mis oídos, el balido atroz: *Help! Help me!*

AUTORES

Diego **Fonseca**

Página 6

(Córdoba, 1970) Periodista, editor y escritor. Ha colaborado con publicaciones de España, Argentina, México, Perú, Chile y Estados Unidos. Edita el blog El Gemelo Malvado. *South Beach* es su primer libro de relatos. Actualmente reside en Estados Unidos.

Guido **Carelli Lynch**

Página 70

(Buenos Aires, 1984) Es licenciado en periodismo. Desde 2007 trabaja en la sección cultura del diario *Clarín* y en la *Revista Ñ*. Colabora con CNN México. Fue becado por la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano y recibió una mención para los Premios TEA 2009.

Marcelo **Birmajer**

Página 142

(Buenos Aires, 1966) Escritor, periodista y guionista. Ha sido galardonado con el premio Konex como uno de los cinco mejores escritores de literatura juvenil de la década1994-2004. Su trilogía de cuentos *Historias de hombres casados* ha sido traducida a varios idiomas.

Leila **Guerriero**

Página 18

(Junín, 1967) Es una de las más destacadas cronistas narrativas en castellano. Comenzó su carrera en *Página 30*. Es redactora de la revista del diario *La Nación*. Ha colaborado con *Rolling Stone*, *Letras Libres*, *El País*, *El Universal* y diversas publicaciones argentinas.

Rafael **Gumucio**

Página 82

(Santiago, 1970) Escritor y humorista. Publicó *Memorias prematuras*, su primera novela, en 1999. Ha escrito para *La Nación*, *El Mercurio*, *El País* y *New York Times*, entre otros. Ha sido también animador, realizador y guionista de programas de televisión en Chile.

Luis María **Pescetti**

Página 154

(Santa Fe, 1958) Escritor de literatura infantil y para adultos, músico y actor. Con el aval de UNICEF, diseñó publicaciones para docentes acerca del uso pedagógico del humor y de la música. Publicó gran cantidad de libros, programas de televisión y discos para niños.

Miguel **Rep**

Página 32

(Buenos Aires, 1961) Dibujante y humorista gráfico, es uno de los viñetistas más respetados de Argentina. Publica en *Página 12* desde el primer número. Colabora en *Veintitrés*, *Fierro*, *El País* y *La Vanguardia*. Ha pintado murales en grandes ciudades de todo el mundo.

Xtian **Rodríguez**

Página 92

(Buenos Aires, 1970) Escritor, traductor y analista de sistemas. En el año 2000 tradujo Google al castellano. Dicta talleres de escritura breve y lectura de novelas. Colabora como guionista de televisión y prepara su primer libro. Escribe en putoyaparte.com.

Mario **Bellatin**

Página 166

(Ciudad de México, 1960) Escritor. Su novela *Salón de belleza* figura —en el puesto diecinueve— entre los mejores cien libros en lengua castellana de los últimos veinticinco años, según una lista confeccionada por escritores y críticos latinoamericanos y españoles.

Ulises **Rodríguez**

Página 48

(Buenos Aires, 1979) Periodista, locutor y productor de televisión. Ha colaborado con distintos medios gráficos. Publica crónicas en el blog Águilas Humanas, que dirige Cristian Alarcón. Actualmente es redactor de la sección cultura del diario *Diagonales* de La Plata.

Sonia **Budassi**

Página 102

(Bahía Blanca, 1978) es editora del sello Tamarisco. Es autora de los libros de relatos *Los domingos son para dormir* y *Periodismo*, y los de no ficción *Apache* y *Mujeres de Dios*. Colabora en distintos medios con crónicas y reseñas. Sus cuentos fueron editados en diversas antologías.

Ana María **Shúa**

Página 186

(Buenos Aires, 1951) Es escritora, pero también ha trabajado como periodista, publicista y guionista de cine. Es autora de varias novelas y libros de cuentos dirigidos al público adulto y ha cultivado también la literatura infantil y los microrrelatos o cuento brevísimos.

Rodrigo **Solís**

Página 58

(Campeche, 1980) Su columna *Pildorita de la Felicidad* ha aparecido en periódicos, revistas y blogs de México y Latinoamérica. Sin embargo, vive penosamente en casa de su mamá. Tiene dos novelas inéditas: *Mala racha* y *Fiera Rodríguez*. Ambas buscan editorial.

Leo **Maslíah**

Página 126

(Montevideo, 1954) Músico, humorista y escritor. Editó cerca de cuarenta discos y un número similar de libros, entre los que se cuentan novelas, recopilaciones de cuentos y obras de teatro. En 2003 se estrenó su ópera *Maldoror* en el Teatro Colón de Buenos Aires.

Guillermo **Martínez**

Página 198

(Bahía Blanca, 1962) Escritor y matemático. Álex de la Iglesia dirigió la película *Los crímenes de Oxford,* basada en su novela *Crímenes imperceptibles*. Acaba de publicar la novela *Yo también tuve una novia bisexual*. Colabora en *La Nación*, *Clarín* y *Página 12*.

ILUSTRADORES

Ángel **Boligán**

PÁGINA 6

(La Habana, 1965) Caricaturista y uno de los mayores humoristas gráficos cubanos. Premiado innumerables veces en el mundo entero, su trabajo se encuentra expuesto en el Museo del Humor de San Antonio de los Baños. Actualmente colabora con el diario *El Universal*.

Diego **López García**

PÁGINA 82

(Bogotá, 1980) Ilustrador autodidacta y asiduo devorador de libros ilustrados. Se confiesa influenciado por la gráfica de los años cincuenta y las enciclopedias infantiles como *El mundo de los niños*. Ha publicado en Canadá, Argentina, México, Estados Unidos y Turquía.

Diego **Parpaglione**

PÁGINA 142

(Buenos Aires, 1980) Conocido como Parpa, es caricaturista e ilustrador. Estudió Comunicación Visual y realizó varios talleres particulares. Dibujó para las revistas argentinas *El Pasajero*, *Lezama* y *Sudestada*. Publica diariamente en su blog, parpa.blogspot.com.

Estela **Cuadro**

PÁGINA 18

(Buenos Aires, 1979) Se graduó en la UBA. Se dedica a la fotografía y la ilustración. Asiste a talleres de dibudo donde implementa técnicas experimentales en las que, según ella, "aprendo a conectarme con lo que me rodea". Su página web es estelacuadro.com.

Daniel Solano **Ramírez**

PÁGINA 92

(San José, 1978) Desde 1997 cursa en la Facultad de Artes Plásticas de la Universidad de Costa Rica. Ha colaborado para diversas agencias publicitarias, periódicos y revistas en Centroamérica. Actualmente es infografista para el periódico costarricense *La Nación*.

Gustavo **Aimar**

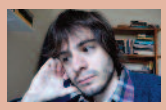
PÁGINA 154

(Buenos Aires, 1973) Ilustrador y artista plástico. Actualmente trabaja como ilustrador infantil. Publicó en diversas editoriales y publicaciones. En 2008 participó de la muestra "Cuando las vacas vuelan" (Foro de Ilustradores) en la Feria del Libro Infantil de Bologna.

Ariel **Vicchiarino**

PÁGINA 48

(Buenos Aires, 1977) Estudió Fotoperiodismo en TEA y se incorporó al staff de *El Civismo* de Luján en 1998. Publicó en *Clarín*, el diario deportivo *Olé*, las revistas *Veintitrés* y *Noticias*, entre otros. Actualmente dirige su propio estudio de imagen en la ciudad de Luján.



Matías **Acosta**

PÁGINA 102

(Paysandú, 1980) Estudió animación, cine y fotografía. Desde hace un tiempo trabaja como ilustrador freelance. Ha colaborado en diferentes blogs, revistas, publicidades y videojuegos. Ha escrito y dibujado cuentos infantiles. Sus dibujos pueden verse en matiasacosta.com.

Luis Alberto **Spinetta**

PÁGINA 166

(Buenos Aires, 1950) Ilustra por placer utilizando el Photoshop. Hasta hoy, nunca había publicado sus trabajos en ningún medio. También conocido como "El Flaco", es cantante, guitarrista, poeta y compositor. Está considerado como uno de los más célebres músicos argentinos.

Luis **Gaspardo**

PÁGINA 58

(Santa Fe, 1969) Ilustrador y caricaturista. Se encarga, desde hace quince años, del retoque digital de las fotografías de Marcos López. Ha realizado algunas portadas de la revista *Humor*. Recibió el Primer Premio en la Bienal Internacional de Caricaturas de Tenerife.

Max **Aguirre**

PÁGINA 114

(Buenos Aires, 1971) Se desempeña en las agencias de publicidad y las editoriales más importantes de Argentina. Fue seleccionado para la Serie Iconos de Máquina de Arte auspiciada por Film&Arts. Sus trabajos han sido publicados en Argentina, España, Uruguay y Bolivia.

Carla **Torres**

PÁGINA 186

(Quito, 1973) Artista gráfica. En 2005 se muda a Nueva York. Su trabajo ha sido exhibido en galerías esa ciudad. Fue galardonada en el Concurso American Illustrators 2006. Está a punto de publicar el libro infantil *Larry & Friends*. Cargocollective.com/carlaillustration.

Alfredo **Martirena**

PÁGINA 70

(Santa Clara, 1965) Humorista gráfico. Colabora con publicaciones en Cuba y el extranjero. Cuenta con más de treinta premios internacionales. Sus trabajos se han expuesto en galerías de Italia, Brasil, México, Francia, Turquía, Bélgica y Suiza. Su sitio web es martirena.com.

Verónica **Rubio Diarte**

PÁGINA 126

(Zaragoza, 1984) Cursó estudios de ilustración y diseño. Realizó varias portadas para la revista juvenil de Zaragoza *Cipaj* y composición de cartelerías, además de varios trabajos de diseño gráfico. Actualmente colabora como texturizadora en una película de animación.

Marcos **Huisman**

PÁGINA 198

(Chubut, 1987) Estudia Diseño de Imagen y Sonido. Ilustró libros infantiles para su pequeño sello editorial, Fardo. Además, colaboró en varias publicaciones independientes en su pueblo de origen y en Buenos Aires. Administra el blog cabezadenylon.blogspot.com.

ALEX Y LUCAS

GUION: HERNÁN CASCIARI / DIBUJOS: BERNARDO ERLICH

¡QUÉ MIERDA DE INFANCIA, LUCAS! NO TENGO PADRE, MI VIEJA ES SOBREPROTECTORA Y AHORA RESULTA QUE VOS ESTÁS EN MI CABEZA.
ENTONCES... ¿ESA VEZ QUE NOS QUEDAMOS TODA LA TARDE TIRÁNDONOS PIEDRAS EN EL TERRENITO, PARA SEDUCIR A ESAS MELLIZAS QUE NOS MIRABAN... YO ESTABA SOLO?
ME TEMO QUE SÍ.
¡QUE PATÉTICO SOY! ESAS MELLIZAS SE DEBEN PENSAR QUE SOY IDIOTA..
NO ERAN MELLIZAS, ALEX. LA DE LA IZQUIERDA LABURA CONMIGO.
¡PERO ENTONCES USTEDES ESTÁN POR TODAS PARTES
ES QUE HAY MUCHO HIJO ÚNICO, MUCHO NENE INTROVERTIDO...
¡QUEDÁTE CONMIGO, LUCAS! HASTA QUE SEA MAYOR DE DIECIOCHO.
SI PASADA UNA CIERTA EDAD ME SEGUÍS HABLANDO YA NO ES AMISTAD: ES ESQUIZOFRENIA.
¡ME IMPORTA UN CARAJO EL QUÉ DIRÁN!
RELAJÁTE, QUE FALTAN DOS AÑOS Y YO TODAVÍA ESTOY CON VOS...
¿VAMOS A COMER BARRO?
MEJOR ME VOY PARA CASA... QUIERO ESTAR SOLO.
YA ESTÁS SOLO, BOLUDÍN.
LA CONCHA DE TU MADRE, LUCAS. ¿ADEMÁS DE IMAGINARIO TENÉS QUE SER TAN CRUEL?
CASCIARI · ERLICH 2011

EL AÑO **PRÓXIMO**

Fue un placer darle forma a este proyecto durante todo 2011. Recibimos, desde el blog, una energía que no esperábamos por parte de ustedes, que comunicaron, distribuyeron, debatieron y aportaron ideas todo el tiempo. Cada una de las 844 páginas de Orsai fueron compuestas con muchísimo cariño. Los cien autores e ilustradores invitados (el número es exacto) respondieron a la convocatoria con alegría. Leímos, corregimos, editamos, compusimos y publicamos cada texto de estos cuatro números como si fuera la última oportunidad en el mundo de cumplir un sueño. Nunca estuvimos seguros de poder seguir un año más, pero vivimos la incertidumbre sin frustración, como una aventura única. Y nos gustó tanto que vamos a pedir segundo plato. Ahora ya estamos trabajando en la segunda época de Orsai, que verá la luz el 10 de enero de 2012 con una versión bimestral. Serán seis ediciones, con un total de 888 páginas (algunas más que en la primera etapa). Sabemos que tenemos que mejorar la logística y la distribución en varios países; ese será nuestro próximo objetivo. Somos concientes de que nuestros lectores en Centroamérica y México están dolidos por los retrasos; les pedimos disculpas por la inexperiencia y esperamos que nos den otra oportunidad. Y si no, tendrán siempre la promesa de un PDF gratuito. Muchísimas gracias a todos por dejarnos cumplir este capricho editorial. Y estén muy atentos al rediseño de la web de cara a 2012: se van a caer de culo al suelo.

DEL STAFF

En este número, además de los autores, fotógrafos e ilustradores invitados, participaron algunos integrantes del staff. Los nombramos aquí para que no se sientan desclasados. **Bernardo Erlich** entregó (¡esta vez a tiempo!) la última historieta de *Lucas y Álex*. **Matías Tolsà** dibujó la parte final del viaje de Albert Casals a Oceanía. **Chiri Basilis** y **Hernán Casciari** volvieron a conversar en sobremesas (a pedido del público en general y de José Playo en particular). Mientras que **Ermengol Tolsà** ilustró con viñetas humorísticas todas los cierres de cada colaboración.

Postdata. Podríamos hacer esta revista en China, a un costo mucho más accesible, pero las imprentas chinas utilizan a menores de edad para la composición de los fotolitos, con un sueldo de hambre (9,08 yuanes por semestre). Podríamos imprimir esta revista con papel Abset-221, que es mucho más económico, pero su celulosa se extrae de la Amazonia, lo cual dejaría a los indígenas sin sombra. Podríamos usar tinta Axcis 691, menos costosa y más endeble, pero sus fabricantes utilizan pingüinos empetrolados para matizar los tonos pantone. Podríamos reservar el treinta y cinco por ciento de las páginas de Orsai para incluir publicidad de multinacionales y fundaciones bancarias, pero no tendríamos permitido decir que las fundaciones bancarias pro-culturales dan limosnas a la sociedad para limpiar las culpas de su codicia. Podríamos ser un poco menos hippies y un poco más entrepeneurs, total las dos palabras son extranjeras y están pasadas de moda; pero no: habría que bañarse todos los días y salir a almorzar con gente y practicar sonrisas a contrapelo. En suma: podríamos ganar dinero con este proyecto si modificáramos algunos caprichos. Y no lo digo yo, lo dice mi mujer. En realidad no me lo dice, me lo implora. Sin embargo, la revista ORSAI, NADIE EN EL MEDIO sigue siendo un medio gráfico decente, ingenuo y pobre de Editorial Orsai SL. Su editor responsable es Hernán Casciari. Se imprimieron 7.000 ejemplares de este número 4 (correspondientes a octubre, noviembre y diciembre de 2011) en Arts Gràfiques Bobalà, de calle Sant Salvador 8 de Lleida, Cataluña, España, en el mes de septiembre de 2011. El ISSN es el 2014-0150. El Depósito Legal es el L-1382-2010. La marca ORSAI, NADIE EN EL MEDIO está registrada.

Orsai
NADIE EN EL MEDIO

EDITOR RESPONSABLE
Hernán Casciari

JEFE DE REDACCIÓN
Chiri Basilis

DISEÑO
María Monjardín
Julia Basilis

ARTE
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà
Bernardo Erlich

EDICIÓN
Florencia Iglesias
Karina Salguero

GESTIONES
Cristina Badia

DIGITAL
Pepe Perdomo
David Martínez

WEB
Luis Sacristán
Guillermo Harosteguy

AUDIOVISUAL
Andrés Locatelli

CONSEJOS
Horacio Altuna
Jorge Cabral
Gonzalo Garcés
Diego Salazar

ALIMENTACIÓN ESPAÑA
David Mira
Nil Castellsaguè

ALIMENTACIÓN ARGENTINA
Comequechu Villalba
Gastón Maine
Leo Bonfiglio

Sant Martí, 36. Sant Celoni
Humberto Primo 471. Buenos Aires

Orsai
VILLA PARANACITO
Cesena